

Max Aub



La calle de Valverde

Lectulandia

La calle de Valverde transcurre en la dictadura de Primo de Rivera. Por el amplio friso de personajes y la complejidad y hondura de sus existencias, esta novela constituye una visión privilegiada del mundo de preguerra.

No es la historia de la calle madrileña que lleva su nombre. Acaso, entre otras muchas cosas, es el simple esbozo de innumerables personajes que en ocasiones son de auténtica zarzuela, pero también el estereotipo perfecto de la sociedad madrileña de la primera parte del siglo veinte. Es sugerente y atractiva la mezcla de personajes históricos y ficticios; de sucesos reales con otros productos de una profusa imaginación. En cualquier caso la novela es el pretexto que el autor utiliza para indicarnos perspectivas políticas, apuntes de criterios artísticos o literarios. Max autor parece burlarse de nosotros creando un mundo mágico en el que conviven hasta confundirse personajes ficticios junto a ilustres pensadores, literatos, artistas o políticos de la época. Sin embargo el resultado es una novela entre histórica y costumbrista que nos traslada en el tiempo. *La calle de Valverde* es el fotograma perfecto de la película española del siglo xx.

Lectulandia

Max Aub

La calle de Valverde

ePub r1.0

ugesan64 09.10.13

Título original: *La calle de Valverde*

Max Aub, 1961

Retoque de portada: ugesan64

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Dans le roi, j'ai vu la majesté, dans le prêtre le sacerdoce. Je n'ai pas attiré l'attention sur la ciselure du sceptre ou sur l'ornement de la san-dale. J'ai pris les choses par leur petit côté.

D'après Roger Caillois (*Art Poétique*).

I

—No, si a las personas prudentes nos toman por tontas. No lo creas, no. Tú, a lo de los demás, que parece tuyo. Ya me dirás qué has sacado...

Se lo planta cara a cara. (Es un decir, que va, verticalmente, palmo y medio de una nariz a otra; pero la pequeña parece la mayor, por el empuje).

—Y no me vengas con cuentos. Me callo porque me da la gana, pero no vayas a creer que no me doy cuenta: y es una vergüenza, una cochina vergüenza. Yo seré lo que he sido, ¡pero ahora no hay quien me tosa! ¿Sí o no? ¡Pero tú! ¡A tu edad! ¡Quién lo había de decir! ¡Emborráchate enhorabuena, si te lo pide el cuerpo, pero no vengas a echar aquí el producto de tus festividades!

¿Crees que Marga lo va a aguantar? Te equivocas. Ella es de la misma semilla que su difunta madre, que en gloria esté, y será un ángel; pero lo que es aguantar, lo que se dice aguantar, no aguanta...

El hombre, sin hacerle caso, se mete en el cuchitril en el que duerme. Por el ruido, se descalza. Sopla sentado, no por la doblada panza, que no es cosa del otro mundo a sus cincuenta años, sino por el aliento corto, que, a veces, «se le restiraba el asma», como decía la mujer, aunque él no padeciera ni por asomo de ese mal.

—Apeñas.

—La peste, tú.

La matrona se sostiene ahora en el quicio, pero su agresividad trueca papeles convirtiéndola en titán sosteniendo el peso de la casa, no del dintel —que no llega—, sino de una jamba.

—¿Con qué cara le vas a echar algo en la ídem? Para ti es muy fácil: te levantas y te vas y ahí se queda Troya para quien la hiciera.

El hombre suelta un bárbaro regüeldo.

—Viejo cochino: parece mentira que nos hayan educado juntos. ¿Eso es lo que te enseñan en la Casa del Pueblo?

—Mira, Feliciano, tengamos la fiesta en paz. Métete lo que quieras conmigo — que no digo que dejes de tener razón en alguna parte de tus observaciones—, pero deja la Casa del Pueblo en paz, que nada te ha hecho, ni a ti ni a la chica.

—Habló el oráculo (la obesa rubicunda trastrueca adrede el acento) y a callar todo el mundo. Todos boca abajo. ¡Ojalá fueras gandul!

—¡Mujer!, eso es nuevo. ¿Qué saldrías ganando con mantenerme?

—¿Mantenerte? ¡No, hombre, no!: así te echaba de patitas a la calle. Y cuando digo patitas digo bien, que patas tienen los cerdos y los corderos.

Se aparta la indina del quicio; da dos pasos hacia el hombre; plantada en medio, en jarras, segura de la victoria, remacha:

—¿Quieres ver cómo pusiste las sábanas anoche? Y ahora, por si fuera poco, vienes que da asco. No sé cómo la chica...

—Deja a la chica en paz, que es hija mía y no tuya.

—Tampoco el sobrinaje es moco de pavo. Y Marga me quiere a mí más que a ti.

—Ja, como dijo la cotorra al pavo real.

—Pero ¿cómo va a querer a un hombre como tú, por muy su padre que sea? ¿Sabes a quién trajiste aquí, anoche?

—¿Qué traje aquí a alguien? Vas para santa: ves visiones.

—No era mala visión. Menos mal que no pasó del zaguán.

—Es que Sebastián no tenía adonde...

—¡Qué Sebastián ni qué ocho cuartos! A la que trajiste, por las buenas, fue a la *Naipes*.

—No fastidies.

—No fastidio pero ayudo a mi señor: la puse de patitas en la de todos, vulgo calle. ¿No te acuerdas de nada, verdad, precioso?

—Por estas.

Se besa el pulgar.

—Poco que me costó...

Miente, que la fulana con sólo verla volvió grupas, lo único que le quedaba de otros tiempos en los que la Feli la había conocido de cerca. Segura de que su hermano lleva vara de castigo no quiere apretar más, figurándose desbrozado el camino por el cúmulo de malandanzas. Pero, como siempre, faltándole mano izquierda, corre al bulto:

—Yo creo que lo que la chica quiere no es tan descabellado...

—A quien voy a descabellar, como vuelvas a insinuar algo de eso, es a ti. ¿Conque mucha moral, no? Mucha para los demás, pero en casa ¿qué? El

despiporre... Mira, Feliciana, he dicho que no y es que no. Y si me vuelves a hablar de eso, por la puerta se va de patitas a la calle —con las tuyas, de camero, de vaca o de lo que quieras. Te lo digo por si no lo sabes. Por estas. Yo seré lo que sea, pero mientras el señor Fidel Muñoz sea el señor Fidel Muñoz, en casa de Fidel Muñoz se hará lo que quiera Fidel Muñoz. Doy fe. Rubricado. Por estas.

Se vuelve a besar la segunda falange del pulgar. El hombre, al impulso de su seguridad, se acerca al marco de la puerta mientras su hermana caía tropezando con la mesa del comedor. El frío del linóleo en las palmas de las manos, el golpe de la tabla en las nalgas, la hacen respingar, pero sin abrir boca, que lo inútil a sí mismo se pregona y ve pintada en la cañonada cara fraterna la más firme resolución.

—Aquí, y hasta nueva orden, manda un servidor.

La mujer no puede apartar la vista de la camiseta entreabierta que deja escapar una mullida y ensortijada pelambarrera salpimentada. El señor Muñoz, cajista, fue rubio y espigado. Dicen que Márquez, torero famoso, es hoy, igual que Fidel hace treinta años. A los cincuenta, el hombre ha ganado en pecho y antebrazos lo perdido en frente y morra; luce larga calva entre dos tristes, alicaídos tufillos canos, que sólo es de verse los contados minutos que tarda en mojar y secarse la cara; los demás, usa una astrosa gorra de alpaca negra, roída de vejez la visera en la que se vuelve pelusilla el cartón interior que ya sólo a medias la sostiene. Trócala para la calle, por una gris o por una boina de Vitoria, que compró con ocasión de un mitin famoso de don Julián Besteiro; los domingos usa sombrero, con todas las de la ley: se lo regaló, *casi nuevo, el inquilino del principal derecha, don Daniel Miralles*, porque le quedó estrecho al probar un nuevo quitamanchas su dueña doña Clementina. Si alguna vez —¿por qué no?— llega a ser del Comité Paritario, se lo pondrá más a menudo; Fidel Muñoz sabe guardar las apariencias.

Se le caen los pantalones. Pregunta sin rencor:

—¿Ya está la cena?

—Va a estar.

Aprovecha Feliciana la coyuntura para meterse en la cocina ¿Qué pasa que en cuanto tiene todas las de ganar en la mano se le viene el tinglado abajo sin razón alguna? Porque, bien miradas las cosas, en este preciso momento, su hermano lo tiene todo en contra: ha *faltao* como pocas veces.

Y a las primeras de cambio —la de malas—, hundida. ¡Condenado! Está a punto de quemarse los dedos con una cerilla. Y esa condenada chica, ¡ya podía estar aquí! ¿Para qué? ¿No tendrá razón Fidel? ¿No querrá que Margarita se salga con la suya para llevar —ella, la Feli— una vida que le tira más que la de portera, para la que, desde luego, no ha nacido? (Los chismes, vivirlos. No le importan las lenguas ajenas, sino la propia). Y eso que más tranquila no puede estar, y a dos pasos de todo. ¿La chica? Con lo lista que es... No ha salido a la madre, más bien a ella. ¿Ha puesto sal

al hervido? Porque, eso más, comen como Dios. ¿De qué se queja? Siempre le ha picado algo, empujándola hacia afuera. Si era bueno o malo, luego lo sabría. Pero su niño se ha empeñado en callar, referente a eso del «entrene». La verdad, ¿qué puede saber él de eso? Pero doña Patros se lo ha asegurado, no una sino tres veces. Y será lo que será, pero las cartas saben lo suyo, y lo de los demás.

—¿Viene o no viene esa cena?

Fidel aguanta a su hermana porque no tiene más remedio. (Porque cree que no tiene más remedio). Claro que él la trajo... Con mayor exactitud: tropezaron en la calle de Hortaleza; le dijo, sin pensarlo poco ni mucho: ¿Por qué no te vienes a casa? Ella, corta y perezosa, vio el cielo abierto; no se hubiese atrevido a proponérselo al honrado tipógrafo. Al entierro de su cuñada sí fue, inadvertida entre tantos compañeros del atribulado viudo, a quien, auténticamente, se le vino el mundo encima.

Fidel es un pedazo de pan, dejando aparte su afición a la radio y a su aparatito de galena, que nadie puede tocar a menos de sufrir sus salidas, que no son cosa del otro mundo. El que tome algunas copas de uvas a peras, no cuenta. Feliciano, por su parte, siempre se ha conformado con lo impuesto. Lo malo: después, cuando empieza a enfurecerse contra sí misma por lo otorgado, incapaz de reaccionar de buenas a primeras. Así le fue, por darse cuenta demasiado tarde y no sacudirse las moscas a tiempo. Pero ¿quién adivina lo que puede suceder? De niña se dejaba quitar las birlas, sin llorar; mayor, dejó que Constantino le birlara lo que no se repone; sin contar que la cogió de sorpresa, a pesar de los barruntos.

Además, no dando precio a lo suyo, era fácil convencerla de que no tenía razón, teniéndola o creyendo que la tenía. Si les daba gusto, ¿a ella qué? Liberal. Aquello empezó con Ángel —que no atinó—, luego fue Constantino; después lo mismo le dio dar lo que ya no consideraba suyo. No le hacía daño a nadie. ¿Qué hablaban? ¿Y qué? La gente tiene que entretener la lengua y ella en eso de darle a la sin hueso no envidiaba a nadie. Así se hizo mal hablada. Fue en lo único que se le notó, de buenas a primeras, el hondo cambio. Luego fue otra cosa. Tal como ahora, «remendada» procuraba no soltar prenda de mala nota. Una «tirada», lo que se dice una «tirada», nunca lo fue. La prueba es que cuando Fidel se quedó viudo, y aceptó venir a hacerse cargo de la niña «motu proprio se cortó la coleta». Lo hizo, entre otras cosas, porque no le costó trabajo. Nunca supo exactamente por qué los hombres le daban tanta importancia a aquello. Siempre se espera algo que no llega. ¡Si lo sabía ella!

—Tú, calla —le dijo a Fidel—, por algo somos hermanos. Hermanos «libidinosos». A ti te gusta eso más que morir, y a mí ni fu ni fa: a ti te tocó todo y a mí nada.

A pesar del desabrimento, cuando lo del Barranco del Lobo, tuvo un hijo: un pobre imbécil babeante.

—A los tontos se les quiere más. Por lástima. La lástima es la gran desdicha del mundo. Desdicha de la buena. De esa que te entra poco a poco y te hace llorar, como si tal cosa. De esa que dura.

Miraba al niño, día y noche.

—Se fue muriendo poco a poco, como una cerilla, como un tirabuzón. ¡Y era más bueno que las mantecadas, esas que no tienes que mascar, que parecen polvo, que se te van deshaciendo en la boca dejando un gusto rico! . Pobre. Lo peor: que lo veía todo el mundo; porque —no te creas— los ricos también tienen niños así. Dios es justo. Pero los esconden. No era sólo la pena que me daba, sino la lástima de los demás. De los demás sirve cualquier cosa, menos la lástima. La lástima, para limpiarse el ojén.

—Lo que más pena me daba es cómo la miraba a una, como un perro. Y aunque una es una perra y es natural que Dios le diera a una un perro como hijo... Tú ya sabes cómo miran los perros: como si lo supieran todo y no pudieran decir nada. Eso de «vida de perro» está muy mal dicho. Porque, si una lo piensa bien *pensao*, los perros se dan la gran vida. Al sol cuando les viene en gana, y a la sombra cuando les sale; rascándose las pulgas donde les pica. Ahora que una vida de perra es otra cosa. Y eso que yo no me quejo. Una tiene, como cualquiera, sus aspiraciones: a mí que me den una casa en... Bueno, en donde sea.

Mentía. Lo que le gustaba era el tráfago de Madrid y que le echaran las cartas. Siempre le dijeron verdad, sin contar que su niño bobo la avisaba de todos los males que le iban a caer encima.

—Lo que pasa es que una no hace caso, dejándose llevar por las «prevaricaciones».

Es palabra que le gusta. Lleva constantemente su niño a cuestras, recargada la cabezota en el hombro, mojada la blusa con el babeo, a pesar del pañuelo *requetedoblao* que se pone.

—Él me lo dice todo:

Ten cuidao... No hagas esto... No hagas lo otro... No hagas lo de más allá. Pero una es tonta y se deja llevar.

Se lamenta cuando le salen mal las cosas:

—Él me lo advirtió. «Prevaricadora» que es una. Y que se deja llevar por los sentimientos.

—Pero usted tiene una alma que la vela.

—Sí, mi hijito muerto. Manuel se llamaba. Con unos ojazos y una mirada de perro *agachao*. Y agradecido.

El niño murió antes de la guerra europea, pero la *Aproximación* sigue viviendo con él. Las echadoras de cartas se lo confirman. Vela por ella, nota siempre la humedad salivosa de su hombro izquierdo. Por la noche tiene grandes conversaciones

con el cabezota bobo.

—Si a mí lo que me pasa es que no soy tan tonta como parezco. Pero como lo parezco, me tratan como idiota. Y me lo creo. Los *engaños* son ellos. Porque lo que es a mí... El bandarria de mi hermano cree que se va a salir con la suya. Va listo. A la chica le tira aquello. Y esto será. Y tan ricamente. ¿Verdad que estás de acuerdo, pequeñín de mi alma, gloria de tu madre? Todos creían que eras tonto. Pero adentro, ¿qué? ¿O no eras tú tan listo como Romanones?, y eso que ese es cojo. Si lo que yo te digo es eso: las apariencias engañan. Lo que pasa es que todo me lo dices mirándome y yo me vuelvo boba con esa mirada de cordero, ¿verdad que sí, mi rey?

Así se dormía.

¿A quién se le ocurrió lo del «entrene»? . ¿A ella, a su sobrina? Siempre es difícil desentrañar los principios. ¿Por qué había de ser malo si, además, ella estaría allí? Y ¡buena era para que se la dieran con queso! Se veía sentada, con otras «mamas», esperando la marcha final, charla que te charla. Y el ambiente daba gusto. Podrían dejar la cochambrez de la portería, tomar un piso con luz donde tuviera canarios, como siempre los tuvo, cuando pudo. Pero ese condenado Fidel no quería dar su brazo a torcer. Claro que de cajista ganaba su buen jornal, pero había que contar con la Clara y sus ocho chavales que se llevaban la parte del león. ¡La Clara!: esa era otra historia. La verdad es que Fidel era un pinta. ¿Con qué derecho se oponía a que la chica se dedicara a lo que le diera la gana, siempre que la moral estuviese a salvo? Y él ¿qué? ¿No se entrenaba en otra parte? Con esos principios de no darle madrastra a la chica, la había cargado de ocho medios hermanos, y que no fallaba el año, viniera bueno o malo: ya se vio el 23: gemelos por si fuera poco, y eso que —para compensar— el del 25 se murió al venir a este cochino mundo. ¡Ah!, pero eso sí: madrastra no tuvo la niña. Los principios son los principios.

—¿Queda jamón de ayer?

—No.

—¿Qué pasó con él?

—Se lo comió el gato.

—¿Qué gato? No me gustan estas bromas, y viceversa. ¿Qué hiciste con él?

Se lo había comido (—Aquí todo es de todos). Pero la Feli no sabe nunca a qué carta quedarse. Cuando quiere bromear la toman en serio y a la «viceversa», como tranquiliza Fidel dejándola perpleja sin saber, aunque tiene la seguridad que no es bueno; lo de vice tiene seguramente que ver con algo que nunca pudo tragar. Se reconcome porque jamás —lo jura—, fue «viciosa». Le da asco. Incapaz de preguntar para «ilustrarse»; le parece muestra de mala educación.

Bajita y culona, en menos que canta un gallo la pobre perdió todo atractivo, a menos que la tontería pueda serlo, adargada tras un rostro que la refleja sin dudas; a través de una boca bien formada, dientes floridos e iguales, iluminados por una

sonrisa fácil, agradable, ignara; el relucir de la grasa, ganada a fuerza de pan, dañó la primitiva gracia algo respingona de su nariz; los ojos oscuros, aborregados por una miopía que se ignoraba al faltarle la necesidad de leer y el poco interés por la costura, lucen todavía hermosos. El moño bajo, mal recogido y suelto; el cutis, castigado, sin cuidados; su falta de gusto en el vestir, recibieron bendición al no tener que remediar o renovarse; que, a pesar de que dicen que el gusto nada cuesta, faltan a la verdad: peinarse, arreglarse con esmero es trabajo largo e inútil para quienes tienen bien adentrada la idea de que «lo bueno en el arca se vende». Feliciano está convencido de que todo quedó indeleblemente escrito y determinado por Nuestro Señor, que por algo lo es. Y si en eso no lo demuestra, ¿en qué? No vale rebelarse.

Fidel, en cambio, tiene un sentido «exacto y científico» del mundo. No discuten. El hombre la desprecia; ella, en el fondo, lo admira.

Feliciano no se enamoró más que de una pareja de canarios, que el «Azucarillo» —un barbián— había malvendido una mañana, por idiota. Fue la sola vez en que demostró, llevada por la furia, de lo que era capaz; le clavó un tenedor en la mano. De esa ganó la estimación de la familia. El chulo no quiso denunciarla, se curó mal y tarde. Tuvieron que amputarle el brazo y, desde entonces tuvo empleo: de organillero. Por ahí anda, por las Clavas.

Fidel y Feliciano, creen «haber venido a menos», hijos que fueron de dos actores de no muy mala muerte, ya que acabaron sus días en el teatro Lara. Ahora bien, no se fuese a fisgar de cerca a través del humo que se daban: don Fidel, padre, no pasó nunca de haber sustituido a José Santiago, una noche, una sola, aunque la indisposición del insigne cómico había sido más larga en una obrilla de Pina Domínguez; entonces se hacía teatro por horas en la «bombonera». La madre — Margarita Rosales—, como se ponía, fue otra cosa: viuda, llegó a segunda característica; viniéronle entonces como anillo al dedo las chismosas de Miguel Echeagaray, de Ramos Carrión, de Vital Aza o las castañeras de Ricardo de la Vega, Javier Burgos o de don Tomás Luceño; este último la tuteaba, de ahí el don. Con ello declárase que los retoños fueron tardíos y de la Corte que, antes, siempre de aquí para allá, de la feria de Alcoy a la de Úbeda, de la de Astorga a la de Tortosa, no hubo tiempo de pensar en echarlos al mundo.

Fue la Edad de Oro; allí estaba para ludibrio de ambos hermanos cuando algo les salía mal —era frecuente— y había que recurrir al tiempo pasado:

—Cuando mi padre estrenó el *Ambrosio de Zaragoza*. Nadie les preguntaba quién era el *Ambrosio*. Ellos lo sabían pero como si no.

—Cuando mi madre estrenó... *El Gobernador*...

En parte, por ellos, aceptó Fidel la portería, que no necesitaba de precisión: vivirían en el barrio, para ellos, procer. La proximidad a todo (el teatro Lara centro del recuerdo) y, luego cuando se restó la legítima y se sumó la *Aproximación*, la

ventaja de que no les conocía nadie. Feliciano, aunque había hecho, de tarde en tarde, alguna incursión en la calle de Jardines, había ejercido en los barrios bajos, y Fidel, antes, vivió más allá de la Glorieta de Quevedo.

La calle de Valverde es una isla, o un istmo, recoleta. Con Fuencarral «a un paso»; la Corredera «ahí, al *lao*», bajando: «Cruzas la del Barco y la de la Ballesta y ya estás». Ambos habían nacido en la calle del Desengaño, «cuando todavía existía»; ahora estaban «como quien dice puerta con puerta con la Gran Vía».

—¿Qué os parece la Telefónica y eso del *Madrid-París*? Como en Nueva York.

Ese almacén de novedades, recién inaugurado, era el paraíso de Feliciano. Que no la buscaran en otra parte si se desaparecía de su obligación zaguana.

Fidel cenaba pronto, porque trabajaba de noche en el periódico.

—¿Aún no ha vuelto la chica?

—Sabes que hoy sale más tarde.

—Es que es más que tarde.

—¿Qué te figuras?

—Nada. A ver si a estas alturas me tengo que arrepentir.

—¿De qué?

—De tenerte al cuidado de la Marga.

—Sabes que antes me machacarían que permitir que nadie le tocara un pelo de la ropa.

—No se trata de eso.

—¿De qué entonces?

—Es que para ti sólo existe la...

El bueno del cajista sopesa el aire con el cuenco de la mano izquierda, acercando la cuchara a la boca, con la contraria, ahorrándose «cachaza».

La mujer se sienta frente a su hermano que está en lo cierto: no puede comprender que se haga sino lo que le viene en gana, sin molestarse.

—Lo primero que debes hacer es dejar tanta «prevaricación», el tinto, y acabar de una vez con tanta faramalla; que te está comiendo vivo.

—De eso ni pío: es cosa mía.

—Eso supongo.

—¿Quieres que te rompa la boca? La Clara...

—Podrías ir a dormir allá tus jumeras.

—No me vas a dictar tú mi proceder. Lo que digo es que si a la chica le pasara ni tanto así —y señalaba el hilo de buena suciedad de la uña de su índice derecho con la de su pulgar, esa sí, cochina de plano; que el plomo tiene eso: nutre pero ensucia— tú...

—Te crees que soy tonta. Lo que he visto.

—No ves tres en un burro.

—Además, ¿por qué no se lo dices a ella? ¡Ahí la tienes! Margarita entra en la portería.

—Haberle dado una carrera... —susurra la Ex, que sabe recargar.

Una punzada, cada vez que se acuerda o se lo echa su hermana en cara. «Una carrera, aunque fuese de maestra nacional: una carrera, la ilusión ilustrada. Ser alguien; la cultura lo remedia todo. ¡Ay de los ricos el día que el pueblo —todo el pueblo: el carnicero, el albañil, el basurero, el peón, la costurera— sepan leer de corrido! Entonces acabarán todas las desigualdades. El que tiene una carrera ya anduvo más de la mitad del camino, dándoles alcance a los señoritos, poniéndoles el pie donde más les molesta; introducidos en el mundo dorado de la cultura: esa diosa que rige el universo... Y no digamos cuando mandemos nosotros...».

—Haberle dado una carrera.

No poder: reconcomerse. Ahora sí, ahora tiene ciertas relaciones; ahora, tal vez, podría. Pero es tarde. ¿Cómo «hacer el ingreso», ahora, ya mujer, y tan bonita? El tiempo le ha jugado una mala partida.

—Ya estaría acabando el bachillerato...

No: modistilla.

—Llámelo usted como quiera, compañero, y no me venga con paños calientes: mi hija es una modistilla. No, no estudia ninguna carrera. No va a hacer oposiciones a bibliotecaria, como la hija de Bibiano, el protegido de Largo Caballero. Conque: mutis y punto en boca.

Cáncer que le roe el estómago.

—Hola, padre.

II

Todo en ella tiene dieciséis años, primavera pura. Ya hecha, un poco más grande de lo que le corresponde. En su punto. No irá más allá.

La frente ancha, los ojos anchos, la boca ancha da a su perfección un aire extraño: nada se le va, redonda. Morena, con un lunar bajo la comisura izquierda de los labios en la entrada de la barbilla puntera, que encierra en un fino paréntesis su cara sola. El pelo en melena, como empieza a ser moda. Gusto que escandalizó, sin que los familiares se atrevieran a pasar del reproche; la variación en lo acostumbrado punza a quien tiene mediada la vida:

—Pero, mujer...

—Pero, Marga, ¿qué has hecho?

Fidel y Feli admiran ciegamente —si se puede decir— a la muchacha, portento que empieza en las fronteras de lo incomprensible, perdiéndose en el infinito. Sin comerlo ni beberlo, viven del humor de la maravilla casera. Los remordimientos del portero —*in partibus infidelium*— la tienen a su base, tal como los pensamientos de la Ex penden y dependen de ella.

Margarita supone la vida fácil, al alcance del deseo. El tener que ganarse la vida en medio de trapos elegantes la curó, desde muy joven, del deseo de grandeza. El cine le gusta, pero poco. El teatro es otra cosa; pero la tradición familiar la lleva a fijarse más en los cómicos que en las obras:

—¡Cómo lo ha dicho! ¡Qué traje! ¡Vaya bache! Se equivocó. ¡Qué bien! Santiago no ha tenido tiempo de cambiarse de traje...

Siempre tuvo más interés en saber cómo estaban hechas las cosas que por las cosas mismas: le parecen sencillas y naturales.

Pudo haber abusado de su poder familiar para conseguir caprichos; no los tuvo. Sentó cabeza desde que tuvo uso de ella. No quiso más que lo que podía conseguir. Nunca pidió la luna.

—No sé de dónde ha salido.

—Como saberlo sí que lo sabes. Lo que no sabes es cómo te salió, pedazo de atún.

Les imponía. Desde que lo supo le pareció natural. No sólo con ellos, con todo y todos. Comprende que comprende lo que los demás no comprenden, mientras no se trate de números o letras; las novelas la aburren, las matemáticas le parecieron inútiles, más o menos como la historia y la geografía. Más adelante, rectificó su parecer, sin llegar a mayores. Lo suyo —posesivamente— es lo de todos los días. Viendo claro, desarma al lucero del alba.

—Usted quiere lo que no le puedo dar. O: —A la vuelta lo venden tinto. Y, sin recurrir a lo tajante, en otros órdenes:

—Lo que quiere la señora de Gálvez, es lamé de plata. Más: —El fulano del 28 se entiende con la del tercero derecha del 17. Vista.

Con el tiempo, afinó su sentido de la proporción y su gusto, va sordamente proclamado por la sencilla ropa que se corta. Cree en Dios con naturalidad, y en todos los santos, sin entrar en complicaciones. Si no ¿quién ha organizado su mente?, no digamos lo que ve. Dándose cuenta de los malos resultados de la arrogancia, su primer cuidado: no despuntar de aguda. Difícil de creer, pero es así, a los dieciséis años.

—El que se te lleve, se llevará la gloria.

—No se me llevará nadie.

También en eso rectificó, pero es bien de la juventud creerse intocable. Hecha y derecha, no duda, falto su magín de perspectivas. Hoy lunes, mañana martes; luego, Dios dirá.

Cuando una buena mañana, se hizo mujer, su tía intentó explicarle. Cortola sin más:

—Ya sé.

—¿Quién te lo dijo?

—¡Uy! ¿Usted cree que soy tonta?

—¡Qué va!

No se habló más del asunto. «Un portento. Y a lo peor, un gañán o un sinvergüenza... No lo ha de permitir esta hija de su madre, antes me matan. Mi sobrina ha nacido para señora. ¡Qué señora!: para señorona, de lo más, con todo y todos». Feliciano se ve de carabina, vestida que da gloria, bien comida, bien dormida, con su niño al hombro, hablándole entre holandas almidonadas. Porque uno de los sueños de la Feli es dormir entre sábanas cargadas de bordados y con grandes letras realizadas que manifiesten inequívocamente su pertenencia. Mas no era esto, con ser tanto, lo que le importaba, sino lo gran señora que sería indubitavelmente su sobrina: ella no había nacido más que para servirla. Y si acerca de que llegara a «entrenadora» el niño Manuel no soltaba prenda, del futuro respondía: Mágina llegaría a vivir en el principal derecha de una casa del barrio de Salamanca.

Claro que se interfería el problema de Mercedes. Mercedes, la *Cerrilla* (primero la llamaron *La Cerilla*, por sus poquísimas carnes, luego le doblaron la erre por lo tozuda, no siendo más que respondona). No pasaba del metro cuarenta, última de las aprendizas del taller. Con catorce años era el quinto retoño de una retahíla que no tenía trazas de acabar, plantada por un bombero en el seno de una ex-camarera de hotel, que había conocido en condiciones trágicas, hijas de su profesión. Benito Ordieres era un hombre severo que se pasaba el tiempo libre del cuartel luchando con su prole, que no le hacía maldito caso, por el número: no acababa de reprender a Pepito cuando se le insurreccionaban Agustín, Pepita, Santiago o algún otro u otra.

Virtudes, su oíslo, es buena, con un solo defecto: su pesimismo; más: su agorería: todo saldría mal.

—Ya verás, se te romperá en seguida.

—Yate lo dije: se constipará, a la fuerza. Y las bronconeumonías...

—De ésta no sale.

—De eso no puede salir nada bueno.

—Me da mala espina. Esto no puede seguir así. Ya verás.

No que tenga mal concepto de la vida —¡qué va!—, pero todo lo ve bajo un ángulo catastrófico, como si nada pudiera tener buen fin, por fuerza mayor.

—Ya verás, se te quemará.

—Lo que pasa es que tú no conoces a la gente. Ese es incapaz de hacer un favor.

—Pero, mujer...

—Ya verás, no te pagará. Lo que pasa es que eres tonto y te fías de cualquiera.

—A ti, ¡qué te han de subir el sueldo!

No que crea en las de malas, sino que no hay nada bueno fuera de la familia. Menos mal que llena el mundo; prolífica, no lo son menos sus ocho hermanas y hermanos, y le viven cinco tías casadas. Todos con hijos y nietos que da gusto ver y oír citar por su nombre, sin equivocarse.

—Paquito cumplirá seis años el 7 de abril, a ver si os acordáis de felicitarlo. Juanito quince, el 9; Manolo, el 15, sus trece, como Jaimito, pero en el mes de mayo. ¡Niña, no te subas ahí, que te vas a romper una pierna y la que tendrá que cuidarte será yo! Lo que le decía ayer a la Angustias: todos son disgustos, ¿para qué habrá nacido una? Los hijos son la maldición de los pobres. Agustín cumplirá seis meses dentro de nada. El lunes es el santo de la tía Gloria, a ver si os acordáis, descastados.

Mercedes huye en lo posible de su casa, por los trabajos; no se despega de las faldas de Márgara, deslumbrada. Morena como no cabe más; chiquitísima, pero con todo a la medida; ojuelos brillantes, negrísimo que, a pesar de lo fosco de la piel, relucen, contrastados por el blanco del ojo. Aficionada a los colores brillantes, en consonancia con su voz aflautadísima, tan alta como desvergonzada.

Su pasión por Márgara no tiene más límites que los que le marca, con dureza, la Feli. Úneles el objeto de su devoción que, al mismo tiempo, las divide, celosas. Sueltas de lengua las dos las apacigua tajante la propia Márgara, no sin refunfuños.

—No le hagas caso, es una tía correntona que se *afigura* que hoy es como hace cuarenta años, cuando era lo que no hay que ser.

—No sé cómo no te despegas esa sanguijuela, que sólo va a lo suyo y te chupa la sangre.

Ahora, al ver, oler y oír el panorama y la bronca, Mercedes no pasa del umbral de la portería.

—Bueno, Márgara, mañana paso por ti. Abur y que la compañera te sea leve.

Viene a buscarla todas las mañanas, por el gusto de estar más tiempo con ella y salir un cuarto de hora más temprano de su casa.

—Así te pise el primer coche que encuentres, chinche —dice la Feli, siempre amable.

—Usted lo pase bien, doña Aproximación.

Se va corriendo por el zaguán antes de oír la reacción de la aludida. Lo de *Aproximación* la sacaba, con razón, de quicio. El mote se lo pegó el repartidor del ultramarinos de la esquina de San Onofre. En tiempos pasados, la ex pareció gustar de verle cuanto más cerca mejor. Pero cuando el adolescente quiso «cobrar el gordo», tuvo que oírla.

¡Grandísimo *desvergonzao*! ¿Qué te has creído? ¡Habrase visto! ¡Cría cuervos y te sacarán las entrañas! ¿Te das cuenta de que podría ser tu madre? ¡Cómo está la juventud! ¡No me extraña que España esté como está! ¡A matar moros, joven! Y un poco de respeto por el piano, gusano garbancero. Las manos te las guardas por donde te quepan. Aquí no se toca ni por aproximación.

El chico se quedó viendo visiones, haciéndose cruces. Ella, a los cuarenta, para él, una estantigua; lo de meter mano, costumbre, para que no dijeran. Por otra parte, no era muy mirado; ni su sueldo daba para más. Le hizo gracia la última frase, la hizo pública. Algunos, entre ellos Mercedes, guardaban el apodo para las ocasiones.

Las jóvenes del 18 bis abrieron los ojos de la Feli acerca de las *girlles*, que no eran cosa de su tiempo. Eso de que los hombres pagaran por sólo bailar, dejando lo demás a mejor estipulación o a las verdaderas ganas —en las que ella no creía—, le pareció invento superior, muestra de lo adelantados que estaban los tiempos. Habló con su confesor, que era, además, de sus grandes confianzas:

—¡Qué cosa no inventarán!

Sí, hija, sí.

—Todo eso, y los Comités Paritarios, lo ha traído Primo de Rivera. Ese tío siempre me fue simpático.

—No, hija no. Esas entrenadoras, o como las llames, ya existían antes. Cosas en las que no debemos metemos. Y menos tú, que estás de vuelta. Y espero que para siempre.

—Descuide, padre. Ya estoy curada. Pero antes, en mi tiempo...

—Que era el mío...

—¡Bah! Los curas no tienen tiempo.

Para ella las sotanas eran sagradas; cuidó de no descubrir sus intenciones al clérigo. Confesaba cuanto había hecho —a lo hecho, pecho—, pero nunca pudo convencerse de que las intenciones fueran dignas de arrepentimiento. Machaca:

Yo voy contigo a la entrada y a la salida. Y bailar, ¿qué cuesta? Un tango aquí, un pasodoble allá, un charleston, una polca, una machicha y vengan *tiquetes*. A ti te gusta bailar, le das gusto al cuerpo y, además, te pagan, ¿qué más quieres? Con ese palmito que Dios te ha *dao*, ganarás lo que te dé la gana, y los dejas a todos con un palmo de narices. Total, ya me he *enterao*, puedes escoger tus horas: de cinco a nueve o de ocho a doce, o —si quieres, que no querrás porque es mucho moler— de cinco a doce. Puedes ganar hasta cinco duros diarios. Y nada de nada, ¿eh?, de cinco a nueve, lo chipén. Estudiantes, total *ná*: niños de teta.

—¿Y quién cuida la portería?

—Tú, déjame a mí el busilis. A las cinco, Juanito, el de la Elisa. Si viene tu padre antes de que yo vuelva, le diré que fui a un *recao*, o al *Madrid-París* de mis pecados, o a buscar la leche para doña Clementina, o al chinchín del demonio. A las nueve se

estará aquí Luz, mientras voy a buscarte. *Tutti fruti*: y el poco lacha de tu padre, tan contento. Corazón que no se entera...

Margarita lo pensó, lo piensa, lo volvería a pensar. No se decide nunca a cierra ojos, menos para cosa tan grave. La costura no es camino ni le llama la atención. Le molesta —en todo— probar. Más: probar a las demás. ¿Qué le importa saber si la señora de Bullejos tiene un corsé francés que le disimula la falta de un pecho? Los chismes no la divierten. Que el marqués de Durcal paga las cuentas de Manuela Castellanos, ¿y qué? ¿Qué doña Salvadora Sanromán quiere hacerse un traje «igualito en todo» al de Joaquina Pellicer? Si se tratara de artistas de teatro, aunque fuese de zarzuela... No se interesa por los trapos —limpios o sucios— de los demás. Se basta, conformándose con verse crecer y con lo que está a su alcance. ¿Qué tiene que hacer en la «alta costura»? Cortar y coser, en sí, no son gran cosa. ¿Dedicarse en cuerpo y alma a la portería —o porquería, como dice su tía?— ¿Entrar de vendedora de abanicos o de bisutería en casa Aleixandre, como se lo ha propuesto Teresa Ramos? ¿Ser dependienta aunque sea en el *Madrid*?

París, como le ha ofrecido el encargado de la sección de juguetes, hace ocho días, en el portal, cuando cayó ese aguacero del demonio. ¿Servir en casa Molinero, como se lo indicó Pepita Cuadras, que lleva allí seis años? Atenta ocho horas a deseos extraños... Servir, servir, servir. Si supiera escribir a máquina, si supiera idiomas... Lo de «taxi-girl» no es de desechar así como así. Cierta independencia. No depender siempre de la misma persona. Bailar. Los *aprovechaos*. Perdería reputación. Pero mientras ella se estimara... La honradez no depende de los demás, sino de una misma. Claro: su padre. No lo iba a tragar. El no haberle dado madrastra, el que la Clara viviera la perra vida que le daba... no tenía derecho a jugarle esa mala pasada. ¿Qué malapitada? Ninguna. El qué dirán... había nacido honrada y honrada sería. Quedaban las apariencias, las cochinas apariencias. Por lo visto, para los socialistas, las apariencias son muy importantes.

Lo discutió largo y tendido con su rémora. Mercedes está en contra, por egoísmo. No quiere que deje el taller, por no perder su compañía. No hay posibilidad de que siga su suerte en el salón de baile: demasiado poca cosa. Además, aquello es un lugar de mujeres «malas».

—Si no caes hoy, caes mañana. Los muchachos van allí a pescar. Y te meten mano que no quieras saber.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Uy!... Lo que te conviene es pasarte a casa de la franchuta de la Gran Vía. Me llevas, y tan contentas.

Margarita decidió hablar con la Clara.

Fidel tiene a su concubina como castigo. Cilicio. Gorda, fea, más buena que el candel del que está hecha: cuatro libretas que se echa al cuerpo cada día, llueva o

truene, sin que falten sus abultados y variados adentros. ¿Quién se los niega si siempre está en estado de promisión? Clara, muy amiga de la difunta legítima —un ángel, un ángel con mal carácter, pero un ángel—, no tuvo reparo en aliviar —aun de luto— al desconsolado, lo que no obvió para éste, cada vez, tuviéralo como falta a la desaparecida, que de ese calibre fue el amor que tuvo por la madre de su hija. La conoció niña todavía; no tuvo más norte hasta que se casaron, doce años después. La mató un automóvil, en la calle de Alcalá, el año 15, frente al Ministerio de Hacienda. Margarita tenía entonces cuatro años. Fidel malhirió al chófer cuando dio con él: fue proceso muy sonado. Lo echaron a la calle. Los jurados quisieron dar así aviso a los conductores de Renaults —fue un Renault el asesino—, y, de paso, a los de otras marcas que por entonces, como resultado de los beneficios de la guerra europea, se multiplicaron por las calles de Madrid. Además, el joven viudo estaba arrepentido: —Creí que sentiría alivio al coger por mi cuenta al causante *efectivo* de mi desgracia. Pero no hubo tal cosa, señores del jurado. Mi pena cada día es mayor. Impónganme la que sea, no será más grande.

Tras estas declaraciones y otras de diferente estilo, pero de igual claridad, la señora Clara no tuvo empacho en entregarse en prenda de tan gran amor por su finada amiga; aunque el cajista jamás le hubiera dicho que se moría por sus pedazos, en aquel entonces de mejor ver.

Margarita quería entrañablemente a su padre, primero porque lo era y luego por su humildad y hombría de bien. Le molestaba que no se hubiese atrevido a decirle la verdad de sus *prevaricadoras* relaciones *mornáticas*, como las calificaba su tía.

Oficialmente ignoraba el contubernio. El meter la *faramalla* en casa, tan tarde, sería echar en cara a su progenitor no haberlo hecho antes, adornándose con glorias de bondad que no tenía por qué ostentar. Dejando aparte los trastornos materiales, que no serían pocos. Pero, pasándolos por alto, se le ofrecía una oportunidad de «legalizar» la situación. Por lo legal siempre se podía convencer al señor Fidel.

III

—¡Margarita!... Pasa, pasa, tantísimo bueno por aquí... ¿A qué se debe? Perdona, está todo por el medio. Pero mira... ¿Cómo había de pensar...? ¡Tanto bueno!... Siéntate. No, ahí no, aquí estarás mejor... ¿Cómo estás? ¿Y tu tía? ¡Qué barbaridad, ya eres una mujer hecha y derecha! Perdona como está la casa, pero va

ves... Con tantos críos que no la dejan a una en paz... Si tu pobre madre, que en paz descanse... ¡Pero qué requeteguapísima estás!

No conocía la casa más que de oídas, pero bien; en la calle de la Ruda, cerca ya de la ribera de Curtidores, y, por la lengua de la Feli y algún asomo recaderil por el zaguán, a los ocho churumbeles: Paloma, Clarita, Juan, Carlos, Melania, Tomasita, Felipín y Andrés. El tuteo venía de lejos: anterior a tanta generación. Hacía años que no veía a la Clara. No la conocería, ensanchada por todas partes.

La casa no era mala, pero desastradísima todo por el medio.

—Felipín estate quieto, Juan deja en paz a la señorita. Melania acércate a la esquina y tráete un litro de lejía. Perdóname, pero esto es un purgatorio. No sabes lo que me alegro de verte por aquí. Ya sabía, ya, lo requeteguapísima que te habías puesto. Un día te vi, desde lejos, por Hortaleza.

—¿Por qué no me llamó?

—Me dio reparo. Bueno, reparo no, acharo.

Ahora, dándose cuenta de que hablaba con la hija del padre de su prole le entró vergüenza. Calló.

—Bueno, mire, señora Clara:

—Apéame el tratamiento.

—Bueno, mire usted, Clara, yo creo que sobran preámbulos (vástagos eran los que sobraban).

—Tomasita: ¡cochina!, quítate de ahí. ¡A lavarte la cara! ¿No te da vergüenza? ¿Qué va a decir de ti la señorita?

—No me llames señorita. Dime Margarita, Márgara o Marga, a tu gusto. ¿A ti qué te gusta más, Paloma?

—¿Y cómo sabes cómo me llamo?

—Niña, ¿de dónde sacas tanta confianza?

—Pues si ella no la tiene, ¿quién la va a tener?

Clara bajó los ojos, doblándose de lado —de frente, imposible— para rascarse un tobillo.

—También tienes razón.

Agachada, miró a Margarita. De pronto dio un salto con una agilidad insospechada y derramando lagrimones empezó a besuquearla.

—¡Ay, si me viera la santa de tu madre! ¡Ay, hija de mis pecados! ¡Lo que es la vida! ¡Márgara, hija mía, no sabes las horas que tengo pensando contigo!

Hipaba. Se secó los ojos con una esquina del delantal que tenía de todo menos de limpio.

Margarita trataba de consolar a la mole.

—Vengo a hablarte de otra cosa.

Clara cambió por completo, dio dos pasos para atrás, se afirmó apoyándose en la

tabla de planchar:

—Lo que quieres hacer es una barbaridad. Eso no lo hacen más que las tiradas a la calle.

—No lo creo.

—Pero tú, ¿por qué?, ¿qué necesidad tienes?, ¿no estás tan ricamente?, ahí está tu tía, tu padre, yo si quieres, para servirte en lo que quieras, en lo que necesites, ¿qué más necesitas? Tú pide por esa boca.

—Es lo que no quiero.

—¿No te gusta coser?

—No.

—Pues, haz otra cosa.

—¿Qué?

Qué sé yo; lo que se te ocurra: nada.

—¿Y quién me mantiene?

—Tu padre.

—Con vosotros, no le alcanza.

—Pero, hija, tú eres lo primero. Y perdona la confianza, pero el recuerdo de tu pobre madre, que en gloria esté... hija, hay mil cosas: si coser no te gusta: borda, monta pantalones, uniformes, como yo. Si quieres, mañana te presento al jefe del taller. A destajo; te estás en casa, tan ricamente. O vas a la Brelitse, a esa escuela, como se diga, y estudias para despacho... ¿No te gustaría de vendedora en una sedería? A mí me encantaría; estar tocando telas finas, de la mañana a la noche, de esas que se deshacen en la mano como si fuera crema dulce...

—Vine a proponerle un cambalache.

Clara, en un hilo.

—Tú me ayudas a convencer a mi padre de que me deje probar —sólo probar— eso de entrenadora.

—De ninguna manera.

—Y os venís todos a casa.

—¿Qué? ¿A la portería?

—Sí.

—¿Cabremos?

—En el *terrao* hay una habitación...

Se ilumina la cara de la pepona: su ilusión más cara, cumplida. Porque casados, lo están sin que lo sepa nadie. No es Fidel hombre de tapujos, aunque callado. La señora Clara Mendoza, lo es de Muñoz. ¡Vivir en la calle de Valverde, en el mismísimo centro de la capital, en lo más alto; no como ahora embutida en los barrios bajos! Pero no es posible. Armará un escándalo. No puede acabar de creerlo. Fidel sería capaz... ¿capaz de que? Capaz de *ná*. Porque...

—¿Qué me dices?

—Yo...

No tiene nada que decir. Está deslumbrada, todo le da vueltas. En ese maremágnum surge la chispa de una idea, que no puede *desapartar*: la visita de la hija de su marido ha sido *propincuada* por el propio Fidel. Sin eso ¿cómo explicar el que Margarita se haya *molestao* en llegar hasta acá?

—Hija, yo no tengo más voluntad que la tuya. Como no sea la de tu padre... (Iba a decir, llevada por la emoción, «que en paz descanse»).

Poco más o menos sería así. Estaba segura. Podía suceder que no estuviera: con volver una hora más tarde... A lo más, podía haber ido a entregar la faena. ¿Qué le dirá a su padre? ¿Qué caso le hará? ¿No echará los pies por alto, parándola en seco? ¿Por qué procurarse ese disgusto? ¿Por qué no hablar primero con él? Cara a cara. No hacer las cosas de mala manera, nunca. Nunca. Entonces ¿para qué ir a verla?

Duda. Le molesta dudar. Le duele. Mejor baja ahí, en Sol, se vuelve a casa. Además, tiene tiempo para pensarlo. Lo mismo da hoy que mañana.

Baja del metro. Sube por Montero. Ponerse la Montero por ídem —¡qué chula soy!— y subirla.

Hace un día hermoso y frío. El cielo tiene una nube, justo enfrente, entre Fuencarral y Hortaleza.

Una nube pequeña, muy blanca.

«Al fin y al cabo, ¿por qué tengo que pedirle permiso —o el paraíso— a nadie? ¿Me lo pidieron para traerme al mundo?».

Margarita cruza con cuidado y empieza a subir por la acera de la izquierda. El cruzar las calles tiene sus bemoles para la familia, más para Fidel, que siempre recuerda el accidente de la difunta. ¡Qué mujer!; no exageraba.

A Mágina no le gusta la moda de hoy, con el talle tan bajo, en la caderas. ¿A quién favorece? Cuanto menos modas mejor. ¿Qué quiero decir con eso de que «cuanto menos modas mejor»? Soy tonta. ¡Qué bonito, este abanico! Tampoco está mal ese collar de cuentas de color, por lo menos se podrán dar cinco vueltas alrededor del cuello. También esto es moda. Todo es moda.

Pasa del escaparate de la bisutería a uno de guantes.

«Lo malo es que no puedo ir sola. Ni entrar comprando tiquets. Tengo que ir con alguien». Un hortera, con desparpajo, alargando el cuello:

—Paloma, vámonos volando.

Menos mal. Los piropos. ¿Cuántos le soltarán de aquí a casa? ¿Cinco? ¿Seis? Juega. A veces acierta. No es supersticiosa pero se alegra si adivina.

No tiene novio, ni lo ha tenido. La belleza, si mucha, asusta. Los mozos se echan para atrás. Demasiado guapa para novia. Broncas seguras. Además, lo hermoso impone respeto para tratado de tú a tú. Las feas se casan lo mismo que las guapas;

más difícilmente los extremos. Piropos, sí; múltiples, exagerados, brutales; lo que no le da mejor opinión de los hombres. Su padre aparte, que no es dechado.

¿Por qué se me ha metido eso en la cholla? ¿Pura curiosidad? Es posible. ¿Porque es lo más parecido a una casa mala? Todos sabemos lo que pasa en el 27. Y la noche que cruzamos por aquí, por la calle de la Aduana, el marica aquel, en una puerta, llamando a otro:

—¡Oye tú! Vestido de mujer. (¿Qué puerta? No se puede reconocer: lo que va del día a la noche). ¡Qué asco! No ir sola. Convencer a alguna compañera. ¿A Aciscla? Ni pensarlo. ¡Qué cara pondría! ¿Qué tiene de malo? Bailan. No tienen con quién bailar, o quieren aprender y van. ¿Se enamoran? Su dinero les cuesta. Todos se querrán aprovechar. Mañana les dejo irse de la mano... ¿La dejarán defenderse como acostumbra?

Sonríe, frente a una sombrerería, acordándose de la última bofetada del 2. El 2, un tranvía, y la bofetada a un viejo de unos treinta y cinco a cuarenta años, muy elegante —eso creía él— con botines, guantes, bastón y bombín. La que se armó. A más de la aprobación unánime de las viajeras.

—Hay cada tío por ahí...

—Señorito tenía que ser.

—Bien hecho. A ver si aprenden.

El hombre no supo dónde meterse, por poco se cae al tirarse antes de parar el convoy, empujado por las bromas del pasaje embravecido por el gesto de la muchacha.

«Ahí van dos que visitan todos los días a los Miralles. Deben de ser novios de las chicas. Estos u otros. Porque son cinco o seis. Si los encuentro en el baile ¿qué cara pondrán? Ya no me enamoraré. Es idiota que lo diga. Pero ya no. Por eso puedo trabajar de “taxi-girl”. Ya no me enamoraré nunca. Soy tonta».

Se acuerda de su amor: hace cinco años. Le duró dos. Acabó cuando se hizo mujer. ¡Si mi padre supiera que estuve enamorada de un cura! Se llamaba Cándido, un nombre feo. Guapo.

Dobla hacia la plaza del Carmen, para tomar por las Tres Cruces. Si no acorta camino, hay menos gente. Mucha, no le gusta.

«Pues vas servida, allí debe de haber cola y tropezones a granel. No me gusta la gente, sí las personas; saber cómo son. Hablar. Bailando se habla ¿o no se habla? Eso dependerá. ¿Por qué relacionar el baile con la mala vida? Me divertiré ganando más dinero que ahora. ¿Entonces? Pero ¿quién convence a mi padre? Equilicuá...».

La Gran Vía, la Telefónica, la calle de Valverde. Al enfilarla, allá al fondo, dando vueltas, tras la bajada, al 32.

¿Qué hago? ¿De qué me sirve coser si no me gusta? ¿Qué? Dentro de unos años establecerme por mi cuenta... Ni qué decir tiene. ¿Y qué? Vestir a los demás para que

luzcan, aguantando mil impertinencias: que si me estira por aquí; que si encoje por allá; que me cae mal; que no me sienta; que me engorda. ¡No le va a engordar, señora, si está usted como una vaca suiza! Que si esta sisa, que esta lorza, que este relleno... Y de rodillas: a ver esta caída, este redondeado. ¡Y ese hombro!

Probar a las siete, probar a las seis y media; entregar el traje a las ocho. Que no va a estar el traje para el lunes a las ocho y media. ¡A las seis sin falta, que se casa mi primo Perico! ¡Qué se vayan al cuerno!

Las casas, de tres pisos, dan aspecto señorial a la manzana. Largos, anchos balcones de hierro, sencillos; piedra gris, grandes portales: altos, hondos, anchos. La portería al fondo, de buen ver. La escalera arranca a la derecha, fácil de subir, los escalones bajos y reposados. Manos doradas sirven de aldabas en las hojas —abiertas de par en par de la mañana a la noche— haciendo juego con una bola de cobre, plantada al principio del pasamanos. Manos y bola son el orgullo de su tía que, al paso, las empaña con su aliento, las frota con cualquier cosa a cualquier hora, dejando aparte la limpieza «a fondo», con «Sivol», los martes y los viernes.

En la planta baja, a la derecha, un negocio de pianos, venta y alquiler, de poco movimiento. Lo lleva don Ricardo Alcocer, en su tiempo clarinete del Real. Ahora, acabado, muy echado para adelante, doblado, medio sordo, se pasa el tiempo refunfuñando de su afinador Rigoberto Cuenca, de su misma proyecta edad, un poco menos duro de oído, lo que no parece virtud adecuada a su oficio. Viven juntos y mal.

A la izquierda, la casa de antigüedades de don Ulpiano Mirando, que tampoco recibe muchas visitas pero hace buenos negocios; prestamista para ricos, susurra la *Aproximación*, que no sabe de la misa la mitad. Don Ulpiano tiene cincuenta años, todavía de buen ver, raya en medio, mofletudo, gordillo, de alzada menos que regular. Las orejas pequeñas y el oído fino. Hace mucho que sigue a Márgara con la vista, la saluda muy obsequioso. Ella le corresponde, como cuadra a la hija del portero.

Une a los músicos —además de toda una vida— el odio al anticuario. Don Ulpiano quiere, desde hace años, quedarse con el local de los «pianistas». Pero el administrador de la casa —don José Manzanares y Custodio— se atiene a las viejas usanzas. En el principal derecha vive don Daniel Miralles, pintor, académico, con su familia.

A cualquier hora, la calle de Valverde parece de provincia. No que no sea madrileña —lo es como la primera—, pero entre la bullanguería de la de Fuencarral, la algarabía de la Corredera, el tráfico de la Gran Vía, da la impresión, a los pocos que por ella transitan, de un regreso a tiempos pasados; vuelta atrás, como si, todavía, en vez de la avenida de Pi y Margall y de la de Eduardo Dato que empieza a continuarla, la Gran Vía fuera aún la calle del Desengaño.

En cien metros se retrocede cien años. Todo callado, serio, gris, blanco, negro, las sombras más acusadas. Las luces municipales no pasan todavía, ahora, en 1926, de

los faroles de gas, adosados, de trecho en trecho, a las paredes de las casas quintañonas de las que sobresalen las oscuras vigas de los aleros cortos. El silencio es grato.

—Antes, cómica —sentencia Fidel Muñoz.

—No creas que no lo he pensado.

—Esas son tan tiradas como las otras —apunta *La Cerilla*. Se arma:

—¡Niña! ¡No blasfemes!

—Dejarla, ¡no sabe lo que dice!

Buena era la niña para callada:

—¡A ver, si no sabrá una de eso! Yo y todos: ¿O qué es la Blanquita Mompou, o la Mariana Álvar, o la Rafaela Sin Tacha...? Bueno, y no digamos de esas de tantos humos que se acuestan con el Rey y con todos sus ministros y tantísimos duques y condes como hay. Si eso es de lo peor.

—Niña ¡qué estás buscando una guantada!

—Será ahora. Pero ayer... —asegura Fidel.

—¡Qué ayer, ni qué ocho cuartos!

—¡Para ya el molinillo! No digo yo que no las haya, como en las mejores familias. Pero, en general, son tan decentes como las que más y si no, ahí tienes a doña María, a doña Irene, a doña Leocadia. Es cuento de nunca acabar.

—Esas están ya para el arrastre; así, claro, no hay mérito.

—¿Pero, qué chaladura os ha dado de medirlo todo con esa vara? ¿Es que todo depende de eso? —clama Márgara—. En el teatro, igual que en cualquier otra parte, hay de todo como en botica.

Se impone el buen sentido de la muchacha.

—No sirvo. Punto y basta.

—¿Cómo que no sirves? —protesta su padre.

—No tengo condiciones.

—¿Cómo que no tienes condiciones? ¡Tantas y tan buenas como la primera que viste y calza en esos escenarios de Dios!

—Mire, padre: si se refiere a la estampa, hasta ahí le concedo. Pero de dedicarme al teatro no sería para llegar a segunda tiple. Vamos, digo yo.

—¿Quién dice eso?

—Usted.

El hombre queda callado.

—Para subir a un escenario, a enseñar lo que tanto mi madre, que en paz descanse, y usted me dieron al alimón, mejor me dedico a lo que usted no quiere. Con la ventaja de no andar pregonando lo que no quiero pregonar.

—También tiene razón la chica —dijo la Ex, que no pierde ocasión de hundir, fraternalmente, a su hermano—. No creas que a mí no se me había ocurrido lo del

teatro. Creo que si le habláramos a don Tirso...

—Calla, metaplasma. (Era otra adjetivación que la subleva, al ignorar el sentido).

—Ya habló el meticoloso.

Callarse, ya. Que al fin y al cabo, con vuestro permiso haré lo que me parezca mejor.

—Niña, que soy tu padre.

—Y de muchos más.

—Niña: un poco de respeto no le hace daño a nadie.

—¿Sabes a dónde estuve a punto de ir esta tarde?

—Tú dirás.

—A casa de Clara.

—¿Con qué derecho?

—Por lo visto es coto *reservao*.

Con la gresca, la Feli reventaba de felicidad.

—¿Sabes que eso de que seas actriz sería de rechupete? —tercia Mercedes con su voz afilada.

Ha recapacitado, se figura criada de la dama joven.

—Nadie te da vela en este entierro.

—¡Qué entierro, ni qué narices, usted habla siempre aproximadamente, doña Feliciania!

La tía —¿cómo no?— ha calculado las posibilidades de su sobrina metida en el mundo celestial del teatro, pero ahí su propia posición no alcanzaría la importancia de la del salón de baile: es del gremio, por sus difuntos, y no dejaría de haber alguien al tanto de su desdichada carrera, y ¿quién calla el mal ajeno?; por eso desechó el proyecto.

—¿Cómo iba yo a acompañarte? —dice recogiendo velas, acogándose a la insegura aprobación de Fidel.

—Este no es el problema —taja Margarita—. Para ir y venir me basto sola.

—¿Y yo, qué? —aduce triunfadora Mercedes—. Te ayudaría a vestirte. Te llevaría la fiambra...

—No sirvo.

(Siempre la palabra «servir», aunque ahora, en otro sentido. Servir, siempre como un peso).

—No me veo metida en la piel de otra.

—Pero si de lo que se trata es de que seas tú.

—Entonces no sería actriz.

Decidiéndose, de pronto:

—Tía, vamos a probar eso del entrene —y, sin dar tiempo, a su padre—: La Clara va a venir a vivir aquí.

—¡De ninguna manera!

No era la moral sino su tranquilidad la que rechinaba por todas partes.

—Pero ¿qué tiene que ver la Clara...? —dama desesperada la Feli, que ve la mayoría de sus prerrogativas por tierra.

—Usted escoge. Pero si me tiene que acompañar ¿quién se queda aquí?

—Ya te lo he *explicao*...

—Pero mal. Aquí no se engaña a nadie. Y a ver —le dice a su padre— cuándo piensa regularizar su situación, porque es usted bastante grandecito para no andar jugando a escondidas, a sus años.

Era más, piensa el bueno del cajista, ¿cómo le digo?... Era echar por tierra años de respeto, debidos a su repulsión oficial de la madrastrería. Tendrían que inventar una ida al juzgado, a espaldas de todos. Pero con esa condenada chica que las huele a veinte kilómetros... Como no se le ocurriera festejarlo en la Bombilla. ¡Qué chungo! Y el gasto, porque hasta ahora le da un tanto a la Clara, y que se las arregle como pueda. Pero la niña de sus ojos bailando con el primero que se le antoje. No, si hay cosas que le levantan a uno de indignación... No hay derecho. Le iban a oír...

Miró a Margarita, plantada en medio de la habitación como una pared. Calló. «Ya no es uno nadie».

SEGUNDA PARTE

I

Don Daniel Miralles, pintor respetado, excelente profesor, tiene cincuenta y cinco años; da clase, por la tarde, en la Academia de San Fernando. Las otorga, por la mañana, en su estudio de la calle de San Marcos, a alumnos particulares. Acuden allí, además, clientes diversos; que Daniel Miralles es retratista de fama. Su nombre, a veces su efigie, no falta en enciclopedia reciente, si la obra es en varios tomos. Bajo, rubicundo, fuerte, con la redondez apretada que dan los años a quien come con gusto y comedimiento; el pelo cano, la calva zapatera, el bigote frondoso; viste con comodidad sin que le importe un comino lo y los demás, con el resquemor callado — honda garra— de la fama de Joaquín Sorolla, su mayor en todo. No le cabe duda acerca de ello; esa seguridad le roe. Sin ambiciones terrenas, no le faltan para el mañana. Si Sorolla pintó reyes, él tiene que conformarse con infantes. Diez años más joven que «el favorito de la Huntington», tal como lo nombra, cuando no hay más remedio. Para mayor inri, del mismo barrio valenciano. Nada de lo que ha pintado le es desconocido. Le admira, pero Joaquín le ha hecho sombra toda su vida, continuará haciéndosela durante la eternidad. No hay derecho. Lo suyo es tan bueno o mejor. Más honrado desde luego. No tuvo su suerte, sin que le faltara alguna. La suerte: para desesperar a cualquiera. Si se hubiese casado con otra... (Es injusto, lo reconoce; ayer no es hoy, aunque se juzga sin tenerlo en cuenta. No se puede estar a las verdes y las maduras).

—A ti todo te da lo mismo. A vuestro padre todo le sale por una friolera.

Según Clementina, Daniel no tiene ambición. ¡Ella qué sabe! ¿Qué puede hacer? Su pintura es pintura de verdad, sin exhibicionismo, sin ganas de *epatar*. Algún día...

—A vuestro padre todo le sale por una friolera.

Don Friolera le llamó hasta que Valle Inclán publicó *Los cuernos* del ídem, lo cual hizo que la sentida cónyuge pusiera prudentes términos al alias casero. El aludido es si no el sentido común personificado algo que se le parece; malhablado de vez en cuando: lo da de balde su tierra, la humilde condición de la que salió, sin luces desmedidas. Pasados los cincuenta años, sin nada que le duela como no fuese la celebridad universal no conseguida, se siente en la flor de su vida.

Sus padres fueron alpargateros. Estudió en la Escuela de Bellas Artes, sin que nadie se opusiera. En Valencia, ser artista es profesión común y no levanta polvaredas familiares. Sábese que, si falla la gloria, queda siempre la ancha mano de la artesanía.

—¿Vols dibuxar? Apa, pues...

En seguida sobresalió —sin los largos titubeos de Sorolla, otra de las razones de su amargura— y ya, en 1893, ganó una segunda medalla. Pasó dos años en Roma, sin mayor beneficio. A su vuelta empezó una tranquila carrera rematada, en 1917, con su ingreso en la Academia. Hijo único, sus padres le faltaron temprano, el uno por accidente —una herida de aguja saquera mal curada—, la otra —decían— de la pena.

El joven pintor vivió, a principios de siglo, en una casa de huéspedes de la calle Mayor. La pintura era un largo aprendizaje, una honda maestría, un oficio como no había otro. Bastábale —en esos años— el aprecio, la aprobación de los maestros. Su admiración iba a Francisco Domingo, a Emilio Sala, a Ignacio Pinazo; no tanto a Martínez Cubells, menos a Muñoz Degrain. Los valencianos eran los mejores. Sorolla... En Barcelona, Mir y Nonell, que tenían su edad, fueron en otras direcciones. Fijo en la Corte, a Miralles no le interesaba la ciudad condal. Como a muchos valencianos, sin admitirlo públicamente, le molestaba lo catalán, su deseo de independencia —en todos sentidos—; no por las diferencias sino por la identidad. En Castilla no se sentía conquistado sino conquistador, mientras que en Cataluña hasta su idioma vernáculo le sonaba a dependiente, amén de cierto aire protector, que no sólo él resentía. Lo cual le apartó también de París; contentose con Roma, que fue.

Daniel Miralles, nacido republicano, soñaba ser pintor de Cámara. En la calle Mayor, pasado Bordadores, veía pasar a la Reina Gobernadora y los infantes. Se le iban los ojos, se hacía ilusiones, viéndose en Palacio; los más altos personajes frente a su caballete.

Regentaba la casa de huéspedes doña Paquita Ceballos, viuda de Ramírez. El difunto fue sargento de Inválidos, perdido el brazo derecho en Cuba, hasta que se despidió de todo lo demás en los muy robustos de su legítima, orgullosa de pasear, mientras pudo, del brazo de un uniforme, así albergarse muñón, había sido la ilusión de su vida, por algo sus padres fueron segovianos. Lo único comparable con su gordura era el ancho de las murallas de la ciudad natal. Su legítimo pareció de tanta enjundia, que doña Larda, como la motejaban sus irreverentes huéspedes, tenía apetito desmedido para todo y el menguado milite no daba para tanto.

La mole, con la viudez, necesitó refuerzos para los menesteres caseros, que el difunto era perla para compras y recados. Como no era afecta a desembolsos a poco que se pudieran evitar, hizo venir de Torrecaballeros, a diez o doce kilómetros de Segovia, camino de Sepúlveda, a una nieta de parientes lejanos, huérfana, de nombre Clementina, para «enseñarle lo que era la vida de la Corte» y con el señuelo de una problemática herencia no pagarle un céntimo por sus arduos trabajos.

Era la tal de estatura menos que mediana, viva, morena, no exenta de gracia con su nariz respingona, el pelo endrino, lacio y largo que, aunado a su corta estatura, le dio fama de que, suelto, se lo pisaba. Era cierto y su orgullo. Por otra parte, nada tonta, amiga del ahorro y de pensar en el mañana. Se dio cuenta de que su «tía» la había traído sin mayores miramientos como criada; le pareció natural, no aspiraba por entonces a más. Con lo que no estuvo conforme fue con las condiciones, lo cual menudeó ciertas trifulcas entre la mole y el sarmientillo que tenía genio y lengua: una guindilla. Como era de esperar de personas de buen seso, llegaron —tarde pero sin daño— a un arreglo.

No le convenía a Clementina echar las patas por alto; ya le había echado el ojo — en el mejor sentido de la palabra— al bueno de Daniel Miralles. Fue recíproco: también éste había reparado en el nervioso palmito de la segoviana. No ignoraba ésta nada de lo referente a lo único a que ha venido la mujer al mundo, según un concepto casi universalmente aceptado. Y aun había trabado muy estrecho contacto —con tal de ignorar lo menos posible: curiosa y aprovechada— con un gañán de su pueblo, de mejor aspecto que olor y condición, lo que le valió una vapuleada por todo lo bajo de su tía abuela que la sorprendió al socaire de una tapia en la más amable y vergonzosa de las posturas. No tuvo aquello más consecuencias —tras de un mes de dudas— que apresurar el viaje a la Corte.

Con ocasión de una exposición universal muy sonada, Daniel Miralles hizo un rápido viaje a París; al volver, reía comparando a Clementina con la Torre Eiffel. Había cumplido los veintiocho, su vida amorosa no pasaba de «juergas» sabatinas con amigos y compañeros o de ciertos lances con modelos hechas para todo, con las que hacía muy airoso papel gracias a que la naturaleza no había sido con él, en este aspecto, parca en su favor. No escaso de dinero gracias a algunos encargos religiosos, sin contar los retratos de los cinco hijos —a lienzo por barba— de la marquesa de Molinar, pensaba poner casa, buscar estudio propio. Ahora compartía uno estrecho con un escultor murciano y un pintor de Sevilla, tísico, que les daba mucho que hacer por su desmedida afición a los caldos de su tierra.

Ocupaba la mejor habitación de la casa de huéspedes. Doña Paquita le traía en andas. Llevado por su buen natural no tardó en cercar a la criadita, que no opuso más resistencia que la corta natural del pudor. A los seis meses supo que tenía vehementes sospechas de que sus compartidos gustos iban por caminos notables. No le cabía duda de haber sido el primero en disfrutar de los cálidos favores de la moza. La boda fue sin boato, al gusto de todos.

Al tiempo nació una niña que, como su madrina, vino a llamarse Paquita. Tres años más tarde vio la luz otra a la que correspondió el nombre de Isabel por haber hecho su padre —por entonces— un retrato de la tía del Rey, de esa gracia. El matrimonio se llevó bien, entre otras cosas porque se hacía lo que la cónyuge

disponía. Con tal que lo dejaran pintar, Daniel en nada se metía, dándolo todo por bueno. Las únicas discusiones surgían acerca del monto de los retratos, que a Clementina siempre parecían escasos.

—Aprende de Sorolla...

El bueno se encogía al castigo; variaba la conversación. Atreviose con los años a subir los precios de su arte, pero con miedo, sabiéndole mal.

—Si cuanto más pidas, mejor pintor creerán que eres. El «creerán» ardía en el estómago del retratista.

—Lo que sucede es que eres un *se m'en fot*. (Fue otro alias, un veraneo, en la playa del Cabañal. Lo de don Friolera, más tardío). A ti lo mismo te da que tu familia vaya así o asá. ¿O es que no te has enterado de lo que cobra Moreno Carbonero? ¿No sabes lo que ha pedido Morcillo a la de Vélez Ponce?

¡Morcillo, que ha sido alumno tuyo! Debiera darte vergüenza. Ahora que ha muerto Sorolla, que en paz descanse, debieras pedir por lo menos el doble de lo que cobras...

Rejalgar. La hubiera ahogado. Pero callaba. Vivían bien, sin apuros. ¿Para qué más? Lo que le importaba era la calidad de su pintura. Le remordía que no fuese mejor: pero no podía. Por entonces, ya cincuentón, se dejó gustosamente vencer por compensaciones en las que ni siquiera había soñado, muy adentro el respeto por las clases superiores. Si algo olió su mujer, lo achacó a los años. No había tal.

Las niñas no se parecían a sus padres, ni entre sí. Paquita, morena; Isabel, rubia. Si la mayor sacó la nariz respingoncilla de su madre, la afinó mucho. Los ojos le comían la cara, la boca perfecta, la barbilla partida. Isabel tenía los ojos azules, la faz redonda —Paquita, ovalada—, hoyuelos en las sonrosadísimas mejillas. Ambas, un cutis fino de valencianas finas. Se educaron bien, en colegios de nombre, lo que no fue difícil porque nada tenían de tontas.

Veinticuatro y veinte años y pretendientes de toda clase y condición. Si seis novios había tenido una, siete la otra. Hacían pinitos pintando con soltura, con cierta gracia, dando claramente a entender que no hacían sino seguir el camino trillado por su padre famoso, para ellas famosísimo. Acudían con irregularidad al estudio; allí se les acercaban —cercándolas— pintores en ciernes, de todas calañas; familiares de las mamás aristocráticas en plan de inmortalizarse, rejuvenecidas en los amables lienzos del maestro (—¿Por qué no pintarlas como fueron? Para el día de mañana, no miento. Firmo, pero no fecho—.) Iban a las exposiciones —que nunca faltan—, conocían a medio Madrid, mientras el otro medio las conocía por haber sido retratadas, cada año, por su padre. Poco al teatro, nunca al cine, jamás a los conciertos. Entre otras cosas porque entretenían una tertulia, en su casa, todas las tardes, a la que nunca faltaban, por lo menos, media docena muy variada de muchachos y los novios de tumo, estudiantes u opositores casi todos, De todo: arquitectos, médicos, músicos,

cuentistas, poetas. Pintores no, como no fuese por excepción. Ahora, un periodista: Manuel Cantueso.

Manuel, además de novio de Paquita, es sevillano, hablador, simpático, holgazán sin saberlo. Su trabajo, trasnochar. De eso vive, a la buena de Dios. Terminó el bachillerato por auténtico cansancio de los catedráticos. No pasó del segundo año de la carrera de derecho. Elemento bullanguero del Ateneo sevillano, punto de casas de juego, popular en cafés, casas de lenocinio, redactor de un periódico de la tarde, estuvo —años atrás— dos veces en la cárcel por su más sonada que formal intervención en algunas huelgas. Llegó a Madrid con aureola de mártir. Autor de un librito de poemas en prosa —*Surtidores líricos*—, la gracia del decir le salvaba generalmente del hambre y de sus acreedores. Con más novias, o lo que fuera, que ganas de comer, por aquello de las alabanzas a lo que Dios ha creado con tanto conocimiento de causa; sin contar poco ni mucho con los efectos. Manuel le hace el amor a todas las mujeres, por principio, primero por liberal y demócrata, segundo porque no ha perdido los buenos principios que le inculcaron de niño los maristas y ama al prójimo más que a sí mismo.

Conoce Madrid como la palma de su mano de tantos ires y venires, que cualquier ocasión es buena para ver mundo. Ahora bien, fuera de Sevilla «que no es grano de anís», lo mejor del universo —es bien sabido—: Madrid. ¿Para qué más? El cielo ha sido tan misericordioso que, de buenas a primeras, le plantó en la cumbre de lo creado. Con esa seguridad lo único que puede hacer, para quedar como Dios manda, es disfrutarlo, dando a las tertulias —donde la verdad tiene su asiento más sólido— lo mejor de su tiempo; sabrosos altares en los que oficia todo el día, lo demás, secundario.

No tuvo sino escoger de qué redacción vivir. Cayó en *El Herald*, como pudo haberlo hecho en *La Libertad* o *La Voz*: en todas partes tenía amigos. No pedía sino lo indispensable, poco: sus vicios, tabaco y café. Come cualquier cosa, los trajes le duran, aseado de por sí y por tradición andaluza: se lava poco, pero el cepillo hace concienzudamente su oficio con trajes y zapatos. Duerme sobre sus pantalones, semiplanchados bajo el colchón, en busca de lo que se ve: la raya. Bebe agua, que el vino le da ardores desde los doce años y desconfía del bicarbonato, panacea de tantos compañeros, sin dar con la razón de andar ingurjitando polvos de mal gusto para regoldar, acción fea según su madre, viejecilla de pelo blanco que nada ni nadie puede sacar de su casa trianera.

Manuel Cantueso sabe su oficio; lo mismo pare la crónica de Tribunales que la de Sucesos, una crítica teatral o un artículo de fondo. Seguro de ser gran escritor; el día que se decida publicará una novela que dejará atónitos a todos. ¿Por qué no? Lo improbable: que se ponga a hacerla, por el hecho físico de llenar, una tras otra, doscientas o trescientas cuartillas, con su letra menudísima, reducida a la mínima

expresión, para cansarse menos.

—Si yo reuniera lo que he escrito...

Pero una cosa es escribir de encargo, para comer, y otra sentarse frente a una mesa, aunque sea de café, sin que apure la hora «del cierre»; única a la que no puede resistir.

Nutre su inteligencia, su duende, su ignorancia que le duele —a lo más— una vez al año, con café, sin leche ni azúcar, y algún filete con patatas fritas al azar de cualquier tertulia o taberna salida al paso. Vive en una casa de huéspedes de la calle de los Madrazo que pronto le salió barata por los favores que —disciplinadamente y sin continuidad— otorgó a su dueña, ya ajadilla, a escondidas del marido, empleado triste y viejo del Banco de España, y del querido, respetable magistrado.

María Luisa Guzmán de Muñoz es para poco, tal vez porque la vida la ha zarandeado mucho. Hija de un militar que —nunca se supo de qué— murió casi de pronto, en La Coruña. Sobrevivió, con sus hermanos menores, gracias a la generosidad del Presidente de la Audiencia de la capital gallega que se la cobraba, con parsimonia, los domingos por la tarde, mientras los muchachos jugaban al fútbol en Riazor o comían barquillos en plazas o paseos. Cuando crecieron y los dejó colocados —el mayor en una carbonería, cerca de la Intendencia Militar; el segundo en un bazar y tienda de artículos marinos, en el Cantón Grande, frente al Obelisco, y el más joven a espaldas de la Ciudad Moderna, en Orzán, en la calle de la Cordelería, en la casa de un viejo chiflado que armaba barcos en botellas—, el hombre justo la casó con un oscuro oficinista. Ella se había acostumbrado a aceptarlo todo con resignación cristiana, con la secreta esperanza de entrar un día en religión. El magistrado, trasladado a Madrid, consiguió sin dificultad que Abelardo Muñoz —el marido— ingresara en el Banco de España en calidad de vigilante nocturno. No era gran cosa, aparte del uniforme y la pistola.

María Luisa se halló dueña de una próspera y recoleta casa de huéspedes que el justo varón, para evitarse molestias y otro alquiler, adquirió en traspaso a un matrimonio que soñaba criar puercos en Orense. Cada martes iba a tomar café.

Manuel Cantueso se acomodó allí por recomendación de su subdirector, gallego de porvenir. El sevillano, incapaz de hacerle daño a nadie, concedía los favores que se le pidieran como estuviera en su mano. Cayole en gracia a la patrona; no fue parco de las suyas las primeras semanas de su estancia. No tardó el ritmo en hacerse más lento, sin que la beneficiada se atreviese a presentar reclamación.

Cuando con Joaquín Dabella, Lorenzo Zavala, Victoriano Terraza y Carlos Riquelme le dio por ir a casa de don Daniel Miralles, no por amor a su semiacadémica y otro tanto impresionista pintura, sino por el palmito de sus hijas, se enamoró perdidamente de Paquita y fue correspondido. Se gustaron por las buenas y sin segundas. A ella le agradó el desparpajo del lenguaraz, su seguridad en el futuro,

cierto lirismo prometedor y el tener las manos entre las suyas, peludas, que, eso sí, más que veloso, Cantueso era hípido, de barba cerradísima, fuente de su mayor trabajo; tan cuidadoso de la apariencia. El pasar la mano por su barbilla, a la caída de la tarde, fue otro de los placeres de Paquita; del tacto rasposo se le ponía la carne de gallina. Él, a su vez, encontraba en el cutis fino de la valenciana un precioso sedante para sus nervios bien condimentados por los diez o doce cafés que, a esa hora, había ya tomado, en espera de los demás. Tan fina la piel que se le hacía agua la boca, pensando en lugares más umbríos. Además discutían sin fin, fáciles los argumentos en contra de lo que fuera y sin hiel. Charlaban, pegando hebra tras hebra. Todos se dieron cuenta y los tuvieron por novios mucho antes de que se cruzara entre ellos la primera palabra de amor que, por otra parte, nunca fueron muchas. Preferían los contactos directos a hablar de ellos; gustando de comentarlo todo se entendían sin dificultad sin estar de acuerdo. Los besos eran más difíciles, porque los olió antes que nadie Clementina que para este género de vientos era sutilísima veleta.

Rindió cuenta del sueldo al académico, que se encogió de hombros. Conocía a sus hijas y había visto desfilas con cierto interés las dos cáfilas de pretendientes.

—¿Ahora éste?

En mesa se equivocaba adrede para hacerlas rabiarse:

—¿Ya no? ¿Ahora es otro?

—¡Papá, cómo eres! Lo sabes perfectamente.

—Te juro...

—Bueno, ¿y qué? —preguntó a su legítima.

—Cómo que ¿y qué? Tienes que marcar un alto.

—¿Yo? ¿A qué santo?

—Es que ahora va en serio.

—No olvides que tu hija tiene veinticuatro años.

—¿Y qué?

—Que ya está en edad.

—Pero no con uno que no tiene dónde caerse muerto.

—No será para tanto.

—¿Te gustaría tener a Manuel Cantueso de yerno?

—Ese u otro... Lee *Papá Goriot*.

—¿Yo? —Lo toma como una ofensa—. ¿Qué tiene que ver? Tú todo lo arreglas con cualquier chirigota. No parecen hijas tuyas.

—Tú sabrás.

—¡Calla, infeliz, calla!

La ponía frenética el sólo dudar de su fidelidad. Revierte su furia sobre el pretendiente:

—No tiene un céntimo y es un perdido.

—No te preocupes: mi hija sabe muy bien lo que hace: se casará con una persona decente.

Da media vuelta hacia la pared, fíngese ido.

—Tienes que hablar con él. ¿Me has oído? No te hagas el longuis.

Que no vuelva a poner los pies en casa.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—Ah, ¿te parece que soy yo...? ¿Quién es el amo?

—Tú.

—Mira, no volvamos a lo de siempre. Si no fueses como eres, otro gallo nos cantaríamos. ¿Le hablarás?

—Pero es que por mí no hay inconveniente. No me parece mal el muchacho.

—¡Pero si no tiene dónde caerse muerto! ¿O es que piensas mantenerle?

Desde que la vida se hizo holgada y tuvieron cuenta en el Banco Hispano-Americano, Clementina sintió desarrollarse con gusto el placer del ahorro. No era avaricia sino el complemento natural de su condición burguesa. Aunque indefectiblemente pedía la anuencia de su cónyuge, se dio a estudiar los diferentes «papeles del Estado». El descubrimiento del interés la llenó de gozo. Que el dinero produjera más dinero sin más que tenerlo le pareció un prodigio. El noviazgo de su hija mayor con un «pelagatos» la indignaba:

—¿De qué vais a vivir?

—Ya se las arreglará Manuel.

—¿Sabes cómo se las arregla ahora? ¡Un muerto de hambre! ¡Antes muerta!

—No será tanto, mamá. Una buena sofoquina y se te pasará.

Le pegó un revés. Paquita se alzó furiosa, llorando.

—Si te crees que así lo arreglas, vas aviada.

El esposo fue del mismo parecer.

—A ti todo te sale por una friolera... Lo único que te importa es que no te molesten, que te dejen pintar en paz, y a los demás que nos parta un rayo, así sea lo único decente que Dios te ha dado: dos hijas hermosas como un sol...

—Será como dos soles.

—¿Te haces el gracioso? Te sienta como un tiro.

—¿Entonces?

Vuelve la cabeza el egregio pintor, luego el cuerpo todo, se incorpora:

—Mira, Clementina, tengamos la fiesta en paz; yo nunca me he metido en nada, entre otras cosas porque no me hubieses dejado. Nunca he hecho falta y seguramente por eso todo marcha sobre ruedas. No sé qué mosca te ha picado ahora para venirme con este cuento. ¿O es que crees que no te va a hacer caso?

Así es. La fierecilla cuarentona se yergue:

—¡Eso faltaría!

—¿Entonces?

La rabia la solivianta. Hace años que ha ido reduciendo su vida, en todos los órdenes, para no chocar con nada. Dejó de hacer visitas, de tratar hasta a la modista: todo se lo hace ella. Y ahora un cualquiera, lo que se llama de veras un cualquiera, se atrevería a quererse llevar a su hija mayor que —está segura— se casaría con... ¿con quién? No importa: lo mejor, el más rico que hubiese.

—No sirves para nada.

—De acuerdo.

La cónyuge se reconcome: le hace falta bulto con qué tropezar y dar su medida. ¿De qué le sirve tener el genio y la actividad que le sobra? Lo escurridizo la pone fuera de sí: un día le dará un ataque. ¡Y a ver qué será de aquella casa sin ella!

El buen padre vuelve a su posición habitual, pónese a pensar con decisión que le llama el duque de la Torre para encargarle un retrato ecuestre del Rey; con esa ilusión se duerme, perdido en un fondo gris y azul. ¿Un perro albino alzándose a la derecha? Sí.

Clementina tamborilea el embozo de la sábana bordada, los ojos abiertos de ira fijos en la suave luz de la candela de la lamparilla a los pies de la Virgen de la Macarena, única exteriorización de culto que le permite su marido. La Macarena... sevillana. ¡Eso más! «Perdóname, esa cruz tengo por haberme casado con un hereje. ¡Ábrele los ojos a Paquita! ¡Qué se dé cuenta! ¿A quién recurrir para que le hable? Ni siquiera se confiesa... ¡Yo tengo la culpa por ser tan blanda! Y esa bofetada...».

Le duele. Lo mejor: coger el toro por los cuernos. Y va que el bragazas de su marido... Cierra los puños, furiosa. No duerme, de rabia.

Terca, de decisiones rápidas, no lo pensó dos veces. Al día siguiente, a las doce, que le pareció hora oportuna, se presentó en la casa de huéspedes en la que sabía se alojaba el sevillano. Abriole la señora de Muñoz, con un trapo de limpiar el polvo en la mano. Manolo —contra su costumbre— había salido.

—¿No quiere dejarle dicho nada?

—No.

—¿Ni de parte de quién?

—No, gracias.

—Vino una mujer —le dijo a su amante, a media tarde, cuando fue a afeitarse.

—¿Qué quería?

—No quiso dejar recado.

—¿Cómo era?

—Vieja. Pero, en fin, contigo nunca se sabe...

—¡Qué graciosa!

En la calle Valverde, la señora Miralles no soltó prenda, quería forzar al hombre en su redil, sin contar que la presencia de Paquita le impedía hablar. Bastaba el tono,

la mirada. Los novios estaban acostumbrados.

—Tu madre me mira con ojos asesinos.

—No llegará la sangre al río.

Volvió a la pensión a la mañana siguiente; no habían dado las once.

—Duerme.

—Despiértelo. ¿A qué hora suele levantarse?

—A la una, a las dos... Como trasnocha tanto.

—Bueno..., volveré. Si fuese a salir dígame que me espere. Iba a decir «por favor», pero se arrepintió.

—¿De parte de quién?

—De la señora Miralles. A la una, lo más tarde a la una y cuarto, estaré aquí.

Salió, muy gallito. La huéspedada fue inmediatamente con el cuento. Manuel se amoscó, aunque no daba con el propósito del reiterado empeño. Sabía que Clementina era obtusamente opuesta a sus relaciones, pero se le hacía muy cuesta arriba suponer que tuviese el arranque de venírsele a decir en la cara en lo que, al fin y al cabo, era su casa. Posiblemente se trataba de otra cosa, una dificultad, tal vez una recomendación de la que no quería que se enterara ni su hija ni su marido. Tampoco... ¿Qué entonces?

—¿Quién es?

—La mujer de un amigo. Querrá alguna recomendación.

—¿Aquí?

—A lo mejor no quiere que se entere su marido.

—¿De la recomendación o de otra cosa?

—¡Marisa! ¡Si puede ser mi madre!

—Yo también.

—No digas tonterías. Tú...

—Si te gusto ¿por qué no ha de gustarte ella?

—Las mujeres tenéis una lógica que lo deja a uno de piedra. Se echó a reír y a la calle.

—Mira, dile que vinieron a buscarme... de... de la Dirección del Círculo de Bellas Artes. Que no tuve más remedio que salir. Que a la tarde nos veremos en su casa.

—¿En su casa? ¿Por qué no la esperas?

—Para que no te creas lo que no es.

Quedó amostazada. Al volver Clementina la hizo pasar a la sala. Dióle el encargo.

—Si quiere dejarme el recado...

—Es personal.

—Manolo no tiene secretos para mí.

Clementina alzó su figurilla.

—¡Ah!

—¿Le extraña?

—Sí y no.

—Pues salga de dudas: todo me lo cuenta.

—Enhorabuena. Pues sí es así, dígame que haga el favor de no poner más los pies en mi casa. Y con más razón ahora.

—¿Eso último va conmigo?

—Tómelo como quiera.

—Ya me parecía.

—¿Qué le parecía?

—Que tenía que ver con usted. Y no le alabo el gusto. Todavía si fuera joven, o tuviese algo de qué presumir...

Clementina se ciega: jamás le ha sucedido algo parecido. La honradez se le coló de tal manera en el tuétano desde el día de su boda que la honorabilidad es la base misma de su vida. El que alguien pueda suponerla capaz de la más leve falta a la moral, en sus trabajos y sus días, o presa del menor pensamiento pecador, la hiere tan a lo vivo, le trastueca los humores de manera tan violenta que se lanza «como una fiera» sobre María Luisa. La agarra del moño. Manan a espuertas, de su boca, las injurias más groseras que ni ella misma recuerda saber, y menos tantas y de tal calibre. La gallega, con un palmo más, pero de sangre menos viva, no reacciona con la prontitud que era de esperar dadas las apariencias físicas. Sepáranlas con trabajo las dos criadas. Clementina bufa como gato frente a perro, María Luisa hipa a lágrima viva. Se habla —¿quién?— de la Comisaría, de la casa de Socorro; pero ninguna de las interfectas tiene interés en que las cosas lleguen tan lejos. Clementina se zafa de las manos criaderiles, baja las escaleras, a ciegas.

—Este me las paga, éste me las paga...

Cruzando Alcalá, intenta recobrase.

«No tengo por qué ponerme así. Le di su merecido. Si no nos separan la hago picadillo. ¡Qué se había creído! ¡Yo! ¡Yo, con ese sinvergüenza, o con quien fuera! ¡No tiene nombre! ¿O es que la honradez no se ve, no se lleva pintada en la cara? Casi me alegro: ¡a ver qué dice ahora Paquita! ¡Ahí tiene! ¡Así son los hombres! A mí no me la pega nadie. Lo calé en seguida. Si es que tengo una vista... Cara de sinvergüenza. La primera vez que le vi, le conocí. El que tiene cara de sinvergüenza lo es. Lo que pasa es que siempre tengo razón. Pero los demás no quieren reconocerlo, ahí les duele. ¡A ver qué dicen ahora!».

Ciega. Al cruzar Peligros no la atropella un taxi de milagro.

—¡Vieja imbécil!

—¡Imbécil y viejo será usted!

La gente se la queda mirando. Un anciano servicial se pone a explicarle el sentido

de superioridad de los chóferes.

—Si al fin y al cabo tenía razón; es que voy ciega.

—¿Puedo ayudarla?

—Metiéndose en lo que le importa.

Volada. La Feli quiso pegar la hebra. Bufa.

—¡Cómo está el patio! —comenta por lo bajo la Ex.

—Cochino —replica Clementina, que la oye.

No era cierto; como una patena. Le tiembla la mano, no atina con la cerradura, para mayor rapidez, llama. Abre Juana, la cocinera, una cachazuda de Bilbao.

—¿Olvidó las llaves?

—No. ¿Dónde está mi hija?

—¿Cuál, señorita?

No tiene más que una. Pasa a la salita de recibir, se asoma al dormitorio, recorre el pasillo, entra en el comedor.

—¿Dónde están?

El plural manifiesta mayor calma.

—Dijeron que iban con el señor.

Al estudio... ¿va o no va? ¿Esperarlos? Mira el reloj de pared (el comedor es grande, oscuro, dando al patio estrecho). Media hora por lo menos.

«¿Qué haré? ¿Esperar? Se me va a comer la sangre. Me duele el hígado. No me extraña. Pero tendrá que esperar para dolerme más. También yo espero».

—¿Quién ha limpiado aquí? ¿Es que no tenéis ojos? ¿No veis el polvo? ¡Esto está lleno de porquería! Si como no esté una encima de vosotras... Y luego, eso sí, mucho hablar y mucho salir los jueves...

Entra en la cocina:

—¿A quién se le ha ocurrido hacer hoy riñones?

La cocinera, vieja, conoce el genio. Calla.

—¿A quién? ¿No te dije que Carlos me había apartado un trozo de cadera de primera?

—La señorita Paquita...

—¡Eso más! ¡Aquí mando yo!

—Sí, señora...

—¿Lo dice en guasa?

—No, señora...

—Es que si no ya sabes donde está la puerta de la calle. ¿Dónde está Ricarda?

—Fue por el café.

—¿A estas horas? ¡Esta casa no es una casa! ¡No se puede faltar un solo momento!

—¿Qué hago?

—¿Cómo que qué haces? ¡Riñones, Juana, riñones!

Regresan juntos padre e hijas. Encuentran al puntal de la casa tirada en la cama, con una botella de agua caliente sobre el costado derecho.

—¿Qué te pasa?

—¡Ahora lo sabréis! Isabel, vete a tu cuarto, que no tienes por qué oír lo que van a oír tu padre y tu hermana.

Isabel, de genio pacífico, no se lo hace decir dos veces segura de no perder palabra: las hermanas se llevan bien cuando de chismes se trata. A las primeras de cambio el pintor se escabulle.

—¡No te vayas! ¡Quiero que lo oigas todo!

—Ahora vengo. Creo que tengo derecho a...

Clementina no cuenta, de pronto, el altercado. Machaca a Paquita con los amoríos de Manuel y «aquella vieja asquerosa».

—¡A ver qué dice ahora! ¡A ver qué dice tu padre!

—Bueno, mamá creo que sacas las cosas de quicio.

—¿Cómo que saco las cosas de quicio? ¡Es el colmo!

—Sí. Además ¿qué fuiste a hacer allí?

—¿Cómo que qué fui a hacer allí? ¿Eres o no mi hija? ¿Entonces? ¿Es que no me va a importar a mí, que soy tu madre, tu futuro?

—Más me importa a mí.

—No seas impertinente o soy capaz...

—Ya sé de lo que eres capaz, pero ahora cuídate que estás enferma. ¿A qué fuiste?

—A decirle a ese mandarria que no vuelva a poner los pies en casa.

—¿Con qué derecho?

—¡El colmo! ¡Daniel! ¡Daniel, oye eso! Y me encontré con esa...

Las palabras se le atragantan.

—¿Con quién? —pregunta con toda calma Paquita.

—Con su pelandusca. ¡Pero me oyó! ¡Vaya si me oyó! Y aún algo más.

—¿Qué dijo Manuel?

—No estaba.

—¿Entonces?

—¡Entonces, mierda!

Esas salidas de tono en honor a la verdad poco frecuentes, con raíces en los orígenes poco lucidos de su madre de los que nada saben, molestan a Paquita e Isabel, atribuyendo a ignorancia lo que es conocimiento.

—¿O es que te parece bien que tenga una querida?

—Con alguien lo tiene que hacer —responde pausada la joven sentándose a los pies de su madre—. Y como conmigo, no; vamos, todavía no; lo mejor es que lo

tenga en casa. Y si como dices es vieja, mejor que mejor. Así, el día de mañana, cuando nos casemos, no le costará dejarla... y no habrá comparación, o, si la hay, quedaré requetebién... No te olvides, hija —calificativo que pone a Clementina fuera de sí—, que soy mayor de edad.

Ahora sí, el patatús. Corridas. Medicinas. El doctor Riquelme.

II

Manolo se presenta en la calle de Valverde a las cinco y media, como todos los días. Le abre el pintor, ceño grave.

—Don Daniel, ¿por aquí a estas horas? ¡Qué bien!

—No tan bien, caballerito, no tan bien.

—¿Qué pasa, maestro?

—Por aquí, si me hace el favor.

Entran al salón, que pocas veces se abre, pieza principal a la izquierda del amplio y oscuro recibidor. Piano de cola, butacas, sofá, cuadros famosos de la primera época del dueño de la casa; muchachas vaporosas en campos de lirios morados, estudios de desnudos del tiempo de su estancia en Roma, un gran retrato de Clementina en traje de lagarterana; Paquita e Isabel hace quince años; en un caballete un retrato tapado con un mantón de Manila. Las persianas cerradas, las cortinas corridas, los muebles bajo fundas, buen tapiz. Enciende el pintor la araña central, que da una triste luz amarillenta.

—¿Qué pasa, don Daniel?

—Mi mujer...

—Sé que estuvo a verme, pero tuve que salir; lo sentí mucho. ¿Qué sucede? ¿Algún contratiempo?

—¿No ha vuelto por su casa?

—No.

—Ya me parecía.

—Estoy en ascuas.

—Mire, Manolo: Clementina se opone a que tenga usted relaciones con Paquita.

—Ya lo sé. Mejor dicho lo supongo. Porque hablar, lo que se dice hablar...

—Déjeme a mí.

—Usted perdone, pero...

—Déjeme hablar.

—Mis intenciones...

—No se trata de sus intenciones, joven. Me basta saber quién es mi hija. Pero parece que Clementina ha tenido un altercado...

—¿Con quién?

—Con una persona que vive con usted.

—Vivo solo.

—¿Del todo?

Manolo se lleva las manos a la cabeza, alisa su recia pelambarrera. No le es difícil suponer la escena.

—¿Y?

—Parece que esa persona... confundió a Clementina con lo que no es ni se puede ser... Bueno, ¿para qué vamos a hablar? Ya se lo contará ella —la suya—. Pero comprenderá que no puede volver por aquí.

—Pero yo necesito...

—¿Hablar con mi hija? Supongo que no intentará entrar ahora a verla. Está con su madre. Sé que no tiene usted muchos escrúpulos, pero... Además, el servicio de correos es muy eficiente, señor de Cantueso. Y usted es buen escritor.

El periodista no sabe qué decir, admira la desenvoltura del pintor. Piensa que, a pesar de todo, una vida entre «señoras» acaba por afinar a cualquiera. No le queda más que marcharse, dando las gracias por tanta cortesía. Así lo hace. Don Daniel se siente feliz, ha estado estupendo, mejor de lo que las circunstancias requerían.

III

Desde el ultramarinos de la esquina, Manuel llama a Paquita por teléfono. Cuando oye que le contesta una criada, cuelga la bocina. Regresa a su casa con afán de saber. Generalmente huye de lo desagradable, pero, ya apurado el mal trago, tiene curiosidad. Topa de buenas a primeras con el cónyuge, que se disponía a marcharse del trabajo.

—Si no lo tomara usted a mal, don Manuelito, yo quisiera hablar dos palabras con usted, reservadamente.

El periodista —sorprendido a medias— está a punto de decirle, aunque sea en latín:

—¿Usted también? . Calla porque lo juzga inútil.

—¿Le parece bien que pasemos a su cuarto? Sería lo mejor. Decidido, el viejo. Pasados los sesenta todo lo tiene caído: pelo, bigote, boca, ojos, las mejillas, papandujas mal afeitadas que, por mor de haber adelgazado los últimos tiempos, se le dificulta el paso de la navaja. Los ojos colorados, cenicienta la cara. El uniforme, sobrado por todas partes. Parece un cómico viejo y cansado de representar papeles lastimosos.

—Con el perdón. Mire usted, don Manuelito, yo soy un pobre diablo; que Dios nos perdone. ¿Me escucha dos minutos?

No le hace gracia el plural a Cantueso, ni los diminutivos que suele emplear el gallego, al que ve muy poco. Se sienta en la blanda cama, ofrece el sillón con un gesto. El hombre permanece de pie.

—Mire usted, don Manuelito, yo ya no sirvo para nada. Nunca serví para gran cosa. Uno es como es ¿no le parece? Y si Dios nos hizo así, el sabrá por qué.

Hace una pausa, respira hondo, titubea.

—Sé el interés que tiene usted por mi esposa. Y está mala, enferma de los nervios. Nunca ha tenido... ¿cómo le diría?, buena salud. Yo haría cualquier cosa por ella.

—¿Vino el médico? ¿No? Voy a llamar al doctor Riquelme, es amigo mío; no le cobrará.

Manuel se levanta, feliz de la ocasión.

—No se moleste. No es cuestión de dinero.

—Es muy bueno.

—No, don Manuelito, no. Tampoco se trata de eso. Es de los nervios, y eso no hay médico que lo cure. Ya le dio otras veces, aunque no tan fuerte. Ahora, creí que pasaba.

Hace una pausa que Manuel —por hacer algo— aprovecha para plantarse de espaldas, frente a la ventana.

—Aquí, el único pasado soy yo. Mire usted, don Manuelito, tengo sesenta y un años, y desde que tenía diez o doce me di cuenta de que no servía para nada. ¿Me permite que se lo cuente? No tiene importancia pero... para mí, sí. Nunca me lo he podido quitar de la cabeza. Pasábamos sobre un río, bueno un río es mucho decir, un canal o algo por el estilo: tendría cinco o seis metros de ancho, íbamos varios. No habíamos ido a clase. Novillos, ¿sabe usted? Cosas de chicos. Y pasamos, pasábamos sobre una tabla, de una parte a otra. Aquello se cimbraba. Yo nadaba bien. Delante de mí iba un hermano mío. Tenía un año menos que yo. Le dio vértigo o no sé qué y se cayó y le vi ahogarse y no me decidí a tirarme: me dio miedo; no llegó a ahogarse; se agarró a unas ramas y le sacaron. Pero, para el caso, fue lo mismo. Si se ahoga, lo dejó ahogarse. Claro, a usted eso, don Manuelito, ni le va ni le viene, pero a mí sí;

porque, después, con todo fue lo mismo.

Es de noche, el viejo enciende la luz (Con permiso), Manuel le mira. Habla a tropezones, a sorbitos, incapaz.

—De lo único que me he sentido a gusto, don Manuelito, es de criado: haz esto, haz lo otro. Y lo hago muy a gusto; sí señor, muy a gusto.

Calla.

—¿Es todo lo que tenía que decirme, don Abelardo?

—No me pegue el don. No me sienta.

—Está bien, Abelardo. ¿Es todo lo que tenía que decirme?

—Pues, sí señor.

—No le veo la punta —se envalentona a decir Manuel, arrepintiéndose en seguida.

—No me apure, don Manuelito. Mire, comprenda, para mí mi señora lo es todo: si se me pone mala de verdad, no sé lo que haré.

Yo sí, piensa Manuel: morirte de hambre. Se vuelve a arrepentir. El viejo le da lástima.

—Llamaré al médico, ya le dije...

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Todos dicen que es usted muy listo.

—Se equivocan.

—Ya veo. Mire, don Manuelito, a mi mujer le dio un no sé qué después de que vino aquí una amiga suya, de usted.

—¿Podría hablar con ella? Me interesaría saber...

—Yo creo que sería peor, don Manuelito. Hasta creo que sería mejor que buscara otra asistencia. Va a venir familia nuestra a pasar unos días aquí, en Madrid, y quisiéramos alojarla con nosotros.

—Le advierto que está equivocado.

—¿Quién?

Cantueso se da cuenta de lo absurdo de la situación, le revuelve la sangre lo que tiene por hipocresía del viejo. Pero, por otra parte, es excelente motivo para acabar con María Luisa que, en este momento, no le interesa. Sí. Pero tendría que cambiarse, es decir, buscar otra pensión, andar, ir y venir, encontrarla, mudarse; hacer maletas, acostumbrar el cuerpo a una nueva disposición de los muebles, a otro retrete, a otras gentes. Mucho trabajo. A lo peor tendría que irse a vivir lejos. La calle de los Madrazo está en el centro, al lado del periódico. Además, ¡qué caramba!, con sus años y todo, María Luisa es cómoda. Esa Clementina del demonio... ¿A quién se le ocurre? Como la coja en un rincón va a acordarse...

—¿Qué me dice, don Manuelito?

—¿Yo? Nada. ¿No sabe lo que pasó?

—No. Eso es cuestión de usted. No quiero...

—Yo sí. Tengo curiosidad y creo que cierto derecho.

—Pero ¿no se va a ir?

—No lo sé, Creo que no. Depende...

El viejo le mira desconsolado, más caído.

—¿Y si yo se lo pidiera, de verdad?

A Manuel Cantueso las plañideras lástimas ajenas le sacan de quicio.

—La verdad, es que usted no tiene ni pizca de vergüenza.

—¿Y usted?

Manuel agarra al viejo por las cortas solapas del uniforme, lo atrae contra su pecho.

Mire, viejo asqueroso, yo no sé lo que busca ni me importa, pero si lo que le gusta es obedecer y llevar y traer recados dígale a su mujer que no se preocupe: que no tengo nada que ver, pero absolutamente nada con esa «señora» con la que riñó esta mañana; que descanse tranquila, y que se mejore. Y que no me voy, y que a la noche nos veremos.

Se va rabiando, a la calle. Ha «estado» de lo peor. Pero llovía sobre mojado. Esa Clementina del demonio me va a oír... ¿Mi suegra? No lo había pensado antes. ¡Y tener que hacer un artículo sobre el reparto de premios de casas obreras, con Su Majestad doña Victoria, con sus augustas hijas...! Tuvo que hacer otro sobre Lindberg y el *Espíritu de San Luis* y una nota acerca de la retirada de los ruedos de Ignacio Sánchez Mejías. Manolo Alcántara había pescado una pulmonía. ¡A quién se le ocurría! Y menos mal que Taradell hizo el reportaje del discurso de Primo de Rivera en Alcalá de Henares. «No hacemos una elección porque ¿para qué queremos los elegidos? Tenemos, en todos los centros, técnicos, y más que en ninguno en el Consejo de la Economía Nacional... Tenemos órganos de consulta para las cuestiones jurídicas; tenemos el Consejo de Estado, organizado tan democráticamente que forma parte de él el señor Largo Caballero, para que en nombre de los obreros diga todo lo que honradamente cree que no está bien administrado. ¿Por qué, pues, vamos a resucitar ese artilugio que llaman Parlamento, que no saben qué hacer con él los pueblos que aún lo padecen?».

—Sí, el mejor de los mundos... —dice desde la talanquera de sus gafotas, adargado en grasa, Carlos Santibáñez del Río, su director—. ¿O no? .

—Lo bueno sería pedirles su opinión a Sánchez Guerra, a Burgos Mazo, a Villanueva, a Bergamín.

—Y mañana me traía usted cigarrillos a la cárcel... Gracias.

—Pero, algo hay que hacer, director.

—¡Qué duda cabe! Pero, que lo haga otro... No falte a la noche, estamos en

cuadro.

—Voy a tomar café.

—No me diga...

IV

Ancha muere la tarde en la calle de Alcalá, sentenciada por las luces municipales, anuncios, escaparates y terrazas de los cafés. El cielo traslúcido confunde todavía azules y amarillos. A Manuel, en su apresuramiento, le parece que todos bajan hacia la Cibeles molestando su paso. Cruza frente a Peligros, entra en el café Regina. El calor, el vaho le cogen de improviso; piensa en Jonás. Por la hora, supone que Joaquín Dabella debe haber llegado a la tertulia de Valle Inclán; le dará detalles de lo sucedido en la calle de Valverde. A Cantueso le molesta la tertulia del Regina, a la que no va nunca. Los reunidos le parecen petulantes y engolados, demasiado seguros de sí, el ceceo del pontificador gallego, la hinchada importancia de Azaña —ése ¿qué se ha creído?—; la chisgarabía chismera de Rivas Cherif, la suficiencia irónica de Araquistáin; los subentendidos que supone sutiles —tajantes— de Martín Luis Guzmán; los gargarismos ininteligibles del cegatón Melchor Fernández Almagro, leyendo a pegaojos; los juegos de palabras entre verdes y franceses de Enrique Díez-Canedo; los juicios despreciativos de Domenchina; la prestancia señora de Juan de la Encina; los enrevesados misterios políticos de Álvarez del Vayo; la tristeza quiijotesca de Luis Bello; la caspa de Luis G. Bilbao; la chulaponería de su hermano; la sonrisa asentidora de Sindulfo de la Fuente, choca con su medianía andaluza e incultura general. Antes, cuando iban por allí Jorge Guillén, Pedro Salinas —están fuera—, Federico García Lorca, se figura que era otra cosa. Pero, ahora, con Dalí, Buñuel y Moreno Villa, se reúnen quién sabe donde. Chabás, vanidoso, suele ir de tarde en tarde. En general, todos le molestan. El tiene otras tertulias; antes de cenar en el *Sahara*; por la noche en el *María Cristina*, con personas de menos tono y —a su ver— mayor porvenir. Si quiere oler conspiraciones va a la pensión donde vive Marcelino Domingo, en la glorieta de Bilbao. Allí van Pepe Salmerón y Pedro Ros, un cartagenero simpático que sabe de zarzuelas como el que más. De cuando en cuando se presenta un republicano a pedirle un duro al político catalán. Se está más cerca de las cosas. A Manolo Cantueso le cargan los intelectuales puros.

Antes, cuando el bar estaba pegado a la pared de la entrada, la tertulia de Valle

estaba casi a la entrada, ahora, al fondo, se sientan en el recodo de la derecha lo cual molesta todavía más a Cantueso porque desde lejos no puede ver quién está y quién no; se llega de sopetón y, a veces, hay que aguantar encuentros molestos. De todos modos hoy, vencido por la curiosidad, cruza el café, saluda de paso a Indalecio Prieto sentado pudicamente entre dos busconas, encuentra a Dabella, entre don Luis de Hoyos —otro sabio— y Marañón —no el famoso, sino un primo suyo. Vayo habla de la insurrección nacionalista de Chiang Kai-Shek, que relaciona con la política norteamericana en Nicaragua; Bello, del homenaje a Ramón y Cajal, en el Retiro, donde hubo cargas y jaleo. Manuel saluda, en general; se sienta frente a Dabella.

—¿Estuviste en Valverde?

—Sí, chico: ¡la que has armado!

—¿Yo? ¡Esa imbécil de Clementina!

—Pero ¿qué pasó?

—Eso quisiera saber yo. Por eso vine a buscarte. ¿Hablaste con Paquita?

—Sí, y tengo un recado para ti. Un recado absurdo. Me dijo: si ves a Manuel le dices que «como si nada».

Cantueso sonrío, no es clave. «Como si nada»: que no le importa; que para ella, sigue siendo el mismo. Y también que lo siente, que se va a pasar la noche llorando y echando pestes contra su madre.

Cañedo se levanta tras de apurar su martini; es día de clase, luego tiene que ir al Alcázar, donde los Pitoeff estrenan *El hombre de las bofetadas*, de Andreiev. Llegan, como siempre elegantes, Valentín Andrés Álvarez y Claudio de la Torre. Todo es hablar del altercado de la tarde, más serio de lo que se creyó en el principio.

—¿No vendrá don Ramón?

—A lo mejor le han detenido.

—¡Vamos, hombre!

Cantueso se levanta, se despide, necesita saber de Paquita, no de don Ramón. Joaquín Dabella sale con él.

—No lo aguanto.

—¿Por qué?

—Sabes demasiado.

—¿Dónde vas?

—A casa de las Morones. Seguro que Luisa fue al Retiro.

—Te acompaño: Mella me tiene que dar un libro.

—Vamos. Pero cuéntame.

—Pues, hijo, lo mismo que Paca: nada. Clementina se asomó para soltarnos —mala y todo— que suponía que no volverías por allí.

—¿Y Paquita?

—Como si tal cosa. Al despedirme me dijo lo que te dije.

¿Qué estará haciendo Paquita? En su cuarto. Una alcoba oscura, al fondo de la «salita» donde se reúnen los muchachos —cama turca, chimenea, cuadros paternos enmarcados lujosamente, un *sécrétaire* imitación de Boule, diez cojines y algunas muñecas—. Cuando son muchos se sientan en el suelo, Paquita sirve té; los recién llegados al cotarro, felices, rememoran, pobres, novelas de Paul Morand. ¿Qué estará pensando Paquita?

Mayo y, de pronto, en una esquina, viento fresco. Ese frío de Madrid que resucita a los muertos, como dice Aparicio que, a veces, se abre de capa y suelta frases recortadas como medias verónicas. Manuel Aparicio, aunque de los puros, contertulio del Regina, de la *Revista de Occidente*, es amigo de Cantueso. Tal vez por andaluz.

La alcoba de Isabel y Paquita: dos camas gemelas pegadas a la pared, separadas por un estrecho paso. A los pies, a la derecha, entrando, un tocador «vestido» de raso rosa, un espejo biselado, viejo, bueno; el tocador, cubierto con un cristal, muestra frascos, tubos, limas, polveras, cajas de vidrio, otras de porcelana.

—¿Dónde has puesto mis horquillas?

—No las he tocado.

—Yate dije que dejaras mi rimel en paz.

—Como te vea cogiendo mi fondo...

—¿Qué?

—Nada. Tú, prueba...

—¿Me prestas tu sombra?

Paquita, sentada en el tocador, se pinta una ojeras tremendas, «de teatro». Isabel, cerca de la luz de la mesilla de noche, examina cuidadosamente unas medias, se vuelve hacia su hermana:

—Chica, lo tomas con una calma...

—¿Qué quieres que haga?

—¿Y no piensas mandarlo al cuerno?

—¿Por qué?

—Eso de que tenga una querida...

—¿Y qué quieres que haga el pobre? ¿Qué sea como ese bobo tuyo de Joaquín? No, hija no. Tiene lo que tiene que tener.

—¡Cómo eres!

—¿Cómo que cómo soy?

—Dices las cosas de una manera...

—¿Tú cómo las dirías?

—De ninguna manera.

—Entonces eres hipócrita.

—¿Y mamá?

—Ya se le pasará. ¿Quién la mandaba...?

—Pero ¿es que piensas seguir como si tal cosa?

—¿Lo dudas?

—Pues tienes unas tragaderas...

—Mira, Isabel: los hombres necesitan mujeres. Si yo no le doy a mi novio lo que está deseando ¿qué otro remedio le queda? Lo que pasa es que a mamá le gusta meterse en lo que no le importa. ¿Qué más da que Manolo se acueste con fulana o con mengana? Mejor con una decente...

—¡Decente! ¡Vamos que tú!...

—Llámalo como quieras. Ya me entiendes: mejor que con una de la calle. Así por lo menos no cogerá ninguna asquerosidad como Monsieur Palomo, el del segundo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Vicenta; se lo dijo la Trini. Se armó la gran trifulca cuando *madame Pigeon* lo descubrió.

—¿Cómo?

—Pareces tonta.

—¡Vaya tórtolo!, y tan poca cosa como parece, siempre tan cumplido: —Pase usted, pase usted, no faltaba más.

Victoriano Palomo y su esposa son, para las chicas Miralles, *monsieur y madame Pigeon* (se pronuncia, a veces, a la francesa; otras, con todas sus letras, a la española) o *monsieur madame Palomo*, desde que fueron hace tres años, ocho días, a París, y aún no acaban de contar sus impresiones.

—Si viera, doña Clementina, no se puede pedir más; y unas chucherías ¡tan monas!, pero ¡tan monas!, que le daban a una ganas de comprarlo todo... Claro, lo que yo le decía a Víctor... ¡Y una circulación!, ¡ay, qué circulación! Pero ¡qué chucherías!, ¡y un gusto! Lo único, pero lo único malo, la mantequilla, todo con mantequilla, claro así son de finos, parece que resbalan... *monsieur* por aquí, *madame* por acá, aquí no tenemos ni idea. ¡Y un sol!

Esto último sacó de quicio al pintor, que —por fuera— no se metía nunca con nadie ni con nada.

—¡Qué van a tener sol, esos...!

—¡Qué sí, don Daniel! ¡Qué sí! Como no tiene idea... —Desde luego, señora, desde luego...

Victoriano Palomo es empleado bastante bien retribuido por la Telefónica, teniendo en cuenta sus luces. Esposo fiel desde que lo fue, hace veinte años. Tuvo la debilidad de dejarse tentar por una mecanógrafa deseosa de unos días suplementarios de vacaciones, que el «señor Palomo» podía conceder; los buscó por el camino abierto liberalmente a cuantos le pedían vía franca. Víctor Palomo echó su cana al aire, le cogió el toro. Lo recogió su cónyuge que era mojigata y, al parecer, poca cosa. Llevolo —centinela— con su confesor; le acompañó todas las tardes a la clínica del

médico especialista, haciendo antesala y «pasando cada vergüenza». Iban luego a la iglesia de San José, donde aguardó a pie firme —durante un mes— que el arrepentidísimo rezara los diez Padres Nuestros y otros tantos Credos que tuvo como penitencia. Hubo otras, rotas al cabo de noventa días, como un préstamo. La señora consiguió, además, que despidieran a la empleada, sin gratificación ni compensación alguna.

—¡Si por lo menos hubiera sido en París! —decía al cónyuge, que empequeñeció. No sólo le quedaron grandes las camisas y sino los zapatos.

—No lo entiendo —decía el menguado.

Paquita se desmaquilla con lentitud.

—Si sigues, mamá se pondrá furiosa.

—Tendrá dos trabajos. Además, adelantará la boda.

—¿De qué pensáis vivir?

—De lo que vive todo el mundo.

Pasan a desearle la mejor noche posible a su progenitora. La doliente no pierde la oportunidad:

—Si ahora es así, antes de casarse, ¡qué no será después!

No le importa la incongruencia. Venciendo el dolor se apoya en un codo; incorporada yergue la cabeza para mirar a su hija que sale, para no contestar. Sudorosa, se vuelve hacia Isabel que tiene ganas de seguirla, pero se aguanta porque ¿quién deja a su madre en estas condiciones? La furiosa se deja caer, reconcomida. Se deshace en palabras:

A la mujer siempre le toca lo peor. Al principio todo son estrecheces, pobrezas, malos ratos, los hijos, pasar hambres trabajo. Luego, si vienen tiempos mejores, se van a pasar por ahí el rato. ¡A volar tocan! Ya ves lo que le pasa a Cristina, lo que le pasó a Carmen Muñoz. Si te digo... Es que me sublevo. ¡Cásate y verás!

No respira por la herida, toma partido, en general:

—Todos son unos sinvergüenzas.

El hígado y el convencimiento le llevan a estos extremos. Isabel está acostumbrada. Fina, con voz que no quiere la cosa, apunta:

—¿Y papá?

—¡Tu padre es aparte! De esos entran pocos en libra. Por eso hay que tener vista y saber escoger.

Entra el aludido, toma las cosas con calma. Hierve la enferma.

—¡Mandarria! ¡Lo que sucede es que...!

Mira a su hija, pero puede más la indignación:

—Don Poquito...

No tan poquito. Isabel sale, aprovechando la ocasión. Paquita se está desnudando.

No sé —dice la más interesada— por qué le dan tanta importancia a eso. ¿Tantas

historias porque un hombre se acuesta con una mujer? ¿Por eso se ha de acabar el mundo?

—Creo que más bien es lo contrario —comenta Isabel. Paquita la mira con curiosidad, no es ese su estilo. Pregunta:

—¿De verdad, a ti te importaría tanto?

—Tanto como a ti. No seas superferolítica. Ya veremos el día que te pase de verdad.

—¿A mi? No ha nacido...

Paquita tiene buena opinión de su feminidad. Isabel se refiere al marido de María Luisa.

—Porque esta tipa debe de tenerlo. ¿No?

—No lo sé. A lo mejor, sí.

Las mujeres, despintadas, son otras. Isabel más, por lo descolorido de sus labios, el sonrosado natural de la tez. Encogida en la cama, las rodillas entre los brazos, los dientes blancos asomados entre los labios imperceptiblemente entreabiertos, la mirada inquieta, parece un gato; más por la punta mucronata de la lengua, asomada ávida y curiosa.

—Mejor que sea así que no como Joaquín. ¿Ha intentado besarte o tocarte alguna vez?

—No.

—¿Será verdad que lo es?

—¿Qué?

—Pareces tonta: marica.

—Las mujeres, a solas, entre ellas, si tienen confianza, están presididas por el sexo. Sin conocerlo lo engrandecen, haciéndose ilusiones. Luego —a ratos— sienten cierto desprecio por él. Siempre creen más. Es su gran diferencia con los hombres. Calzan un punto mayor, siendo más pequeñas. Suelen decir que son más realistas, ¡bah!, viven con la imaginación, noveleras. La novela nace de la mujer. En Oriente. Del Sol. Es decir, del sexo. Las novelas son los libros sagrados de las mujeres, luego los hombres se dejaron enredar...

Habla don Pedro Mourlane Michelena, grande, prosopopeico, lento. Buen mozo. Periodista de Bilbao, a las órdenes de Indalecio Prieto, de quien difiere de todo en todo. Ha venido a pasar tres días a Madrid. Pasea con Fernando de la Cuadra Salcedo, rey de Navarra. Cruzan la calle de Valverde, camino del café Castilla.

—Las mujeres... Ninguna resiste cinco minutos, bien cabalgada, por más que no quiera.

Resuenan sus pasos en la soledad de la calle de Valverde. Los oyen Paquita e Isabel, a punto de dormir, que, en casa de don Daniel Miralles, «se acuestan como los patos», como dice la *Aproximación*.

V

(Monólogo de Abelardo Muñoz, en los sótanos del Banco de España)

Dirán lo que quieran: pero no hay nada como La Coruña. Nunca serví para nada. Me llamó viejo sinvergüenza. ¿Con razón o sin ella? María Luisa está enferma. ¿Qué pasaría con esa mujer? Con las mujeres nunca se sabe. Agujeros. Por lo menos, yo, nunca supe. Otros, tal vez, seguramente sí. Ya no tengo nada que hacer. Nunca tuve nada que hacer. La Coruña. ¿Por qué saldríamos de La Coruña? Salimos de La Coruña porque nos trajo don Joaquín. Siempre se hizo lo que mandó. Tiene un año menos que yo. ¡Los años! Ya no sirvo para nada. Nunca serví: ni al Rey, que me libró don Joaquín, cuando le hacía carantoñas a Camila, mi hermana. ¡Poca envidia que les dio a todos! Yo, soldado de cuota... Es más fácil hacer lo que los demás quieren. Así no tiene uno que preocuparse. Pero que le llamen a uno asqueroso... Parezco tonto. Lo soy. Todos, con palmaditas en el hombro: Bien, hombre bien. Tú lo entiendes. A vivir, ¿no? Sí, a vivir y a no preocuparse. ¿Para qué? Si puede uno no preocuparse, ¿para qué preocuparse? Viejo sinvergüenza. Pero ¿qué he hecho yo? Yo sólo hago lo que me mandan. Sinvergüenzas los que me mandan, pero ¿yo?; asquerosos, ellos.

La Coruña... Desde el castillo de San Antón —con su luz fija desde el atardecer— al cementerio. Desde el cuartel de Santo Domingo a la Plaza de Toros. La plaza de María Pita, la calle del Riego del Agua, la de Acevedo, La Rúa Nueva, el Cantón de Porlier, el Cantón de Lacy —el Cantón Grande, el Cantón Chico, que dicen los que no saben. Perder el tiempo en el muelle, por los muelles, por la calle Real. Ir a Orzán por la calle del Socorro. Riazor no era nada, entonces. El fútbol lo ha cambiado todo.

Su madre —ya casi no se acuerda— trabajaba en la fábrica de Tabacos, allí por el muelle de la Palloza. Vivieron un tiempo en Santa Lucía. Monte Alto, el polvorín, la Torre de Hércules. La suave línea de los montecillos, más allá de la bahía. La isla de los judíos. El faro, que protege a todos, a él en particular. ¡Qué limpieza! ¡Cómo se va a comparar con Madrid! Madrid es un pueblo cochino. ¡Qué finas al pisar, las anchas baldosas! ¡Cómo lucen con el agua! ¿Dónde hay nada comparable a las galerías de cristales de la Marina? El Instituto, donde estudian los señoritos.

Nunca le llamó la atención el mar, menos sus rudos trabajos. Lo mejor, vagar, ir de aquí para allá, mirar. Eso sí: aquella merendola en Cayón... Les llevó don Joaquín, claro está. La Capitanía General y la Audiencia donde empezó a ganar dinero, ya en manos de don Joaquín; del Registro Civil pasó a la Audiencia, tras unos días en la Aduana donde tuvo aquel altercado. Lo mismo daba: todo estaba junto.

Ramón quería que fuese a trabajar con él, en un taller de aparejos y cabos. ¡Hay que ver cómo tenía las manos! O el otro Ramón —Menéndez— que montaba pipas.

No: mejor el juzgado.

La Coruña tiene poca historia, la familia no tenía más recuerdos que los del cólera del 54, que acabó con los abuelos. Los uniformes azules de los de la Armada. Aquel contramaestre que quiso armarle un escándalo. ¿Cómo se llamaba? Un apellido catalán, ¡qué bruto! Luego dicen de los gallegos. A mí nunca nadie me ha dicho nada, somos como todos.

No hay nada como La Coruña, llana. No como Madrid donde todo son cuevas. Una ciudad, lo que se llama una ciudad, no necesita jorobas. Y ¿dónde se va comparar el arroz con leche, las torrijas, que los madrileños creen suyas...?, pobrecitos. Y el pantrigo. Pero lo mejor son las lajas de piedra, tan llanas y buenas de andar sin prisa. Y comer. ¡Qué saben aquí lo que son centollos! ¡No hay nada como un centollo bien aderezado. Si sabrá el animal lo que hace que no suelta su costra vieja hasta que tiene bien puesta la nueva...! ¡Cómo los preparaba la Camila! Músculos y vísceras bien revueltos con su poquito de vino. Y unas botellas de Ribeiro o de Cuqueira a mano. Tampoco el moscatel de la Amolla es mal pichón. No hay vino como esos. Nos han fastidiado, aquí, con su Valdepeñas; que se queden con él: se pega al paladar. Los vinos tienen que deslizarse, que correr. ¿Cómo se va a comparar una cosa fina frente a lo más grosero?

Cree que es su vicio, se hace ilusiones de haber sido buen bebedor. No había tal: una cogorza a los veinte años, *de las de dormir en quicio ajeno*. Y gracias.

Madrid es un asco. Demasiada gente y sin mar. Allá el mar no le llamaba la atención, tan húmedo, llenándolo todo de salitre. Aquí sí. Una ciudad sin mar: media ciudad; no se acaba nunca y las cosas deben tener límite. Llegar hasta ahí se puede, de ahí no se pasa... Las cosas claras ¡Llamarme viejo sinvergüenza!, ahí sí que no. No lo aguanto. He pasado por mucho, pero eso no. A mí don Joaquín siempre me habló claro. Ni eso: no lo necesitaba. Te coloco porque eres hermano de Camila. Te vas a casar con Marisa. No engaña a nadie. Si no se engaña, no se es sinvergüenza. Él no me engañó. Yo no lo engañé. En paz. ¿Sí o no?

Me engaño a mí mismo. Esa es otra cuestión: me engaño a mí mismo, luego don Manuelito tenía razón: soy un sinvergüenza asqueroso. Pero para mí solo: no para los demás. No hay derecho a que me lo digan. No hay derecho. Yo seré lo que sea, pero es cuenta mía, no de los demás.

Y no se marchará. Creí que la ocasión era buena. Él sí que es un sinvergüenza: bien claro que se lo dije. Todo tiene su límite: a mí nadie me ha agarrado así, de las solapas. ¿Cómo le saludo si me lo encuentro mañana? Mañana o un día de estos... La verdad, nunca me he sentido peor. Marisa. Ya, ¿para qué? Ya no sirvo. Ese sí que es un límite, una playa —la de Bastiagueiro—. ¡Decírmelo en la cara: viejo sinvergüenza! «Usted es un viejo sinvergüenza». Lo soy. Ahí está el límite. En las palabras. Mientras uno lo es y no se lo dicen... Las palabras matan, no tienen

remedio: es el final. Lo que debiera hacer es pegarme un tiro. Dios me perdonaría. ¿Qué puedo esperar? ¿Cómo me lo encuentro, mañana? ¿Qué cara poner? Porque no se irá, me lo dijo muy claro. Volver a La Coruña, no he de volver... No me habían de dejar. Y si volviera ¿qué? ¿Qué haría allí? ¿Quién me colocaría? Si viviera la Camila, pero ya hace más de diez años que cría gusanos. Es muy fácil de decir eso de que lo mejor sería pegarme un tiro. Hace frío. Bueno: tengo frío. Es lo mismo. La verdad es que hace frío. Marisa está en la cama, tan ricamente; enferma, pero caliente. No se puede quejar de la vida. Yo, sí. Aunque me dicen que no. Claro que nunca he servido para maldita la cosa. Los que sirven para algo, ¿valen más? ¿Vale más don Joaquín que yo? Será más listo, más rico, más inteligente, más cuco, tendrá amistades, ¿pero mejor? ¡Vamos! Y agarrado... ¿Y el don Manuelito ese? ¡Sevillano tenía que ser! Yo no sé cómo les entienden, todos farfullan y ése más que ninguno. No es mala persona, no. ¡Hijo de...! Dicen que no me puedo quejar... ¡María Purísima! Me quejo de no haber sido más de lo que he sido. ¿Es poco? ¿Tengo yo la culpa? Está más claro que el agua. Y no quisiera morirme sin ir al Ferrol. Ya iré, ya iré, y no fui nunca. ¿Para qué? Sería bueno que me pegara un tiro. Así acabaría de una vez. ¿Qué voy a hacer mañana? Llegar a casa, tomar café, encontrarme al indecente sevillano de... echarme a dormir, comer, venir aquí. Mañana, pasado, el otro. Mientras Marisa, con sus devociones, acostándose los martes con don Joaquín y cuando le viene con gana ese andaluz de...

Mira su vida acabada. Había nacido, había vivido, no había tenido hijos. Había: todo en pasado. ¿Era duro? No era cuestión de su vida, de sus pesares, de sus alegrías; eso no contaba; lo que pesaba era que fuera pasado, que estuviera ahí, presente, pasado, ido, hecho, sin posibilidad de modificarse, de volver. Tal como estaba tenía que continuar, calle abajo, hasta acabar bajo tierra, bajo el mar, que también es tierra. Bajo La Coruña, aunque le enterraran aquí, en ese Madrid frío, antipático. Solo. Estaba solo, siempre había estado solo. ¿María Luisa? Aparte, estuvo a su lado como entre paréntesis, sin contar; un cero a la izquierda. Un biombo. Nada. ¿Para qué seguir? Nunca había servido para nada: ni para procrear, que está al alcance de cualquiera: hasta de su padre, del que sólo recuerda los eructos. Un cerdo maloliente. Su niñez, correr alguna vez por la playa de Bastiagueiro: subir hasta aquel pino grande, ver cómo entraba el mar tierra adentro. Todo perdido, sin posibilidad alguna de volver a ser mocito corredor. Viejo, sin remedio, flojo, desmadejado, con aquel sabor agrio entre sus dientes verduzcos. Acabado: fin, finado.

No haber nacido. La verdad es que debiera pegarme un tiro. Total, ni yo ni los demás iban a perder nada. «Un viejo sinvergüenza...». Viejo, viejo de verdad.

Se lo pegó. Hubo gran alarma. Lo encontraron tumbado, saltada la tapa de los sesos; que se puso el cañón en la boca, apuntando al paladar, tal como le habían dicho que no fallaba.

VI

La herida no es profunda; ancha, larga cruza toda la frente.

—¡Pero, qué brutos, Dios mío!

—¡Vaya sablazo!

Luisa y Gabriela Morones traen una palangana, algodón hidrófilo, agua oxigenada, tintura de yodo. Entra Juan Ruiz que, como médico, toma el mando de las operaciones y en un periquete vuelve a vendar la cabeza del joven según los cánones, sin las prisas de primera hora.

—Lo que pasa es que no sabéis torear a los guardias —dice Marta Quiñones dándose importancia.

Querría haberte visto.

—No, hija, no —aclarar el médico, joven, mayor que los reunidos—. He estado en otras. No se trata de dar esquinazo, ni de quebrar el cuerpo, porque te quiebran el tuyo, sino de correr derecho a más no poder.

—Mira éste.

—Sí, hija, aunque no quieras, aunque te parezca vergonzoso: la cuestión es correr más que el que te quiere dar. Y una vez a salvo, si quieres o tienes ganas, volver. Torear está bien para con los toros, que son nobles, no con los de la porra o el sable. Si te da de filo, ahí te quedas.

—Menudo entierro —dice el apaleado.

—No seas bruto.

Fue en el Retiro, al anochecer, en la «verdadera» inauguración del monumento a Ramón y Cajal. A mediodía el Rey había presidido una ceremonia oficial. Los estudiantes y los profesores habían decidido organizar otro homenaje —en oprobio al anterior— horas más tarde, en el mismo sitio. «Prometió ser brillantísimo: Así por el número como por la calidad científica de los asistentes», dijo Álvarez del Vayo en la tertulia del Regina, pensando en la crónica que enviaría a *La Nación*, de Buenos Aires, de la que era corresponsal.

José Molina, el herido, por mucho que se esfuerce, no ve las cosas claras. Le duele la cabeza, no tanto la frente herida como el cogote. Por otra parte se siente a gusto, tan atendido. Está en casa de las Morones, de eso no le cabe duda, pero no acaba de distinguir con claridad a los presentes. ¿Quién le cura? Lo cierto: no conocía a Juan Ruiz, que aparece poco por casa de sus suegros y a otras horas que las de la tertulia.

Entran los padres de las muchachas, grave, alto fino, don Jesús Morones, archivero; grave, bajita, fina, doña Jesusa, asustada.

—¿Quién os manda meteros en lo que no os importa?

—¡Mamá!

—Déjalos, Jesusa. Están en la edad, y en lo cierto.

Don Jesús es liberal y de la Institución Libre de Enseñanza.

—¿No será nada? —pregunta a su yerno.

—Nada: tiene la cabeza dura.

Juan Ruiz es un genio, bastante bruto.

—Vámonos —le dice a su mujer.

—Pero...

—¡Vámonos! O si quieres te quedas. Abur.

Se va, regresa:

—Si te duele la cabeza —recomienda al herido— toma aspirinas.

—¿Una? —pregunta Joaquín Dabella.

—Medio tubo. Eso no hace daño. Y meterle en la cama.

Se lo llevaron Joaquín Dabella, los Manueles: Aparicio y Cantueso; Rafael Mella, discípulo de don Jesús, que le hace carantoñas inútiles a Luisa Morones y Rogelio Muñoz, perdido por Marta Quiñones, se quedaron en la calle al no caber en el taxi que trajo Cantueso.

Hubo regular revuelo en la casa de huéspedes de la plaza del Callao; un vendaje en la cabeza es muy llamativo. El magullado se durmió en seguida; sus amigos, tras las recomendaciones, fueron a tomar unos vasos de vino. A fines de mes —sucedió esto el 26 de abril— sus finanzas no daban para más. Cantueso se quería emborrachar.

—Me lo pide el cuerpo. Una cogorza de padre y muy señor mío.

No se lo pedía el cuerpo sino el alma y el recuerdo de Clementina.

Se les reunió Rogelio Muñoz, que traía veinticinco pesetas; las gastaron en un bar de la calle de Preciados. Con el vino Joaquín Dabella se descubrió un billete de cincuenta. Bajaron al Alcázar, de acuerdo en no dejar que se sentara mujer con ellos. El dinero alcanzaba escasamente para dos copas por cabeza.

—Sois unos niños de teta.

Manolo Cantueso consigue emborracharse con cierta facilidad, cuando quiere. Todo le da vueltas; de pronto esparrancándose, la cabeza sobre la mesa, devuelve cuanto tiene en el estómago.

—¡Cochino!

—No seas cerdo...

—Avisa...

Sus compañeros hacen lo posible por disimular el contratiempo, se lo llevan, de los sobacos, a los lavabos, pero ya no tiene nada dentro. Rogelio Muñoz hace traer un café «muy cargado» mientras Joaquín paga la cuenta después de pedir a sus amigos hasta el último céntimo para, en vista de lo sucedido, aumentar la propina. En la calle, subido en andas, Manolo se recobra en la puerta misma del «antro».

—Nos has puesto en ridículo.

—Hoy por ti...

—¿Cuándo he dado yo ese cochino espectáculo? —pregunta Aparicio, asqueado.

—Déjalo, no está para bromas.

Rogelio Muñoz tiene clases muy temprano; se despide recomendando otro café.

—Vamos a llevarte a casa.

—Ya estoy bien.

—Estarías mejor en la cama.

Dabella también se va: basta con uno que acompañe al indispuerto; dándose prisa alcanzará «su» tranvía en la Puerta del Sol.

—Si no, me tengo que ir a pata. Me habéis dejado sin cinco.

Aparicio y Cantueso andan lentamente hacia la calle de los Madrazo. Hace frío; las calles, mojadas, brillan amarillas según la intensidad de los faroles y de alguna luz particular.

—¡Qué curda!

—La querías coger. Revolviste como un bárbaro. Lo que te dio la puntilla fue esa copa de Málaga que te empeñaste en zamparte después del whisky.

—¡Qué más da!

—Así no llegarás nunca a nada.

—¿Qué tú, a qué?

Manuel Aparicio no contesta. ¿Para qué? Sólo a solas se lo dice, sin palabras, viéndose donde se sueña.

—Te advierto que ya estoy bien. Volvamos un rato.

—¿Con qué dinero?

—La Malagueña me presta.

—Muy bonito...

—¡Bah! No es más que un préstamo. Sabe muy bien que se lo devolveré con creces.

—Déjate de tonterías. Lo que te conviene es dormir. ¿Sabes que aquí nació *El Gallo*?

Reacciona el sevillano:

—¡Vamos! ¡Si es de la puerta de Gelves! De al lado de la casa de un tío mío.

—No. *El Gallo* es madrileño.

—Es muy capaz. La otra noche, en Villa Rosa, como Santibáñez le hablaba del dinero que ha ganado y gastado, le dijo, así a lo natural: —La vida no merece otra cosa.

—Es un tipo estupendo.

Llegan. Les extraña ver un grupo de personas en la puerta de la casa.

—¿Qué pasará? —pregunta el periodista que habla siempre aunque no haga falta.

La noticia: Abelardo se ha pegado un tiro. María Luisa acaba de salir «corriendo».

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Aparicio.

—¿Cómo que qué voy a hacer? Acercarme.

—Allá tú.

—Claro que allá yo.

—Lo que debieras hacer es tomar otro café.

Manuel Aparicio se va. Debiera acompañarle —piensa—. Debiera... Lo que necesita es otra cosa. Sane qué. Aprieta el paso, seca la boca.

Al llegar a la puerta del banco, Cantueso da con el forense:

—No entre. No tiene importancia, un suicidio sin lugar a dudas. Y el tipo tenía ganas. No tiene buena cara, ni usted tampoco. Acompañeme. Total le ahorro el trabajo. Le invito a un carajillo.

Cantueso se deja llevar. Andan por la ciudad desnuda. Cantueso oye a medias al funcionario. Con los residuos del alcohol le bailan en el magín Clementina, María Luisa, el muerto.

—Eso de que le levanten a uno a la hora que les dé la gana... Yo me acuesto a las ocho. Usted creerá que es broma, pero no: a lo más tarde a las ocho y media. Es una costumbre que he adquirido no hace mucho. Así no ceno, y no debo cenar. Una taza de manzanilla o de tila y a la cama. Me he vuelto muy nervioso y le advierto que no hay nada contra eso. Lo que debiera hacer es irme de médico a un pueblo. Es decir, hacer la carrera al revés. Si no fuese por mi mujer y los chicos... Desde que nos vimos la última vez, que creo que fue por el crimen de Atocha, ¿no?, tengo otro crío.

Manolo tiene ganas de decirle: acostándose a las ocho es natural, pero calla. Entran en un café. ¿Dónde? Al fondo, Aparicio, bebe un grog. El médico no quiere sentarse; se va tras tomar su café con coñac, de pie, al lado del mostrador.

—Si me desvelo sólo el café me da sueño.

Como una cabra, piensa Cantueso. Eso aparte: ¿quién no está como una cabra? Una cabra con cabeza de Clementina. ¡Qué tipo este médico! Y huele mal. La verdad es que con su sueldo y tantos críos...

Se fue a sentar al lado de su tocayo. Aparicio está nervioso, desencajado. Cantueso no está acostumbrado a esos repentinos cambios de aspecto de manera de ser del joven ensayista. «Se hace el interesante», piensa. Es otra cosa, pero ¿cómo meterse dentro de los demás? Menos, él. Se refiere al forense:

—Hiede.

—Hijo, el lavarse, en España, fue una herejía. Y aún hoy tiene un tufillo protestante.

—El tufillo, digo yo, más bien de no hacerlo.

—No es chiste. *Se quemó bastante gente por darse una mano de jabón. La*

cochinería es católica. La gran diferencia entre Mahoma Cristo es que Cristo, que se sepa, sólo se metió una vez en el agua. Las abluciones son moras.

—No te sabía tan comecuras.

—No sabes muchas cosas.

¿A qué esas hostilidades? De otro no lo aguantaría. De Manuel Aparicio, sí. Lo tiene en mucho, como todos. Sin contar que esta noche no está para calibrar humores, bástale con el suyo. Además, el cordobés rectifica (¿o no?), sin dejar en paz su crencha rubia:

—Debes sentirte de la patada.

—Tú dirás.

—¿Qué clase de individuo era?

—Yo qué sé. Una vez me contó...

—¿Hablabais?

—A quien habría que meter en la cárcel es a esa Clementina de la mierda.

—¡Hombre! Tampoco quedas muy bien que digamos.

No te metas...

—Si no me meto.

—¿Qué puedes esperar de esa señora? Más puta que las gallinas.

—No digas disparates.

—¿Qué no lo sabes?

—¿Qué no sé?

—Fue moza de partido antes de serlo del maestro Miralles.

—¿Quién te ha venido con ese cuento?

—Vox populi: la sacó de no sé que casa de Valencia.

—No digas majaderías.

—Fíate. Lo hizo por fastidiar.

—¿Quién?

—Los dos.

Cantueso piensa en el viejo.

—Cuando no se tiene lo que se quiere y no hay esperanza de alcanzarlo lo mejor es pegarse un tiro —comenta Aparicio.

—Eso nunca, hermano.

—¿Por la humanidad?

Cantueso no recoge el sarcasmo. Jamás pensó en morir:

—Siempre hay remedio.

—¿Cuál?

—Conformarse.

—Eso: los que necesitan braguero.

—A veces, me parece que tienes una hernia en la cabeza.

—Tal vez.

Callan, a lo suyo.

—¿Cómo van tus cosas con Marta?

—Eso acabó.

—¿Otra vez?

Aparicio no contesta.

—Ese gambaina de Muñoz le anda haciendo la rosca.

—Está en su derecho. ¿Aquí te fían, no?

—¿No llevas dinero?

—Lo dejamos todo en el Alcázar. Claro, no te acuerdas. ¿Te fían?

—No creo.

—Pide coñac. ¿No conoces a aquéllos?

—Igual que tú.

En una mesa del fondo, bajo espejos de marco dorado Mourlane Michelena, Cuadra Salcedo y algunos otros discuten del porvenir de España.

—¿Te vas a quedar?

—Tengo que esperar.

Cantueso no se atreve a preguntar qué. Por el tono se da cuenta de que Aparicio no se lo diría.

—¿Vamos con ellos?

—Para perder el tiempo nos bastamos solos.

A Aparicio no le interesa la política.

—El destino de los hombres se juega en otro plano.

—¿Cuál? ¿La religión? Acabas de... ¿El arte?

—¿Para qué vamos a hablar? A ti te interesa la política como un «modus vivendi», no como un fin. Santo y bueno, no es peor que ser corredor de fincas o fabricante de turrón. Pero aunque estuviera dispuesto a dar la vida...

—¿Lo dudas?

Aparicio mira a Cantueso: sus cejas pobladas, su pelo crespo, su morenez olivácea, el brillo de su piel a la luz amarillenta del viejo café cochambroso; le ve de pie en una barricada, sosteniendo heroico una bandera (¿cuál?), la boca entreabierta como en los grabados del 48, o como la República de Rude, en el pilar derecho —o izquierdo— del Arco del Triunfo napoleónico. ¿Para qué hablar? No se entienden. Son amigos de otro tipo, de otro tiempo. Compañeros de clase —dos años— en el Instituto de Sevilla. Luego se perdieron de vista, se han vuelto a encontrar en Madrid, de cuando en cuando; sus tertulias son distintas. A Aparicio no le importa un comino el destino de los hombres; más ahora: carcomido.

—¿Vas a dormir ahí?

—No creo.

—¿Vuelves al periódico?

—¡Qué remedio!

—Te acompaño un rato.

(¿No iba a esperar?).

—Mañana te pago —dice Cantueso al camarero.

Al salir a la calle, nervioso. Aparicio desaparece en dirección contraria despidiéndose con un gesto amplio y vago. Es así. ¿Quién lo entiende? Allá él.

VII

De pronto, a destiempo, hace frío. El hálito de todos denuncia su grado en la mañana, que se levanta con dificultad, sin la luz que le corresponde. ¿Ya las ocho? El cielo, vedado por una oscura manta de niebla, el piso más duro. Toda pared hostigo.

Un tiempo de perros. Desde luego el más impropio para ir de putas. Y más para volver —para salir—. «¿Cuál es el contrario correcto de ir?».

Cantueso despierta solo. ¿Con quién durmió? Lo mismo le da, con tal de no volver a la pensión. Hubiese podido dormir en un hotel, pero, con el vino embaulado y la media botella de coñac que le obsequió la Malagueña, no se le ocurrió. ¿A qué hora se fue Aparicio? ¿O no fue él? No recuerda. Sólo quedaba una chica. Pequeña, vivaracha. El gallego con la cabeza hecha miga... María Luisa. ¿A quién le ha *faltao* para que se me amontonen así las desgracias? «Mal haya la uva y quien la inventó».

Ahora, a las ocho de la mañana, cuando va a salir de la casa de la Aurora, en la calle de Jardines, piensa que debe cien pesetas. ¿A quién? Bueno, ya se las pedirán. Tropieza en la escalera. «Cuidado, lo único que me faltaría sería romperme una pierna». Tal vez no estuviese mal. Le cuidarían. El hospital, Paquita a su lado sin lugar a dudas. Las monjas. La lástima: en la redacción, en los cafés.

—Pobre Manolo.

—Mira que es mala pata.

Queda parado un momento en la puerta. Hace mucho que no le importa que le vean salir de una casa como la de la Aurora; dejando aparte dos obreros que se escurren metidos a más no poder en sus raídas ropas entorpecidas por el frío extemporáneo nada acorde con el calendario, no se ve a nadie, embotado, destemplado, dándose a los demonios, preocupado por la total falta de cuidado en sus ayuntamientos oscuros, Manuel cruza la calle de Peligros. «Ahora habrá que

enterrarle. Paquita. ¡Dios! Soy un *tirao*».

Quiere tomar café para combatir el agrio, pastoso gusto que le vence la boca. Los cafés de la calle de Alcalá todavía están cerrados, no quiere volver atrás ni bajar hasta la Puerta del Sol. De lo que tiene ganas es de bañarse. Agua caliente. ¡Dios: existe el agua caliente! y meterse en la cama después. Pero ¿dónde? ¿En la pensión? Ni hablar. Meterse en un hotel. ¿Dónde?, ahí mismo: en las Cuatro Calles o en la Carrera. De paso podrá tomar café. Hecho. En la bañera se pone a pensar «en serio»: ¿Cómo enfrentarse con María Luisa? ¿Qué decirle? Con los gallegos nunca se sabe. Dormir, ir a la redacción, hablar con Pepita, Santibáñez es capaz de echarme. Bueno. Entraré en *La Voz* o en *Estampa*, cuando despierte le hablo por teléfono. ¿A quién? ¿A Santibáñez? No, a María Luisa, a Paquita, a Dios. Le pide perdón al Sumo Hacedor.

Llama a las tres de la tarde. La recién viuda no está en casa, no ha vuelto. Se felicita, es lo mejor. Sin embargo, no está satisfecho. «No, de ninguna manera. ¿Acabar así? ¿Acabar qué? Sus relaciones con María Luisa no son nada, nunca fueron nada. Claro: el muerto. Se habrá decidido por el difunto. Buen provecho. Sí: buen provecho. Pero...». Le molesta la revancha del cornudo, del infeliz, del idiota. Añora lo que teme:

—Ahora estamos libres, de aquí en adelante el mundo es nuestro.

Claro que si las cosas fueran por ahí huiría. Por de pronto, ya que no está en casa: a la redacción. La cabeza todavía le da vueltas, un café no basta.

—Hombre, ya era hora.

—Se murió un tío mío.

—¿De parte de padre o de madre? —le pregunta Santibáñez—. Verdaderamente tiene usted cara de medio luto. Ricardo Estébanez está enfermo, vaya a la Presidencia: hay nota. Ah, y le acompaño en el sentimiento. Procure que el próximo tarde por lo menos seis meses en fallecer.

Manuel le mira, sonrío, sin intentar mantener el engaño. ¿A la Presidencia? Que vaya Rita, y si no Rita, Almendros. Con dejarle recado en Correos...

Café, más café es lo que necesita. Se toma dos, se siente mejor. Telefonea a Paquita, se cita con ella, en *Molinero*. Vuelve a la redacción, hace una nota acerca de la imposición de la Gran Cruz del Mérito Militar a la duquesa de la Victoria: «Con motivo de la estancia en Sevilla del Presidente del Directorio se ha efectuado un homenaje en honor de la ilustre dama Duquesa de la Victoria, cuya filantropía la ha hecho acreedora al cariño respetuoso de todos los españoles (¿No te fastidia?). En el teatro de San Fernando y ante numerosa y selecta —corrigió: selectísima— concurrencia le fue impuesta por el general Primo de Rivera a la ilustre dama la Gran Cruz del Mérito Militar (Ya lo he puesto antes, lo mismo da) como testimonio de gratitud por su humanitaria y constante labor en beneficio (¿En beneficio, en pro?), en beneficio de los soldados de África, heridos durante la campaña actual (—

¿Campaña actual o actual campaña? Déjalo así). El acto fue solemnísimos». ¿Qué más? Justo para el pie de la fotografía. ¿Pongo «y altamente simpático» para rematar? Déjalo así. ¿Quién mejoraría este texto? Nadie. Soy un gran periodista ¿quién me tose?

Llama por teléfono a Almendros: ya le ha enviado copia de la nota. Nada, ¿dónde iría a dormir esta noche? No es problema. (Sí lo es). Lo resolverá en el café, después de dejar a Paquita en su casa. El redactor jefe le llama para tenderle displicentemente un libro.

—Hágame media cuartilla.

Cuarto tomo de las obras completas del Marqués de López Muñoz. Comedias y obras.

—¿Es que las comedias no son obras? ¿Lo reviento?

—Se cuidará usted muy bien.

—¿No basta publicar una fotografía —a una columna— «El señor Marqués de López Muñoz, que acaba de publicar con gran éxito, etc.»?

—Es muy feo y quiero media cuartilla, ahora mismo. En la sala de redacción, larga, baja de techo, oscura, entre el humo, discuten de toros.

—¿Hay derecho a que *Fortuna* con su historia y su estilo de matador no haya toreado este año ni seis fechas? Yo no pido para él cincuenta corridas, pero tiene derecho a torear más que otros.

Porque honrado, es más honrado que nadie. Si las suertes básicas del toreo no estuvieran en decadencia, torearía todas las ferias. En cambio, otros, como ese *Chicuelo* que no sé qué le han visto y que tiene más miedo del que no se puede tener y que vive del cuento de que sabe torear y no quiere, se hace millonario y el *Gallo*, una ruina, anda haciendo el payaso por esas plazas y gana doce mil pesetas por tarde. Así está el toreo.

—¿Estuviste en el entierro de Nakens?

—Oye, ¿dónde está el tomo de la S del Espasa? Tengo que hacer un artículo sobre Shaw. O me lo haces tú. Sabes más de eso que yo.

—¿Qué pasa con Shaw?

—Que le van a dar el premio Nobel, dicen Que lo haga tu abuela.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Nada, hombre. Que el pelma del jefe quiere que le haga media cuartilla acerca de esta mierda. Enseña el libro.

—Despáchate a Shaw, que no te cuesta nada y yo haré esto. Me interesa. Es el casero de mi suegra.

—Venga.

¿Había sido hoy, o ayer, o mañana? Cantueso no lo recuerda: le muerde el recuerdo de Abelardo. Sí, le muerde, como si arrastrara un can colgado de los

pantalones.

—¡Quita, chucho! ¡Déjame en paz!

Rabioso.

«Bernard Shaw... (que no es pariente de nuestro ilustre comediógrafo del mismo segundo apellido —me matan si lo pongo—) nació en... ¡Qué artículo haría si tuviese tiempo y me diera la gana! No puedo hacer esperar a Paquita».

VIII

—Bueno, tú dirás.

—¿Qué te ha contado tu madre, rosa?

—Poco más o menos la verdad.

—¿Qué se lio a bofetadas con mi patrona porque ésta supuso que tenía que ver conmigo?

—Tú, ¿con quién?

—Con tu madre.

—¡Qué barbaridad! No me digas. Cuenta.

—Ya lo has oído. ¿A que no te lo dijo?

—¡A qué santo! No lo puedo creer.

—Pues así fue, preciosa.

—Te callas lo mejor.

—¿Qué?

—Que es tu querida.

—No es verdad, cielo.

—No mientas.

—No miento, vida.

—¿Me vas a hacer creer que no has tenido nunca nada que ver con otras mujeres?

¿Con ninguna?

—Tanto como eso...

—Entonces ¿qué más da una que otra?

—¿Crees que son cosas de las que debemos hablar?

—Supongo que sí ¿o crees que me sabe mal?

—Supongo, ricura.

—Pues supones mal. El día de mañana, cuando dispongas de mí, será otra cosa.

—Júralo, prenda.

—Déjate de adjetivos. ¿Qué vamos a hacer?

—Tú mandas, encanto.

—No creo que mamá dé su brazo a torcer. Y menos, ahora.

—¿Entonces?

—Propón tú, que para eso eres hombre. Vamos, digo.

—Dices bien, *emperaora*. Pero: di tú.

—Soy mayor de edad.

—No mucho, clavel.

—Déjate las flores para otra ocasión.

—¿No podrías irte a vivir a casa de tu tía Rosario?

—¿A qué? ¿Cómo? ¿Depositada?

—No entiendo eso.

—Hablemos clarito, Manuel. ¿Nos casamos o no nos casamos?

—Nos casamos, prenda.

—Se te acaba el repertorio.

Que te crees tú eso, gardenia, jazmín, pensamiento.

—¿Tan fea y a ras de suelo?

—Pensamiento mío.

—Entonces, arréglalo todo. Y una buena mañana nos vamos donde quieras.

La madre que la parió —piensa Cantueso— y como estar en sus cabales, está en sus cabales.

—¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—¿Sabes lo que gano, vida?

—Me lo figuro. Pero me conoces poco: sé hacer de todo y no me asusto de nada. Lo mismo cocino que lavo y plancho. —No lo dudo. Pero, muñeca, vives bien, no te falta nada, y lo que te puedo ofrecer hoy es tan poco...

—Entonces, Manuel, aquí paz y después gloria.

Se levanta.

—No, chata, de ninguna manera. Te quiero más que a mi vida.

—No te pongas cursi: lo supongo.

—Por eso mismo, rosa.

—No me salgas ahora con la canción de siempre. ¿O te proponías seguir perdiendo el tiempo?

«Tiempo más razón que Dios. Te has caído, Manuel. No tiene remedio».

La mente atropellada del sevillano busca un esguince para escapar siguiendo su costumbre de no enfrentarse con los problemas. Lo mejor —siempre— escabullirse, dejar que los demás hagan por uno, no tener responsabilidad. Te has caído, Manuel. A

apechugar. Alguna vez tenía que ser. Y no es mala ocasión para decidirse, Manuel, ¿te ves casado? No se ve, no se lo figura. Le basta con el café y las ocasiones. ¡Poner casa!, ahí es nada. Tener casa... Estar en casa... No poder andar de café en café, no poder —tal vez— tomar todo el café... Comer a horas fijas, en un lugar fijo —aunque sea con Paquita—. No perder la libertad —¿qué libertad?— sino, al contrario, tener que renunciar a cien trabas gustosas. Pero: no hay remedio. ¿No lo había pensado? Claro que sí, pero, como todo, vagamente, de refilón, un momento, sin sacar conclusión: sí, algún día me tendré que casar... Mejor con Paquita que con otra. De verdad la quiero. Es una mujer estupenda. Pero así, de pronto, decidirme... Si lo pienso no lo hago: a la de tres.

—¿Qué hacemos?

—Lo que quieras.

—Nos casamos, reina.

—Por descontado. Pero ¿cómo?, ¿cuándo?

—Tú sabrás.

—No tengo experiencia.

—E ídem de ídem, clavellina.

Tiene que proponer él. Hace un esfuerzo, no muy grande.

—¿Y si fuésemos, por las buenas, no sé: a Ávila, a Segovia, a Alcalá? ¿No crees que ante el «hecho consumado» entraría tu madre por el aro?

—A la fuerza. Además, mi padre...

—Pues, hecho. ¿Cuándo?

—Cuando quieras.

—Ahora, vida.

—Para luego es tarde. Pero oye...

—Di, azucena.

—Nada ¿eh? Nada de nada, hasta las bendiciones.

—Tú mandas. Pero...

—No hay peros.

—No, si no me refería a eso, sino a algo... —iba a decir más importante: se restableció a tiempo—. No tengo dinero: aquí, ahora.

—Puedo pasar por casa. Tengo una cuenta de ahorros desde hace no sé cuantos años.

—¿Tú?

—Bueno, mi padre; a mi nombre.

—Se necesitará su firma, alhelí.

—¿Crees?

—Seguro. Deja, pasaré por casa.

—¿Tienes?

—Algo, mejorana.

—¿No se te ocurrirá pedírselo a la fulana?

—No, mujer, no.

A las doce del día, ¿a quién recurrir si no? Las huele. Tiene trescientas pesetas en el cajón de la cómoda. Para toda la vida. Algo podría sacar del periódico o de *La Esfera*, pero no ahora.

—Tendrás que llevar algo, albahaca.

—¿De qué? ¿De ropa? No hará falta. Bastará con un día.

—Bueno, voy por el dinero, un pijama, el cepillo... ¿Me esperas aquí?

—Como quieras.

—Mientras, puedes escribir a tus padres.

—Es una idea...

Al pisar la calle se acordó, como si le hubieran pegado una bofetada, del suicida. Era lo primero que pensaba decirle a Paquita, pero la conversación se había despeñado tan ardua hacia el tema del casorio que se le borró la tragedia de las mientes. Se detuvo, dispuesto a regresar. Pero... mejor recoge el dinero, se marchan y después Dios dirá. Como canallada, para con María Luisa, es de órdago. Dejarla así. Así o de otra manera... ¡Uy, Dios! No le queda más remedio que liarse la manta a la cabeza. ¡Esa Clementina! ¿Quién le mandaba...?

Cuando llegó a la pensión, María Luisa se marchaba al Depósito. Vieja.

—El entierro es a las tres.

No le dijo más. Se fue, de luto, rota. Le dio lástima, dueño de sus perdidos encantos. ¡Afuera! Marcharse, no volver, no volver a verla. La conciencia le presenta un magnífico pretexto: «Cómo después de la muerte de su marido, y por mi culpa, etc». El entierro, a las tres. Debía ir. Volvió a *Molinero*, blanco, sin saberlo.

—¿Qué pasa?

—El marido de la patrona que se ha pegado un tiro.

—¡Vaya por Dios! ¿Dónde?

—En el Banco de España.

—¿En el corazón?

—No, mujer en la cabeza.

—¡Qué le vamos a hacer! ¿Tengo que darte el pésame? Anda, vamos.

—Debo ir al entierro —y bajando la voz—: Es lo menos que puedo hacer.

—¿Cogido de los cuernos que le ponías?

—No seas bárbara.

—¿O es que necesitas consolar a la viuda?

—Te juro que eso se acabó, clavellina.

—Así lo espero. ¿Pero no decías que no...?

—Comprende, alhelí, comprende, dalia...

—Deja tu retahíla de flores, a menos que quieras trenzar una corona para el difunto. Nos vamos ahora, o nunca.

«Está jugando conmigo. Se aprovecha. No deja de tener razón. ¿Qué hago? Manuel, es la última oportunidad: aprovéchala. Hay mil otras que te están esperando. Pero, la quiero. Y además tengo que quedar como un hombre, como lo que soy: la quiero, la quiero como no he querido nunca a otra. Cristina aparte. Pero esa es otra historia: tan vieja que yo sólo me acuerdo. Era un chaval, ella ni se enteró. Sevilla y el Guadalquivir. El Guadalquivir, tan ancho, tan quieto, tan tranquilo. ¡Sevilla!».

—¿Por qué no vamos a Sevilla, rosa?

—¿Tan rico eres? ¿O heredaste del difunto?

—Eres de lo que no hay preciosa. Pero sería bonito... Paquita le mira fijo.

—Cambias de idea, como...

—De camisa. Más, madre Selva. Eso tengo de bueno: no te aburrirás.

—Pues vamos a Sevilla.

—Pero después del entierro.

—Eso sí que no.

—Mujer, comprende.

—Esto es exactamente lo que no quiero hacer. Y me sabes testaruda.

—Como tu madre, malva.

Paquita lo toma en broma:

—Bueno. Después del entierro. ¿A qué hora?

—No sé: a las seis, a las siete.

—A esa hora, imposible. No me podría escabullir.

—¿Mañana?

—Bueno, mañana. ¿A qué hora?

—A la que digas.

—¿Cómo un solo hombre?

—Es una falta de información, maravilla.

Ríen.

IX

Don Joaquín Dabella es un hombre correcto, bastante calvo, de barriga algo más que incipiente como la mayoría de los cincuentones de su tiempo. Bigote recortado,

nariz prominente que no cuadra mal con su estatura procer, boca fina, barbilla cuadrada, chaleco de fantasía —no siempre—, orejas pequeñas, leontina —siempre—, la voz grave, botines claros sobre zapatos negros relucientes. Gran facha, cuidada por la respetabilidad. Aunque pasaba por gallego, castellano, de Palencia. Hijo de humildes tenderos que se privaron de todo para darle una «carrera», panacea española que empieza con el don y generalmente acaba con ellos. Estudió en Salamanca, hizo oposiciones a la judicatura, las ganó al alimón con su confesor, que lo era de la esposa del presidente del Tribunal, con lo que se declara que don Joaquín no era lerdo. Las hambres que pasó —que no fueron muchas pero sí seguidas— afilaron mente y cuerpo, que lo tenía en aquel tiempo en forma de lápiz. *El Transparente* le llamaban. No lo era tanto, con sus gatos en la barriga. Arrimose a las sotanas hasta conseguir plaza y mujer: que todo fue uno; no por asalto: hubo sus componendas, conversaciones tan largas como Remedios Royo, que nada le debía a la naturaleza: palo de escoba hasta en su rebelde mata de pelo de panoja. Bizcochilla para mayor variedad, poco parecida la derecha a la izquierda. Añadíasele un decir soso pero lleno de pretensiones; educada en Inglaterra, lo que sirvió para acostumar al marido a vestir bien y apreciar los vinos de Jerez; echada a perder desde que vino al mundo por el dinero de una tía soltera, fiel espejo de su falta de gracia que fue repartido entre cuatro hermanas —idénticas en faltas externas— decididas a que por lo menos una de ellas, la más joven (que la herencia cayó tarde), conociera las glorias del himeneo. Remedios intentó sacarle todo el jugo posible a la buena muestra que Dios le concedió en legítimo matrimonio. Don Joaquín Dabella enterado de que el tener descendencia podía ser gravísimo para su cónyuge la preñó a conciencia por mor de reconcomios morales y religiosos y del necesario sometimiento a la Divina Providencia.

Viudo, rico, íntegro, respetado, hizo razonable carrera sin pensar en nuevo matrimonio, muy encariñado con jovencuelas, cuanto más, mejor, al azar de sus destinos. De La Coruña vino a Madrid ya en edad de sentar cabeza: lo que explica su largo contubernio con la señora de Muñoz. Le gustaban obedientes. María Luisa nunca se opuso a nada, maleable, triste, dócil, sumisa hasta que gustó de Manuel Cantueso, que la llevó a la única decisión que tomó en su vida.

En el simón que los zarandea tras el ataúd del suicida, don Joaquín y Manuel, único acompañamiento, hablan para matar el tiempo al azar de baches y sus vaivenes.

—Para que esto fuera como Inglaterra necesitaríamos ser todos ingleses. Y si hay algo improbable en el mundo es esto, joven. Aunque yo no digo que a Dios gracias. Cada país tiene el gobierno que merece y podemos damos por muy satisfechos con el que tenemos. El general Primo de Rivera es exactamente el gobernante que necesita España. Representa a los españoles con tanta fidelidad como el presidente Doumergue a los franceses o Mussolini a los italianos. Por eso vamos bien, muy bien.

Lo que no puede ser, es lo que sucede hoy en Alemania o en Rusia. El día que Hindenburg sea presidente de Alemania, no digo que no. Los gobernantes deben ser representantes y representativos de su país. Wilson fracasó por eso.

Cantueso oye al respetable varón como, de veras, oye llover. Conoce el paño. Piensa en Paquita y en su madre, la propia. Lo que debía hacer: tomar el tren, esta noche, e irse —solo— a Sevilla.

El recuerdo de Goethe y sus huidas. Más o menos es todo lo que sabe del famoso alemán, pero de primera mano: José Molina lo saca a relucir con cualquier motivo.

—Su Majestad es más listo que todos. No se le escapa una... En todos los sentidos. En Londres, a los dieciséis años, la primera vez que fue allá, a visitar a los reyes de Inglaterra... Me lo contaron allí; luego no hay duda de la certeza del incidente. Le invitaron a tomar el té. El muchacho tomó una pasta y la mojó en la taza. Se le acercó el conde:

—Majestad, esto —aquí— no se hace.

—¿Qué aquí no se hace esto? —contestó, mojando de nuevo la pasta.

—No, Majestad.

—Pues no saben de lo que se pierden.

Como no hay otro. Castizo hasta más no poder. Oiga otra: no le diré el nombre, porque usted es periodista y los periodistas lo cuentan todo. Aunque, ahora, no le iban a dejar. Pero se trata de un profesor famoso, que tiene sus entradas en Palacio. Estaba Su Majestad, con él, en una sala de arriba. Entró y salió la Reina que saludó cortésmente a mi amigo. Lo que yo cuento siempre es de buena fuente, de primera mano. El profesor, cuando doña Victoria salió queriendo ser amable le dijo a Su Majestad alabándose orondo:

—Yo también estoy casado con una inglesa, señor...

—Pues te acompaño en el sentimiento.

El Rey puso su mano en el hombro de mi amigo y se echó a reír.

—¿O has visto algo más burro que una inglesa tonta?

—Don Alfonso es el desparpajo y la simpatía en persona. Hay —había— que oírle hablar de sus ministros... Bueno, en eso es igual a su padre, que en paz descansa. Así que, ¿en el gran periódico de la tarde?

—Sí, señor.

—Yo no lo leo. (Recalca siempre el yo).

—*La Época* está mejor...

—No lo dude... (Un silencio, el traqueteo del simón). Es muy de agradecer que se haya molestado en acompañar a este pobre. Yo le conocía hace muchos años. (Siempre el «yo» por delante). Era un buen hombre. Está bien, este gesto de usted está bien; muy español. Los españoles somos así. (Otra pausa. Un bache mayor que los demás los zarandea). Usted perdone. (Otra pausa). ¿Y qué dicen por esa

redacción? Ahora la han tomado con Callejo. No digo que sea una lumbrera —yo le conozco— pero es un buen ministro de Instrucción Pública. Ya se les pasará. Los estudiantes... Lo hacen para adelantar las vacaciones. En mi tiempo no pasaba eso. Se decía a estudiar y se estudiaba. ¿Qué quieren? Ni ellos mismos lo saben.

Cantueso no tiene ganas de hablar, ni de hablar ni de nada. Le ronda el sueño. Le molesta físicamente el carcamal bien comido que tiene al lado. Hace esfuerzos para no vencerse hacia él. A pesar de ello le roza a cada momento.

—Perdone.

—No se preocupe.

Arrecia la lluvia.

—¡Vaya, lo que nos faltaba! —comenta el magistrado del Supremo.

Las gotas se deslizan por los cristales nada limpios del carruaje rodeando viejas placas de suciedad, salpicaduras de lodo mal lavadas. Atardece antes de tiempo. Entre las rayas mezcladas del agua el paisaje triste del suburbio parece más desconsolador. Algunas sombras pasan corriendo. La luz toma su color del barro que se forma rápidamente, pegajoso, en la carretera.

—¡Qué tiempo!

Manuel se figura metido en la cama, con Paquita. ¿Y me voy a perder eso? Ni hablar. Vuelve a María Luisa. Por molestar, pregunta:

—¿Qué será de la pobre viuda?

—No queda tan mal.

—¿Por qué se mataría?

—Es que se va perdiendo el concepto cristiano de la vida. No tenía por qué quejarse.

—¿Usted cree?

—Yo tengo la seguridad. («Yo», siempre «yo»).

—¿Entonces?

—¡Vaya usted a saber!

—¿Algún disgusto familiar?

La lluvia aprieta desdibujando lo que se percibe a través de los cristales. Repiquetea en el techo.

—Yo casi podría asegurarle que su esposa era incapaz...

—¿De qué?

—De dar disgustos a nadie.

—Usted es —era— algo así como el benefactor de la familia.

—Bueno, no tanto. Yo les ayudé cuando estuvo en mi mano.

¿Qué me lleva a hablarle a este santo varón de estas cosas?

—¿Por qué se suicidaría? ¿No tiene usted idea?

—¡Vaya usted a saber! Cada cabeza es un mundo.

Muy inteligente este señor. ¿Se pegaría un tiro por lo que le dije? Sí, tal vez, seguramente, sin duda. No me cabe la menor duda. ¡Bah! Debió de oír otras. Porque aunque la interfecta jura y perjura de que hasta que yo... Por lo visto hay fidelidades dobles, aun triples... Pobre diablo...

Ahora, en una caja barata, ahí delante; con este tiempo cochino.

»Lo cierto: lo traté como no debía. Me sacó de quicio. Si hay justicia la que debe cargar con el muerto es Clementina. Sin ella, el viejo estaría vivo y coleando. Suponiendo que se hiciera el harakiri por haberle gritado yo... Lo cual es mucho suponer. Esto es serio, Manuel. Pero no tengo conciencia de asesino. O ya me remuerde. ¡Estoy fresco! Ahora resulta que, en veinticuatro horas, mato a uno y me tengo que casar. A Clementina, no hay Dios que la perdone...». Lo que quisiera es dormir.

El magistrado habla de la superioridad de los españoles, del *knock-out* de Harry Wills a manos de Paulino Uzcudun, Lo tiene en mucho. «El boxeo será inglés, pero los españoles no somos mancos». El monólogo, puntuado por las aquiescencias de Manuel, deriva al charleston que baila *La Yanqui*, en Apolo.

—Bonita revista ¿no?

—Sí.

—¡Mire que llamarse Reyes Castizo y ponerse *La Yanqui*!

—Sí.

—¿No ha visto la revista del Chueca?

—No.

—A mí me gustan las revistas. Usted es poco hablador.

—Estoy preocupado.

El hombre importante queriendo ser amable con aquel inesperado acompañante eleva la conversación, para ponerse a tono («Un periodista es siempre un intelectual»):

—¿Ya leyó usted «Humo, dolor, placer», de Alberto Insúa?

—No.

—Gran escritor.

—Eso dicen.

—¿No ha leído usted nunca nada suyo?

—No.

«¿Qué hago? No me voy a preocupar por eso. Si se pegó un tiro por mi culpa es ridículo, perfectamente ridículo. No tengo la responsabilidad de que los demás sean idiotas».

El chubasco no cede. Llegan a las puertas del cementerio. Los dos hombres se miran.

—Yo creo...

—Yo también...

—Al fin y al cabo...

—Pues sí.

El magistrado toca la ventanilla con el puño dorado de su bastón, hace señas al cochero para que regrese a Madrid.

—Tengo un amigo que se llama como usted.

—¿Cómo?

—Dabella, Joaquín Dabella.

—¿Joven?

—Sí, tendrá 22 o 23 años.

—Es mi hijo.

—¡Ah!

El magistrado no volvió a abrir la boca. Le molesta que su hijo se entere de sus tapujos. «Y, ¡buenos son los periodistas para callarse la boca! ¿Le ruego que no le diga nada? Sería peor. Todo sea por Dios; ese imbécil tenía que morir así».

Cantueso procura ordenar su tiempo: «No serán menos de las siete al regresar a la Puerta del Sol. Tengo que ver a alguien que haya estado en Valverde, por si ha pasado algo más. (¿Más?). Aparicio estará en el Regina. Si no, más tarde, seguro, encontraré a Dabella en el Reina Cristina. La verdad es que Joaquín no se parece en nada a este elegante caballero. ¿Será así dentro de treinta años? Le estarán echando tierra, a menos que le haya tocado nicho».

Su curiosidad no llega a formular la pregunta.

«¿Se pegó un tiro? ¡Allá él! Si por lo menos escampara... Bueno, si sigue lloviendo me meto en el Universal. ¡Café! ¡Café! Necesito tomar café. Después Dios dirá. ¿Dios? Clementina, y gracias. ¡Qué asco! Tiene que dejar de llover».

Escampó.

X

Joaquín Dabella en lo físico, salió a su madre: alto, desgarbado, delgadísimo, narigón —como su padre—, rubio a más no poder, ardua pelambre que resalta todavía más por la rubicundez de la faz, muy trabajada en un cutis altibajeado por todas clases de pequeñas protuberancias que si no de viruelas, lo parecían. Añadíasele un tartamudeo pertinaz, hijo o padre de su timidez, que le hacía mover más de la

cuenta una nuez muy pronunciada en ángulo agudo. Además, inteligente; con consciencia de los límites en que se encerraba mucho antes de llegar al fin de sus posibilidades.

Nació en Teruel, al azar de uno de los primeros destinos de su padre; se había criado en Zaragoza en manos, regazo y faldas multiplicadas de sus tres feas tías solteronas. Infancia difícil, por la salud: bronquios sensibles, pulmones débiles, sin apetito. Anduvieron cambiándole aires y aguas, panacea del momento. De una finca en las goteras de Calatayud a la faldas del Moncayo; de Alhama de Aragón a las aguas de Fonté, de las de Jarama de Aragón a las de Paracuellos de Jiloca pasando por las de Siete Aguas, en Valencia; las de Villavieja, cerca de Nules, en Castellón. Por cuidados de las tías no quedó; mal avenidas por el chico del que se disputaron feroces las preferencias. Águeda, Teresa, Pilar. Las tres secas, las tres altas, las tres viejas.

—Si crees que debe comer huevo que lo coma y se ponga malo. Pero yo no se lo daré. Yo no se lo daría. Tú, dale si quieres. Allá tú. Pero no tienes más que verle el color. Ese chico de lo que está enfermo es del hígado. Vosotras, claro, a seguirle la corriente a don Ramón. Don Ramón, don Ramón, como si no hubiese otro médico. ¿Mató o no mató a Araceli Delgado? No ve tres en un burro. No sé cómo podéis tenerle confianza. ¡Huevos! Dadle, dadle, y si mañana amanece peor, la que tendrá que cuidarle seré yo...

—¿Otra bufanda? Vosotras queréis matarlo. No veis que no puede respirar el chico; sudará y...

—Mira, Pilar, quítale una camiseta, con dos tiene bastante.

—Con tanto azúcar lo que le criáis son lombrices. Estoy segura de que ese chico tiene lombrices. O la solitaria. ¡Más azúcar, Teresa! ¡Más azúcar!

—¡Joaquín, no salgas! ¡Chimo, no te asomes! ¡Quinito, sal a tomar el sol! Mira que el fondo del aire es muy frío: si sale me parece una barbaridad, allá vosotras. Que no salga. ¡Joaquín siéntate, no te muevas! ¡Este muchacho es tan quieto...! ¡Muévete, haz algo! ¡Chimo, pareces una peonza!

Teresa: Joaquín. Pilar: Chimo. Águeda: Quinito.

Un buen pasar, sin más. El patrimonio pasó íntegro al cuñado.

El haberle costado la vida a su madre, verdad que descubrió a los quince años con la pubertad difícil entre tantas faldas atencioneras, le produjo largas fiebres eruptivas a las que no hallaron causa.

Volvió al instituto con la cara arada, más tartamudo, más delgado. Joaquín Dabella a pesar de sus defectos físicos tenía muchos amigos. Aprendía sin dificultad alguna pareciendo adivinar lo que le enseñaban. Quién más, quién menos le pedía consejos. Sin hacerle asco a las matemáticas descolló en geografía, en historia, en literatura, en psicología, en ética. Sólo las muchachas se solían reír de su desgarbada

facha. Si les tenía que hablar, más tartamudo. Siempre decidido a hacer un favor preocupado por los resultados de su ayuda.

Sin declarárselo —menos a los demás—, pesábale su casa. No admitían sus tías que vinieran sus compañeros a estudiar o a pasar allí las horas muertas, ni que fuese «a perder el tiempo» con ellos. Doliéndole, tuvo que mentir; aun así jugó al billar un par de veces en tres años. Al cine, nunca. Al teatro, sí, con sus tías, por turno.

Solía ver a su padre los días de Navidad. Hacía años que don Joaquín había borrado la difunta de su vida. Ver a su retoño se la mal recordaba. No que sintiera remordimientos, pero de todas maneras no era gustoso, menos teniendo en cuenta que sus cuñadas plañían como si la cónyuge hubiera desaparecido el día anterior. Le tenían lástima y en mucho y voz muy alta que no se hubiese vuelto a casar, blasonándolo como prueba de respeto hacia su hermana que en paz descansara. Aunque, muy en sus entrañas secas, sintieran, cada una, que no hubiera revertido en ellas el amor perdido a las primeras de cambio. Don Joaquín Dabella era uno de sus pocos motivos de acuerdo: un dechado, un hombre como no había otro. Se lo creyó su hijo hasta que tuvo uso de razón, que fue pronto y buena.

—No pareces hijo mío. ¿Es que no puedes vencer ese tartamudeo? ¿Es que no te das cuenta? Es cuestión de voluntad. En este mundo todo es cuestión de voluntad.

—¿Cómo vas a ser abogado?

El chico mira a su padre sin atreverse a contestar. No le impone. Le siente lejos, sin que tenga nada que ver con él.

A los diecisiete años, antes de acabar el bachillerato, con Jaime Dalmases y Enrique Pinillos hicieron una revista: *Vértice*. Prueba de su cordura: en ninguno de los dos números que vieron la luz publicó nada suyo. Leían a Baroja, a *Azorín*, a Ramón Gómez de la Sema; la revista *España*. El *Sol* y Ortega eran oráculos. En octubre de 1923, a los pocos días de proclamarse el estado de guerra, por la dictadura naciente de Primo de Rivera —piquete en el Coso, clarines, bando—, fueron a vivir a Madrid, por su «carrera» que no podía ser otra que la de derecho. Era mejor —y mejor visto— cursarla en la Corte; las tías, como un solo hombre, decidieron trasplantar la casa a la capital para velar, velando por el muchacho. Fueron inútiles las sugerencias del joven bachiller para que le dejaran vivir con su padre. Hubo grandes conversaciones con éste:

—Ni como ni ceno en casa. Cuando no en las Salesas, estoy en el Círculo. Además me vais a obligar a cambiar de casa, en la mía no cabéis, y ese piso me conviene.

Por el qué dirían no tuvo más remedio que apechugar con otro grande y destartalado de la calle de Leganitos, escogido por la cercanía de la Facultad. A cuenta de un largo contrato firmado don Joaquín se quedó, además, con el suyo.

La primera rebelión del estudiante ocurrió a los seis meses, después del chocolate.

—Tías: quiero la llave de casa.

Tartamudeó más que de ordinario. Pilar, que era la de genio más pronto, se levantó como si el corsé se le hubiera vuelto resorte:

—¿Estás loco? Puedes volver a la hora que quieras, hasta las nueve y media o las diez, aquí te esperamos. ¡Estaría bueno que nos acostáramos sin saberte en casa!

—Tías: quiero la llave de casa. Quiero volver a la hora que me parezca mejor.

Gimió Teresa:

—¿Sabes cuántos años tienes?

—Por eso lo digo.

Águeda, contrapunteó:

—¡Bueno se va a poner tu padre cuando lo sepa!

Lo supo, le pareció bien. Las tías hablaron de volverse a Zaragoza.

—Es lo mejor que podéis hacer.

El disgusto fue mayúsculo. Lo aprovechó el magistrado para no aparecer más que los domingos a medio día a comer la gallina en pepitoria que «le salía tan bien a Pilar». Tuvieron las tres viejas largos concialiábulos acerca de lo que convenía hacer en vista de las nuevas circunstancias: de cómo prevenir a su sobrino de los males y asechanzas del mundo ya que su padre fallaba en la hora en que más falta le hacía. Desgraciadamente, aunque se pusieron de acuerdo, no sabían por dónde empezar. Recurrieron a don Adolfo Ruiz, cura de la Almudena, confesor de Águeda, a su vez hombre de mundo porque se afeitaba cada día. Se les cayó el mundo encima: Joaquín declaró haber perdido la fe. Lloraron, volvieron a vestir de luto (olvidado a medias no hacía tanto), se acusaron mutuamente de no haber sabido educar al «niño». Según Teresa por culpa de Pilar y Águeda; según Águeda por culpa de Teresa y Pilar; según Pilar por culpa de Teresa y Águeda. Esa desunión las unió en sus preces, fueron a la iglesia ya no sólo por la mañana. Las tres altas, delgadas, de negro. *Los Tres Mosqueteros* según el muchacho del quiosco de periódicos de la Plaza de Santo Domingo.

En Madrid, como en Zaragoza, Joaquín Dabella fue estudiante distinguido, con muchos amigos. Buen compañero, menos para ir de putas. Jamás quiso. Las mujeres le parecían seres inaccesibles. Las adoraba, de lejos. Rehuía de sus compañeras de clase. Al azar de cátedras y cafés intimó con Manuel Cantueso, con Manuel Aparicio, con José Molina.

XI

Tímido sin saberlo, se amparaba en súbitas decisiones que le aseguraban de lo contrario. Su miedo: suponerse cobarde. Su segunda «hombrada» data de marzo de 1925, días antes de cumplir los 22 años. Encargáronle sus tías ir a la Gran Peña para recoger las mil pesetas que su padre les pasaba mensualmente para todo. Con el dinero en la cartera Joaquín fue a la estación del Norte, sacó un billete para La Coruña. Envió un propio a Águeda, diciéndole que iba a pasar unos días a Barcelona: que no se preocupara, sería cosa de una semana. Le rogaba poner en antecedentes a su padre. Suponía que no adoptarían providencias que le forzaran a decisiones más radicales.

Supuso liquidar así de una vez el pasado, sentando precedentes para el futuro, y sus tías en su lugar. El qué dirán le amparaba, con la seguridad de que no le mandarían traer de vuelta entre una pareja de la Guardia Civil. Por otra parte, declarado inútil para el servicio militar —después de haber sido preventivamente soldado de cuota en la última quinta que los admitió—, era ya mayor de edad. Su gesto no era campanada sino campaña, nacida al azar de una madrugada y de las olas, como Venus. Bottichelli tuvo parte: una reproducción en *La Esfera*. El mar, desconocido, se le impuso irresistible. Se atrevía con sus tías, no con su padre —que habría aprobado su deseo de pasar unos días donde quisiera. Suponiéndolo, tres veces se propuso decírselo, sin resolverse: preveía discusiones, tal vez la resolución final de un acompañamiento cualquiera. Decidió la escapada para rehuir explicaciones.

Envió postales desde La Coruña. Escribió a Molina:

Querido Pepe: Nadie dude del «estaba escrito», aunque sea presunción por la constancia. «Estaba dicho» estaría mejor. Cuadra con el futuro, y no digamos con el pasado, que los dioses hablan, no escrituran. En él «estaba escrito» entra, sin duda, cierta presunción de literatos, cagatintas de las religiones. Los profetas, por la boca. Nuestros padres son, un poco, profetas particulares de cada quien: a cuenta de tanto oír hablar de La Coruña en casa y lenguas de mi progenitor «estaba dicho» que el primer lugar a donde había de volar era aquí. Lástima que volar, en español, no tenga las mismas acepciones que en francés porque te explicaría —además— las posibilidades crematísticas de mi viaje. «Estaba escrito» que me quedaría con las mil pesetas y que aquí habían de buscarme, si es que me buscan, que lo dudo. Bastante tendrán mis tías con lamentarse, llorar, desmayarse y mi padre con alzarse de hombros. No sabiendo quien soy me conocen bastante para suponer que no he de embarcarme en busca de imposibles Floridas.

Querido Pepe: para un murciano como tú, perdido en bibliotecas pasadas y futuras, esto sería más que el paraíso. Para lo terrenal conténtate con lo que le escribí ayer a Manuel, un poco en su estilo poema prosaico. No sé por qué al escribir, me

atempero a la manera del destinatario. Mejor dicho, sí lo sé: mi falta de personalidad y lo gustosamente que me acojo a la de mis amigos. Y esa misma manía que me ha entrado de escribiros, como si todo lo que veo lo hiciera con el exclusivo objeto de participároslo. Mi gusto: ¿qué diría Pepe de esto?, ¿qué le parecería este congrio a Manuel? (No es congrio, dícenle lamprea). No entiendo: ponderan su lejano regusto a barro como el máximo placer del más fino catador. Es posible que los extremos del gusto linden siempre con lo podrido. Lo digo por la liebre y el gorgonzola. Comed ostras, si por casualidad podéis, a mi salud, o percebes —si no os alcanza— y la liebre. (Buscadla, siempre se da con ella porfiando, según tú. Y os quedaréis cortos: ¡Qué congrio!).

Pero no te quiero hablar del estómago (si Aparicio ha cobrado en *Calpe*, que os convide), tan agradecido de mi estancia aquí; nunca lo sentí tan dispuesto a engullir cuanto lo echen.

En Madrid, es difícil ser romántico (aunque Cantueso me suelta, cada dos por tres, sin venir a cuento, que lo soy). Entiéndeme, en la Corte se puede serlo a lo Larra, amargo; pero lo romántico es bruma y niebla, y Madrid es ciudad de mil esquinas. (Dirás: está *chalo*. ¿Qué tienen que ver las esquinas con la niebla?). Madrid puede albergar un romanticismo de brasero y capa, corto, en todos los sentidos; de trajes y abanicos; un remedo. El romanticismo es de campo muy abierto, de bosque con viento, de acantilados, de mar. Una casa, por dentro, puede ser muy romántica, a lo Bécquer, pero entonces no deja de ser un poco cursi. La cursilería es un romanticismo limitado. Frente al mar, delante de las ruinas, en un jardín si hay bruma o niebla no se puede ser cursi. Por algo insisten en que la cursilería nació en Cádiz, con buen calor. El romanticismo con sol, no pasa de folklore. Bueno, todo esto son tonterías. Valle-Inclán es romántico porque es gallego. Lo cual no quiere decir que todos los gallegos sean románticos. No me lo parecen los tenderos de la calle Real, ni los pescadores. El mar, sí, de por sí. Por lo menos el Atlántico. Supongo que el Mediterráneo es otra cosa, aquí lo desprecian bastante.

He conocido a Martínez López, a López Martínez, a Martínez de López, a López de Martínez y otros López y otros Martínez, y a Julio J. Casal, el de *Alfar*. Bastó el nombre de Cañedo para que se desviviera. Todos son estupendos. Cuando no uno otro me acompaña, me convida. Casal es un sol, rubio, abierto, naturalmente sin sombras: Salinas es bueno; Jamés, magnífico; Barradas prodigioso; Rodríguez, estupendo; López, incomparable. Todo le parece de primer orden, se entusiasma con cuanto publica. Le prometí que le mandarías algo para su revista. Tú verás. Habla con los demás: si Aparicio se decidiera se desmayaría de gusto. Supone que el próximo número saldrá dentro de dos meses.

Tienes que venir, tenéis que venir. Para mí, hijo natural de Zaragoza, madrileño como todos los señoritos en busca de acomodo, La Coruña me ha producido un efecto

bárbaro. (Ahora me doy cuenta de que para nosotros todo es «bárbaro». «¡Bárbaro!». «No seas bárbaro», decimos a cualquier hora, por lo visto deseando serlo. Aquí no dicen «bárbaro». No ha llegado. O lo son).

No he leído a la Pardo Bazán, ni a Curros Enríquez, ni a Rosalía de Castro, aunque me esté mal el decirlo, y no recuerdo, en lo que conozco de don Ramón, ni San Francisco, ni Santo Domingo o la calle de la Maestranza. En casa, donde tanto se habla de La Coruña, siempre se vuelve a La Marina, a los Cantones, al Paseo de Méndez Núñez, a la calle Real y para de contar. El Jardín de San Carlos ha sido una sorpresa que no se me borrará de la memoria.

Fui con Cristóbal Avendaño, historiador viejo, amigo de mi padre, a quien me presentó Martínez López (no recuerdo cuál de ellos). Como todos los de su calaña hombre meticulado, atildado, fino, que sabe mil cosas que no le importan más que a él. Me llevó a su casa, como ya no las hay, con sillones frailunos, cuadros oscuros de tercerones del XVIII, en la calle de Las Herrerías. Tiene mil papeles, su gloria. Le tiene hinchado a doña Emilia por una trastada que le hizo. Las mujeres —me dijo— no sirven para maldita la cosa.

Lo he puesto por delante para darme el gusto de retrasar el momento de hablarte del Jardín. Allá voy: si alguna vez la palabra melancolía ha tenido un sentido... (¿Te acuerdas que venció en un concurso que hicimos, una noche, en *Bavaria*?). Imagínatelo —como yo: no le veía más que el esqueleto de algún árbol— coronando un viejo fuerte medieval; abajo, la bahía, la ciudad festoneando el litoral. Eso no es nada en sí: un paisaje sin primer término adecuado pierde mucho. Cuenta aquí, como tal, las piedras. Los árboles, la hiedra, la niebla, la tristeza, nadie, y el graznar —o como se diga— de las gaviotas. Pregunté. He aprendido que las golondrinas trizan, las perdices ajean, las grullas gruñen. Sabía que los cuervos crascitan o croacan y que las ranas croan. Pero nadie ha sabido darme el verbo exacto del graznido de las gaviotas. La niebla, Pepe, la niebla, madre de la melancolía. Si esto —aquí— no es la hermosura, que venga Dios y me lo diga.

Además, la historia, que no es cualquier cosa al atardecer (se iban encendiendo, borrosas, las luces de la ciudad). «Desde aquí vieron partir a Carlos I a serlo V el 20 de mayo de 1519», habla don Cristóbal. Según él, aquí empezó lo de los comuneros. Tenía aquel barbián diecinueve años. La historia no suele hacerme cosquillas. Pero ¡viejo!, aunque no se quiera —por el mar, la bruma, la soledad, el silencio— queda uno absorto. «El 22 de julio de 1588 salió de aquí la Invencible...». Añade, entre acacias, negrillos y rosales, la tumba de Moore. Más allá se lee, en mármol, como debe ser, la proclama de Wellington, las elegías de Wolfe y de doña Rosalía. Con la noche que bajaba, la tumba tenía un gran aire. Y el último verso de la elegía del inglés:

We left him alone with his glory.

Sentí un ligero estremecimiento por el espinazo, a menos que fuera la humedad. Don Cristóbal me contó que en la boca de Tyne, en Tynemouth —como naturalmente se dice— cerca de Newcastle, en el cementerio de una abadía en ruinas, situada, más o menos, como este jardín, existe la tumba de un gallego muerto allí a los 82 años cuya hazaña —el gran hecho de su vida que mereció ser recordado si no en mármol, en piedra— fue llevar el farol en el entierro del general famoso. Don Cristóbal hizo el viaje adrede para verla. Desde el acantilado inglés —casi escocés— sólo vio la lápida, la ruina de las paredes, por la niebla. Oyó el batir del mar —sin lograr divisarlo— y las sirenas. Se quedó un día más, pero el tiempo no mejoró.

Como es natural yo no sabía nada de Moore, uno de esos generales de tipo napoleónico o contranapoleónico —lo mismo da— que parecen haber vivido para permitir a los ingleses escribir biografías. En quince o veinte años ganó batallas en América, en Córcega, en Irlanda, en Suecia, en Francia, en Dinamarca, estuvo en Abukir, en la toma de Alejandría, aquí está enterrado, desnudo, después de perder la batalla del Viña (sic) y dirigir una famosa retirada. El gallego que alumbró la escena fue, por lo visto, a vivir y morir en Inglaterra en justa correspondencia. Aunque supongo que lo enterraron cristianamente vestido.

Hay más: Lady Esther Stanhope, sobrina, consejera escritora de Pitt, de la que tampoco había oído hablar, lo cual no prueba más que mi —nuestra— universal ignorancia, amó a ese rayo de la guerra. Tras la muerte de su famosísimo tío fue a enterrarse en Siria (las ruinas de Palmira), «Circe del Desierto», en su palacio de Djihum, Djim o Yon, rodeada de brujos y adivinos no antes de sublevar a los drusos. Vestía como hombre, así fuera árabe, como ese Lawrence que encandila a Aparicio. El buen historiador me mostró sus fuentes, que comprendían nada menos que a Lamartine. Como verás: todo a la medida.

¿Te das cuenta? No salió la luna, por la niebla baja. Creo que por hoy está bien. Tibi.

Querido Manolo: Pasarán los años, pero me acordaré siempre. Ya sabes la trastada que le jugué a mi familia, merecida, por otra parte. Tampoco les hará daño: mil pesetas pueden gastárselas conmigo, aunque no lo crean. No le tengo aprensión a mi vuelta a pesar de la seguridad de que, por lo menos, dos de mis tres tías se desmayarán y que, juntas, no me hablarán durante tres o cuatro días. Mi padre es otra historia.

Pasarán los años, pero me acordaré siempre. Ya estás construyendo un castillo encantado o mejor suponiendo una viajera caída en mis redes entre León y Astorga: no hubo sino dos curas roncadores que me permitieron dormir todo lo largo que soy en una de las banquetas hasta una hora absolutamente indebida, teniendo en cuenta que quería ver mundo. El campo no me hizo gran impresión.

Sabes que quería ver el mar: el mar que no me tocó, que no vi, porque me

nacieron —como dice don Miguel— tierra adentro, más claustro materno (murió mi madre por vivirme) que el mar que le tocó a mi padre. Quería ver el mar aquí, en La Coruña, donde debí verlo hace veinte años. Los hombres que no han visto el mar ¿son hombres? Sin ver el mar sólo se puede tener una idea muy vaga de la eternidad. (No me he traído más libro que la segunda antología —con jota— de Juan Ramón. Ortega influirá más en nosotros, pero ¡Juan Ramón! Dicen, dices, que es un hombre imposible, intratable. Tal vez. «Hombre imposible» no está mal).

El mar, viejo, el mar no tiene nombre. Es el mar, como el cielo. Le pondrán nombres según la tierra; pero todo es cielo, como todo es mar y no la tierra, y menos los hombres: no soy tú, ni Pepe, ni Julián, y poco se parecen Isabel, Paquita o Lola. El mar, donde sea, idéntico a sí.

El mar «innumerable» —¿no?— de tan diverso es único, sólo, enorme, como la idea de Dios, el infinito. (Sin más contorno que la tierra, que se lo da, como nosotros damos forma a las ideas. Las cosas son las circunstancias). El mar redondo, a la redonda, anula, volviéndote ombligo del mundo. (Recuerdo —otra vez— a Unamuno). Manuel: frente al mar, olvido hasta a... —no sabes quién es, rabia; ni lo sabrás—, porque lo siento dentro de mí. El mar y su viento. ¿Para qué más temas si me decidiera a escribir? (No lo haré nunca por mucho que fastidiéis). El mar es ese punto de apoyo que necesitaba Arquímedes para levantarle la tapa de los sesos al mundo. (Eso llega del lado de Ramón. ¿Ves por qué no podré escribir nunca? Siempre huelo el origen de lo que pienso).

El mar es inmensidad. ¿Te das cuenta, viejo?, la inmensidad. (¿Cuántos no lo han dicho antes?, y esto es lo que está bien: otra inmensidad. Si lo han dicho ¿para qué escribirlo? Y aunque no lo hubiesen dicho, aunque sólo lo hubieran pensado, ¿para qué escribirlo?). Todos los hombres somos iguales —o desiguales— como las olas del mar. Desde lo alto, desde el punto de vista de Dios. ¿Para qué empeñamos en gritar nuestras «pequeñas diferencias»? Vivámoslas porque no nos queda otro remedio. Además, si estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, también duerme, y también sueña.

Estuve esta tarde, en el Jardín de San Carlos. No lo olvidaré nunca: bajó la niebla. No daré nunca con las palabras. Se escribe siempre para los que saben. Cuando no, como ahora ¿cómo explicar?

No dudo que páginas enteras de minuciosa descripción sirvan para lograr ese fin. Pero cuando me enfrento con ellas, en las novelas por lo menos, las salto: me tienen sin cuidado; si no me imagino el ambiente no hay frases que me lo construyan, deben bastar algunas palabras. Pero ¿dónde las pesco para ti para describirte esa sensación de la que todavía no salgo? Si te digo «fascinador» ¿qué entenderías? En muchas novelas inglesas deben pormenorizar lo que resentí. No te hablo del sol sino de la niebla, de la niebla de la poesía romántica y de las novelas policiacas inglesas. Las

gaviotas croaban (¿se dice croaban?). Ese gañir sepulcral, esos chillidos penetrantes, agudos y roncós a la vez, esas alas en ángulo obtuso de pronto aparecidas como fantasmas a través de una atmósfera opaca, esmerilada, donde todo desaparecía poco a poco, me pusieron la carne de gallina. Te lo aseguro. Manuel: como si viviese en otro mundo.

En los tres días que llevo aquí no había llovido. Hoy sí, a torrentes. Esto es lluvia y no la porquería que gastamos en Madrid. Allí, ensucia; aquí limpia, lo deja todo nuevo; hasta abrillantar todo: las hojas, la piedra, el cielo.

Estaréis en el *Henar*, en el *Regina*, en la *Revista de Occidente*, en el *Reina Cristina*. Y yo estoy frente al mar, y como centollos y bebo Ribeiro. Desgraciados, envidiadme. Tuyo, oceánico.

Joaq.

Los destinatarios y algunos más comentaron:

—No hará nunca nada.

—Le falta confianza en sí.

—Algo más le falta.

—Lástima, porque es simpático.

—E inteligente.

—Eso dices tú. No, hombre, no. Un señorito empollón, incapaz de matar una mosca.

—¿Y qué?

—Nada. Le falta clase. Un gamberro.

—Mira que ponerse romántico a estas alturas...

—No tanto, hombre, no tanto.

Molina: Vale más que todos vosotros juntos.

En La Coruña, al azar de un encuentro en la calle Real (paseaba Joaquín con un joven abogado y dos estudiantes, de Santiago) le presentaron a don Leopoldo García, notario, viejo amigo de su padre. Hombre jovial, suponiéndose de la edad de sus interlocutores preguntó, festivo, por el digno magistrado haciendo inmediata alusión a su reconocido gusto por las mujeres. Don Leopoldo, a pesar de su notaría, no se distinguía por su tacto. Contó lo suficiente para que el forastero se diera cuenta de lo que nunca había imaginado. Vio aclaradas algunas incógnitas del comportamiento de su progenitor. Le molestó, lo midió.

—¡Qué le vamos a hacer!

Se sintió más solo, sin desagrado. Siempre había pensado que los hombres vivían en compartimentos estancos —no era imagen suya, sino de Molina— y que a lo sumo se podían comunicar con los demás dando golpes en las paredes de sus celdas: a veces se entendían, generalmente no. Quedaba el amor tal y como debe ser, callado,

para uno mismo.

Por la noche, en una tasca, se emborracharon celebrando el nacimiento de la hija del abogado, señorito afilado, ocurrente, locuaz, agudo, violento, leído, simpático, galleguista de pro, sindicalista y republicano. Se llamaba Santiago Casares Quiroga. A la niña le pondrían María.

XII

Cantueso llevó a Joaquín a casa de «las Miralles». Se enamoró de Isabel.

Isabel, rubia, de grandes ojos claros —grises verdes, azules, según quien los viera—, mirada suave, desigual la boca de labios finos, hoyuelo pronunciado en la barbilla, «la dulzura personificada» —según algún periódico—, callada, con vistas al porvenir, enardecía por su evidente encanto quieto a innumerables sumisos; ninguno recurrió jamás a métodos violentos, ni alzó la voz; le tomaban la mano con mil cuidados. «De porcelana», «Sevres»; uno, más erudito, habló del origen chino del «biscuit»; otro, más castizo, aludió a La Granja. La piel era traslúcida, las venas se marcaban suaves:

—Delta de mi vida —le dijo el segundo novio.

—Si alguien te leyera las líneas de la mano debiera hacerlo por el dorso —dijo el cuarto.

Para ponerlas de relieve Isabel toca el piano. Mal, pero a menudo. Una fuga de Bach, un andante de Beethoven, una danza de Granados, otra de Albéniz y vuelta a empezar.

Sebastián Gutiérrez, su profesor, venía los viernes, de cinco a seis. Era hombre endeble, triste, bajo, no sólo de aire enfermizo, enamorado de sus discípulas, lo que le daba malos resultados en todos los terrenos menos en el de su menguada economía. Viéndole tan enclenque, las familias le invitaban a comer en días fijos; resolvía así, en parte, el problema del mantenimiento de su madre y de su abuela, que había cumplido los noventa y cinco «como un roble». Cuando, además de las comidas, empezó a coleccionar cenas, una hemiplejía lo dejó privado del lado derecho. Del susto, tal vez de hambre, murieron, en cosa de días, sus procreadoras para quienes fue luz del día. Sus propias desgracias acabaron mucho más tarde: doce años le costó morir revuelto entre basuras y tejares más allá de la Pradera de San Isidro, sin que nadie se acordara del santo de su nombre. *El Privadito*, le llamaron, se arrastró por

las calles ayudando a un organillero manco, el *Azucarillo*, que andaba por las Clavas. Nunca, en sus charlas —largas, entrecortadas, tediosas, caídas las manos; «donde falta ventura, poco aprovecha esforzarse»— trajeron a cuento la calle de Valverde, que hubiera podido, por lo menos, servirles de motivo de conversación.

—Isabel no me preocupa —decía Clementina—. Ella sabe...

Así era. Aprovechó las sentencias maternas. Aquello de que «el dinero será muy feo, pero muy útil», tantas veces repetido, no se le apartaba del alma. (Tenía Clementina buen fajo de refranes, los unos muy conocidos: «El dinero es caballero», «El dinero hace *el* malo bueno», lo tradicional es *lo*, pero como no importaba sino el posible futuro marido, sin darse cuenta, trastocaba los pronombres. A otros, añadía o quitaba: «Dinero nos dé Dios, que lo que es tu padre...». «El dinero todo lo puede». «Los pobres mueren ahitos y de hambre los ricos: creételo...»). Desde que tuvo uso de razón Isabel fue ahorradora y partidaria del interés. No tanto por la pertenencia como por el acrecentamiento. Desde los seis o siete años fueron preguntas usuales en ella:

—¿Esto qué vale? ¿Esto qué cuesta? Esto será muy caro.

El comercio le llamó siempre la atención. Cuando aún no tenía sentido exacto del valor de las monedas aconsejaba a su madre el dar billetes porque:

—Te llevas lo que sea y además te devuelven.

Cuando descubrió el valor de sus gracias:

—¿Qué me das?

Por ese don, un primo suyo por parte de madre, todavía tuvo el privilegio de verla en cueros a los ocho años. No pudo repetir la suerte, a pesar de que en vez de los dos reales ofreció un duro, que el pudor pudo más que el interés. Con la pubertad pareció desaparecer su agudo sentido de la propiedad pero, con el tiempo, al cumplir los dieciocho, se encargó de la venta de la producción paterna, de discutir las condiciones económicas —y aun a veces artísticas— de los retratos: a tanto el decímetro cuadrado de escote o talle.

—Esta chica es miel, tan suave... Todo dulzura; no como la arrebatada de su hermana. Paquita debió de haber nacido chico.

Isabel pintaba bodegones. Paquita prefería los modelos del estudio paterno. Sin desatenderle la dulce no le hizo caso a Joaquín Dabella. Al joven le bastó la cortesía, el que le dejara ver sus ojos, de vez en cuando, a pesar de las bromas procaces de Manolo Cantueso: Tú, métele mano...

—Hombre, hoy conocí a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Dónde?

—En el entierro del marido de mi patrona...

Joaquín Dabella no pregunta ni comenta. Esta medida desconcierta a Cantueso, tan amigo de sacar consecuencias a cuento o no.

—Algo le oí a Paquita.

—¿Qué más dijo?

—No sé. Estuve hablando con Isabel.

—¿Y qué?

—Nada.

—Nunca te enteras de nada. Así no irás a ninguna parte: cualquiera se te la llevará delante de las narices. Decídetes de una buena vez.

—Se me atragantarían más las palabras. Además, creo que estas cosas no hay necesidad de decírlas. Creo... (Su padre hubiese dicho: «Yo» creo..., piensa el sevillano).

—¿Qué?

—No sé —sonrió—, pero no estoy de acuerdo conmigo mismo. Lo que me falta...

—Lo que te falta, Joaquín, lo sé mejor que tú: ir de putas.

—Calla. ¡Qué sabes!

—Sé lo que te pierdes.

—Y yo que estás perdido.

Manuel se detiene, el cuchillo en el pecho.

—¡Oye, tú...!

—Oye tú: ¿qué haces que valga la pena? ¿Estás contento con lo que escribes? ¿A eso has venido al mundo?

«Por dónde sale ahora éste...». Contrarréplica, sin fanfarronear:

—Cuando me dé la gana...

—No te la dará nunca.

Resiente la tartamudez de Dabella, quisiera que le hablara de corrido, que se expresara sin trabas. Sigue.

—Estás contento con lo que tienes. Te basta.

—Todos quisieran que se fuese como ellos. Es una definición como otra cualquiera de la amistad.

—No lo es.

—Quiero...

—Quieres ser diputado, algún día. Con eso colmarás tu ambición.

—¿Te parece mal?

—Sí: porque eres más. Nada te impediría serlo. Sólo tú interceptas tu camino. Tu propio camino. Por haraganería. No porque te dé lo mismo. Pero te cansas antes de empezar. Hay algo en ti que, de pronto, te encoje el mundo, te lo reduce al camino fácil de no hacer más que lo indispensable. Hay algo podrido en ti que podrías sajar sin daño, sin dolor, con un poco de voluntad. Pero eres incapaz. Incapaz, no es el concepto. Sí podrías. Pero no puedes. No doy con la palabra: poder, si podrías. Pero

hay algo, no más fuerte que tú, al contrario, que te hace escoger no el camino más corto, pero sí, siempre, cuesta abajo, el más fácil.

Cantueso, descuartizado: «Este puñetero, ¡qué vista! Y no le mueve la envidia. Se tiene en más». Se equivoca en lo último: Dabella quiere lo mejor para los demás.

—¿Y si te dijera que llevo escritas cien cuartillas de la novela?

—No te creería.

—Pues créelo.

Joaquín, cándido, duda.

—Vamos a tu casa y me las lees.

—Hoy, no.

—Subes, las bajas, las leemos en casa, o en un café.

—Hombre...

—Lo que sucede es que no es verdad. Si las tuviera, se sabría. Eso quisieras. Y yo. Te dejas vencer por las circunstancias, como dice don José Joaquín Dabella tiene debilidad por Manuel Cantueso. Está a gusto con él. No le importa su ignorancia, que otros no le perdonan. García Lorca se burla despiadadamente de su reverencia por Blasco Ibáñez, de su gusto por los Quintero. Le llama: *Manuel Álvarez Quintero* o *El hermanito*. Para Cantueso las nuevas escuelas literarias son filfa, ganas de asombrar al prójimo. Él es más listo que todo eso: no se la dan con queso. Son bromas que pasarán. Él se queda con Bécquer y Benavente. Los más del Regina, de la *Revista de Occidente*, de la Residencia de Estudiantes, no le toman en cuenta. Él tampoco los quiere; maricones y estreñidos, a lo que dice. No lo cree, pero se empeña.

—Vamos a bailar, un rato.

(Cantueso, gran bailarín. ¿De dónde le ha venido ahora esa idea, con lo que tiene que hacer? ¿Por qué sabe que Dabella se negará? ¿Para demostrar su superioridad en ese terreno?).

—No sé.

—A ver si aprendes, ya es hora.

«Tiene razón, tengo que aprender a bailar. Lo he ido dejando, pero ya está bien. Hago el ridículo. No tengo oído. Pero supongo que no todos los que bailan lo tienen. El martes, en *Doña Mariquita*, pude sacar a Isabel, tenerla en mis brazos. Me prometí ir a una academia el día siguiente. ¿Cuántos días hace? Mañana voy con Pepe Molina. El también quiere. Mañana».

—¿Qué hacemos?

—Voy al Reina Victoria. ¿Vienes?

—No. Tengo que estudiar.

—Empollón.

—Sabes que no. Aunque nada tengo contra los empollones.

Joaquín no tiene nada que hacer, pero quiere pensar en Isabel a sus anchas.

Manuel tiene que resolver sus problemas. Volver a casa. Telefonar a Paquita. Se despiden en las Cuatro Calles. Manuel sube a la pensión. ¿Hablará con María Luisa? A la fuerza. A ver por dónde sale. Las circunstancias mandan. No hace planes. No está. Interroga a las fámulas. Se alzan de hombros: la señora no ha vuelto. Miel sobre hojuelas para el sevillano. Llama a Paquita por teléfono. Le contesta Isabel.

—A ver cómo le dices a tu hermana que quiero hablar con ella.

—No va a poder ser: hay moros en la costa.

—Entonces, dile que me llame. No voy a salir, esperando. Si no puede ahora, a las once, en el periódico.

—Eres un punto.

—Sevillano, cuñada.

—No adelantes acontecimientos.

Se echa encima de la cama, se duerme pensando que se ha proclamado la República, que es Subsecretario de Fomento. Se despierta a las once y media, la boca zarrapastrosa de tanto fumar. No hay nadie en casa. Los otros huéspedes se han acostado o no han regresado todavía. El cuarto de la recién viuda está sin luz. Se asoma tras nudillear: nadie. ¿Dónde se habrá metido? Coge una manzana que encuentra en el aparador. Sale mordiendo la fruta.

—Te han estado llamando por teléfono.

—¿Quién?

—Voz alterada.

—Me dormí.

—Ya, ya.

—Solo.

—Ya.

—Sí, hombre: como los oyes. ¿Está el director?

—Claro.

El despacho es amplio, cochambroso. Los butacones desvencijados, los asientos con jorobas. Colillas, periódicos, luz reconcentrada en la mesa.

—Necesito unos días de vacaciones, director.

—¿Para trabajar?

—No es chiste, don Carlos. Me caso.

—A otro con ese cuento.

—Por estas.

—¿Querrá dinero, además?

—A ser posible.

—¿Quién se sacrifica en su honor?

—Misterio.

—Nunca dejará de hacer tonterías.

El Director levanta la pantalla hacia la cara de Cantueso. Le mira a través de los gordísimos cristales de sus gafas.

—Cuidado con lo que hace.

—Descuide.

—España no necesita todavía de sus destacados servicios —no voy por ahí, por hoy.

—¿Sale de Madrid?

—Sí.

—Pues tenga cuidado. Todavía están verdes. Hay dictadura para rato.

—Le aseguro que no es por ahí. Me caso, de verdad.

—Lo siento por ella.

—¿Cuánto?

—Que le den quinientas pesetas.

—*Merci, monsieur le Directeur.*

—Lo que tenga que hacer encárgueselo a Miralles. Le llamaban por teléfono —¿dónde andabas?

—Arreglando cosas, rosa de pitiminí.

—Di tú: no puedo hablar.

—¿Te parece bien Aranjuez? Pasaremos ahí el día y tomamos, por la noche, el rápido para Sevilla.

—¿A qué hora?

—No sé cuando pasa por allí, clavel.

—Te preguntaba por lo primero.

—A la que tú dispongas, reseda. (La distancia no le permitió hacer el chiste que esta humilde flor le traía siempre, separando la primera sílaba de las dos últimas, acariciándole la mano). Hay muchos; cada hora, creo.

—Entonces, a las once.

—¿Dónde?

—En el café del Hotel Nacional, si te parece. No tenemos más que cruzar.

—Hecho, pasionaria.

Paquita avizora; se vuelve hacia Isabel, que vigila el pasillo. Cuelga.

—¿Ya?

—Sí.

—Supongo que no vas a hacer ninguna tontería.

—Júralo.

Joaquín Dabella cruza Valverde; le pasea la calle a Isabel, desde lejos, para que nadie se entere. Isabel: todo. Rubia, dulce, transparente, la vida entera. Sin decirle una palabra: ¿para qué? El que la quiere es él. ¿Para qué turbar el amor con palabras tartamudas? ¿Tiene novios? ¿Y qué? ¿Qué más da? ¿Quién va a impedir que, el día

que sea, llegue a ser suya? No se le ocurre pensar que la posesión vaya más allá de tenerla en los brazos, de besarla suavemente. La hermosura es eso, no hay más allá; no le llama la atención nada que no sea la pureza, sin tenerla por tal. Todos son honrados y buenos. Cada quien hace lo que puede, como es natural. No le pasa por la mente que nadie medre a costa ajena; engañar ¿puede hacerse a propósito?

Quien le conoce no le puede llamar tonto, al contrario; su simplicidad desarma:

—¿De qué sirve ser mala persona?

Si le citan casos, se alza de hombros:

—Seguramente hay algo más. No estáis enterados. Si estuviéseris en su lugar... es fácil dictaminar: A es tonto —lo cual siempre es posible— B es un hijo de puta —eso pasa en las mejores familias—, pero ¿cómo reaccionarías tú si lo fueras? Malo: vuestro juicio. La gente no es mejor porque no la dejan.

Es así, entre otras cosas porque se siente menos que los demás: medio hombre.

Joaquín, cuando piensa en Isabel, cree que no hay poeta como Francis Jammes si se trata de reflejar la dulce vida en el campo, en una casita, en el monte, que sueña compartir con su amada, de gustos sencillos, humilde. Francis Jammes y el Ramón Pérez de Ayala de *La pata de la raposa*. Repite y repite para adentro:

*Una casa, y no más; blanca y sencilla,
lejos del mundo y de los hombres vanos.*

*Después reclinaré sobre tu pecho
mi cabeza cansada y cavilosa;*

Juan Ramón es otra cosa, para el sol y el mar. Todo está escrito, dicho: no hay más que escoger. Las manos en las manos, mirando sus ojos sin límite: Isabel.

Generalmente Joaquín se enamora de buenas a primeras, a primera vista, por los ojos; le fascinan. No ve otra cosa, se pierde en sus colores (¿Qué otra prenda del cuerpo humano tiene más variedad, tantos tonos, tal viveza?). Con Isabel fue distinto: primero los ojos azules no son de su particular devoción, además: todavía bajo el imperio de Remedios Márquez, de iris siena con rayitos azul oscuro, pupila viva en ojos reventones. Fue la suavidad particular general de la chica y, por primera vez, el cutis; una epidermis sin la menor mancha, sin pinta, arruga, grano, barro, peca, espinilla: blanco, sonrosado, terso, fino. Con novio (¿y qué?), un novio a distancia que evidentemente no se haría viejo en el empleo. Un novio útil, que no quitaba la vista; un novio que le permitió adentrarse, poco a poco, en la contemplación y el amor. Todo se llevaría a cabo, por sus pasos contadísimos. El día en que Ranulfo Gutiérrez, alférez de caballería, desapareció para siempre de casa de los Miralles, Joaquín se encontró desamparado; Paquita le abrió la puerta diciéndole:

—Ancho es el mundo.

—Siéntate —le indicó Cantueso, señalándole sitio en el sofá, al lado de Isabel. Hubiese querido huir.

Sentado ahora en la cama de José Molina —todavía con figura de héroe, por la venda cabezonera—, en la pensión de la plaza del Callao, entrevera los prados, la casa blanca, el horizonte limpio de su futura vida conyugal sin fallas. Una pantalla verde concentra la luz sobre la mesa. Textos y cuartillas apiladas. Libros abiertos. Estudian juntos hasta la madrugada.

—Mañana vamos sin falta, si Riquelme me quita esta porquería y los trasquilones son aceptables. Expresamente me han recomendado una, en la calle de la Cruz. Dice que es buena, ocho lecciones y a la calle, tango incluido. ¿Has leído el artículo de Ortega, de hoy?

Molina, disperso, pasa de un asunto a otro sin solución de continuidad.

—No.

—Ahí le tienes. No tiene pierde.

XIII

—Fue un día maravilloso.

Había sido un día maravilloso. Paseaban por las alamedas del parque, cogidos del brazo. Tranquilos, felices. Así sería toda la vida. Manuel no sentía que Paquita se hubiera negado a pedir una habitación en el hotel.

—Te dije que no. Hasta las bendiciones. Ten un poco de paciencia. Te prometo que no te has de arrepentir.

¿Qué contestar? ¿Qué hacer? ¿Subirla, empujada a la fuerza, por la escalera? Imposible. Se había resignado de mejor gana de la que hubiera creído posible. De cuatro a seis y media pasean por los jardines, besándose cuando es posible. Dulce día de primavera, los árboles no tienen todavía mucha hoja, se ve más cielo. El tajo lo compensa todo, verde hasta donde más no se puede.

Sienten, cada uno, el peso del otro, vencién dose en el brazo cogido. Hablan de las familias, de los amigos, del cine, del teatro.

—Tendremos que buscar casa.

—Claro, flor.

Única referencia al futuro. Callan lo más, mirándose. Andan lentamente, sin darse cuenta, de aquí para allá, se paran en la entrada de algunas sendas.

—Aquí se ve lo mal pintor que es Rusiñol —dice ella.

Y lo bueno que es tu padre, piensa retrucar Manuel. Pero calla. Sabe que en eso falla la ecuanimidad de su deseada. No entran en el palacio. ¿Para qué? Lo conocen. No tiene nada de particular. Los jardines, sí: maravilla.

—Bésame, reina.

—¿No está bien por hoy?

—Por hoy no, por la eternidad, laurel.

—¿Y eso?

—¿No coronaban con él a los vencedores?

—¿Qué has vencido? ¿A quién?

—A todo el mundo, alhelí. Saben lo que pierden.

Se besan. Tres pasos.

—Bésame, rosa.

—Nos van a ver.

—¿Y qué? ¿O eres filántropa, dalia?

—¿Por qué?

—Cuidas de que no mueran de envidia.

La zalamería corre como el Tajo, insensiblemente, llevándose todo por delante. Cantueso se entrega, sin reservas, al gusto.

—Déjamelos.

—Ya no. Hasta todo.

Los senos, flor. El jardín de la Isleta. Las fuentes. El Puente Verde.

—Los Reyes Católicos. Velázquez. Schiller. Como si nos importara un comino la historia... Pero no nos importan nada, absolutamente nada, reabsolutamente nada.

Echan a correr.

—A que te cojo.

—A que sí.

Se alcanzan, apretujándose con furia.

Al llegar a la estación, caída la noche, los andenes vacíos, el viento, levantándose a ras de tierra, arrastra arrugada una hoja de periódico, supieron que el expreso de Andalucía no paraba en Aranjuez.

—Podías haberte enterado.

—¿Quién lo iba a suponer, maravilla?

—¿Qué hacemos?

—Tú mandas, camelia.

—No me llames camelia. No huele.

—Como quieras, violeta.

—No soy humilde.

—No te rebajes, escaramujo.

—Eso está mejor, por salvaje. ¿Por qué no les llamamos ya, por teléfono?

—¿A tu casa?

—No será a la tuya. A menos que...

—No empieces: que terminó. Vamos al hotel, y desde allí.

—¿No podemos aquí, en la estación?

—No creo. Sólo deben tener telégrafo.

Regresan al hotel. Pidieron la comunicación.

—Mira, papá, lo siento. No grites, no digas nada. Estamos en Aranjuez, Manuel y yo. Siento mucho que las cosas hayan pasado así. Mamá tiene la culpa. Las inyecciones de pantopón están en el tercer cajón de la derecha. Ya no tiene remedio. Tú dirás cuándo volvemos. Creo que cuanto antes mejor. No por nosotros, sino por el qué dirán. A una sola condición: no quiero escenas. Y menos, escándalos. Si preferís no volvemos a ver es cuestión vuestra. Lo sentiré mucho, mucho más que vosotros. No. Tú dirás. No, no quiero hablar ahora con mamá. ¿No está Isabel? ¿Qué anda buscándome por ahí? Pues cuando vuelva a llamar, le dices. Estamos bien. Manuel está avergonzado, pero te quiere hablar...

—Mire, don Daniel, yo lo siento... Bueno, bueno, ya hablaremos. Como usted quiera.

Vuelve a pasar la bocina a Paquita. Oye atenta un momento, antes de colgar, suavemente.

—Era mamá. No quieras saber...

—Desde luego, no quiero. ¿Qué hacemos?

—Creo que pasar aquí la noche y volvemos mañana, tranquilamente.

Cenan bien, con ganas. Manuel pide dos cuartos. Rasca durante dos horas la puerta de la habitación de Paquita.

—No hagas el ridículo. Yate dije que no.

Porfía, la joven le susurra:

—Además no podría.

El tonto pregunta:

—¿Por qué?

—Estoy con el tío Paco.

Fuera verdad o no ¿cómo insistir? ¡Qué mujer! Manolo, vas a andar más recto que un palo. Y si no ¡qué peloterías!

XIV

Dos días después de la escapatoria, el 28, entra Cantueso en el cuarto de Molina, donde Joaquín prepara también sus oposiciones.

—¡Qué vais a ir a estudiar! Ni hablar. Ahora mismo nos vamos a la Facultad.

—¿Qué pasa?

—Hoy es el último ejercicio de las oposiciones del cura ese.

—¿Qué cura?

—Estás en babia, ¿o no sabéis que después de tres o cuatro convocatorias para cubrir la cátedra de griego de Unamuno, en Salamanca, a las que, naturalmente, no se presentó nadie, ha tenido la avilantez de hacerlo un cura? Desde el segundo ejercicio han estado interrumpiendo al de la sotana.

Y se ha armado una... Con tal de deciros que en el tercero llenaron el aula de policías... Con lo que la cosa se ha puesto peor. Hoy estará que dará gusto.

Sabían. Pero la proximidad de las pruebas les llevó —cuarenta y ocho horas antes — a prometerse dedicar todo su tiempo a los temas obligados. La llegada del sevillano echa abajo los buenos propósitos, no sin que Joaquín alce una débil protesta:

—Hombre...

—Tú, calla. ¿O es que no te interesa?

—¿El griego?

—¡Constitución o Muerte! —grita Molina.

Importa más el jolgorio que la libertad; pero la algarada es semilla justiciera.

El caserón de la facultad de Filosofía y Letras está lleno de gente. El aula donde se celebran las oposiciones, repleta a más no poder. Por la reja que da al claustro se asoman cuantos ojos caben. El Tribunal aparenta impasibilidad. El opositor, de sotana, parece sordo. Explica una lección de su futuro programa. Las interrupciones, constantes, al igual que los campanillazos del presidente.

—Lo que acaba de decir el opositor es una barbaridad.

—Esto no es cierto.

—Ese señor opositor es una mula.

Se alza Valle Inclán.

—¡Esto es una vergüenza!

La bahatola sube de punto. Los miembros del Tribunal cuchichean entre sí. Se levanta el Presidente imponiendo silencio:

—Por un decreto aparecido hoy, en *La Gaceta*, la votación para la cátedra de griego de la Universidad de Salamanca no se efectuará aquí, ahora, como era costumbre, sino mañana en el Ministerio de Instrucción Pública.

El griterío, unánime e inmediato. Los miembros del tribunal, corriendo corridos,

desaparecen por la puerta reservada. El opositor recoge papeles, sin saber qué hacer.

Todos a una, sin santo ni seña, se agolpan en la escalera a cuyo pie deben pasar los miembros del Tribunal y los llenan de escupitajos. Dos grupos de guardias a caballo cierran el paso de la calle de San Bernardo. Carreras, gritos, sustos, cierre de comercios.

El día siguiente, la guardia civil impide el acceso al Ministerio; lo mismo, en el Metro. Sin embargo, cerca de un millar de personas invaden el patio del edificio: la policía no ha podido prohibir el ingreso al ministerio de Fomento, que está allí mismo:

—Tengo que ir a pagar...

—Es por el concurso del pantano de Río Frío.

—Es para una permuta...

Silbidos, pitos, detenidos. Rafael Mella se agarra del brazo de don José Giral, boticario y profesor de química.

—Por favor, diga usted que soy su ayudante, o su auxiliar, lo que quiera.

—No me parece una recomendación.

—Es que me van a detener. Ya me he escapado tres veces.

—Si cree que le va a servir...

Sirvió. Detuvieron a Dabella y a Cantueso. De ahí, la primera bronca con Paquita.

—¿Qué necesidad tienes de meterte en lo que no te importa?

—¡Cómo que no me importa! Además, mi profesión...

—No tienes más profesión que la de ser mi marido. Si aún fuese por convicción...

—Soy más republicano que la Giralda.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. No me conoces, primavera.

No le conocía: embarcados como lo estaban siempre en los vericuetos del deseo.

La detención de su hijo, así no pasara de ocho horas, no le parecía mal a don Joaquín Dabella. Presumió de ella con ironía de buen gusto, en la tertulia del Círculo. Sus convicciones conservadoras, apegadas a la ley, tal como correspondía a su oficio, le habían llevado a participar, moderadamente, de la opinión de algunos políticos del antiguo régimen, opuestos a la dictadura. Amigo de Osorio y Gallardo y de don Miguel Villanueva —y de don Galo Ponte, actual ministro de Gracia y Justicia— había aplaudido el golpe de estado del 23. Cuando corrieron los primeros rumores de una conspiración de gentes pudientes —hubo quien aseguró que don Alfonso no sólo no la reprochaba— no quiso inmiscuirse, a pesar de que, en casa de la condesa de Vicálvaro, el conde de Romanones le saludó con afecto, cosa que no había hecho antes, dada su inclinación hacia García Prieto, jefe del ala liberal contraria a la suya.

Don Joaquín, magistrado Supremo, creía —siempre— que lo mejor era

abstenerse. De beber, por el hígado; de fumar, por los bronquios; de opinar en política, por el escalafón; de lo demás, no. Pero la desaparición de María Luisa le daba un respiro, que aprovechaba para brillantar su sentido de responsabilidad.

El comparecer ante el comisario, declarar sus generales, el encierro en una galera, fumando a más no poder, el hablar con desconocidos estudiantes de diferentes escuelas, la despreocupación por lo que hubiera de sucederle, el divertirse pensando en las reacciones familiares y amistosas hicieron el tiempo corto a Joaquín. Cantueso se daba importancia, anunciando para dentro de pocas semanas el fin de la dictadura de Primo de Rivera:

—Esto está que arde.

Presumía de sus anteriores estancias en la Modelo. Se enteraron de la detención de Álvarez del Vayo; del confinamiento, en Chafarinas, de Jiménez de Asúa y de Francisco de Cossío; de la destitución de la Junta directiva del Ateneo. Este aluvión de noticias ciertas, más una catarata de rumores, les acrecentó el entusiasmo. Dos semanas después se leía en *La Gaceta* para regocijo de juristas, un precioso Real Decreto: «En materia gubernativa y disciplinaria el Gobierno usará de facultades discrecionales en la adopción de medidas e imposición de sanciones, sin otro límite que el que señalen las circunstancias...».

Santiago Martínez, abogado barbudo, cuarenta años, maurista, bellísima persona, padre y marido ejemplar, tan panzón como liberal, apegadísimo a la ley, trabajador infatigable, nacido pobre sin poder pagarse el lujo de oposiciones, defensor de insolventes, profesor de francés, de derecho constitucional, de historia de España —según las horas, de las siete de la mañana a las doce de la noche— exultaba:

—¡Se van a levantar hasta las piedras! No van a quedar ni los rabos. Yo no creo ni deseo la implantación de la República, luego no soy republicano. Pero quiero ser útil. Quiero que se respete la ley. El derecho...

No pasó nada, como no fuera que pusieran a los detenidos en libertad dos días después por mor de una amnistía.

—Miedo.

—¡Qué miedo ni que nada! Salidas de señorito andaluz...

Santiago Martínez es madrileño, aficionadísimo a las zarzuelas; se las sabe todas. Su mujer también. A veces, en la cama, cantan los dúos hasta la madrugada.

—Y con tanta flor, ¿no te equivocas nunca?

—¿Qué quieres decir, pasionaria?

—Lo que oyes: ¿no te confundes?

—¿Qué quieres decir, jazmín?

—Si a todas les sales —o mejor dicho, mejorando lo presente, les saliste— con las mismas flores...

El sevillano se deja llevar por la pendiente del sentimiento, le place regolfarse en la seguridad del fuerte; acurrucado, rascadilla la espalda a gusto, desnudo, al lado de Paquita, temblorosa todavía, confiesa:

—No, clavel. Si no había más que una en el candelero, no existía peligro de trastrueque. Si dos, a la una le otorgaba el reino vegetal, a la otra el mineral. (Manolo, estás metiendo la pata).

—¿Cómo las llamabas: roca, piedra, carbón, yeso?

—No, alhelí, no: rubí, topacio, perla, brillante.

—Y si eran tres, a la última le tocaba lo animal. ¡No me digas que no!: michino, gacela, gorrión, etc. Pareces un personaje de zarzuela; no, porque no cantas; pero sí de sainete.

Le hirió.

—Y a la viuda ¿cómo la llamabas?

—De ninguna manera.

—¿Cómo eso?

—Me llamaba ella a mí. (Chúpate esa).

—¿Y cómo, si se puede saber?

—Elefante.

¿No somos más que eso? Paquita mide la que de pronto se le figura vulgaridad pretenciosa de su marido. Es injusta: olvida su alegría, su hombría de bien, su desparpajo, su evidente gusto por ella. Desventajas de creerse superior. Porque Paquita se tiene en mucho.

La ceremonia de la boda había dado ocasión a un tira y afloja desagradable. Clementina quiso rumbo, como ella no lo tuvo. Hacia años que soñaba con sus hijas de blanco, cola inacabable, invitados sin número, banquete en el Ritz, fotografías entre gentes de apellidos particuleados, música celestial. La oposición más recia fue de Paquita. A Cantueso lo mismo le daba, así no le pareciera mal la publicidad. Al fin y al cabo, hacía una boda brillante. Fue componedor.

—¡Si hasta a él no le parece mal! Parece mentira, ¿qué dirán? No pareces hija mía...

Isabel influyó un poco para convencer a su hermana.

—Tú verás cómo te las arreglas —insistió Clementina—, pero si quieres que tu madre asista a tu boda tiene que ser como yo quiera. Ya bastante mal me sabe que te

cases con quien lo haces y como lo hiciste para que, además, lo hagas de cualquier manera, como si fueses la hija del portero.

—Pues es muy mona.

—No te salgas por la tangente.

Hubo otro inconveniente: Manolo no tenía con qué pagar tanto lujo.

—En Valencia —le dijo don Daniel— el banquete lo paga la novia, en Madrid no lo sé. Pero como soy valenciano, de eso no se preocupe.

—Don Daniel...

El famoso pintor y futuro suegro pasó sin más al tuteo:

—Déjate de historias.

La mano por el hombro:

—No te preocupes: empecé con menos y sé lo que son estas cosas.

Cantueso se dejó convencer sin gran dificultad. A pesar del Ritz, la boda fue de medio pelo; no en periódicos y revistas, donde hubo fotografías a granel.

Durante la ceremonia, hincado ante el altar, el novio se reprochaba el pensar en María Luisa, en su paradero. Se figuraba que, escondida tras un pilar, la menguada asistía al acto.

A los seis meses, Paquita volvió a casa de sus padres. En el arranque de la escalera, le espetó Feliciano, al cabo de la calle:

Todos los hombres son lo mismo. En cuanto tienen lo que quieren: iguales. Antes, todavía; en el fondo: todos lo mismo; en cuanto lo tienen, unos así, otros asá, pero, de verdad: ya no les interesa. Van a lo suyo, que es lo nuestro, y cuando ya lo tienen, si te he visto no me acuerdo. Sí, señorita Paquita, todos cortados por la misma tijera. Buenos para el arrastre: con cuernos bien puestos, usted perdone el *símile*, pero así es la vida, y lo triste es que la haya tocado tan pronto. O, vaya usted a saber: cuanto antes mejor. Así ya sabe a qué atenerse. Y perdone la irreverencia.

—No, Feliciano, usted conoce el paño.

—Y aun el entre ídem, señorita. Usted, ahora, a lo suyo, y a no dejarse engatusañar más. Duro y a la cabeza, que es donde les duele. Los hacen con troquel, todos igualitos.

Con voluntad, no la mejor, la malcasada no pudo aguantar el triunfo de Clementina:

—Yate lo decía yo. Por algo soy tu madre. ¡Claro, creéis que nosotros, los viejos, no sabemos...! Si estaba más claro que el agua... Si tu padre tuviera pantalones eso no hubiera sucedido. ¿Y ahora, qué? Claro, para ti es muy fácil, para eso están tus padres...

No sirvieron las advertencias de don Daniel, ni los silencios desaprobadores de Isabel: a las tres semanas, Paquita regresó a casa de su marido. Por otras dos. Luego, colocada en una casa de decoración donde la trajeron en andas, fue a vivir a una casa

de huéspedes muy respetable —los que todo lo saben decían que pertenecía a la Compañía de Jesús— en la Gran Vía, casi frente a la entrada de la calle Valverde. No le sirvió: estaba embarazada.

XVI

El día que don Joaquín y Manuel subieron al simón, a la puerta del depósito, para acompañar el cuerpo de su marido, María Luisa se quedó en la calle. Debía volver a la de los Madraza. La avenida de los árboles ralos y espaciados, ancha, desnuda; el cielo gris, frío, sin el asidero de una luz, le pareció desierto. Echó a andar. ¿Qué había cambiado en su vida? ¿Qué más le daba que Abelardo hubiese muerto? Juntos se habían ido a acompañarle al Este, don Joaquín y Manuel. ¡Qué vergüenza —la suya —! ¡Qué poca vergüenza —la de ellos—! Morir, morirse, desaparecer, deshacerse de aquí a aquel árbol raquítico ...

María Luisa cumplía aquel día 33 años. Nunca celebraba ese acontecimiento, si por tal podía tenerse el que hubiera venido al mundo. Manuel la engañaba. (¡Qué vería en aquella mujer ajada! ¿Dinero? ¿Era o no era capaz de aceptarlo?). ¿Qué podía esperar de don Joaquín? Sólo la Virgen de los Remedios...

Remediarla, ¿quién la remediaría?, había nacido para virgen. Quiso ser virgen, dedicarse a Dios con voto de castidad. Las cosas habían venido de otra manera. ¿Qué culpa tenía? Sin remedio. ¿Por qué? El remedio es enmienda, corrección, refugio...

Andaba lentamente, con su luto por fuera y por dentro, viéndolo todo oscuro a través del velo tupido. Era la luz, así el mundo. Cambiar: ahora o nunca. Ese era el remedio. Decidirse, de una vez. Regresar a casa le producía un asco invencible: no podría subir la escalera. Esperar a don Joaquín; luego, en la madrugada, a Manuel. Manuel, su amor. Había que acabar, romper con todo, de una vez. ¿Quién se lo impedía? ¿Quién mandaba ahora en ella? Su marido había muerto. Manuel la engañaba. ¿Don Joaquín? Don Joaquín no existía, o casi. Lo mejor: desaparecer. Irse. Meterse en un convento. Ampararse en la virginidad. Nuestra Señora de los Remedios...

¿Cómo Leandra? ¿Por qué no? Leandra Ceballos tiene una tienda de nada en la Cava de San Miguel, cerca de la calle Mayor, en la que vende un poco de todo. Gallega de muchas carnes y no poco seso, a la que ve de cuando en cuando. Frescachona, viva, saca lo necesario para vivir de colocar amas de cría y buscar

acomodo a niños de teta que sus madres prefieren tener lejos. Su vida sentimental fue desastrosa y llena de complicaciones hasta el día, no lejano, en que decidió no volver a ocuparse de tan nefasto asunto. Si no fuese por su hijo, un grandullón perdido, podría vivir a su gusto sin hacer gran cosa. Pero Nemesio es su perdición, le saca lo que tiene y lo que no.

Llegaron a un acuerdo: María Luisa dormiría en un cuarto, improvisado en la trastienda, contra una justa retribución, mientras se tramitaba su ingreso en un instituto religioso. María Luisa tenía una cuenta de ahorros suficiente para pagar su manutención durante dos o tres meses. Fueron los más felices de su vida. No perdía función en la iglesia del Carmen y San Luis, en San Isidro, en San Ginés, en San Miguel, en San Andrés. Por la noche hablaba de Manuel que, a pesar de todo, era un sol. Un sol vivo. Recordaba su simpatía, su juventud, su morenez, su ceceo, su gracia. Debido a ese vivir suave y apacible, sus gestiones para ingresar en una orden religiosa no fueron llevadas lo aprisa a que le obligaban sus precarias condiciones económicas. Además don Benito Morales, el cura a quien confió sus deseos, era persona de criterio rígido —no había hecho carrera—, aun en la Curia parecía severo. Vivía el santo varón realquilado en un cuarto en la calle de San Pedro, en una casona vieja donde cohabitaba una multitud; de día infestaban patios y corredores medio centenar de chiquillos en busca de diversiones más o menos honestas, siempre ruidosas. Las mujeres tenían que chillar para hacerse oír. La necesidad de alzar la voz se había convertido en costumbre. Los hombres aparecían a la caída de la tarde. El sacerdote —escuálido, como es natural en quien casi no comía— conocía todas las querellas familiares, procuraba remediarlas con lo único que tenía: paciencia.

No quedó muy convencido de la rectitud de los deseos de María Luisa. Arrepintiose luego de no haber hecho más por ella, a pesar de los múltiples quehaceres que su bondad multiplicaba. Lo cierto es que, a los cuatro meses de su llegada al albergue de Leandra, acabados hacía uno los dineros de que podía disponer, la oronda huésped se enfrentó con su débil coterránea planteándole la situación sin ambages ni pelos en la lengua.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya sabes.

—No lo veo nada claro, el *santiño* no te hace caso. Ya te dije que no era hombre para eso. Tú te empeñas. Ahora lo estás conmigo. Y, aunque no quiera meterme en tus asuntos, creo que eso de la monjería no se ha hecho para ti. Que te gusten los rezos es una cosa, pero también las comodidades. Lo que debías hacer es volverte tranquilamente a tu casa y vivir como hasta ahora, que muchas te lo envidiarían. Tan santamente.

—De ninguna manera.

—Allá tú. Pero, tú dirás. No tienes una *perriña*. ¿De qué piensas vivir? A mí no

me alcanza. Así que tú verás.

—Ya sé.

No sabía nada. Había vivido esos meses en sueños, de un altar a otro, feliz, sin preocupaciones. Ahora que tenía que enfrentarse con el mañana se encontraba perdida, sin ganas, sin valor, incapaz de tomar una determinación.

—No querrás entrar de criada. Sabes mejor que nadie lo que es eso. Si no fueses tan pava, te propondría algo. Eso, desde luego, si estás decidida a no volver con don Joaquín que, estoy segura, te acogería con los brazos abiertos.

Eso de «los brazos abiertos» le hizo gracia a la mujerona que se rio meneando todas sus carnes, tenía la alegría fácil a pesar de «cuanto había pasado» y de los disgustos que le daba su granado retoño.

—Cualquier cosa antes que eso.

—Pues, filia, no eres tú poco delicada.

—No podría.

—¿Y con Manuel?

—Eso se acabó. Además, se casó.

—¿Cómo te enteraste?

—Siempre se entera una de lo que no quiere.

—Y más cuando se arde por saber.

—Fue por casualidad. Lo leí en el periódico.

(Lo leyó, quedando de piedra: no había visto nunca la moza retratada. Supuso un pronto, desaparecida ella. Fuese a llorar toda la tarde en su altar preferido, en San Miguel).

—Buena casualidad estás hecha. Hay una solución. Descansada. No peor que las otras. Y clara, sin preocupaciones.

—No estoy para escoger.

—¿Ya sabes a qué me refiero?

—No.

—Mira, Marisa: yo tengo una amiga, no sé si la conoces, doña Paca. Ha estado aquí varias veces; una así, alta, fuerte, muy morena, de Carabanchel. Tiene una casa. No te vayas a creer, en el barrio de Salamanca. Una casa muy respetable. No pongas esa cara. Sí: una casa de citas. Allí van señores de lo mejor, por la tarde. Creen que son señoras decentes que van allí por necesidad, o por gusto. Es de lo mejor que hay ahora en Madrid. Paca tiene vara alta, siempre la tuvo. Allí nunca pasa nada.

María Luisa lloraba.

—Con mocos no se resuelve nada en esta vida. Total: ¿a ti ya que más te da? No tienes nada que perder. Y con lo sosa que eres y lo poca cosa, los paganos se harán la ilusión de que eres una mujer decente. (Lo soy, lo soy, pensaba la indina). No llores más: lo eres. Con esa cara de Magdalena hasta es posible que tengas mucho éxito. Si

yo tuviera veinte años menos y pesara lo que tú, no lo iba a pensar dos veces. Ella te ha visto y está de acuerdo. Te proporcionará la ropa interior fina que necesitas, y con un traje sastre negro irás que chutas.

María Luisa lloraba, pero «debutó» a los ocho días.

Su indiferencia, su tristeza, su carne blanca y firme la hizo acreedora de atenciones, si no relevantes, lo suficientemente seguidas para poder atender a sus necesidades. Hasta que, un buen día, se encontró, en uno de los saloncitos con Manuel Cantueso. Lloros, juramentos. El sevillano, una semana más tarde, la instaló en su piso.

Soy un cerdo, pensó. Luego se acostumbró. Le era necesario tener una mujer a mano. Una que no anduviera moliendo ni le sacara cuentas ni construyera suposiciones acerca de sus tardanzas. Sin duda Paquita era otra cosa: pero insoportable con sus celos; además, gastadora.

Cuando se enteró de que iba a ser padre le pareció mal, como cualquier complicación que le sacara de sus costumbres y suposiciones. Clementina se encargó de ir a decírselo, metiéndose como siempre en lo que no le importaba, sin pararse en barras.

Le abrió María Luisa. Fue tanto el sofoco de las dos que Clementina cerró la puerta de golpe.

Tuvo que sentarse en un banco del descansillo, cortada la respiración.

Isabel se lo contó a Paquita; su madre no se atrevió.

—Siempre tiene que meterse donde no la llamen. ¡Cree que porque nos echó al mundo seguimos siendo cosa suya!

—Ya me lo contarás dentro de unos años —le contestó Isabel, sonriendo.

—Educaré a mi hijo a mi manera.

—¿Y si es chica —que será chica— qué?

—E ídem de ídem.

De cuando en cuando —en la calle, en un café— Paquita veía a su marido. Manolo intentaba volver a las andadas.

—Ahora que estás como estás, ¿qué más te da?

La mujer se ponía frenética. Lloraba a solas, furiosa. Porque Manolo le seguía gustando y, al fin y al cabo, «era el padre de su hijo». Se reconcomía pensando que gran parte de la culpa era de ella, por falta de comprensión, por mandona, por autoritaria, por «mal educada», los celos le parecían naturales. En su trasfondo, culpaba a su madre de gran parte de sus males. Don Daniel ofreció toda clase de ayudas. Las rechazaba, si no tajante, sin dejar resquicio a sus buenos deseos.

—Ya que me lo guisé a mi gusto y manera, es justo que me lo coma como salió.

—Pero, hija...

—No papá. No te empeñes: mi hijo será mío, a mi manera, como yo quiera.

Todavía me puedo defender.

—Pero si no se trata de defenderse, sino de...

—Tú, déjame. Te lo agradezco mucho, pero déjame con lo mío. Si me hace falta, algún día...

Se sentía valiente, decidida a «afrentar la vida», sin darse cuenta de que la proximidad de la calle de Valverde le daba una base segura, de la que carecían las personas con las que gustaba compararse, novelera.

XVII

«A las cinco de la tarde no debe haber nadie...». Joaquín Da-bella sube por la Corredera Alta de San Pablo avizorando el «dancing» del que le habló Molina —que se ha quedado estudiando todavía enturbanado— según aseguran todavía poco concurrido y a propósito para primeros pasos. Reconoció el lugar el día anterior. Hace una hora —en un piso de la calle de la Cruz— tomó la que consideraron última lección. (Don Esteban Alba y su esposa doña María Sagrañes, ex bailarines profesionales; los programas colgados en las viejas paredes lo atestiguan).

—Usted ya puede soltarse.

«Si tocan un pasodoble, un vals, un polca...», el chotis se le resiste, no digamos el tango. «Uno, dos, tres, uno, dos, tres... ¿Un gusto bailar? Si no se estuviera atento al número de sílabas... No escribiré nunca versos; ni versos, ni nada. Bailar compromete menos».

El zaguán largo y claro, blancas y negras las losas. Tal vez fue cine confesional los domingos, o casa regional. La taquilla.

—¿Cuántos?

—Deme..., diez.

Con su tira en la mano, sintiendo temblar los molledos de las pantorrillas, aparta la pesada cortina de terciopelo granate bordeada de cuero. El salón: enorme, vacío. Una fila de butacas rodea el ancho espacio para las evoluciones: cadalso. Enfrente, en una tarima, cinco músicos desenfundan sus instrumentos de tortura. El pianista teclea mirando papeles.

Se va a examinar. Nunca ha pasado tanto *canguelo*. Los músicos: tribunal. Ejecutores. Las papeletas. Sólo sabe pocas lecciones del programa. ¿Las chicas? No las ve, de buenas a primeras. ¿Quién le obliga? Nadie. Él. Él, que se cree en la

obligación... Las piernas le tartamudean. Si le ven... Por eso ha venido temprano. Las muchachas están apiñadas en el fondo, bajo el techo que forma una galería alta a la que se sube por una escalera que arranca en ese ángulo oscuro. Allí se mueven, charlan; los temas a escoger, ¿qué bola voy a sacar? Podría escurrirse. No quiere. Le han divisado. No se molestan por tan poco. Ni los músicos que conversan. El violinista afina su instrumento.

«¿Qué hago? No tendré necesidad de hablar. Sería el colmo. Con inclinarme bastará. ¿Qué pensarán de mí por haber venido tan temprano? La verdad: todas las tardes tiene que llegar el primero; como yo, hoy. Mi caso no es único: todos han bailado por primera vez. ¿Se lo diré? No me entenderá, se reirá. Dichosa tartamudez... ¿No la venceré nunca? Tampoco sabía bailar. Bueno, eso de que sepa... Vamos a verlo. Me dirigiré a la tercera que salga. ¿Por qué? Por aquello de que a la tercera, la vencida. Sortilegio. Mejor a la que más me guste: ni demasiado alta, ni demasiado baja, como Isabel. La sacaré a bailar el jueves, en el *Palace*. El estómago vacío: ¡qué jindama! Debiera darme vergüenza. Me metí, por voluntad, en la boca del lobo.

»Estoy solo, en la guarida de Polifemo. Pero ¡qué lejos de ser Ulises! Polifemo, yo mismo; o Isabel, Galatea. Le ofrezco cada día un oso, un elefante. No los ve... ¿Cómo salir de aquí? ¿Huir? Siempre me tuve por cobarde. ¡Valor, Joaquín, demuestra que eres hombre!». Le temblequean las rodillas. «¡Qué vergüenza! Si callo, ¿quién lo notará? Uno, dos, tres; uno, dos, tres. ¿Por qué no toca la orquestina? De una vez, al río».

No resiste el deseo de sentarse. Oye unos pasos, vuelve la cabeza: otro. Ya no está solo. Pero la presencia de un joven —chaqueta entallada, pañuelo blanco al cuello— en vez de tranquilizarle, le irrita. Le verá fracasar. «Suspense: ahí, al pie de la papeleta, firmado por el Presidente y el Secretario del Tribunal. Exagero».

El quinteto se ha sentado. Las muchachas se acercan del fondo; por el zaguán, dos retardatarias; feas, desgalichadas, muy pintadas. Cruza una vieja. Ya tocan: un pasodoble. «¡Qué bien! Pero las chicas no están todavía... ¿Qué hacen? ¿Me decidiré en seguida?». Se levanta. Se vuelve a sentar. Será mejor esperar. ¿Qué? ¿O no? El piso: precipicio. «La verdad: soy idiota. ¿Qué importancia tiene esto? ¿No baila todo el mundo?».

Tres muchachas se han sentado en la fila de butacas que se le enfrenta. Enorme Rubicón. Mar.

La tranquilidad de la bahía de La Coruña aplaca sus temores. El muchacho que acaba de entrar se sienta al lado de la chica de la derecha. Hablan. Está prohibido hacerlo. Se lo dijo Cantueso. Se levantan, bailan. «¿Qué hacer? ¿Qué espero? ¿Cuál de las dos?». No se decide. La música se lo impide.

Al extremo de la fila se sienta otra. Nuevo problema. ¿Cuál de las cuatro? Al

fondo: dos viejas. Las mira. No las divisa bien, por la oscuridad; está seguro que le miran. ¡Al río! ¡Al agua! Pase lo que pase. Se levanta, va hacia una, cualquiera. No escoge, no puede, ciego.

Se planta frente a una muchacha vestida de azul. Se levanta, le coge mano y talle. Se dispone a bailar. La música calla. Se quedan quietos, serios. Un silencio. «¿La suelta? ¿O no? Tocan de nuevo. ¿Qué? Un tango. Sí, es un tango». Escapa.

—Mi tiquet.

Le da dos. Vuelve a sentarse. Se levanta. Se va a la calle. La luz caliente, dorada, de la primavera. ¡Qué vergüenza! Sale a Fuencarral. Se planta frente al Hospicio. «El barroco, yo Mira, Joaquín: no tienes remedio. ¿A qué esta espantada? ¿A qué? Cobardía se llama esta figura. Tengo que bailar. ¿Quién dijo miedo?».

Regresa decidido, compra otros cinco tiquets. Vals: cinco parejas. Cierta confianza. Mira los pies. Uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro; facilísimo. También puede hacerlo. No ve a la chica de azul. Mejor. Sin embargo, con ella debiera... Aquella chica, la conozco. ¿Dónde la he visto? Baila con un gordo. Acaban. La deja. Voy.

¿Qué baila? ¿Qué tocan? ¿Qué es? ¿Un fox-trot? ¿Una polca? No lo sabe. Baila. Uno, dos, uno, dos. Tropieza, sonrío. Uno, dos. No se atreve a hablar. Cuenta, no coge el compás. La muchacha le lleva. ¡Qué vergüenza..., dejarse llevar! Se deja. No la soltaré. Perfecta. A mi medida.

—¿No me conoce?

—No.

—Yo, a usted, sí.

No se atreve a hablar.

—¿No sabe bailar?

—No.

Se le atraganta la saliva. Mudo.

—Yo le enseñaré.

Una ganga. Un tango. Un lío, un terrible, un espantoso lío, Maelstrom. ¿Cómo salir? Uno, dos, tres; uno, dos, tres. No sirve. Baila de otra manera de como lo han enseñado. Baila mal; pero baila.

—Déjese llevar.

Sonríe. ¿De dónde la conozco? De pronto siente una confianza ilimitada, todo allanado.

—No cuente. Déjese llevar.

Se deja. Entre dos piezas:

—Tengo tanta dificultad para hablar como para bailar.

—No se preocupe. Aprenderá, es fácil.

—A hablar, no. Tropiezo: como...

—Déjese llevar.

Es preciosa. ¿Cuántos años? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? ¿Cómo está aquí?

—¿De qué me conoce?

—Vivo en Valverde 32.

No la recuerda. ¿O sí? La ha entrevistado una vez una noche, al salir muy tarde de casa de las Miralles. No la recuerda. Ella sí, que desde la portería se alcanza lo que los demás, que vienen o van a la luz de calle, no ven.

—Va casi todos los días a casa de don Daniel.

—Sí.

¿Qué confianza le gana? Llevan doce bailes seguidos. Esto también está prohibido, pero como hay poca gente, el inspector hace la vista gorda. Y eso que el señor Cipriano Romero no la pierde, imán de sus pupilas. Alhaja, para el negocio, y —se hace ilusiones— para algo más. Cipriano es gato viejo, así acabe de cumplir los cuarenta: según él, la edad dorada. Fue barítono de zarzuela —las sabe todas—, perdió la voz, de la noche a la mañana, al pasar —sin otra salida— ese tiempo en el balcón volado del dormitorio de la señora de Rocafuerte, querida del conde de las Morenas, que vino por sorpresa a dormir cuando nadie le esperaba. No hubo premeditación ni alevosía, unas copas de más en casa de Villaverde. Hace más de quince años. Consecuencias: representante de actores, empresario de bolos, ahora encargado del *Tespiscore*, como dice. No faltan ocasiones para lo que sea; las aprovecha a pesar de las furias, pocas veces contenidas, de doña Berta Cienfuegos, propietaria del local y de su vida, si son de creer sus palabras.

—Esta cae.

Se equivoca. Durante dos semanas, sin faltar una tarde, Joaquín Dabella llega a las cinco, baila con Mágina hasta las siete y media. Hora en que, al principio, se consideró obligado a ir a ver a Isabel; ahora novia de Isaac Stein, estudiante de arquitectura a punto de acabar la carrera. Clementina está en la gloria.

—Ese sí. Isabel siempre ha tenido cabeza. (Dabella no le hubiera parecido mal, pero no se decide: —A este chico le falta algo...).

Joaquín ha visto desfilar otros, no se preocupa. Menos con ese hijo de alemán y malagueña, bajo, feo, callado y —a lo que los más suponen— tonto. Por lo menos completamente desinteresado de los problemas que se discuten en la tertulia.

—¿De dónde has sacado ese mono? —pregunta Victoriano Terraza.

—Mira, déjale en paz. En buenísimo. Ya quisieras tú.

Desde la boda de Paquita la tertulia ha cambiado no poco. Dabella ha traído a José Molina, Isabel a Marta Quiñones. De cuando en cuando aparece Cipriano Rivas Cherif, gran bailarín de los jueves, en el *Palace*.

Joaquín empezó a faltar sin darse cuenta. Sin solución de continuidad, su amor se desplazó de Isabel a Mágina. El sentimiento idéntico, no su objeto. Como, sin duda,

sin palabras, Margarita le corresponde, su voluntad se acrecienta en términos inauditos. Sólo el mar... Por algo la primera sílaba de su nombre lo indica. Mar la quiso llamar, pero no cuajó. Le dice Mara. Sí: el femenino de mar. Mara, solamente para él, él solo. Delante de los demás, no. Cuando los hay, la llama Margarita.

—No me mires así.

—Entonces ¿cómo?

—No sé.

Ni pelaron la pava ni hizo el cadete. Desde el primer momento fue otra cosa: todo. Ni chifladura ni capricho; pérdida total, espejo. Todos los sentidos en el bienquerer; morir.

Hablan, horas y horas, sin saber de qué, sin recordar. Pasean, se sientan, en banco de paseo, en sofá o sillas de café; horas.

Lo de él lo comprendo —¡pues no faltaba más!—, pero el «viceversa», que me parta un rayo —clama la Feli, hundidas sus ilusiones, al mes de frecuentar el *Tespiscore*, como decía siguiendo a Cipriano Romero, con quien hizo migas. Se declaró enemiga del joven aragonés:

—Si ni siquiera se le entiende, ¡y con dos narices, de a palmo, una en su sitio y otra en el cuello, que no se sabe cuál es la verdadera, porque estornuda por la nuez! ¡Palabra! Pero ¡hija de mis entrañas!, ¿qué le ves?

—Nada.

Encandilados.

—Eso acabará mal, pero muy mal, pero que muy requetemal. Lo digo yo.

Cuando Fidel se enteró no dijo esta boca es mía; aumentando el furor de su hermana.

—No. ¡Si tú...!

—Ahórrate el cuento.

La noticia llegó al principal; se soliviantó Clementina.

—Ya lo decía yo. Ese chico nunca hará nada a derechas. Se ha dejado engatusar. Menudo partido para una cualquiera.

—Mamá...

—¿Qué? ¿Me vas a negar el olfato? Ya ves, y eso que estaba perdido por ti.

—¿Por mi? ¡Vamos! Nunca me dijo...

—Hasta que perdió la vergüenza. Que no se le ocurra volver por aquí.

—Pero ¿por qué?

¡Y lo preguntas!

—Claro que sí.

—¡Estas chicas, estas chicas de hoy!

—¿Cómo eran las de tu tiempo?

Clementina se alza de hombros reconcomiéndose. En su tiempo... No lo

recuerda. De verdad, su juventud se le ha borrado.

Joaquín decidió hablar con Fidel. Una carta le parece falta de atención, más siendo tartamudo. Lo correcto: cara a cara. Se le antoja absurdo esperarle a la salida del periódico, a las tres de la mañana. Tropezar con *él* en la esquina de Valverde y San Onofre para acompañarle hasta la imprenta, disponer de poco tiempo, a riesgo de hacerle llegar tarde. Presentarse en su casa, sin más, correr el peligro de la Ex, evidentemente enemiga. Quedaba el domingo.

No habló de su proyecto con Mara que posiblemente le desaprobaba. Lo que quería decirle al linotipista era cosa de hombres.

—¿Qué hace tu padre los domingos? —era una pregunta sin pies ni cabeza, ni venía a cuento a menos de ventear la liebre.

Conocía de vista al viejo por haberse cruzado con él, en el zaguán, a la hora de sus visitas al principal, que solían coincidir con la salida a la imprenta del honrado socialista.

A veces, la casualidad ayuda, aunque no del todo: viole venir subiendo la calle de Carretas; pensando si le convenía abordarle —eran las tres de la tarde— le siguió hasta la calle de Atocha. Alargaba el paso para ponerse a su altura cuando Fidel, echando un vistazo circular, entró en una botica, casi frente a Relatores. Joaquín se dispuso a esperarle. A su sorpresa pasó más de media hora sin que volviera a aparecer por mucho que no perdió de vista la única puerta de la muy concurrida farmacia. Al que vio salir, del 20, fue a Benavente, menudo en todo: iría al «Gato negro». Como el tráfico era mucho, supuso que Fidel había salido sin que se diera cuenta. Para cerciorarse entró; la farmacia era grande, largo mostrador, con entradas a ambos lados, hacia la rebotica. El linotipista no estaba. Dabella se sorprendió reprendiéndose su falta de vista. Por si le alcanzaba fue andando por la calle de la Cruz, camino natural hacia el periódico. No dio con él. Regresó al *Henar*, a tomar café. Le contó a Victoriano Terraza el extraño suceso, sin decir de quién se trataba.

—¿En la farmacia de Giral?

—No. En la antigua de Sánchez Ocaña.

—Es la misma: Atocha, 35.

Victoriano sonrió:

—¿Qué pasa?

—No te puedo decir. Lo único: que es hombre de confianza.

—Habla.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

Con el valenciano no había manera de saber nunca a qué carta quedarse. Llegó Cantueso; Terraza le puso en antecedentes. Manuel, más abierto, se echó a reír.

—De una vez, ¿queréis decirme?

—No, hijo, no. No se puede. ¿A quién esperabas?

—Ya que sois tan discretos, os imitaré.

TERCERA PARTE

I

Victoriano Terraza era a lo que decía, enemigo de lo superfluo. Le gustaba ir al grano, aunque tuviera que dar vueltas para lograrlo. Sabiendo lo que quería importábale más el fin que sus caminos. Lo cual era notable, a sus años. Alto e inteligente, si no feo, extraño, poco parecida la derecha a su contraria, caída la cara de ese lado, la ceja mal arqueada, obligada hacia abajo, la comisura izquierda de sus labios, el hombro zoco ligeramente más inclinado que el otro. Desde los trece años, medio palmo más que cualquiera. Pobre. Resintió la indigencia como un insulto, más por su madre —pequeña, enclenque, abandonada— que por las hambres que pasó. Gracias a su gran talla trabajaba sin cansarse. Muy cumplido, se hizo querer bien de don Juan Carretero, dueño de un ultramarinos de la calle de Maestro Gonzalbo, más allá de la Gran Vía en un barrio de porvenir. Doña Gloria, su madre, cosía «para afuera», los ojos perdidos de tanto canesú, rojos los bordes inferiores de los párpados, una constante lágrima a punto de caer, que la enjutez no permitía que se escurriera por sus inexistentes mejillas; modosa, callada, presa de un constante miedo a no sabía qué; toda su preocupación: salir a la calle para entregar su trabajo teniéndole fobia a la gente, más al tráfigo ciudadano. No se le ocultaba que debía sus desgracias conyugales a sus achicamientos frente a todo, principalmente a su marido. Ricardo Terrazas era el troquel del hijo, todavía más alto y cuadrado. ¿Cómo aquel bruto bien hecho se había casado con una mosca muerta como ella? Nunca se lo explicó, cada noche se sobrecogía al verse al lado de semejante ejemplar de la raza humana. Hasta que él se cansó de lo que tenía por remilgos y pazguatería largándose en busca de mayores dones. Si dio con ellos, nunca lo supo: quedó la menguada en su piso de la calle de Adressadors, sin saber qué hacer. Victoriano dejó el Instituto, donde estudiaba, normalmente, el tercer año de bachillerato. Entró al servicio de un ortopedista; no le gustó el ambiente, se agenció el puesto en casa del señor Carretero, que tenía los pies planos, razón por la que entablaron conocimiento: unas plantillas equivocadas de número que Victoriano tuvo que ir a cambiar.

Se halló a gusto entre los coloniales, porque no le estaba prohibido pellizcar los abanicos de bacalao de Escocia o un racimillo, ya un poco descargado, de pasas de

Málaga, sin que aquello se considerara hurto, por el rendimiento que daba. Como su afán de saber era más que mediano se arregló para asistir a la Escuela de Artesanos, de las siete en adelante. Perdió la poca fe que tenía con la pubertad, seguro de que la idea de Dios se contradecía con la de generación tal como se la hizo entrever —con gusto— una moza, criada de buena casa, la de don José García Montell, médico, cuyo piso se enfrentaba con la tienda.

Por ese solo hecho empezó a odiar a su madre; ésta, como si se diera cuenta, fuese al otro mundo huyendo de un automóvil que ni siquiera la hubiese rozado; dio un paso atrás, en falso, se rompió el colodrillo en el borde de la acera. Victoriano fue a vivir con sus dueños; dormía bajo la escalera, en un catre que abría por la noche, entre sacos de azúcar y cajas de latas de sardinas. Por la mañana, subía a la cocina, se lavaba, ayudaba a la criada de la casa a preparar el no parco desayuno, yendo por la leche. Devorando los suyos, bajaba a abrir la tienda. Por la noche, estudiaba sus lecciones apoyado en el mostrador comiendo una morena *pataqueta* repleta de morcilla y longaniza aceitosas. Cuando no estaba delante, don Juan Manuel y su consorte se hacían lenguas de sus buenas condiciones. No teniendo hijos, le miraban como tal. No les salió a la medida de sus deseos: un buen día, sin mayores miramientos, les dijo que se marchaba. Los dejó con el alma hecha pedazos; ya nada les supo bien; a poco vendieron su comercio yéndose a Sueca, pueblo de doña Carmen. Victoriano no se dio cuenta, a lo que le importaba, seco, enemigo de lo superfluo —a lo que decía—:

—A cada quien lo suyo.

Entró a servir, un poco de todo, en casa del doctor García Montell. Don José era padre de numerosísima prole. Victoriano formó parte de ella. (¿Uno más? ¡Qué más da!). El hijo mayor tenía dos años menos, que él, el que completaba la docena todavía no andaba. Victoriano acabó el bachillerato, granado: diecinueve años y un metro setenta y cuatro, lo que es para Valencia, talla de respeto. Añadíase la prestancia, cierta distinción hija del imitar lo que tenía por finos modales. Don José quiso saber si, como no lo dudaba, quería ser médico. Victoriano sin dar las gracias, dijo que lo pensaría. No se lo perdonó el doctor, hombre abierto, amigo de hacer favores, pero de genio corto.

Desde que entendió, Victoriano supo que el dinero era lo más y que le repelía ganarlo comerciando géneros. Ansiaba ser respetado, mandar. Mas su placer era la literatura. ¿Cómo compaginarla? Le pagaban quince pesetas, cada semana, por un artículo en *Las Provincias*. Se había hecho amigo del jefe de redacción, don Jaime Bordes, enjuto, ojos tristes, por la vista cansada, traje arrugado, hombros nevados de caspa; excelente persona que deseaba descubrir un nuevo Larra en cada jovenzuelo con mal de pluma. Escritor, esposo y padre fracasado revertía en cuanto muchacho despierto se le acercaba el anhelo doloroso de notoriedad y gloria que a los años mil

le corroía las venas sin dejarle quieto el ánimo. Sólo con un libro en la mano —versos españoles, franceses, o ingleses, que no era lego— se le aplacaban los reconcomios contra su impotencia. Nada de lo que escribía, no poco, le gustaba. Desechaba por la mañana cuanto había garrapateado por la noche. Del escaso dormir y mucho café — diez o doce tazas diarias— se le habían consumido vista y carnes, no el entusiasmo por las letras. Empujó a Victoriano a marcharse a Madrid:

—Porque en provincia no hay nada que hacer.

Victoriano Terraza tenía ahorradas quinientas pesetas. Desembarcó en la capital el 27 de enero de 1926; acababa de cumplir veintitrés años. Llevaba tres cartas de recomendación, bien guardadas en su cartera. Jaime Bordes tenía sus amistades, todos ellos gentes liberales y aun socialistas, a pesar de servir desde hacía más de treinta años, con un sueldo miserable, en un periódico conservador.

Fue a una casa de huéspedes de la calle de Fuencarral que le recomendó el crítico teatral del periódico. A la media hora —traje nuevo— se echó a la calle. Había aprendido el plano de Madrid de memoria, que la tenía buena. En el bolsillo de la chaqueta llevaba una libreta con sus versos puestos en limpio. Desembocó en la Red de San Luis, bajó por la Gran Vía mirando los escaparates. Las diez y media de la mañana, sol claro, menos frío del que esperaba. Estaba en Madrid: tenía que abrirse camino. Su fortuna le alcanzaba para mes y medio, único gusano que le roía. Por de pronto, ganar tiempo. Don Carlos Santibáñez del Río vive en el 17 de la calle del Prado. No es hora de hacer visitas. Pero no puede perder medio día. (No se le ocurre la posibilidad de concertar una cita por teléfono). Don Carlos es periodista importante y se acuesta no por gusto, a las cuatro de la mañana. A las once menos cuarto Victoriano toca el timbre de su casa. Sale a abrir una criada, tan entrada en años como en carnes:

—El señor no se levanta hasta las dos.

La fámula mira al mozancón con simpatía, por el desencanto que se pinta en sus facciones.

—Bueno —añade— es la hora en que se sienta a la mesa; si vuelve usted a la una y media...

—¿Quién es?

Se asoma doña Mabel, esposa del dueño de la casa, rubia semiteñida, todavía de buen ver.

—Un joven que pregunta por el señor.

—Está durmiendo.

—Ya se lo dije. Es la señora —explica Serafina, dejando el paso libre.

Victoriano saluda, dice quién es, qué cartas trae, su deseo de saludar al gran hombre.

—¿Cómo está Jaime? —pregunta la señora, con muy leve acento extranjero.

Sin esperar respuesta añade:

—Pero, pase usted a la sala.

—No quisiera molestar.

—No es molestia.

En la sala hay libros por todas partes, pilas de periódicos entre mueble y mueble. Quedan libres un par de sillones cómodos, viejos, dos sillas.

—Siéntese y perdone, pero Carlos pone el grito en el cielo si tocamos algunos de sus papeles. Quitar el polvo, y gracias. Así que viene usted de Valencia. ¿Cuándo llegó?

—Esta mañana.

Interrumpe una voz ronca:

—¿Quién está ahí?

Como acostumbrada a ello, la señora contesta a gritos:

—Un joven viene a verte, de parte de Jaime Bordes.

—Ahora salgo.

Doña Mabel se vuelve hacia el mozo:

—Usted perdonará.

Sin esperar contestación se cuela en el cuarto del que partió la voz. Victoriano examina lo que le rodea en la penumbra que permiten las cortinas corridas, manchadas por el sol mañanero. Muchas cosas, a más del papel impreso; multitud de cuadros colgados de cualquier manera, hasta el techo, cuyas firmas le producen la mayor admiración. (No los lienzos, que no se detiene a ver): Zuloaga, Casas, Mir, Anglada, Rusiñol, Romero de Torres. Le llama la atención un cuadro de colores chirriantes. Se acerca:

—¿Está mirando mi Regoyos?

Vuélvese rápidamente Victoriano, tira una pila de libros.

—No se preocupe.

El joven reniega de su humanidad, desproporcionada a tan corto espacio.

—Siéntese. ¿Con que me trae una carta de Jaime?

Se la tiende; mientras el famoso periodista la lee, recoge como puede los volúmenes caídos. Aún tiene tiempo para examinar a su visitado:

—¡Mabel! —reniega—. Descorre las cortinas.

Entra la señora, obedece, todo cobra color natural.

Carlos Santibáñez es hombre de cierta edad, más fofo que gordo, los ojos saltones, uno mucho más que otro que parece sostenerse por el favor de sus gafas de feroces cóncavos cristales. Mediano de estatura, crece por la alta pelambreira, ahora revuelta, sin afeitarse y no de la mañana, se cubre con una bata de casi tantos años como él, no por los lamparones, que no son pocos, sino por lo deshilachado de las mangas.

—¿Por qué no te pusiste la otra bata?

—¿Cuál? —responde el escritor—. ¿O vas a hacer creer al joven que la tengo? ¿Con que tiene usted talento? ¿Y quiere vivir de él, aquí en Madrid? Le advierto que tendrá que emplearlo en parecer que no lo tiene.

—No le haga usted caso —dice doña Mabel.

—Tráenos café, y siéntese, joven, siéntese.

Lo hace con cuidado. Sesgado queda Santibáñez y, enfrente, el Regoyos.

—No le gustará.

—¿Por qué?

—Vosotros, los levantinos, sois todos retóricos y amigos de la paletada ancha y buena de comer. No os importa gastar pintura, tal vez porque es más barata en Valencia que en Bilbao. Y ¿qué escribe?

—Pues... artículos. (Los versos se le atragantan por el estilo del interlocutor).

—¿De qué?

—De crítica...

—¿Literaria?

—Pues... sí.

—¿Y de eso piensa vivir?

—No, señor.

—Menos mal. ¿Y está solo?

—Sí, señor.

—¿Sus padres?

—Ya no los tengo.

—Eso está bien. La familia molesta siempre. No lo digo por ti —se lo espeta a su mujer que entra con una bandeja en la que hay dos tazas disparejas y una cafetera.

—Déjala ahí y vete.

Obedece doña Mabel, sin comentarios.

—Sírvese y sírvame. ¿Toma azúcar? Yo, no. ¡Mabel! —clama— ¡Azúcar!, para el señor... ya no me acuerdo.

—Terraza, pero no se moleste, yo...

—¿Toma azúcar o no?

—A veces...

—¡Qué veces: siempre!

Entra la criada, con el azucarero.

—Dice la señora que qué va a querer comer.

Se transfigura la cara de Santibáñez, se acaricia la barbilla con dedos amarillentísimos de nicotina. Sonríe, inefable.

—¿Queda bacalao del de ayer?

—No, señor.

—Entonces ostras y langosta, y dile a la señorita que ponga una botella de Sautemes a refrescar.

—Vino blanco no le han de dejar tomar...

—¡No me repliques y lárgate a tu cocina!

Lo dice sin acritud de ningún género.

—No tiene usted remedio —comenta Serafina, saliendo.

—Dicen que la diabetes —comenta—. ¡Qué diabetes ni qué camándulas: los cochinos años! No hay enfermedad como cumplir los cincuenta y nueve.

El visitante quiere protestar.

—No me diga nada. Sé mi canción. ¿Así que artículos de crítica literaria? ¡Vaya por Dios! Aunque, por otra parte, con la censura, es lo único que se puede hacer. Al fin y al cabo, todos nos hemos vuelto críticos literarios; por eso mismo el cupo está rebasado. Usted, lo que quiere es trabajar en el periódico.

—Sí, maestro.

Le mira Santibáñez de medio lado dándole todo al ojo bueno.

—¿Eso de maestro de dónde se lo ha sacado? Métaselo en el bolsillo y no lo vuelva a sacar. Véame en la redacción esta noche.

—¿A qué hora?

—Lo mismo da: allí estoy de las ocho a las cuatro. ¿Quiere algo más? ¿No? No le doy la mano porque todavía no me la he lavado. ¡Serafina, el señor se marcha!

—No le haga caso, es un pedazo de pan.

Por la puerta recién cerrada asoma Santibáñez comentando con su voz cascada:

—Y tú de alcorcho. Véngase a comer mañana, a las dos.

No era invitación a humo de pajas; tenía el ilustre periodista una sobrina ya entradita en años y sin carnes, así fuera muy agradable de ver y tratar, que doña Mabel estaba empeñada en matrimoniar. Imponía convites a los recién llegados, con rubor de Virginia; admitían la prueba: Carlos Santibáñez porque no le parecía motivo de trifulca, la esquelética por si acaso.

II

Victoriano salió confuso pero satisfecho porque avizoraba la posibilidad de hallar rápidamente la manera de vivir sin entrar a saco en sus reservas, lo que le llevó a un restaurante de la calle de Echegaray que don Jaime Bordes le había ponderado. Pidió

las albondiguillas famosas, dioles buen fin sin saber a qué carta quedarse —no es manera de decir sino la estricta verdad— dudando si visitar primero a don Salvador Pérez del Molino o a Luis Rodríguez Malo, este último sin el don, por socialista. Decidiose por el primero, por la cercanía: no tenía sino bajar la Carrera de San Jerónimo para llegar a Zorrilla, donde vivía el muy renombrado y parco intelectual. Parose un momento a contemplar columnas y leones del Congreso, echó un vistazo distraído a la estatua de Cervantes, y, no siendo bibliófilo no se detuvo en los escaparates de Vindel, que conocía de nombre y renombre. Subió dos pisos de una ancha y alfombrada escalera, tocó el timbre con el corazón en un puño porque el solo nombre de Salvador Pérez del Molino le imponía casi tanto como el de don José Ortega y Gasset, oráculo que, por el momento, juzgaba inaccesible. Abriose la puerta sin ruido, apareció una doméstica del mejor ver, morena, con cofia, delantalillo y puños blancos guarnecidos con puntillas almidonadas; con suave reverencia y voz de la misma condición le preguntó con cierto dejo de superioridad:

—¿Qué desea el señor?

Expuso éste atropelladamente sus motivos.

—¿Tiene cita el señor?

—No.

Se refirió a la carta de presentación.

—Si me hace el favor de pasar y de darme su tarjeta. Nuestro joven carecía de la por lo visto indispensable cartulina. Vaciló, mintió: las había olvidado en el hotel.

—Pero si me hace el favor de entregarle esta carta...

La criada, muy dueña, le hizo pasar a una salita, puso la misiva en una bandeja que parecía de plata, desapareció sin ruido, lo cual, por otra parte era fácil por lo bien alfombrado de la estancia. Los muebles, al gusto parisino del día: rectos, brillantes, sin adornos. Encima de una especie de arcón un solo cuadro llamó la atención del visitante que no había visto expresiones cubistas más que reproducidas en blanco y negro. Ingeniábase en interpretarlo cuando sonó una voz infantil a sus espaldas:

—¿Hauduyudu?

Volviose sobresaltado para descubrir a una preciosa niña que le tendía graciosamente la mano; se la estrechó, la criaturilla dobló ligeramente las rodillas para agradecer el saludo:

—Carolein Pérez del Molino.

Podía tener seis o siete años, el cabello dorado, ojos azules transparentes. Victoriano estaba estupefacto; la niña le miró interrogante y le preguntó con gran interés:

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Entró con ruido de faldas sedeñas una mujer como de cuarenta años, de nariz flamígera, labios delgadísimos sólo comparables a la falta de carnes que la

desadornaba, venía desorbitada:

—¡Carolein! —y con espantable pronunciación—: Usted perdone, señor, la niña escapó. Buenas tardes. Vamos. Carolein, obedezca.

La chiquilla se zafó, quebrando el cuerpecillo, señaló la visita:

—Es mudo.

Así se había quedado; institutriz y educanda, que lo eran sin lugar a dudas, desaparecieron para dar paso a la primera fámula.

—Sígame, por favor.

Por un pasillo tan suavemente alfombrado como cuanto había pisado hasta el momento fueron hasta una puerta encuadrada con miniaturas en marquillos de ébano.

—Pase usted, el señor le atenderá en seguida.

Un despacho doblado de biblioteca, chapado con madera oscura; una docena de grabados, geoméricamente alineados en las paredes, ofrecían hermosos caballos de raza de todos los colores; en una repisa el retrato del rey de Inglaterra —marco de plata— que, a la distancia, le pareció dedicado. Sobre la amplia mesa, limpia de papeles, el retrato de una señora y de dos niños en el que Victoriano reconoció a su infantil interlocutora; el marco: de piel con aplicaciones doradas. No se atrevía a moverse; a ojo de buen cubero se dio cuenta de que los libros —perfectamente encuadernados— eran todos extranjeros. Pasaron dos larguísimos minutos antes de que entrara por una puerta que no había notado, entre dos librerías, el dueño de la casa. Traía puesto un batín de seda color «sangre de toro», calzaba pantuflas de ante. Imperturbable, bien afeitado, bien peinado, oloroso. Una pipa cuadrada en la boca que, inmediatamente, cogió con la mano izquierda, para saludar. Era un hombre pequeño, delgado, de gesto parco y ojos claros que se fijaban en los del interlocutor sin apartarse un momento, turbándole:

Estrechó ligeramente la mano de Terraza:

—Salvador Pérez del Molino.

Señaló asiento, se acomodó en un sillón frontero. ¿No había estado nunca en Madrid? ¿Whisky o coñac?

—Nada, no se moleste.

—No es molestia.

Alargó al descuido la bien cuidada mano hasta el borde inferior de la mesa; debió tocar un timbre, tan invisible como ineludible, ya que se presentó un mozo, chaquetilla corta y blanca. Repitió, un tantillo más imperioso:

—¿Whisky o coñac?

—Coñac —musitó Victoriano.

—Dos coñacs, Alfredo.

Se dobló el sirviente para volver al momento con una bandeja donde lucían dos copones y una botella.

—Supongo que le gustará: 1907.

Sirvió el camarero y salió. Victoriano imitó al ilustre ensayista y sostuvo su copa con la mano.

—Bordes tenía talento, pero se empeñó en desterrarse. ¿Escribe?

—El periódico le tiene muy atado.

—El periódico y España. No sé qué decirle, señor Terraza. Lo único que puedo darle es un consejo, aquí no se puede hacer nada. Si, de verdad, como me dice Bordes, tiene talento, váyase. En España no se puede hacer nada. No hay escritores españoles; se vuelven periodistas o novelistas ilegibles, como Baroja. Huelen todos a cocina barata. ¿Fuma usted?

Sacó una larga pitillera de oro y ofreció cigarrillos ingleses. Victoriano no se atrevió a aceptar, reprochándose su timidez.

—Sólo puedo servirle repitiéndole: márchese, váyase a donde pueda. Aquí no hay nada que hacer. Estoy en Madrid para que mis hijos aprendan español. Consígase una plaza de lector en cualquier universidad extranjera, aunque sea en Montpellier. Si no acabará haciendo comedias al estilo de Benavente. Todavía Arniches tiene cierto garbo. ¿Ha leído usted el último ensayo de Ortega? Parecía tener algo dentro, pero ya lo ha carcomido la cursilería del ambiente. El único que se defiende todavía es don Ramón. ¡Al extranjero, joven, al extranjero! Y si se olvida del español, mejor. Si yo escribiera directamente en inglés, o en francés... Esto se ha acabado. Aquí lo único que encontrará son peñas en los cafés donde todos cuentan lo que nunca escribirán. Siga mi consejo: váyase y cuanto más lejos y cuanto antes, mejor. A menos que carezca de ambiciones y se contente con vivir, si se puede llamar vivir a permanecer aquí malcomiendo de alguna traducción. ¿Qué idioma habla?

—Francés.

Mentía. Mal lo leía y con ayuda del diccionario.

—No le servirá. Aprenda inglés. O alemán, si quiere trabajar con esos forzados de la *Revista de Occidente*. Colaboré en *España* porque no tenía más remedio. Pero hoy: mis libros, y gracias. Y aquí no se venden. Sí, no proteste: tengo un centenar de lectores, alguna salida tienen en América. Si no fuese por las traducciones inglesas... Véalas.

Se adelantó, fue aun estante, sacó dos volúmenes:

—Estos son libros y no los adefesios que imprimen aquí. Los miró Victoriano con timidez, mientras el ilustre escritor apuraba su copa. Miró éste su reloj:

—Usted perdone, me esperan para ir a dar una vuelta por la Sierra. Las piedras son lo único que aquí vale ya la pena. Salude usted cariñosamente a Bordes. Y créame que siento no poder hacer más por usted. A sus órdenes.

La misma sonrisa, en el borde mismo de la ironía, pero sin llegar.

En la calle, anonadado, un solo sentimiento: ser así, permitirse esos lujos: todos.

La superioridad, la seguridad de sí. Dictaminar, haber llegado. ¡Qué dijeran lo que quisiesen! (Según muchos, Pérez del Molino estaba acabado, en todos los sentidos). ¿Quién le quitaba las alfombras, los muebles, las criadas, la displicencia?

—¿Para qué quieres ver a Salvador? —le había preguntado Jaime Bordes—. Si te recibe, cosa que no te aseguro, no te dirá nada, incapaz de ayudar a nadie. Fuimos compañeros y buenos amigos hace cuarenta años. Ahora es otro. Para él, los españoles ya no tenemos nada que hacer en este mundo. Tal vez tenga razón.

Victoriano Terraza insistió, ahora se felicitaba. ¿Cómo llegar a *eso*? ¿Hubiese estado bien haberse atrevido a leerle algunos versos? Con la palma de la mano toca el bolsillo izquierdo de su chaqueta en el que lleva el cuaderno donde ha caligrafiado cuidadosamente lo que considera los mejores de sus numerosos poemas. «Crepúsculo», sí: habérselo leído. Haberse atrevido, diciéndole: De acuerdo, maestro (Pérez del Molino hubiera aceptado la denominación), pero, si me hace el favor, oiga estos versos... No. Hice bien. Llegar a eso, que los demás revienten de envidia. ¡Qué señorío...!

III

Volvió a la Puerta del Sol, para tomar un tranvía; habiéndose prometido no preguntar prefirió volver al centro de su plano, tomar un *Chamberí por Hortaleza* para ir a casa de Agustín Morales Amau, que le había ofrecido su casa hacía dos años. Miraba distraído las calles del trayecto porque se había impuesto ver Madrid, detenidamente, más adelante, cuando tuviese resuelto su problema económico. No haría nada a la ligera.

Todo tiene fallas: tuvo que andar más de lo que había supuesto para dar con la casa del poeta y ahora dramaturgo. Le había conocido en un café, en Valencia, cuando asistió al estreno de su primera comedia, por la compañía de Carmen Díaz, en el Teatro Eslava, durante la feria de julio. Hizo la reseña, entusiástica. ¿Le recordaría? En dos años, el éxito de tres obras había cambiado su renombre: de poetapreciado entre pocos que se tenían por los mejores pasó a conocido concurrente diario de escenarios, saloncillos y camerinos, citadísimo de gacetillas. Procuraba todavía aunar los dos mundos sabiendo que forzosamente un día no lejano, si no ya pasado, acabaría por cerrársele el que tuvo por suyo en los primeros años madrileños: ya un famoso músico le había pedido la letra de una zarzuela y había aceptado el encargo.

Era dinero en perspectiva y cinco hijos pesan mucho.

Agustín Morales era toledano, de familia de humildes dulceros. El negocio no prosperaba porque el mazapán se hacía ya, principalmente, en Jijona y hasta en Logroño. De fabricantes los toledanos —en general— habían pasado a revendedores. No la familia de Morales, a su costa; sin poder salir de una menos que decorosa mediocridad económica.

Estudió el bachillerato a trompicones; tras ganar tres flores naturales, en Alcoy, Úbeda y Villena, descubrió el ultraísmo; a su sombra apareció su nombre en tres revistas literarias «de vanguardia».

Consiguió un empleo en una fábrica de cerveza madrileña, donde hizo números durante ocho horas diarias, lo que le dejaba tiempo para discutir otras tantas en el café de Pombo o el del Henar, en el María Cristina o en el Castilla.

Pequeño, rechoncho, carirredondo, las mejillas apretadas, nariz chata y respingona a la vez, con algo de campesino y no poco de seminarista. Poeta fácil, redondo, se le alineaban sin trabajo octosílabos y endecasílabos con rimas todavía más felices. Se forzó a lo contrario al socaire de los nuevos vientos parisinos logrando éxitos entre sus pares. Se engañaba a conciencia. Se le vio inquieto, delgado, triste: el ultraísmo le hizo daño. Como era persona de «buen criterio», volvió a sus dioses lares: Darío, Lugones, Herrera Raissig. Tentábale el teatro por los rumbos de Rostand y Marquina; veníale de su padre que, además de dulcero, no dejó de ser apuntador cuando recalaban compañías «de verso» en Toledo. Así anduvo, desde niño, entre bastidores y aun debajo de ellos: en el foso, alma oscura y misteriosa del teatro. Al morir, tísico, el buen progenitor, Agustín Morales, sin darse cuenta, se alejó de los escenarios. Ahora, al regresar, reconoció mil trucos. Nada le cogía de sorpresa y sorprendió con cierta limpieza a los espectadores. El éxito fue alentador en prensa y taquilla. Nada le dijeron sus compañeros de *Grecia*, *Tableros*, *Ultra*; el teatro estaba fuera de sus preocupaciones, pero empezaron a considerarle prófugo. Convivió con escritores de otra calaña, en espera de que el teatro le quitara todo su tiempo. Así abandonó la cerveza, a la que era muy aficionado, para dedicarse al amontillado, que favorecía tiradas y diálogos. Salía poco de casa durante el día.

Recibió amablemente a Terraza, al que aseguró recordar. Contó éste su entrevista con Santibáñez, calló la de Pérez del Molino, comprendiendo que el ensayista estaba en las antípodas de la actual manera de entender «el mundo del arte» del toledano. Se interesó el dramaturgo en la futura carrera periodística del poeta, prometió «motu proprio» telefonar al veterano periodista, animó a su visitante; oyó diez sonetos que proclamó excelentes, dignos de publicarse en seguida tras haber sido declamados en el Ateneo. De eso se encargaba a pesar de lo alejado que estaba «desde hacía algún tiempo» de ese ambiente. Sería bueno que le presentara otra persona. La más idónea, Cipriano Rivas Cherif, muy su amigo, feliz de hacer favores. Con seguridad, a las

ocho, le encontraría en el *Regina*. Le indicó dónde estaba el café, el lugar de la tertulia. Garrapateó una tarjeta para el escritor al despedirse efusivamente en la puerta de la casa. Victoriano prometió visitarle la semana siguiente.

IV

Las seis. Contra lo supuesto, tiene tiempo de hacer otra visita. ¿Ver a los Miralles, que veranean en Valencia? Supone que el pintor no puede serle muy útil por ahora. (Alguna comida y para de contar). Las muchachas no le interesan. Puede dejarlo para otro día. ¿Luis Rodríguez Malo, el socialista? No vive lejos, teniendo en cuenta el metro, que presenta su boca. Lo subterráneo, tal como se lo figuraba: agradable, limpio, rápido, barato. La gran cosa.

Sube tres pisos. Llama, le abren inmediatamente. Un joven con gabardina y sombrero calado le toma del brazo y le hace pasar a una sala modesta. Un hombre muy pequeño le interroga: su nombre, su dirección...

—¿Es amigo de Luis Rodríguez Malo?

—No.

—¿A qué venía?

—A conocerle. Traigo una carta de presentación de Jaime Bordes, jefe de redacción de *Las Provincias*, de Valencia.

El hombrecillo le mira con curiosidad, tiende la mano.

—¿Me hace el favor?

Victoriano entrega la misiva con la seguridad de que no debiera hacerlo, de que no es incorrecto, de que debiera negarse. Pero no puede: si supiera más, lo diría. El policía lee la carta. Se la devuelve.

—¿Con que, Jaime Bordes...? Es curioso.

Victoriano se da perfecta cuenta de que, tal vez, ha metido a su viejo amigo en un lío. Que no debiera haberlo hecho. Le molesta, le duele físicamente el pecho. Respira con dificultad. Procura no atolondrarse. Se manda tener calma, cree lograrlo. Habla:

—He llegado hoy a Madrid. No había estado nunca. Me he alojado en una casa de huéspedes de la calle de Fuencarral...

—¿Usted es amigo de Unamuno?

—No. No le conozco.

—Bordes ¿es amigo de Unamuno?

—Lo ignoro. Creo que no.

—¿De Santiago Alba?

—No lo sé.

—¿De Jiménez de Asúa?

—Creo que sí.

—¿De Francisco de Cossío?

—No se lo oí nombrar nunca.

—¿Aun siendo director de su periódico? ¿Trajo otras cartas?

—Sí.

—¿Las tiene ahí?

—No. Ya las entregué.

—¿A quién?

—Una era para don Salvador Pérez del Molino.

—¿Y las otras?

Otra: para don Carlos Santibáñez del Río.

—Molino... Río —sonríe el comisario—. Todo suena a lo mismo. Buenas piezas.

Empieza usted mal, joven.

—Pero yo...

—No hace falta que me lo diga: no se mete en política.

—Se lo aseguro.

—Y sería capaz de jurármelo. ¿Iba a decirme lo contrario? ¿Conoce a Antonio María Sbert? . —No.

—Vaya por Dios. ¿No es estudiante?

—No.

Interviene el de la gabardina.

—¿Sabe dónde puede estar Rodríguez Malo?

—Si lo supiera no hubiese venido aquí —espeta el hombrecillo a su subordinado—. Puede irse.

Y si quiere verme, de cuando en cuando, me encontrará en la Dirección General de Seguridad. Pregunte por el inspector Zapata.

Victoriano baja la escalera con fingida seguridad.

—¿Le deja irse así?

—Es de los que se embroquetan solo. Tiene cara de empalado.

Santiago Zapata, un metro sesenta y dos, conoce a los hombres. Tal vez por pequeño, policía desde hace más de veinte años. Distingue a la gente por el olor. Tan chico, calza muchos puntos, entendido en los demás, sin contar que el miedo es libro abierto. Tiene una norma: el Gobierno. Lo demás, música; de zarzuela con preferencia. Salió de la Inclusa, no lo ha olvidado. Soltero.

—Con esta estatura no vale la pena casarse.

Hace lo que le mandan, nada más. Nunca se pasa.

—Si quisieras... —le dijo una vez un Director General de Seguridad que le apreciaba.

—No quiero.

Le gusta su puesto porque entra gratis en los teatros. Ha rechazado otros mejores por no salir de Madrid. Le ha costado trabajo. Más joven tuvo que hacer alguna conducción, comisiones en algunas capitales de provincia que le confirmaron en su idea: sólo Madrid vale la pena.

—Ése no sabe nada, todavía.

Terraza se cerciora de que no le siguen. Entra en una taberna. No sabe qué pedir, le apetece un vaso de agua, se da cuenta de que no es lo debido. Bebe vino, se le agría en seguida en el estómago. Pide agua.

—¿Seltz?

—Sí.

Le traen el sifón. Se atraganta, eructa. Sale, se ve en el espejo del escaparate de una bonetería: blanco. ¡En buena se ha metido! Intenta serenarse, ordenar sus propósitos. Lo mejor será ir paseando. Llegar a la calle de Alcalá, subir hasta el café Regina. Se vuelve. ¿Le siguen? . «Nunca me he metido en nada. Ya me metí. Adelante. A ver qué sucede». Aprieta el paso. Se siente importante. ¡Cuántas cosas hoy! Y todavía no ha terminado. Ahora, Rivas Cherif, los versos, el Ateneo. Por la tarde, a la redacción. «¡Cuidado con ese automóvil! Llegará un día en que me saludarán con respeto. Victoriano Terraza. No suena mal; se ve bien, impreso. ¿Le siguen? Sí. Le siguen. ¿Aquél?». Se detiene. No. «¿Qué culpa tengo?». ¿Qué culpa tiene? Ninguna. Y, sin embargo, sí. ¿Cuál? ¿Por qué no está tranquilo? No ha hecho nada. Algo le persigue. Algo le sigue. ¿Qué? Duda. ¿Ir al Regina? Seguramente, con Rivas Cherif, se reunirán allí enemigos del régimen. ¿Le importa? «Los intelectuales siempre son enemigos del régimen». Le tiene sin cuidado. Es otro. ¿Qué? No lo sabe, pero llegará. ¿Le conviene ir? ¿Desiste? No; ya está metido. ¿Metido, en qué?

V

Entra en el café. A la derecha en un recodo, le había dicho el dramaturgo. Sí. Ahí están. Más de los que esperaba. Una larga mesa, en ángulo recto. En el centro de uno de los lados, sin lugar a dudas, Valle Inclán. ¿Qué hacer? ¿Acercarse? ¿Preguntar, sin

más, por Cipriano Rivas Cherif? Le mirarán todos... Si no estuviera Valle Inclán... ¿No será mejor sentarse más allá, preguntar a un camarero si está Rivas Cherif, quién es? Si no estuviera Valle Inclán... Se decide, pasa, se sienta tres mesas más allá. ¿Quiénes están ahí? ¿Cuál de ellos es Rivas? No conoce a ninguno, no conoce a nadie. Sin embargo, sabe que los conoce. (Allí se reúnen, todos los días, Valle Inclán, Cañedo, Bello, Araquistáin...). ¿Quiénes son? No coloca apellidos en las caras. Son como todos, como cualquiera. A Pérez del Mercado le habría conocido en seguida. Las fotografías... Aquel rubicundo debe ser Cañedo. Esos dos grandes fofos, a su lado, ¿aquél pequeño...?

—¿Qué va a ser?

—No sé: café.

—¿Conoce usted al señor Rivas Cherif?

—Sí, señor.

—¿Quiere decirle que traigo un recado para él?

El mozo se acerca a Cipriano Rivas, le habla, le señala con la mirada a Victoriano. El aludido se levanta. Rivas, menudo, desenvuelto, sonriente, se acerca. La tarjeta de Agustín Morales. Las preguntas indispensables.

—Venga usted.

—No sé si debo.

—¡Pero, hombre!

—Victoriano Terraza, de Valencia. Poeta.

No nombra a los contertulios. Cañedo le pregunta por Genaro Lahuerta, por Pedro Sánchez, por Max Aub. Valle le mira, sigue hablando con un hombre pequeño que le escucha con la cabeza alta, sin mirar a nadie.

—¿Cuándo llegó? —se informa un joven, con el pelo engomado, muy brillante.

—Hoy.

Se acerca rápido un hombre rubicundo, con gafas.

—Andan buscando a Marcelino Domingo. Han detenido a Castrovido.

Sin pensarlo, Victoriano refiere en pocas palabras su aventura en casa de Luis Rodríguez Malo. Todos le escuchan. Es alguien. Se da cuenta. Calla. Luis Bello quita importancia al hecho. Sabe que es Luis Bello porque se lo pregunta a Rivas Cherif.

—No llegará la sangre al río —comenta displicente un hombre grandote, cano, de gafas de montura amarilla con cristales no muy claros; una gran verruga.

—El estilo de los místicos —enlaza Valle Inclán, ceceando todavía más de lo que le habían dicho...

Rivas Cherif toma en seguida muy en serio la posibilidad de que Terraza lea sus versos en el Ateneo.

—Ese fofo de al lado, ¿quién es?

—Manuel Azaña.

—Dirigió *España, La Pluma*.

—¡Ah!

No le suena. Se acerca un joven, chupado, nervioso.

—Ahí tiene a otro joven poeta. Manuel Aparicio. Victoriano Terraza, que acaba de llegar. ¿Usted también será más o menos surrealista?

(Manuel Aparicio...).

—No creo.

—¿No ha venido Salinas por aquí? —pregunta, sin sentarse, el recién llegado.

—¿Está en Madrid?

(Manuel Aparicio...).

—Sí —dice Cañedo— comieron hoy en casa.

¿Con que éste es Manuel Aparicio? Valle es muy importante; Cañedo, también, un gran crítico; Araquistáin, un gran periodista; pero mayores. Manuel Aparicio tiene su edad, y un nombre. Si de alguien se espera algo es de este joven delgado de nariz larga, boca casi sin labios, castaño, con una crencha caída sobre la frente que aparta a cada momento con un movimiento rápido, seco, de sus manos —a veces la una, a veces la otra— largas, finas, con los dedos teñidos de nicotina; en cinco minutos, tres cigarrillos, encendidos con la colilla del otro: es mucho decir; los mata a medias. Tabaco americano. (*Pérez del Molino, inglés*). Aparicio pide un martini muy seco.

—No crea lo que le dice Marañón.

Se fija, ¿quién es Marañón? No se parece a las fotos. No es. ¿Este otro? No preguntar. Salir de la duda más adelante. No darse. Permanecer adargado. Que crean que estoy al cabo de la calle. Que sé. Que crean de mí otra cosa.

Aparicio le tutea en seguida.

—¿Piensas estar mucho tiempo?

—No lo sé.

Le mira: ojos grises, sin color. Ni adarme de grasa, un tic nervioso le hace abrirse el cuello de la camisa continuamente cuando no rectifica su crencha.

—¡Hombre, Sindulfo! Bello decía que te habían metido en la cárcel.

—No, hombre, fui a Úbeda.

—¿Huyendo de la quema?

—No, hombre, me invitó Quintín.

—Don Luis aseguró que te habían enviado a Chafarinas a hacerles compañía a Jiménez de Asúa y a Cossío.

—No gasto partícula.

—Don Ramón, prepárese —dice el bien peinado—, todos los de partícula, a presidio.

No le parece muy gracioso a Victoriano. Domenchina —sabe quién es, por Aparicio— pregunta a Sindulfo:

—¿Y qué tal Úbeda?

El aludido habla en voz baja, con cierto dejo irónico sin dar más importancia a una palabra que a otra:

—La gran diferencia entre la ciudad y el campo está en la lluvia. En la ciudad, molesta; en el campo, la bendicen. Aquí esperamos que escampe, allá lo contrario. Aquí se acuerda uno del que está en las alturas, por los charcos, las salpicaduras y el barro. En el campo, sentado o de pie, en el quicio de una puerta, se la mira caer, se piensa en la cosecha, se bendice al Señor que la envía. Aquí la tierra no cuenta.

(Lo bueno de las tertulias —piensa Terraza— es que cada quién habla con quién le da la gana; los que no quieren enterarse de una conversación no tienen sino agregarse a otra. Nadie se confunde).

—¿Has estado en Úbeda? Pregunta al hablador, desde lejos, un joven alto, gordezuelo, fino, oloroso, afeitadísimo, elegante de verdad, desparpajoso, con acento «muy de Madriz». —Es verdad que eres andaluz.

—Y de Úbeda.

—¿Quién es? —pregunta Victoriano Terraza a su vecino.

—Álvaro Rebolledo, conde de Sigüenza, aunque no quiera.

Victoriano adelanta el labio inferior, levanta las cejas, indicando su ignorancia.

—«Ornar Chirinos» —explica sonriendo Cipriano.

Humorista de pro. De la revista *Gutiérrez*, muy nombrado. Victoriano Terraza no tiene sentido del humor, menos de los chistes que nunca le hacen gracia; los desprecia.

—¿Qué cuentan por el Casino de Úbeda?

—¿Cuál? ¿El de los señores o el de la Unión que, como su nombre lo indica, es de todos?

—Tú tienes tierras por ahí.

—Yo, no. Mi tío Germán.

—Entre cinco la poseen toda —explica Sindulfo—. Millonarios que sólo saben divertirse en juergas en los cortijos; eso sí, con público. Venga beber, bailar y ver bailar, cantar y oír cantar. Y los peones alrededor, mirando.

—Ya les darán...

Álvaro Rebolledo es un señorito revolucionario. Su familia se alza de hombros: no está mal visto.

—A las seis de la mañana, en la plaza de Úbeda, se reúnen diez mil hombres.

—Serán menos —apunta Domenchina—. No caben.

—Y doce mil, también —asegura Valle Inclán—. Es enorme. Napoleón revistó allí un ejército entero...

—Esperan que los capataces los vayan contratando. A medida que sube el sol, los jornales bajan. A media mañana, ya se puede uno llevar a la gente por sólo la comida.

En general, todos se mueren de hambre.

—¿Y tú qué hacías? —pregunta Rivas Cherif.

—En el Casino, hasta las dos de la mañana, hora de acompañar a Ramón Montilla.

—¿Sigue viviendo en «Las Adelfas»? indaga Rebolledo.

—Sí: más corte que cortijo. Allí no falta nada. Fetén. La primera noche me llevé el susto de mi vida.

—No será tanto. ¿Qué pasó?

Iban saliéndonos unos hombres al encuentro. Y no es luz la que sobra. Por la noche, en el campo, llevábamos una linterna para las ocasiones. «—Mire don Ramón...». «Don Ramón, usted dispense...». Él se paraba, cuchicheaba con ellos, luego indefectiblemente se llevaba la mano al bolsillo, sacaba unas monedas y adelante. A los cien metros, otros, y lo mismo: «—A la paz de Dios, don Ramón». «Don Ramón, con el permiso». Así, cada noche, seis, siete, ocho encuentros.

—Pero, don Ramón —le dije—, esto es un atraco...

Álvaro Rebolledo sonrío.

—Sí, no lo niego —me contestó—, pero es más barato que aumentar los jornales...

Luis Bello saca las consecuencias. Valle Inclán critica a Catalina Bárcena. Se enreda en una discusión con Rivas Cherif, que le refuta por principio y diversión. Victoriano Terraza no vuelve en sí: él, allí, con ellos. No lo puede creer, no puede acabar de creerlo. El primer día: con Manuel Aparicio.

Además de media docena de poemas aparecidos en *Verso y Prosa*, la revista murciana de Juan Guerrero, Manuel Aparicio sólo ha publicado dos cortos ensayos en la *Revista de Occidente*. Le han dado fama. Al tanto de todo. Quiere gustar a pocos. Le molesta físicamente —dice— que lo que escriba pueda ser del agrado de la mayoría. Por eso, en parte, da poco de sí y publica menos. Hay más: el recato de darse a conocer, de descubrirse. Prefiere hablar de la obra de los demás. Seco. Acerca de ello acaba de tener una discusión, en la tertulia del María Cristina con Joaquín Dabella: Molina le echó en cara lo parco de su obra sabiendo que podía dar más:

—No hay más arte verdadero que el de la defensa. Defenderse de haber sido hecho hombre. Cada uno se defiende como puede. A lo sumo, en las costumbres, el arte es venganza.

—¿Por qué no lo escribes?

Manolo Cantueso, que llegaba, excitadísimo con los últimos sucesos del Ateneo, oyendo las últimas frases, se dispara:

—¿El *Quijote*?, ¡venganza! Estás perdido.

—No lo has leído —asegura Molina.

—¿Y qué? —retruca el sevillano—. Si hubiese que haberlo leído todo para

hablar...

Joaquín le había acompañado hasta la puerta del Regina. Aparicio no podía estar mucho tiempo en un mismo sitio.

—¿Comprendes? Lo único que importa es liberarse, liberarse. Nada cuenta de donde se viene, a lo que se va. Liberarse, liberarse, ser libre: hacer lo que se quiera: que nada se imponga ni se interponga...

Joaquín Dabella no se atreve a discutir, le costaría demasiado trabajo; además, como siempre, le aturulla la nerviosidad de Manuel Aparicio; quisiera decirle que en la historia de las religiones, que ahora practica para sus oposiciones, se asegura algo semejante a las enseñanzas de Buda. Añádase para el callar el miedo a parecer pedante, ley del grupo.

—Hasta luego.

—¿Vienes? —pregunta Aparicio a Victoriano Terraza.

—Tengo que quedar con Rivas Cherif para...

—Le encuentras aquí todos los días.

Terraza calcula que está bien que se vaya ahora. ¿Qué más puede hacer? La relación de su visita a casa de Rodríguez Malo le ha hecho presente. Además, marcharse con Aparicio está bien. No le confundirán si vuelve mañana. Mejor irse. Se despide, en general; sólo de Rivas en particular.

—¿Puedo verle aquí mañana?

—Cuando quiera.

Salen. Es de noche. Victoriano nunca ha visto tanta luz artificial. Está a la altura de su nueva vida.

—¿Dónde vas?

—No sé.

—Acompáñame, es muy importante.

(¿Qué sería? Importante ¿para quién? ¿Para Manuel Aparicio? ¿Llevaría éste su gentileza a ocuparse —porque sí— de su futuro?).

Manuel Aparicio necesita ahora alguien a su lado; no quiere estar solo; porque entonces, tal vez, dé media vuelta y no vaya a donde va y sí a donde no quiere ir. Terraza se atreve a preguntar qué escribe ahora.

—Nada. No vale la pena. Prometo todo lo que quieren. Lo mismo da decir sí que no. Creen que soy la divina garza.

Victoriano se esfuerza en hablar de lo que ha oído alabar.

—No vale nada. Hay que pegarle fuego al mundo, lo malo: que no se sabe dónde tiene la cola. Vente, vamos a casa de los Morquecho.

—No les conozco.

Aparicio se para, le mira, rectifica su crencha.

—¿A quién conoces?

—A nadie. A ti.

Aparicio se pasa el índice por el cuello apartando la camisa, como si se ahogara.

—Nadie entiende nada (nadie conoce a nadie, quiere decir, pero su mente juega siempre con su lengua).

Victoriano ignora que Manuel Aparicio no habla de esos extremos más que con quien no conoce. Nadie sabe, además, qué le roe. Cubre su desesperanza con frases tajantes, mezclando su desprecio por el mundo con la seguridad de no poder hacer nada que valga la pena. Cree que todo es intransferible. Detesta el mundo, y le quieren. Sólo con los desconocidos, a veces, si le parecen inteligentes, se pone a hablar. Ahora con Victoriano Terraza.

—Góngora. Ahora. Mañana. Fray Luis. Lo mismo les da. Al azar de las celebraciones de los centenarios. ¿Y tú?

—Lope.

—Hombre, eso está bien. Para ellos, lo mismo da porque, al fin y al cabo, todos hijos de Juan Ramón, nietos de Darío.

(¿Y tú qué? Piensa Terraza). No hablan de poesía. De los poetas, sí, y mal. Les da vergüenza hablar de poesía, ninguna leer sus versos. Les parece pedante citar a Lope, bien plagiarlo.

—Tendrán miedo de que se les vaya la inspiración —dice por decir, Victoriano, medio en broma, medio en serio, para que su interlocutor escoja y quedar como Dios; a lo que salga.

—¿La inspiración? Eso quisieran; pero, Federico aparte... No te dejes engatusar. ¿Sabes lo que quiere decir inspiración? La mayoría cree que basta abrir el pecho, llenarlo de aire... Inspiración, inspirado..., ilustrado por Dios. Y éstos lo quieren sacar todo de sí, imbéciles. Entusiasta, arrebatado ¿cuál de ellos? Todos en trance —único que conocen— de ser profesores, opositores a cátedra, a cátedras de literatura, para hablar los unos de los otros. No buscan otra cosa. Inspirados..., haciendo trampas. Cobardes seguros de sí.

—¿Por qué los tratas?

—No hay otros.

(¿Haciendo trampas? ¿Cuáles? ¿Preguntárselo? No a él).

—Hablan sin pensar, dejándose llevar por los sentimientos; como si el tonto no se alegrara o sufriera igual que el más inteligente. La poesía debe ser inútil o no es. La poesía no debe servir para nada ni a nadie. No inspiración, sino lo contrario: expiración. Escupitajo.

Problemas que Victoriano no se ha planteado nunca. Llegan a la puerta de Alcalá. Hay bastante circulación. Aturdido, apabullado, Victoriano calla. (Manuel Aparicio...).

—Sabes de lo que te estoy hablando.

—No.

—Eso está bien. Los que escriben para que escriban acerca de ellos son mierda, pura y exclusiva mierda. Arribistas. ¿Qué importancia puede tener el peso de la Victoria de Samotracia? ¿O el número de cabezas dibujadas en las Hilanderas?

(Victoriano sospecha que Aparicio le está tomando el pelo. No es así: cree auténticamente que la poesía depende de los factores no racionales; no se expresa con precisión, a pesar de ser filólogo, discípulo, eso sí muy irregular, de Menéndez Pidal).

—Si sientes amor, sientes celos. Si te gusta algo, callas. No hay quien —siendo hombre— haga partícipe de sus adoraciones a otro. Menos, si le quieren.

—¿Menos si le quieren?

—Con coma. ¿Quién habla de poesía? El que no entiende. El que sabe, calla; no juzga, ¿para qué? Los filántropos son tontos. ¿Para qué repartir? Dejando que no se puede. No hay nada más fácil que hablar de poesía: miden los versos, catalogan las cadencias, las repeticiones sin considerar la vida —la que cada uno lleva adentro—, mezclan, sacan muestra, dictaminan, olvidando que un verso siempre es un milagro. La poesía: Dios.

—¿Crees?

—¿En qué?

—En Dios.

—Si no hubiese Dios no habría poesía. Lo que pasa es que no creo en Dios. De la poesía sólo se puede hablar desde puntos de vista antipoéticos. ¡Distinguir entre fondo y forma! ¡Inválidos...! ¿O crees que alguien se pone a estudiar la fórmula química de los rojos de Ticiano y que si lo hiciera, tendría que ver con el arte del Ticiano?

(A lo mejor, piensa Victoriano; pero no lo dice).

—Las palabras no son la poesía. Bastaría un diccionario. Una relación. Pero todo es relación, valores: dar con ellos. Los valores poéticos... ¿quién los ha separado? ¿Quién los enseña? El mayor poeta sería el que uniera...

—¿Qué?

—Nada. (Valéry y Bretón en uno; no lo dice).

—No hemos dejado de vivir en el XVIII francés. La gente quiere en verso lo mismo que en la prosa, más un sonsonete que ayude. Eso no es poesía, ni Dios que la fundó. Les sigue gustando Campoamor o Bartrina.

—O Bécquer, si me apuras.

—No te apuro. Por algo lo que más le gustaba, en música, era lo peor de Beethoven. Poesía no es moral ni historia, ni su falta.

—Música.

—Ni música. La música es otra cosa. La elocuencia fastidia, pero es la elocuencia. Los callos me dan asco, pero con buena voluntad —que me sobra—

puedo aceptar que le gusten a Salinas o a Guillén.

—Entonces para ti ¿qué es poesía?

(Victoriano Terraza se da cuenta que no debía haberlo preguntado).

—Dar la vida.

—El amor... (El valenciano, en las antípodas de su sentimiento, tira al azar).

—No. Dije: dar vida.

—¿Qué poeta te gusta más?

Aparicio mira a Terraza arqueando las cejas, el valenciano, arrepentido, quisiera hundirse en la tierra. Aparicio retruca avieso:

—¿Qué piensas de la Quinta de Beethoven?

Victoriano contesta, desprevenido, desconcertado:

—Nada.

Aparicio sonrío, rectifica su crencha, miente:

—No te preocupes: Job.

Le pasa el brazo por el hombro. Aparicio tiene, de tarde en tarde, esos arranques. No es dado a tenerle lástima al género humano. Se para, mira al cielo claro, los árboles a la luz agria y municipal.

—De noche todo se detiene. De noche, andas tú. De día, con el amanecer, el mundo echa a andar de nuevo...

A Victoriano la tierra —el asfalto, la piedra— se le vuelve lodo: ¿qué le digo? Aparicio cambia:

—Ahora han descubierto el surrealismo. Se lo pegan como si fuese un sello. Se obliteran los unos a los otros porque se lleva en París.

—¿Te parece mal?

—¿El surrealismo? No, hombre, no: si se ha nacido con él. Los que no aguantan son los que se «vuelven», es para que les den por donde ni siquiera les da gusto. No hablo de los jóvenes que no saben ni a dónde van (como yo, piensa Terraza). De los que imitan a Banville o a Samain o a Verlaine, luego a Rimbaud, ahora a Tzara. (¿Quién es Banville, quién Rimbaud, quién Tzara?). La crítica no sirve para nada, absolutamente para nada. Un arte al que le sirviera de algo la crítica sería cualquier cosa menos arte. La poesía está sola, completamente sola. Como todos. Como tú, como yo.

Seguían la reja del Retiro.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Cuándo?

—Para vivir.

—No sé.

—Dedícate al comercio, a vender calcetines. O a maricón. Eso se lleva mucho; sirve.

(Todo se le borrará a Victoriano de la memoria, menos esta frase. Algún tiempo después, preguntándole Alberti «qué le veía a Terraza», contestó Aparicio: «Huele a muerto. Además me siento más a gusto con las personas que tienen dos caras tan a la vista». Se refería a la desemejanza de la derecha y la zoca de la cara del valenciano).

Suben por la escalera de una casa de buen ver, al segundo piso. Les abre, obsequioso, un criado. Sin palabras, les hace pasar a un salón. Unas quince personas se muestran sorprendidas y encantadas de la llegada de Aparicio. Se adelanta un hombre de unos treinta años, un poco demasiado elegante.

—*The right man in the right moment...*

—Iba a empezar... —dice una muchacha gorda, fea.

No le deja acabar la frase un joven de anchas mejilas, grandes orejas que las prolonga, frente abombada, pelo negro, ancha boca, pecas muy visibles en lo oliváceo de la tez.

—A ver qué te parece, hombre sin cielo.

Aparicio se sienta en la alfombra, apoyado en un sillón forrado de raso blanco, en el que está sentada Marta Quiñones. Hace quince días que no se ven. (Sabe que vendría. Se desprecia. Vino por verla. ¿No es hombre? ¿No puede cumplir con lo prometido? ¿Qué espera? Volverse otro. Sólo siendo otro podría... No puede. Pero está ahí, a sus pies, oliéndola. Roza su rodilla dura y mollar con su cabeza. Morir. Mañana, otra vez, en lugar de ir a clase, pasear por la Moncloa. No. La quiere. Sabe que no puede consigo mismo. Manda en los demás sin dificultad, pero no puede imponerse a sí mismo. No es hombre).

Victoriano se fija en su cara, se sorprende de verle tan cambiado: atento, desaparecidos sus tics nerviosos. «La música amansa a las fieras» piensa vulgarmente; pero se da cuenta de que la diferencia procede de otra fuente: una mano le acaricia el pelo rebelde. (¿Era esto lo importante para él? Entonces ¿qué falta le hacía yo? ¿O me quiere presentar a toda esta gente? ¿O lo que cuenta, o ha de contar, es el poema que han empezado a leer? No me ha presentado. La verdad: no hubo tiempo). De todos modos: cierto resquemor.

Una rosa en el alto jardín que tú deseas.

Una rueda en la pura sintaxis del acero.

Desnuda la montaña de niebla impresionista.

Los grises oteando sus balaustradas últimas.

Los pintores modernos, en sus blancos estudios

cortan la flor aséptica de la raíz cuadrada.

En las aguas del Sena un iceberg de mármol

enfría las ventanas y disipa las yedras.

*El hombre pisa fuerte las calles enlosadas.
Los cristales esquivan la magia del reflejo.
El Gobierno ha cerrado las tiendas de perfume.
La máquina eterniza sus compases binarios...*

*Una ausencia de bosques, biombos y entrecejos
yerra por los tejados de las casas antiguas.
El aire pulimenta su prisma sobre el mar
y el horizonte sube como un gran acueducto.*

(¿Qué poesía es ésta? —se pregunta Victoriano—. ¿Dónde estoy? ¿Quién lee? ¿Federico García Lorca? ¿Es él? No lo parece. ¿Qué voy a decir? Nada, por si acaso. No me conviene hacerme notar. ¿O sí me conviene? Si digo que no me gusta, que no entiendo... La poesía, según Aparicio... No voy a dar la medida. Soy un ignorante. No sé nada. Sin embargo, estoy aquí. ¡Parece mentira!).

Oye, no oye, se deja llevar.

(Están dentro; yo fuera: esa puede ser mi superioridad. No dejarme arrastrar, verlos).

Les envidia porque entienden lo que es incapaz de advertir.

(Ahí hay algo, más allá de mis entendederas. Pero me doy cuenta. Ese vale. Me doy cuenta de que esto que no entiendo, vale. Estoy más allá de los que al enfrentarse con algo que no entienden lo declaran inepto e inútil. Reconozco mi inferioridad, esta es mi superioridad. Decir que sí a todo. Luego, ver, pensar qué me conviene. Éstos: los que más cuentan. Si nombrara aquí a Agustín Morales no me volverían a saludar).

Tentarrujea su cuaderno de versos. ¿Qué dirían?

(Olvidarlos. Quemarlos. Tengo cita con Santibáñez, en el periódico. ¿Lo digo? No. ¿Qué hacer? Podría desmayarme. Eso llamaría la atención. No; por hoy, pasar desapercibido. Demasiado para un sólo día y un solo hombre. Salir de aquí. Recapacitar. Irme cuando acabe; mientras digan lo que les parezca, si esa es su manera de comportarse).

Se había quedado de pie, cerca de la puerta del recibidor. Puedo salir sin llamar la atención. (Es la mejor manera de que se fijen en mí, un momento. A Aparicio le parecerá bien. Tal vez piensen que no me gustó. Tendré oportunidad —entonces— de rectificar. Reventado, tengo sueño al revés. No tengo sueño, estoy vacío. Me caigo. He pensado en desmayarme porque no puedo más. Demasiadas cosas en un día. He conquistado Madrid en un abrir y cerrar de ojos. ¡Qué asalto! *Veni, vidi vici...* ¿No se dice así? ¿*vinci*? ¿En casa de quién estoy? Americanos, tal vez. Doce hombres, tres mujeres. Raras. Una no: la guapa, fina, muy guapa que pasa la mano por la cabeza de Aparicio. La casa está bien; la de Salvador Pérez del Molino, mejor, más elegante.

Aquí, un relente cursi. ¿Quiénes son? ¿Alberti? ¿Cernuda? ¿Salinas? ¿Guillén? ¿Espina? ¿Bergamín? ¿Chabás? ¿Dámaso Alonso? ¿Gerardo Diego? ¿Jamés? ¿Fernando Vela? ¿Moreno Villa? Los mira. Ninguno tiene el aspecto tan inteligente, tan agudo, de «su amigo» Manuel Aparicio. Siente por él un gran entusiasmo).

¡Oh Salvador Dalí de voz aceitunada!

(¿Voz aceitunada? Aceitunado él, por su color y el tono de la voz).

*Canto tu corazón astronómico y tierno,
de baraja francesa y sin ninguna herida.*

(Eso está bien). No acaba de entenderlo, desbordado de novedad. (Esto es lo que hay que hacer. ¿Podré? No creo. Ya veremos. Acaba).

Toca su libreta de versos. Huir. Marcharse sin que lo noten. Está seguro de que a Manuel Aparicio no le parecerá mal. Lo haré.

VI

Se mira en el espejo del primer escaparate que encuentra. ¿Puede pedir más? Sí: que Pérez del Molino no se hubiera limitado a dar consejos... Lo demás, prodigioso. En un día: como si hubiera vivido toda la vida en Madrid. No se lo debe a nadie. Las cartas de Bordes... ¡Bah!, lo mismo sin ellas. ¡Qué día! Mañana, o cuando sea, iré a ver a los Miralles; pero don Daniel me servirá de poco, como no sea para darme de comer algún día. Presentarme vencedor en su casa... Invitarlos, por ejemplo, a la lectura de mis versos en el Ateneo. ¿Los leeré? Tal vez otros.

Se siente capaz de hacerlos, ahora, en un momento: nuevos, mejores. No sabe acerca de qué, ni cómo. Dedicar un recuerdo, desde su altura, a José García Moreno, el hijo mayor de don José García Montell, el médico, su semicompañero de los últimos años. Más o menos enamorado de Isabel Miralles.

Madrid rendido a sus pies. Violó la puerta, está dentro: Dueño. ¿Quién hizo más en un día? Ni Julián Sorel, ni Napoleón. Pero no se enamorará; ni atacará Rusia, ni se meterá en el avispero de España. Violar las puertas, no dejar que nadie se dé cuenta de sus propósitos. Adargarse. Bien protegido, que nadie lea en él. Nadie, nadie. Recuérdalo, Victoriano: nadie puede saber lo que piensas si no sueltas prenda.

Callarse lo propio, jugar con lo ajeno. Aprovecharse, mentir. La mentira vale lo que la verdad si los demás lo creen.

Yendo hacia la redacción recuerda —por el airecillo fresco de la noche—, un ligero viento primaveral, un precioso sol poniente, tras el balcón del despacho del médico valenciano, abierto sobre las ramas finas apenas verdecidas, de los castaños de Indias. Sonó el teléfono.

—Con el doctor García Montell, por favor.

—No está.

—Volveré a hablar.

El médico tocaba el piano, en el comedor; hacía años que el salón era dormitorio, por los once hijos.

¿Por qué había negado la presencia del médico? ¿Por no ir a avisarle? ¿Porque negándole le hacía desaparecer del mapa? ¿Por no molestarle? ¡A qué santo! ¿Por no ir al comedor? No tenía nada que hacer. ¿Entonces? Porque le salió así y se dejó vencer por el gusto: No está, en vez de: Ahora le aviso.

Lo importante: aquella persona, quien fuera, de voz grave y segura, había creído su: «No está», sin vacilación ni la menor duda, sin la más leve sospecha. Y la verdad: don José estaba allí, en carne y hueso, tocando un vals de Chopin, entre la gritería de Ramón y Nicolás, los berridos de Vicente al que acababan de pegar un sopapo por haber escondido un calcetín de Mercedes. Tal vez la llamada era para algo urgente, quizá se trataba de un enfermo grave, de un parto, de una operación que, de hacerse o no, cambiaría el curso de la vida de una, de dos, de diez, de cien personas. El curso: un río, el Turia, el único que conoce. Lo que importaba: que por haber tropezado con la decisión de Victoriano Terraza el interlocutor había dado por buena la ausencia de don José. La mentira, verdad. El sol, escondiéndose, maravilloso.

Salió a la calle, cruzó el río por la Pasarela, fue a pasear por la Alameda, desierta. El sol, tras la ciudad, dibujaba cúpulas y espaldañas a contraluz, como si en vez de desaparecer fuese a salir. Crepúsculo lo llaman, por algo será, pensó. Ambiguo, ¿verdad o mentira? Alguien que llegara de otro planeta, o de donde fuera, sin saber la hora, podría creer, si yo se lo dijese, que está amaneciendo. Lograr que nunca se demuestre lo contrario. La mentira, verdad; hasta que no se demuestre lo contrario. Hasta que quien llamó al doctor lo encuentre y diga:

—Le llamé a las seis y me dijeron que no estaba.

—Estaba.

(Entonces, de todas maneras, el que telefoneó se quedará con la duda de que don José le engaña. Pero si no se lo encuentra seguirá creyendo —por los siglos de los siglos— que el médico no estaba en casa. Si tengo esto siempre en cuenta, puedo mucho. Más que cien, más que mil. Mintiendo puedo llevar la gente a donde quiera porque, además, tengo la verdad a mano para recurrir a ella cuando me convenga).

VII

En el periódico, Santibáñez tomaba café «para variar». En el despacho había seis o siete personas.

—Cantueso: este joven se llama... ¿cómo?

—Victoriano Terraza.

—Llega de Valencia. Póngale a hinchar telegramas, a ver qué tal. Después hablaremos.

Siguió con los demás. Entre ellos destaca rubicundo, Hope, un periodista norteamericano, tan alto como ancho, aficionado a los toros, al Valdepeñas, al flamenco. Está haciendo un reportaje, sin prisas; lo ha traído José María de Cossío, de quien es muy amigo por la reverencia que ambos guardan al arte y al recuerdo de Joselito. De paso para China.

—La monarquía no resistirá la caída de la dictadura. ¿A quién recurrir? Primo, sin darse cuenta, acabó con la oligarquía, se enajenó a los catalanes —que podrían haber sido base de una nueva España burguesa... y liberal. Se ha echado encima a los artilleros. Por buen político que sea don Alfonso, esto se acaba.

—¡Viva la república! —apunta Sebastián Orozco, el secretario de redacción, a quien todo le tiene sin cuidado, menos el julepe.

—¿Cuándo?

—Ocho, diez años.

—¿A Primo no le puede sustituir otro general? —pregunta Hope.

—Un dictador no engendra descendencia: es lo único bueno que tienen.

—¿Una república parlamentaria a la francesa?

—¿Aquí? Me temo que no.

—¿Entonces?

—La jaula de grillos, mi distinguido amigo, y otra dictadura. No soy profeta. España fue así. A menos que suceda un milagro.

—¿Cree en ellos?

—Desde luego.

—¿Y el odio? —es su manera norteamericana de hacer hablar a la gente: pregunta de pronto, algo inesperado. Santibáñez es gato viejo:

—Aquí la gente no se odia, mi distinguido amigo, se desprecia y se envidia. El odio es fuerza. El desprecio engendra desiertos.

—Lo que pasa —dice Orozco— es que los españoles somos orgullosos e impacientes, lo que tal vez es lo mismo. La pereza y la impaciencia no se contradicen, al contrario...

—¡Bah!, aquí no hay más que un motor —reafirma Santibáñez—: la envidia. A esta luz, todo se explica, como en botica. El comerciante envidia al industrial, el

industrial al comerciante, el vasco al catalán, el catalán al vasco, el murciano al valenciano, el valenciano al madrileño, el terrateniente al aristócrata, el aristócrata al banquero, el banquero al político, Baroja a Ortega, Ortega a Unamuno, Unamuno a Ortega. Bueno, eso de Ortega, no: Ortega envidia a Goethe, digamos. Aquí, el único que no envidia a nadie es Primo de Rivera, por eso está convencido de que nos hace felices.

Cambia de tono:

—No es orgullo ni amor propio o vanidad. No: cochina envidia. El vanidoso no envidia sólo los éxitos, aquí se envidian hasta los fracasos. Los españoles entre sí no son orgullosos; sería más bien lo contrario. Y, menos, pedantes. Pero a envidia no nos gana nadie. Tal vez porque somos pobres, y los pobres de espíritu... Y tenemos el gobierno que merecemos. Ya le he dicho que el jefe del gobierno es el único que no envidia a nadie. Los arquitectos, los músicos, los periodistas los que usted quiera, con tal de machacar las liendres a cualquiera son capaces de las mismas inverosímiles bajezas. Que conste que usted se ha empeñado en hacerme la entrevista. Y ya le dije que no la publicaría, aquí todo el mundo sueña ser presidente del Consejo de Ministros.

—Empezando por usted.

—Desde luego. Y acabando con el limpiabotas de la esquina, aquí todos somos genios.

—¿No le parece que exagera?

—Dejaría de ser español si no lo hiciera. Aquí, Hope, todo es muy sencillo: estamos todos contra todos. No hay clases; lo mismo está un obrero contra un aristócrata que contra un burgués u otro obrero, aquí sólo se abre camino el que no repara en medios.

—No es específicamente español...

—Aquí nadie quiere nada como no sea el hundimiento del vecino. Nadie se ha fijado una meta. No digo que los republicanos no quieran la república, pero muy tibiamente; como los carlistas a don Carlos o a quien sea. Los monárquicos quieren la monarquía —además, la tienen— pero no darían un paso que les costara algo para salvarla, aquí se vive al día, a lo que salga, deseando el mal al prójimo. Estamos cansados, no sabemos de qué. A todos los españoles les duele el estómago, aquí no hay posibilidad de revolución ni de contrarrevolución. ¿O cree que Primo de Rivera la encama?

Ni eso. Le dejaron hacer porque se decidió a algo. España, Hope, es un gran casino. Mandan los señoritos porque mandaban antes. Y todos obedecen, obedecemos. Aquí no hay obreros sino criados. El Rey es el presidente del Casino; no pasa de eso. Estamos en un hoyo y no hay quien nos saque, entre otras cosas porque quien lo hiciera sabe que lo primero que haríamos sería comerle el hígado por

meterse en lo que no le importa. Porque, aquí, lo que importa es uno, uno solo, y a los demás que les parta un rayo. Este es el fundamento del tan cacareado individualismo español. Para darle mayor realce, añada la oratoria. Todos somos oradores. Aquí, lo que mejor paga es el fracaso, si se es simpático. Ojo: si no lo es, por grandes éxitos que obtenga siempre será relegado. Lo que aquí cuenta es lo «majo» que se sea (en todos los sentidos). ¿Qué un general fracasa? Se le asciende. O se le nombra embajador. Ya sé: remedio universal.

—Los españoles...

—Primero habrá que saber lo que somos. Y no lo sabemos. Siempre que se habla de los pueblos de España por lo menos se citan dos grupos antagónicos. Capsienses y cántabros, iberos y celtas, griegos y fenicios, romanos y cartagineses...

—Sí, y moros y cristianos —dice Cossío.

—¿Pero quiénes eran los moros? España ¿cuándo empieza a ser España? ¿Cuándo era colonia griega, fenicia y romana, cartaginesa o goda? ¿España es un país godo o un país musulmán? ¿Empieza España a ser España como cuando tenía conciencia de serlo o antes? ¿No contestan? Yo, sí: España empieza a ser España con sus primeras colonias. Es decir, cuando lleva a otras tierras su ser fundamental de ser colonia. Alfonso XIII, no es rey de España, sino virrey.

—¿Quién le manda?

—La pajolera gracia. ¿O no ha oído que es soberano por la gracia de Dios?, aquí todos somos creyentes. Basta que nos digan una cosa para que nos dejemos matar por ella, sin entrar a averiguar si es cierta o no. Lo mismo da. Lo que importa es no buscar, no indagar. Lo que cuenta es la acción. Así hemos ido a muchas partes y de todas nos echaron. Lo que vale es no enmendar. Lo dicho, dicho está. A morir en lo dicho, para, por lo dicho, sea lo que sea. He dicho —concluye sonriente.

—Dejando aparte, Santibáñez, que lo dicho lo ha sido por Dios —retruca Cossío.

—¿Le consta?

—¡Hombre! La duda ofende.

—Usted lo dice, el gran dicho español es éste, Hope, apúntelo: la duda ofende. La duda que es —sin duda— la mayor gloria del hombre, aquí no cuenta: lo nuestro es lo mejor, a rajatablas; ignorando lo demás. ¿Para qué molestarse en conocerlo si sabemos que no nos llega al zancajo? Porque aquí, Hope, aquí todo lo sabemos de antemano. Aquí, además, se da, crece, todo, todo menos la continuidad. Aun siendo los mismos perros con distintos collares lo que importa es deshacer nuestros predecesores. En España, la moda, las modas son muy importantes.

—Al ser los mismos perros, en algo tenemos que diferenciamos —apunta Orozco.

—¿Así que usted no cree en una posible revolución?

—Y pregunta el periodista norteamericano que, de cuando en cuando, va a lo suyo: la apocalipsis en el meridiano que sea.

—Una revolución, ni se hace ni se impide: es, surge, está ahí, de pronto. Tiene sus razones —nadie lo puede dudar—, pero de ahí a organizarías va mucho camino. Otra cosa es el cuartelazo, el pronunciamiento. Pero eso no son revoluciones. Si mañana, a consecuencia de conspiraciones de guardarropía, se proclamaba la república, tampoco será una revolución. Las revoluciones las hacen los pueblos. Y para que tengan éxito es necesario que coincidan, en el tiempo, con unos dirigentes que sepan aprovechar su empuje. Eso se ha dado muy pocas veces en la historia. A veces, las menos, hay dirigentes. Las más se levantan las masas —de campesinos, de soldados, de obreros— y no hay quien las sepa llevar adelante. Con fusilar a los unos o diezmar a los otros (no es más que cuestión de cantidad) no pasa nada. Aquí, en España, se ha levantado muchas veces el pueblo. Otras ha habido presuntos caudillos. Nunca han coincidido, aquí nunca ha habido una revolución ni, por lo visto y oído, la habrá.

—Aquí, lo que hace falta es un hombre —dice Orozco saliendo de su obligación.

—O como le contestó don Francisco Giner a Costa:

—Aquí, lo que hace falta es un pueblo —aprovecha Cantueso para mostrar su sabiduría política y liberal.

—Aquí lo que hace falta —¡ay!— son las dos cosas —remata Carlos Santibáñez del Río.

A una seña de Cantueso, Terraza pasa a la redacción, un cuarto largo y estrecho, bajo, con mesas a la derecha e izquierda. Tres personas teclean, sin otra luz que la de unas perillas amarillentas bajo pantallas verdes, blancas por dentro, sobre cada mesa ocupada.

—Aquí, en la casa, lo único que importa es que no se olvide de apagar cuando acabe. Tome.

Cantueso le tiende un fajo de telegramas que coge al azar.

—¿Cuántas cuartillas?

—Las que salgan; cuantas más, mejor para los demás. A las dos fueron al café.

—¿Cuándo hablo con el director?

—¿Para qué?

—No sé. Me parece... para quedar de acuerdo.

—No se preocupe. Es cuestión de la administración, del cajero. No le hable de eso.

—Me ha invitado mañana a comer a su casa.

—Ese es otro asunto. Si te ha puesto a trabajar es que debes tener buenas agarraderas.

—¿Y?

No sabe si alegrarse del tuteo: ¿confianza, desprecio? En el café —cochambre, sofás de terciopelo carcomido, mármol pegajoso— Cantueso le presentó a diez o doce compañeros de profesión. En otra mesa toma café un obrero.

—Hola, Fidel.

—¿Quién es?

—Un cajista de casa. De Largo Caballero, creo. Todos estamos contra él.

Lo dijo con simpatía y con ganas de provocar. Le oyó el señor Muñoz, sin amilanarse:

¿Y creéis que eso demuestra vuestra superioridad? ¿Qué queréis? ¿Volver a lo de antes? Por lo menos ahora tenemos comités paritarios donde discutimos casi de igual a igual con los patronos. Si os va tan mal, sacad vuestras castañas del fuego.

—Y ¡viva la libertad!

—¿Qué libertad? ¿La que tenían los diputados para pronunciar discursos? No, hijo. Nosotros vamos a lo nuestro. Ahora no han suspendido *El Socialista* sino *La Época*. No han desterrado a Besteiro —no soy «de Caballero» señor Cantueso— sino al marqués de Cortina. No tenéis idea de cómo crece el sindicato.

—Y al partido socialista que lo parta un rayo.

—Tampoco le va tan mal.

—¿Entonces...?

—Entonces, paciencia y barajar. Y que los militares se coman a lo militares, los industriales a los terratenientes y viceversa.

Terraza piensa que tal vez le convendría ingresar en la UGT y en el Partido Socialista. Ganar a todos los paños; ahora, con la Dictadura, después con lo que venga.

—¿De dónde les sale ahora ese amor a la libertad al señor conde de Romamones o a don José Sánchez Guerra? —seguía diciendo feliz el señor Muñoz—. ¡Pues no tuvieron tiempo para demostrar que les importaba un comino! Nada, hombre, nada: que no están en el poder y eso les fastidia. Pues que se fastidien. Añoran su caciquería. ¿Y nos han de traer ahora el maná? ¿Quién lo cree?

—Muchos.

—Tontos.

—A la dictadura —dice un periodista pequeño y sucio— no la tirará nadie. Se caerá sola el día que se haga un buen chiste. Ahora corren muchos, pero malos.

—No le darán mal chiste —farfulla entre dientes, Cantueso, que «está en el ajo»— y si no, apostemos...

VIII

Santibáñez se ha quedado solo con Cossío y Hope, más una botella de coñac, pronto mediada.

—Lo que os ha faltado dice el norteamericano, es precisamente lo que habéis dado en América: caudillos. ¿Dónde un Bolívar, un More los, un Sucre, un San Martín? .

A Santibáñez estos nombres americanos le suenan a falso, todos iguales, forrados de azúcar. Tal vez porque, niño, su padre, destinado en Santiago de Cuba, le enviaba unos dulces recubiertos que le empalagaban a más no poder.

—Si los comuneros hubieran tenido un caudillo...

—Sí, o si Cromwell hubiese sido español; si yo tuviese dos metros cincuenta sería un fenómeno. Si, si, si... Si la tierra se tragara ahora mismo a todos los que dicen: si... Si Sánchez Mejía tuviera el ángel del *Niño de la Palmas*.

—Aquí siempre tenemos el resto en la punta de la espada. Ahora, eso sí, muy envainada.

Cossío, que no siente gran simpatía por Santibáñez, piensa por asociación que el periodista es un vaina. Santibáñez lo ignora todo del santanderino, menos que es hermano de un periodista de Valladolid perseguido por la Dictadura.

—¿Quién escribe aquí? Hablo de los jóvenes, por quienes me preguntaba. Nadie. Para escribir hay que vivir. ¿Quién vive aquí? Nadie. ¿Quién se puede comparar con Valle? Nadie. ¿Quién a Unamuno? Nadie. Unamuno está desterrado; vive, escribe. Aquí, de los jóvenes, ¿quién escribe algo que valga la pena? Nadie. Los del 98, porque han cumplido. ¿De lo demás, quién? Un fenómeno de feria: Ramón Gómez de la Sema. De los jóvenes, nadie. Se contentan con ganar oposiciones. Aquí nadie es nadie hasta que gana sus oposiciones. Y para ganarlas se destrozan, se deshacen. Las ganan y vienen a ser nadie. Poetas sí los hay, dicen. Pero eso, en fin de cuentas, no cuenta. Siempre los hay, mejores o peores. Estos cancionerillos de Alberti o de García Lorca están bien, al estilo de Juan de la Encina o de Gil Vicente; no le hacen daño a nadie. Pero ¿escritores como don Benito o Unamuno? ¿Dónde? Los que les siguen inmediatamente, por ejemplo Miró o Pérez de Ayala, ya no dan esa talla, y los de ahora..., bueno. ¿Dónde está el Baroja o el *Azorín* de hoy? La prueba es que no se meten con ellos. Si hubiésemos hecho la guerra del 14..., tal vez. ¿Hoy, quién se mete con el gobierno? ¿Los jóvenes? No: Unamuno y Blasco Ibáñez, dos jovencitos de sesenta años. ¿Hay algún dramaturgo que le cante las cuarenta a Benavente? ¿Dónde? Todos estos jóvenes quieren vivir sin historia, que no les suceda nada, o lo menos posible. Así no hay literatura que valga.

—¿Por qué está diciendo tantas tonterías? —se dispara José María de Cossío que ha venido con el equipo de fútbol de Santander a ver jugar el partido de campeonato contra el Real Madrid, antes de ir a Valladolid donde torear las corridas de feria Belmonte, Sánchez Mejía, Márquez, el *Gallo* y el *Niño de la Palma*—. ¿Cuándo hubo

una generación como ésta? ¿A su edad —son del siglo— qué habían escrito Unamuno, Baroja o *Azorín* que se pueda comparar con lo que llevan hecho García Lorca, Alberti, Guillén, Salinas o Cernuda? Ande, dígalo.

A José María de Cossío, rechoncho, bajo, cegato, le gustaban los toros, el fútbol y la poesía. Santibáñez, mira de lado a su visitante. No le toma en serio:

—Mire a Agustín Morales. No empezó mal: ya escribe zarzuelas. Ninguno resiste. Todos de pastaflora.

—Además si hay teatro que vale, hoy, no es el de don Jacinto sino el de Unamuno, el de Valle Inclán.

—O el de Jacinto Grau.

Santibáñez toca madera.

—¿No le da vergüenza?

—En caso de duda, que mi mujer sea la cornuda.

Lo era, por sus cochinas dudas acerca de la vida futura: Carlos Santibáñez del Río se aprovecha del presente que le queda. (Para él: presente=regalo, en todas sus acepciones: ahora, dádiva, placer, don, comida, descanso, comodidad, complacencia, alhaja. Sí, tú siempre mejorando lo presente —como le dice la Otra).

—¿Qué necesidad tengo de perder el tiempo —que se me escapa por todas partes — buscando una explicación a lo que Góngora hizo por un juego? Es igual que perderlo resolviendo acertijos, rompecabezas o palabras cruzadas.

—A mí me gusta —contrapuntea Hope.

—Y el ajedrez, seguro.

—Menos, por el compañero.

—Es una masturbación como otra cualquiera. Muchos niños y jovencitos se divierten así. Solitarios.

—¿Tira la primera piedra?

—Hace mucho —¡ay!— que me abandonó la infancia. Yo no niego —¡cuidado! — que hay un cierto arte, un arte cierto, si quiere, Cossío, en los juegos; muchos poetas de los mejores —por no decir todos— se han divertido, se divierten y se divertirán así. Pero no me quitéis mi gusto, que pertenece a Quevedo.

—¿Quién lo intenta?

—Vosotros: poniendo esas garmbainas inteligentes en primer lugar. Quevedo, Fray Luis y, si mucho me apuráis, Quintana.

Cossío tuerce el gesto.

—¿O no es poesía? O Andrés Bello. ¿O no es poeta Víctor Hugo? El mejor Góngora es lo que le hizo famoso. Lo otro, lo vuestro es moda —como tal, respetable — o diversión —como tal, encantadora. Hace muchos años, muchos siglos, que se sabe lo que es poesía...

«Desde luego —piensa Cossío— no eres tú». No quiere discutir, sino irse a

dormir. «Para ti la perra gorda. Como si Quevedo no hubiera hecho diabluras. ¿Diabluras?». El santanderino es —de verdad— feo, católico y sentimental.

En el café, se acerca un borracho a la mesa de los periodistas, única todavía ocupada. Se derrumba frente a su amigo Cantueso:

—La honradez ¿quiere decirme para qué sirve? —pregunta el alumbrado—. Tu mundo se ha edificado sobre la idea de que las personas decentes son las únicas que tienen derecho a vivir. ¿Quieres decirme quién lo ha dispuesto? No. Pues te lo voy a decir: los vivos —los hombres son la gente más viva que hay— que quieren vivir a costa, a costa del mundo tal y como lo han edificado. ¿Y sabes quiénes son sus asalariados? No. Pues te lo voy a decir: los filósofos, tristes imbéciles que se creen más listos que los demás... Yo me ensucio en la Institución y en los santos laicos. ¡La honradez! ¿Tienen dinero los honrados? Desde luego tienen la conciencia tranquila. ¿No te jode? Págame un coñac.

Gustavo Manrique fue —hace años— capitán de caballería: tuvo, con la remonta, un asunto oscuro del que no habla ni por casualidad. Renunció a la carrera de las armas, de las que sólo le queda el sable; lo maneja con la habilidad que da la costumbre, a diestra y siniestra, con denuedo digno de la causa de sus cuatro hijos, de diez a quince años, que hay que mantener dignamente como sea, a costa del primero que se deja. Agente de seguros —de vida, contra robos e incendios— es, además, poeta; publica por lo menos un soneto mensual en *Blanco y Negro*, sin contar los cantares, en *Mundo Gráfico*, que firma con seudónimo femenino para mayor despiste. Gusta dictaminar donde le toleran con cierto cinismo no exento de gracia. Simpático para quien no hila muy delgado, amigo de traer y llevar noticias, dicharachero, ha conservado algunas amistades entre antiguos compañeros, sobre todo de otras armas. Con la Dictadura y su pasado castrense, así fuera imperfecto, mejoró un poco su suerte.

Conoció al padre de Cantueso cuando éste trabajaba, en Tablada, de cachicán, en la finca de su familia, hoy armiñadísima.

—Yo soy un hombre agradecido, Manolo. Tú lo sabes. A mí, quién me hace un favor, puede contar conmigo *in aeternam*. Supongo que andas metido en ese lío que preparan Romanones, Aguilera y unos cuantos más. Si quieres un consejo de amigo: no te metas. Sé algo y aún más que algo. Y no deja de ser un problema para menda. Fíjate: ¿qué hago? De un lado, algunos amigos: del otro, no faltan; y el Gobierno. Yo le estoy agradecido a Primo de Rivera que, como sabes, fue casi de mi familia, cuando era una familia... Si éste no es un caso de conciencia, tú dirás...

—Lo mejor que puedes hacer es callarte la boca.

—¿Quién me lo agradecerá? Nadie, y quedará mal con todos.

—No veo por qué.

—No falta quién pregunte.

—Hazte el longuis.

—¿Te crees que se creen que soy tonto? Puedo servir para muchas cosas.

—Pero ¿quién te vino con el cuento?

—Soy reservado. No te lo diré. Mutis. Pero que es para estos días, no lo dudes. Bueno ¿para qué te haces el inocente conmigo? Para que veas que no te miento: la fecha no la sé. Ahora bien, si esperáis que los artilleros —por el lío de las escalas abiertas y cerradas— os ayuden; vais aviados. Ellos a lo suyo. Y les han prometido el oro y el moro. ¿Qué sabes de eso?

—¿Yo? Nada.

Cantueso, cándido y novato, piensa —un momento— que Gustavo Manrique lo está provocando, que, a lo peor, está a sueldo de la policía. Rechaza la idea: por definición ningún amigo suyo puede ser «eso». Pero calla lo que sabe, por si las moscas y porque tiene en mucho las instrucciones de Marcelino Domingo y las de Álvaro Rebolledo, rebotante de misterios.

Su momentánea intuición era acertada, Gustavo Manrique cobra poco, pero cobra una iguala de la Dirección General de Seguridad por sus luces, adrede a veces no muy exactas, acerca de lo que se dice aquí y allá. Le pirra el vino; tener la lengua gorda y suelta.

—Dime, dime para qué sirve la honradez... Ni para calzar la desvergüenza. El haber establecido diferencias es casuística. ¿O valen más mis billetes «honradamente ganados» que otros encontrados por la calle o delicadamente sustraídos en un bolsillo siempre ajeno? ¿Quién es quién para «pagar»? ¿De dónde se sacaron el derecho? ¿De la tradición? El heredar ¿no es robar lo de todos? Todos los que tienen dinero son ambiguos de notarios y enterradores; todos ladrones desde que tienen que «pagar». Esta copa de coñac no me la dan gratis, ni a ti tampoco, desde luego. Si la tengo que pagar, tengo que robar. Igual que tú. La honradez, en cuanto de dinero se trata, no es más que una treta, delicada si quieres, pero una treta. «Comprar» lo dice todo. «Comprar» y «vender». Si los hombres han aceptado esta vergüenza hasta hacerla consuetudinaria —he dicho con-sue-tu-di-na-ria, para que veas que no estoy borracho—, es que el robo está en la entraña misma del ser o, por lo menos, de la manera de ser del hombre.

—Tienes razón, Gustavo.

—Aunque no me la des.

Esa manera de desembuchar le ha procurado amistades entre los anarquistas, a los que delata lo menos posible. Paga Cantueso a pesar de los esfuerzos de Terraza por hacerlo.

—Ya tendrás ocasión, no te preocupes. Hoy todavía eres forastero.

Victoriano se entendió, en seguida, como suceden estas cosas, con el sevillano. Se hicieron amigos. Ambos mentían, y, al cabo de la calle, incapaces de echárselo en

cara, se comprendieron sin dificultad.

Manolo miente por hablar, por decir y dar que decir, incapaz de faltar a la verdad si supone que sus trolas pueden herir a un tercero, maledicencia aparte. Miente por medrar a todos los ojos, los suyos inclusive. Pero en muchos momentos es capaz de desfogarse con la verdad o con lo que él supone tal. Por ejemplo: la superioridad de lo sevillano.

En cambio, Terraza se miente hasta a sí mismo. Tal vez por ello cambió hasta de nombre, a lo solapado, encubriéndose. Un día, en la tertulia del Regina, Valle Inclán y Díez-Canedo hablaron acerca de la superficie del estado de Chihuahua, en México. Martín Luis Guzmán puso las cosas en su punto y vino a hablar de los Terrazas, grandes terratenientes en aquellas extensiones. A los dos días, Victoriano añadió una s a su apellido y semanas más tarde acortó su nombre, porque Víctor sonaba más rotundo, menos castizo, que Victoriano. En Víctor Terrazas se convirtió haciéndolo con tal habilidad que nadie se dio cuenta. La verdad ¿a quién importaba? Se sintió más seguro de ese seudónimo a medias, como si pudiese ver ir y venir la gente desde un atolladero. Sentía su escopeta pegada al costado —dura— mientras los demás no eran más que caza —mayor o menor.

Al mes entró a trabajar —sin dejar el periódico— en una editorial, lo que le proporcionó, además de lo necesario para vivir, otras relaciones literarias y algunas comerciales. Por curiosidad, se puso, del brazo de Manolo Cantueso, a conspirar contra la dictadura. Le sirvió su primer encuentro casual con la policía, en casa de Rodríguez Malo, que sacaba a relucir dando a entender que había ido a verle con encargos precisos para la futura sublevación. Nadie le pidió cuenta. Avizor, olfateaba el camino.

CUARTA PARTE

I

—Ahí le busca un señor, de parte de su cuñado.

Molina levanta la cabeza, tiene ganas de repetir.

—¿De parte de mi cuñado? Piensa que es del género tonto gastar saliva. Ni siquiera dice: Que pase. Se contenta —y la criada de la pensión— con un gesto. Fija la puerta. Entra un hombre joven, bajo, fuerte, de frente ancha, con el ojo izquierdo abultado por un párpado inválido.

—¿Es usted cuñado de Gustavo Cantalapiedra?

—Sí.

—Fermín Galán. Me dijo que puedes ponerte en relación con Sbert.

Molina le mira más detenidamente.

—Siéntate.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Cierta seguridad molesta.

—En Piamonte, 12.

—¿Vive allí?

—No. Es el Comité Pro-Unión Federal de Estudiantes Hispanos.

—Me convendría más verle en su casa.

Molina supone de qué se trata, y, al fin y al cabo, la dirección particular de Sbert no es ningún secreto.

—Vive en el ático de la Gran Peña. Entra por el 4 del Marqués de Valdeiglesias.

—¿Estará ahora?

—Supongo: está en vísperas de exámenes.

—Tu cuñado es de mi promoción.

Militar, debía haberlo sospechado.

—No te molesto más. Está bien esta pensión.

—Sí.

—Y céntrica. ¿Comes aquí?

—Sí.

—Algún día me invitaré.

—Cuando quieras.

Se estrechan las manos. Fermín Galán baja a la plaza del Callao, llega rápidamente hasta la puerta trasera del Club, que ocupa los tres primeros pisos de la casona. La dirección le extraña. Ignora que arriba hay habitaciones para socios transeúntes, que el que busca es hijo de personaje, familia del conde Sallent que tiene, por derecho, entrada en Palacio. Un portero muy galoneado se inclina.

—¿El señor Antonio María Sbert?

—¿De parte de quién?

—De Fermín Galán.

El cancerbero descuelga el teléfono interior, da aviso.

—Suba usted.

Sbert —gafas desde niño, alto, delgado, huesudo, bigotillo distinguido— le tiende la mano.

—La noche del 25 de junio —empieza sin preámbulo el recién llegado— se va a sublevar el ejército contra Primo de Rivera. Necesitamos que los estudiantes de ingeniería se hagan cargo de las comunicaciones telegráficas. ¿Tienes gente suficiente?

Sbert mira a su interlocutor con sorpresa.

—El regimiento del Rey subirá por el Paseo del Prado a las doce de la noche. Llegará a la Cibeles alrededor de la una. Cuando la tropa llegue frente al Palacio de Comunicaciones es necesario que entréis a hacer cargo de todos los aparatos para controlar las comunicaciones técnicas. Os apoyaremos. ¿Podréis hacerlo? —una ligerísima pausa—. En la sublevación, además de los regimientos comprometidos, toman parte el general Aguilera, el general Weyler, bastantes más. Romanones está al tanto. Y Marcelino Domingo y muchos republicanos. Ellos van a lo suyo, que es restablecer; nosotros, a lo nuestro, que es establecer.

—Usted no me conoce.

—Lo suficiente para saber que eres de fiar.

—Pues yo, a mis compañeros, en los que tengo plena confianza, no pienso decirles la quinta parte de lo que me ha dicho.

—Eres muy dueño.

—Me parece demasiado confiado.

—Según con quién.

—Dio sin más ni más su nombre al portero, que es confidente de la policía, como podía suponer.

—Peor para ti.

—O para usted.

—Puedes hablarme de tú.

Sbert conoce a Galán de nombre.

—Pareces no dudar de nada.

—El movimiento no puede fracasar.

—¿Y el Rey?

—Algunos son partidarios de que abdique. La Regencia, en manos del Infante don Carlos, del duque de Alba y del de Maura. El general Aguilera y el coronel Segundo García irán a Valencia. Contamos aquí con mucha gente. Estarás en contacto con el general Riquelme.

—A estas horas, con tantos comprometidos, el gobierno debe saber tanto como usted.

Galán se impacienta.

Que cada uno cumpla con su deber, y basta.

Da media vuelta. Sale.

II

En la calle, le atrae la proximidad del *Henar*. Sabe que encontrará allí —a esta hora— un grupo de amigos. Lo peligroso: que le vean y den parte. Llamarles por teléfono tiene los mismos o mayores inconvenientes; verlos en sus casas, si la policía les tiene a ojo, peor. Menos expuesto, entrar, estar un momento, salir con ellos a dar una vuelta. Sin contar la cara que pondrán al verle. Son ya muchos días de andar a salto de mata, ocupándose exclusivamente de los preparativos materiales de la sublevación. Tiene ganas de hablar, de soltar el mundo que lleva dentro. Además, ¿quién le conoce? Se miente.

Noche tibia. Humo; a primera vista ni un lugar donde sentarse en el enorme café. En un sofá largo, a la izquierda, Valle-Inclán en una tertulia de seis mesas.

En otra, la de costumbre, al fondo bajo la escalera, Pepín Díaz Fernández, Arderius, Rafael Mella y José Molina, que nunca faltan. Victoriano Terraza, al husmeo.

Al acercarse el militar intentan levantarse los que le conocen. Galán lo impide con un gesto imperativo, corto. Saluda con un general: Hola. Seguid —mira a Molina:

Qué pequeño es el mundo.

Pepín Díaz, para despistar, sigue con su tema:

—Todos esos jóvenes servidores del «arte puro», son traidores. Al huir de los

problemas políticos sirven a los oligarcas.

—Aquí todo lo arreglamos con anécdotas —dice Rafael Mella con su hablar tardo. (Es hombre serio, de fichas. Hace, como su contertulio José Molina, oposiciones a Archivos. Son amigos, pero no del todo: adversario en los futuros ejercicios andan con tiento, sin contar con Mella, aragonés, está muy lejos de participar de las teorías de su compañero referente a la «vida integral» que tiene en tanto. Se hablan de usted, por las cochinas dudas).

—Tiene razón Rafael —irrumpe Galán—, aquí todo son anécdotas. No sé si os acordáis de unas declaraciones de Primo de Rivera, a los tres meses del golpe de estado. Le pidieron una anécdota de su sublevación.

—¡Hombre! —contestó—. Es curioso que me pida anécdotas. Todo el movimiento fue anecdótico...

Calla, luego propone:

—¿Vamos a dar una vuelta?

Calcula poder salir como entró sin llamar la atención.

Echan a andar. Alcalá arriba. Habla Galán, sin preámbulo, a lo suyo. Para eso fue a buscarlos.

—Las actuales ideologías —anarquismo, sindicalismo, socialismo— no sirven, tal y como son, para resolver el problema de España. Hay que crear algo nuevo, nuestro. Una nueva creación.

—Es mucho decir —apunta Victoriano para darse importancia.

Galán le mira de soslayo, con su cara de pocos amigos. No contesta. Victoriano, ofendido, quisiera despedirse. ¿Cómo sin dar a entender su molestia? Todo antes que eso. Metió la pata: aguantarse.

Galán pregunta con la vista, a Rafael Mella, quién es Terraza, si se puede tener confianza en él. El futuro bibliotecario hace una mueca para demostrar su ignorancia.

—El socialismo —sigue Galán, yéndose a su tema preferido, hijo de sus pensamientos solitarios—, basado en el evolucionismo y en el determinismo histórico, adquiere un carácter científico inexacto, que le transmite la inexactitud de las ciencias sociales en su iniciación. La intuición es la llamada a resolver. Las experiencias del porvenir son las únicas que pueden resolver el problema social humano: la intuición creadora, con fundamentos positivos.

Molina tiene ganas de echar a correr o de pegar gritos. Galán sigue:

—Ahora bien, nuestro programa no puede ser obra intuitiva sino consecuencia directa del estudio de las ciencias sociales. Es falso que el punto de partida de éstas no tenga por principio el instinto de conservación y libertad. El instinto de libertad es el principio activo de la conservación, el motor esencial de la vida.

Molina que ha estudiado —en serio— muchas cosas (las oposiciones le han llevado del derecho a la sociología, de la sociología a la historia del arte), conoce el

pañó. Si fuera otro estallarí. Sabe quién es Galán, cuál su empeño, pero no esperaba ese maremágnum farragoso de lecturas mal digeridas. Su visita, su interés por Sbert ponen de manifiesto que se trata de algo más que de una discusión académica; está de acuerdo en que la actual situación es vergonzosa, que hay que hacer todo lo posible por variar; ahora bien, romperse la cabeza (todavía le duele) para llevar al poder a insensatos de esta clase... La confusión le saca de quicio.

Mira a Rafael Mella que aprueba, grave, las teorías fantasmagóricas de Galán, «tú tenías que ser». No es que el aragonés le sea antipático, pero puede quitarle un puesto, no son más que tres. Goza de gran ventaja sobre él: su pasión por las fichas y presencia en el Centro de Estudios Históricos. Su finalidad: hallar un dato y restregárselo por las narices a su compañero. ¡No digamos si pudiera hacerlo con don Ramón Menéndez Pidal o doña María! . La erudición —piensa Molina— no pasa de eso. Mella no es, ni mucho menos, un inconsciente, sabe perfectamente lo que quiere, pero se regodea de sus limitaciones.

—Hay demasiadas cosas en la vida —le decía ayer—. Querer alcanzarlas todas es de ilusos. Eso de la vida integral que tanto te solivianta es una tontería. No te arriando la ganancia. Dejando aparte que el mundo no va por ahí y que la especialización produce goces más hondos. En los detalles está el intrínquilis, lo profundo. Lo demás —y lo de los demás— es superficial. Lo que importa es saber una cosa bien, a fondo. El resto, al cesto.

Su especialidad: el siglo xv.

—Eres el erudito contento de serlo.

—Desde luego.

—¿Qué le puede importar a la inmensa mayoría ese prodigioso saber meticuloso?

—¿Qué me importa a mí tu inmensa mayoría?

—¿Hablas en serio?

—De lo más.

—¿Y tu interés por la política?

—No tiene nada que ver. Es otra cosa.

—No lo entiendo.

—Lo siento, pero no puedo llorar.

Para José Molina, Rafael Mella es un bicho raro. No le extraña su pasión por Fermín Galán; se explica que su entusiasta ignorancia sociológica y política case con las generalidades contradictorias del milite que se ha elaborado una panacea social al amparo de las largas noches de guardia. Molina respeta el entusiasmo de los demás pero no lo aguanta, decide separarse del grupo tan pronto como lleguen al Retiro.

—El instinto de la libertad —sigue perorando imperativo Galán— tiene dos direcciones diferentes, opuestas, según vele por la libertad propia o se identifique con la libertad de los demás. La barbarie se convierte en civilización si los instintos

individuales dejan paso a los sociales. ¿A qué queda reducido el determinismo histórico? Es una falsedad evidente.

«¡Qué lío!» —piensa Terraza que no sabe qué pensar. ¿Es serio, no lo es? ¿Estos le tienen en mucho? A ver.

—Todo lo que no sea necesario debe ser derribado rápidamente. El siglo XIX es el siglo I de la Nueva Edad, ya libre nuestro pensamiento de sugerencias prerracionales. Produce emoción ver a Lenin proclamar el comunismo; pero, de igual modo, causa dolor ver los horrores de la revolución rusa para pasar de la autocracia a la autocracia. Lo nuestro tiene que ser distinto.

Dos busconas les sisean, cerca de Comunicaciones. Pasan. Traen a la memoria de José Molina una reciente conversación con Rafael Mella.

—El amor —le dijo el erudito aragonés, pequeño, escuchimizado, pendiente todo él de su nariz, el pelo revuelto, no por falta de empeño contrario sino rebelde de por sí —, el amor es una necesidad, que se despacha en un momento, como otras. Las mujeres son indispensables para ello. No tiene importancia: luego resultan tan inteligentes como los hombres. Tengo unas cuantas compañeras que no tienen nada que envidiar a nadie.

—Alguna te gustará más que otra.

—Igual que prefiero la langosta a la merluza.

No había jactancia. Una enfermedad venérea, larga, mal cuidada, ayuda la teoría.

—Algún día te casarás.

—Cuando encuentre una historiadora que piense como yo y siempre que nuestros trabajos se acoplen.

(Habla en serio. Sueña hallazgos prodigiosos que le permitan hacer una nota de dos cuartillas en la *Revista de Filología* o, mejor, en alemán, en cualquier publicación universitaria germana).

—Dirigidos los instintos racional y positivamente —sigue Galán—, caminaremos a las más altas formas de civilización. Las religiones, por muy elevadas que sean de concepción, son siempre formas de moral supersticiosa. El fascismo no es más que un sector amoral de una sociedad de esencias amorales que impone su amoralismo al amoralismo general.

—El mundo ha esperado que llegaras, oh profeta, para hallar su camino —susurra Molina.

—¿Qué dices? —le pregunta Terraza, que camina a su lado.

—El padre nuestro. Jóvenes, me voy. Me esperan.

—Abur.

Se detienen en la puerta del Retiro. Calla Galán por la proximidad de unos guardias.

—La política —sigue después— no es arte sino ciencia, no es amoralismo sino

moralidad, no es despotismo, astucia y engaño sino identidad, sinceridad y franqueza.

Victoriano recuerda a un anarquista valenciano, amigo de su padre, que proclamaba más o menos lo mismo, puntuándolo con secas interjecciones soeces, lo cual le daba sabor. Terraza nunca ha sentido entusiasmo por la política. Sólo escucha por si le puede servir dando publicidad a lo que el militar asegura confiado.

—La propiedad, para que sea moral, no debe estar vinculada a lo personal. La propiedad: un usufructo. Con influencias sanas, influencias educativas de medio y de enseñanzas, por el ejercicio de la libertad, la delincuencia disminuirá extraordinariamente. Nuestro lema es Paz, Justicia. Libertad, con un nimbo de Fraternidad Universal.

Mella pide precisiones, embebido.

—El órgano funcional del nuevo régimen económico será el Sindicato. Habrá grandes sindicatos de distribución con dos comités, administrativo y técnico. Los hombres libres en las Comunas libres; las Comunas libres en las regiones libres; las regiones libres en las naciones libres; las naciones libres en los continentes libres, los continentes libres en un mundo libre.

Nadie objeta. Fermín Galán se despide seco, sin dar la mano.

—Hasta mañana.

A Rafael Mella:

—Acompáñame.

—Nosotros tenemos un compromiso —dicen Arderius y Pepín.

Victoriano sigue adelante, solo, bajo los árboles. No tienen confianza en él. Es natural, pero le remuerde las tripas. Cuando publique en la *Revista de Occidente*, entonces...

Mella y Galán vuelven hacia la Cibeles.

—¿Cuándo?

—La noche del 23.

—Víspera de San Juan... ¿Los artilleros?

—Pan comido.

—¿Estás seguro?

Mañana empieza su asamblea.

—¿Cuánto durará?

—Unos días.

—Pero ¿terminará antes del 23?

—Dalo por hecho.

—¿Y contamos con ellos?

—¿O es que ya no se cuenta contigo?

—La duda ofende, Fermín.

III

En sus cincuenta y nueve años Carlos Santibáñez ha visto muchas cosas, no se deja llevar por nadie. Le toleran porque conoce su oficio como pocos. Dormido hace el periódico, sale bien. Sabe.

Santanderino, marino hasta los veinte, camarero en Nueva York, revendedor de armas en Nueva Orleans, periodista en La Habana y Buenos Aires, corresponsal en los Balcanes, en Francia, y en Italia, redactor jefe de periódicos conservadores, director de otros liberales. No tiene respeto más que por el *Times*. Conoce medio mundo, a medio mundo, bastante bien la historia de España. No le queda más gusto que el bien comer, a sus horas; las jovencitas, a otras; la cerveza o el café, a todas. Cree no engañarse, con conocimiento de causa. Su escepticismo deja margen a pocas sorpresas.

—España, de hecho, ahora, después de tantos siglos, de costras superpuestas, es un país virgen. No hay quien la fecunde. Violarla, sí. Lo han intentado algunos; que yo haya visto: Costa y Maura. Les faltó lo principal. España es el único país donde la aristocracia tiene al Estado en un puño. Somos una nación feudal, aquí todavía mandan los terratenientes.

—La Iglesia, los militares.

—Consecuencias.

—Los bancos.

—Extranjeros.

—¿Entonces?

—Nada. Habría que destrozar la base misma, la organización agrícola. Eso no lo hará nadie.

—En Rusia...

—Presénteme a nuestro Lenin. Conocí al auténtico el 14; insignificante. Tal vez si hubiésemos intervenido en la guerra europea, en cualquiera de las que están por venir... Pero los que manden tendrán buen cuidado. Las situaciones liberales no sirven, aquí, más que para asentar las conservadoras: un cambio de postura para seguir durmiendo a gusto. Además, no os quejéis, no os va tan mal. España es un país simpático. Acabaremos viviendo exclusivamente del turismo, disfrazados de españoles castizos. Nos pasa a todos como a Eugenio Noel, que escribe contra los toros porque le gustan. El folklore, jóvenes, el folklore. Este es el presente y el futuro de España.

Los liberales y los republicanos de la redacción —que son casi todos— le rebaten. Santibáñez; cachazudo, es feliz discutiendo con ellos. En el fondo creen que está de acuerdo con ellos. El «viejo» no da su brazo a torcer. Nadie sabe si habla en serio.

Carlos Santibáñez tiene una amante cantaora de flamenco, cuarenta años más joven. No sabe leer ni escribir, preciosa. El periodista se deja querer; no mucho, pero se deja. La suele ver a las cuatro de la mañana, cuando sale del periódico; ella, de Villa Rosa. Toman cerveza —que a esto llega el amor de Eladia— en casa de la moza, calle de Echegaray, cerca de ambas fuentes de trabajo.

Santibáñez regresa a su casa con el amanecer. Mabel, ronca; él se acuesta renqueante. La legítima se vuelve del lado derecho sobre el izquierdo. A veces le dice:

—Hola.

Carlos Santibáñez tiene ahora escondido a Luis Rodríguez Malo en casa de su querida. Son muy viejos amigos: trabajaron —lo que se llama trabajar, con las manos y no con la cabeza— juntos, en Nueva York, en 1908. Luego se han seguido viendo, un poco al azar.

Rodríguez Malo, que nunca supo «sentar cabeza», sentó plaza en la Legión Extranjera durante la guerra del 14. Peleó en los Balcanes —le hirieron en Gallipoli —, en Flandes, en Verdún.

Socialista «de verdad» fue de los que en 1921, fundaron el Partido Comunista Español, culo de mal asiento, se separó al año siguiente sin volver a su formación anterior. Escribe artículos aquí y allá. Le respetan. Le dicen amigo de Trotzky; lo es, sin duda, de Luis Araquistáin, de Manuel Pedroso, de Fernando de los Ríos, socialistas de pro. Tiene otras relaciones que le proporcionan su «modus vivendi»: librero, no de viejo, pero sí de excelentes libros antiguos, sin tienda abierta. Sus muchos viajes, sus numerosas lenguas le pusieron en contacto con libreros famosos de Londres, París, Viena, Munich, Roma. Compra y vende sobre seguro. Su especialidad: los libertinos franceses del siglo XVIII.

Con los años —tiene los de Carlos Santibáñez— no ha cambiado de ilusiones (—nadie varía nunca: Se nace como se es... Lo que pasa es que hay muchos hijos de puta); si las políticas han perdido color —más o menos al unísono con su pelo—, siguen siendo muchas. Femeninas y literarias. No que escriba más de lo necesario; pero sí lee, como siempre, todo lo que puede. De estatura regular, rubio como el sol, los ojos azules, saltones, la mirada un tanto perdida (—«De loco», dicen los que no le quieren), con los años ha criado grasa, bastante bien repartida. Echa rayos de vida por todas partes. Mujeres ha tenido muchas, algunas legítimas. Casado en Norteamérica, en Francia, en Italia, se divorció cuando pudo. Vive ahora, en Madrid, con una rusa. Lo que no le impide ni menos le impidió, amontonar mancebas. No ha tenido hijos, que él sepa.

Ahora, en el piso de Eladia, la cantaora, es de lo único que se queja. Santibáñez no las tiene todas consigo referente al respeto que su viejo amigo puede tener con sus derechos sobre la joven. En el fondo no le importa gran cosa. Sus sospechas no tienen

base. Luis Rodríguez Malo odia lo flamenco y, en general, lo andaluz. Lo conoce demasiado, por haberlo padecido en el extranjero como única expresión de lo español. Además aunque presume, no le urge tanto. Añádase, como en receta, el respeto a lo ajeno, muy afincado en él, mestizo de gallego y vasca.

—¿Qué me traes?

Santibáñez le suele llevar los libros que le llegan al periódico. Doña Mabel, que también lee, se queja.

—Ahí tienes.

El Bebedor de Lágrimas, de Hernández Catá.

—Nadie cató lo que cató Catá. *Liberación*, de Juan Marinello. Por lo visto hay que ser cubano para publicar en Madrid.

—No te quejes, aquí tienes un tomo de Pirandello.

—Cuentos.

(Lo son: *El turno*, *Lejos*).

—*Las greguerías escogidas*, de Ramón, *De Gallardo a Unamuno*, de Andrenio.

—Me carga.

—Un libro acerca de Bilbao, de un tal Zunzunegui.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—Voy a salir.

—No seas bárbaro.

Con esas gafas negras y en el cine, que es donde quiero ir, nadie me va a conocer. Quiero ver *Entre naranjos*.

—¿Por Blasco?

No, hombre. Dicen que hay una actriz sueca estupenda.

—¿Cómo se llama?

—Se me fue.

Luis Rodríguez Malo se ha enamorado de todas las actrices de cine habidas y por haber. No sabe que habla de la que será el amor del resto de su vida.

—¿Qué cuentan por ahí? ¿Qué hay de esa sublevación?

—¿No andabas en ello?

—¡Qué va! Hace años —lo sabes tan bien como yo— que no me meto en esas cosas. Lo que pasa es que soy responsable de mi expediente.

—Buena ficha.

—Tú lo dices. Y tan pronto como se huelen algo, al canastro. Es un oficio que no se puede dejar.

—Por lo que sé —y me lo cuentan todo— la cosa va a reventar de un momento a otro, más o menos a gusto de Primo. El Rey se divierte y deja hacer. El general ha soltado cuerda y les ha prometido a los artilleros todo lo que les daba la gana. Están

felices y si había alguno comprometido se guardará muy bien.

—¿Qué van a decir los demás?

—¿Quiénes? ¿La infantería? ¡Bah! Una cosa es prometer, otra dar. Lo que le importa ahora a Primo es darle en la cabeza a Aguilera, a Batet, a Romanones y a algunos más.

—¿Y los socialistas?

—Quietos, parando machos...

—Hacen bien.

—Y tú ¿qué has hecho?

—Ya lo ves: acabando estos tomos de Jules Romains.

—¿No ha venido nadie a verte?

—Pérez del Camino.

—Hablando de él: Bordes me ha enviado un jovencito.

—Jaime siempre tuvo esas ilusiones. Bola estuvo un momento —Bola, la rusa—, y Negrín.

Negrín, un joven profesor de filosofía, canario, que ha regresado hace poco de Alemania. Gran bebedor de cerveza. Se suelen reunir, Araquistáin, Álvarez del Vayo, Rodríguez Malo, Santibáñez, Negrín, al caer la tarde, en una cervecería de la Plaza de Santa Ana.

—¿No va a pasar nada?

—¿Aquí? ¿Por qué? ¿Cuándo? Dame una razón. ¿Van a repartir las tierras? Todo es hablar.

—Sin embargo...

—Mira, hijo, me parece que hemos visto bastante para saber «de qué vamos», como dicen los catalanes.

IV

Sbert reunió a sus compañeros, escogieron los cincuenta que habían de hacerse cargo del manejo de los aparatos. Avisó a algunos más, de otras Facultades, para vigilar la calle. La Verbena de San Juan: buen pretexto para pasear por el Prado y los alrededores del Palacio de Comunicaciones sin llamar la atención. La señal era sencilla: en el momento en que Sbert se secara el sudor de la frente, con su pañuelo blanco, los estudiantes entrarían. Si se lo ataba al cuello, se dispersarían rápidamente.

Molina pasea con las Morones y Marta Quiñones. Ha venido por Gabriela; ésta, por darle en la cabeza a su marido, que se oponía a que acompañara a su hermana Luisa, que es de la FUE y de la confianza de Sbert. Marta Quiñones, por casualidad, fue a buscar a sus amigas para ir al cine a ver a Greta Garbo en *Entre Naranjos*.

¿Qué va a hacer? —se pregunta Molina—. ¿En qué lío se ha metido? Todavía tierno el trasquilón del sablazo. No tiene remedio, la vida es así; no nos manda, nosotros determinamos. Todavía puede escoger, irse. Nadie se lo impide; puede cruzar Alcalá, seguir por la Castellana, doblar por la calle que quiera. Marcharse. Si aceptó correr la suerte de los demás no entró en su determinación el menor deseo de intervenir en el destino del país sino el de acostarse con Gabriela. El día de mañana podrán decir lo que quieran, él está al cabo de la calle: quiere conseguir a Gabriela. Tal vez el miedo le lleve a abandonar: el miedo de que le peguen un tiro. Tiene miedo de matar a quien sea con la Astra del nueve que tiene en el bolsillo del pantalón, cogida de la mano. Se la ha dado Luisa Morones (¿quién lo iba a decir?). La pistola sí determina. Da seguridad. La seguridad del miedo acogotado. La seguridad de la inseguridad, la inseguridad de la seguridad, como diría Bergamín. ¿Qué va a hacer? Entrar en Comunicaciones; su cometido es fácil: quedarse cerca de la puerta, no dejar salir a nadie. Si se resisten, amenazar. Nada más. Pero ¿si disparan? Se niega a pensarlo. Echa esa idea de su cabeza. Lo consigue. Ir a la cárcel ni le asusta ni le importa. Sabe lo que es, se lo han contado. No tiene importancia, da tono. Pero si le pegan un tiro será puramente personal, exclusivo. Pueden matarle, quedar tendido, ahí, a sus pies. No se ocurre que le puedan herir; con una vez basta.

Luisa habla de los exámenes: Rogelio Cano ha aprobado por chiripa: las *chuletas* que pudo utilizar: las recomendaciones indecorosas del obispo de Guadix que consiguió Salvador Ramírez.

Luisa es católica, liberal, pero católica. Molina nervioso la ataja, vencido por su preocupación:

—¿Qué te pasa, hombre?

—La gran diferencia es que tengo una vida —una sola—, y tú dos. Una de ellas eterna. E—ter—na. Una pequeña diferencia. Casi nada. Es decir: yo me juego la vida de una vez. Y ya. Mientras que tú...

—¿Yo?

—Te asomas al balcón, ves desfilar la gran cabalgata. Si sale mal te irás al otro mundo, tan feliz, en brazos de una buena acción. Si los que creen en Dios fuesen revolucionarios... No suelen pasar de conquistadores. Les importa un bledo la justicia, fiados en el mañana ultraterreno.

—Pero lo cierto, es que estamos aquí, contigo.

—Si de verdad creéis en el otro mundo, ¿por qué hay guerras de religión? Si estáis seguros de vuestra verdad, ¿qué más os da esperar un poco? Para hundir a los

albigenses en el Infierno, un poco antes o un poco después ¿tantas depredaciones? Al fin y al cabo la eternidad os espera.

—Contigo no se puede hablar en serio.

—Si el pronunciamiento no resulta y nos fusilan, te sentarás en una nube, tan tranquila, esperando la entrada del general Aguilera montado en un caballo blanco. Pero ¿y yo? Al hoyo.

Intenta coger la mano de Gabriela, que la retira indiferente.

—Vosotras podéis pecar: os confesáis, os absuelven, limpias de polvo y paja. A mí, infeliz, ¿quién me libra?

—Cree.

—¿Por las buenas? ¿Dónde se compra y vende fe? ¿Conoces tiendas? Sería un negocio magnífico.

—Hay muchas abiertas.

—Claro, en su cochina vida no se han dedicado los judíos a otra cosa.

Miran los relojes. Dan vuelta. Otra. Sobre ascuas.

—¿Quiénes son mejores católicos —o mahometanos o judíos—, los que han crecido en familias católicas, mahometanas o judías, o los que se han convertido, por convicción, a cualquiera de esas religiones?

—No hay más que una religión verdadera —dice Luisa pensando en los artilleros, en el regimiento que va a surgir, de un momento a otro.

—Perdóname, pero vete a freír espárragos. No puede servir igual alguien que continúa en una tradición, sigue un camino trazado, que otro que, por convicción, viene de cara, dando el pecho.

—¿Por qué no? O es que el hijo de católicos, no...

—Los conversos son mayores.

—No os hagáis más tontos de lo que sois, presumiendo de inteligentes —dice Gabriela—; habláis al revés.

Tiene razón: Molina ha perdido la fe —que es entrar en otra religión, como dice Dabella—; Luisa, hija de liberal que sólo pisó iglesia para casarse, recibió el bautizo por propia voluntad a los quince años.

Están intranquilos. Afinan el oído, ¿llegan o no?

—La verdad es que no las tenemos todas con nosotros —dice Marta.

—Todas ¿o todos? —pregunta Molina.

—¿Por qué no nos vamos, por las buenas? —continúa Marta sin hacer caso del chiste.

Mirándola Molina se explica cómo esa combinación de verdad sin recato y preciosa hermosura ejerza atracción sobre un ser tan contradictorio —para él— como Manuel Aparicio. Pero la que quiere, ahora, es a Gabriela.

V

José Molina, a los veinte años —hace cinco— se juró estar siempre con los débiles, con los pobres. A los veinticuatro, dudó entre ingresar en un partido republicano —Azaña, que ve casi todos los días, en el café, acababa de fundar uno—, o en el socialista. Habló con Araquistáin en la misma tertulia: por indicación suya vio a Saborit en la Casa del Pueblo. Ingresó en el partido socialista con lo que creyó haber cumplido con su profesión de fe: el partido se llama «Obrero Español». Nada le pidieron; ofreció una conferencia acerca de *Trabajo producción*. La dio. Le aplaudieron sin más consecuencias. Paga su cotización, en «oficios varios». Decepcionado —no mucho— decidió alejarse: tiene que ganar sus oposiciones.

De Santander, de la Calle Blanca, donde su padre tiene una armería a la que añadió, hace quince años, una fábrica de cartuchos. Pequeña industria que, unida al comercio, da para vivir. Pululan tíos, tías, primos. Una hermana: Maruchi, que casó con un hombrón de Torrelavega, militar, artillero para más señas. Su progenitor, Severiano de nombre, es hombre jovial de genio pronto que, con el tiempo, empeoró; ganó kilos desde que puso la fábrica: viaja mucho, conoce a fondo los mejores restaurantes y tabernas del norte de España, su mercado. El tío José está al frente de los cuatro obreros de «la fábrica». El abuelo fue republicano, masón famoso, enemigo personal de don José María de Pereda.

La persona más importante de la familia es doña Gloria, que tampoco va a misa. Casó muy joven con Severiano entonces espigado, dicharachero, simpático, buen jugador de fútbol, sin ese genio que le llevó, a la medida de la grasa, a salirse frecuentemente de sus juiciosas casillas. Gloria Marchand Arrechadera, hija de francés y bilbaína, se educó en Arcachón, habla francés e inglés. Su padre, muerto en 1910, fue consignatario de buques. Begoña, su esposa, le sobrevive muy poco, pero sobrevive: de su cama al sillón, de su sillón a la cama, casi sin comer, sin interesarse más que por el complicadísimo bordado de una enorme mantelería que todos conocen desde hace años; la anchísima cenefa progresa lentamente. Trabaja en ella todos los días laborables respetando a regañadientes los domingos y fiestas de guardar, en que lee su breviario. Lo único que conserva es la vista, con ayuda de unas gafas de cristales ovalados en montura de acero que dobla y guarda en un estuche de cartón negro, forrado de papel rojo, ya muy rayado de blanco sucio, que José recuerda como si lo estuviera viendo. La abuela le prefiere; no congenia con Marichu, muy dada a la ornamentación propia y de su cuarto, en el que cambia continuamente la colocación de los muebles. Su abuela no lo resiste.

Doña Begoña casó con el señor Marchand en segundas nupcias, viuda muy joven de un vizcaíno de pro, capitán de altura, en todos los sentidos: tamaño de pelotari, fortuna de banquero, gustos de patán: abierto, cantarín empedernido de vozarrón

bajo, risa de dieciocho quilates, perdidos todos sus dientes, en una riña feroz, en Glasgow, a los veinte años; peor librado salió su contrincante estonio, a los tres meses de hospital. Begoña era preciosa, el jayán removi6 tierra y cielo para conseguirla.

Como era de muchos posibles, con tío can6nico bien visto en la curia y de la humilde familia de la muchacha, forzó todo y, una buena mañana, violentadas las amonestaciones con dispensas, la joven se hall6 casada con quien no quería. De Ignacio le qued6 una sensaci6n de miedo que, a los cincuenta aros de su muerte en el mar de la China, a6n prevalece. A los seis de viudez, cas6 con el franc6s fino, amable, que no la compens6 m6s que con el nacimiento muy tardío de Gloria. El se6or Marchand tuvo un defecto, m6s visible con los aros: su enemiga a la Iglesia.

Pas6 por todo hasta que se discuti6 la educaci6n de su hija. Mientras vivieron en Bilbao doña Begoña hizo cuanto pudo, pero cuando por mor de los negocios, en los que ella no tenía arte ni parte, se trasladaron a Bayona tuvo que dar su alma a torcer, vencida ante todo por su repudio del franc6s, que nunca le entr6.

Ahora, muy pasados los ochenta, est6 preocupada con la vida futura. No le importan tanto la responsabilidad que pueda caberle en la p6rdida de las almas de su hija y nieto (la nieta se compuso sola, al abrigo de su fornido artillero), sino la presencia de sus c6nyuges en el otro mundo. Mari Tere, su criada, que pasa de los setenta, se alza de hombros; tuvo tres y no se preocupa. Doña Virtudes Menchaca, 6nica que visita a doña Begoña, intenta explicarle que el m6s all6 no tiene que ver con lo sucedido aqu6 m6s que con castigos y recompensas. Pero doña Begoña no se deja convencer: era mucho hombre para haber dejado de ser del todo el que fue. Por miedo se aferra, como puede, a esta vida. A los lamentos de su amiga —a quien nunca le fue bien, ni de salud ni de lo dem6s: estrecheces multiplicadas en todos los 6rdenes— que ansia pasar a mejor vida para disfrutar, contesta invariable:

—Pero ¿por qu6, por qu6? Si aqu6 se est6 muy bien.

Con los dem6s no abre boca, borda que te borda, con la preocupaci6n constante de su futuro enfrentar ineludible con sus dos difuntos. Aunque, a veces, supone que ya, a estas horas, del franchute no debe quedar ni el rabo. Y lo siente.

La familia tiene una casita en El Sardinero. Jos6 cree recordar a don Jos6 María de Pereda —el enemigo personal de su abuelo—, a don Marcelino Men6ndez Pelayo; est6 viendo todavía a don Benito P6rez Gald6s. Siempre le gustaron los libros tal vez por miope. Jug6 poco por los muelles, m6s aficionado a pasear por el monte que por las playas. En el Instituto form6 una de las primeras asociaciones de estudiantes —ufano de no estudiar religi6n por formal autorizaci6n paterna. En esa ocasi6n, 6nica, se peg6 con un compa6ero: por el nombramiento del tesorero... El movimiento prolifer6, las asociaciones generales de alumnos de las escuelas especiales, de las facultades, habían revertido en el comit6 Pro-Uni6n Federal de Estudiantes Hispanos, que ahora presidía Sbert. Desde que acab6 la carrera y prepara sus oposiciones, est6

apartado de la organización. Pero, en tiempos anteriores, había ayudado al mallorquín a vencer a José Antonio Primo de Rivera, en una célebre reunión, en Zaragoza, donde hubo sus más y sus menos entre centralistas y federales... Hacía cinco años y parecía otro mundo: transcurre mucho más tiempo del que dicen entre los veinte y los veinticinco. Ahora, por su amistad con las Morones, ha vuelto a interesarse en los más o menos de los estudiantes, sin darle demasiada importancia. El pertenecer al partido socialista le tranquiliza: resuelven por él.

Juega mal al billar, peor al dominó, regular al ajedrez. Las mujeres son otra cosa: buena; no le importa el tipo ni la edad con tal de que sepan su oficio; le gusta amontonarlas: una más, otra, otra. Se resiste a examinar la oscura razón que le empuja. Prefiere echar la culpa a su heredado gusto por la comida abundante: muy sazónada, los callos, la fabada, la paella, el cocido, el bacalao, los huevos y patatas fritas, el vino tinto: una excepción que no confirma la regla: el del Rhin. Sin olvidar los quesos muy fermentados.

Durante las vacaciones, el año 21, el 22, el 23, leyó en casa de don Saturnino Herrero —en un segundo piso de la calle Blanca— *Caras y Caretas*. El indiano, comerciante retirado, recibe la revista de Buenos Aires. A José Molina le impresionaron mucho algunos artículos de Unamuno. Lee *Esparza*, las novelas de Pío Baroja. Le aburren los clásicos. Por mucho empeño que puso —empujado por el entusiasmo entrañable de don Miguel— no ha podido con el *Quijote*. *Pepita Jiménez*, sí. *Pereda*, también, porque es de Santander; compra la *Novela Corta*: *Répide*, Castro, Trigo, que no le gustan. Gorki (*Varenka Olesova*, *Malva*). Turgenev (*Amor de primavera*), sí. Las novelas largas le cansan antes de empezarlas. Sin embargo, ha leído *Silas Marner*, el teatro de Ibsen, la *Metafísica de las costumbres* y *Lo bello y lo sublime* de Kant, a pesar del respeto que le infunde el apellido. *Werther* no le hizo impresión, en contra de lo esperado. (Los tomos de la *Colección Universal* son muy manejables). Sin contar los *Episodios Nacionales*, que devoró años antes, cuando estuvo enamorado de Amalia, dependienta de la armería paterna.

Amalia tenía relaciones con Antonio Bujeda, el mozo. Hablaban de casarse el otoño del año siguiente. Menuda, morena, de ojos grandes, piel oscura, nacarada; mucho pelo y rebelde. Suave, humilde, poca cosa. Antonio, mozarrón muy cargado de espaldas, con la piel rematada en granos de todos tipos, tamaños y colores: rojo, de cejas abultadas, manazas terribles, hablaba poco. Más bueno que el pan, como se dice. Amalia ya no es joven —debe tener cerca de treinta años— pero su endeblez lo disimula y la retrocede a la adolescencia; feliz pensando en su boda, José la quiere con todo lo que está al alcance de sus doce años; la mira; piensa, durante meses, cómo arreglárselas para abrazarla. Cambiaría todo de lo que más le gusta por el placer de verla subir otra vez al escabel, descubrir sus rodillas, sus corvas; entrever, si lleva blusa de manga corta en verano, los negros pendejos de sus axilas, imagen de

sus primeras masturbaciones. Otra, que no se le olvidará, es la primera de la muerte: la de Antonio, que parecía tan fuerte, tan sano. Empezó de pronto a toser y «se fue del pecho». Vivía en una casucha, ya casi en el campo. Había llovido, grandes nubes blancas en el cielo azul, anchos charcos. Le atendía su madre, ayudada económicamente por el armero. Severiano Molina, liberal en todo, fue a visitarle, con José de la mano. Antonio estaba sentado en medio de la modestísima habitación, en una silla, respirando oxígeno. Un largo botellón frente a él, Amalia sostenía una especie de embudo —la mascarilla, dicen con respeto— a la altura de su boca. Jamás olvidará José Molina el ansia con que el pobre hombre, reducido a la mitad de su volumen, aspiraba el aire expedido. (Una ventana abierta descubre el campo verde, el cielo, las nubes). Parecía un pez recién sacado del agua, exhausto; sin afeitarse, la barba rubia y roja a pegotones, la garganta áspera, toda colgajos, la mirada ya perdida. Ni siquiera les vio. Cuando Molina piensa en la muerte, lo cual sucede pocas veces — como no sea ahora, frente a la Cibeles—, se acuerda de Antonio y de su amor por Amalia.

Cuando fue a estudiar a Madrid, hizo amistad con otros muchachos que habían leído, más o menos, lo mismo que él. Dejando aparte el *Manifiesto comunista*, que descubrió solo. Base suficiente de su decisión de formar para siempre con los humildes. Resuelto este problema no halló necesidad de ampliar conocimientos por ese lado. Ni siquiera durante la carrera, de Derecho, naturalmente. Su saber es más reciente, de las oposiciones.

Tiene cierto gusto por la poesía, pero no comprende el entusiasmo de algunos por Juan Ramón Jiménez. Prefiere a Manuel Machado, a Antonio. Bécquer le parece cursi. Joaquín Dabella le descubre a Ramón Pérez de Ayala, a Francis Jammes. No comparte el entusiasmo de Aparicio por Váleriy, menos por Mallarmé, ni, después, por *Las soledades* de Góngora. Sin embargo, variaron por entonces sus gustos, desde que pudo leer en francés —que su madre no había podido enseñarle del todo, siempre ocupada— a Dorgelés, Proust, Vildrac, Romain, Gide; pero sigue fiel —ante todo y ante todos— a Miguel de Unamuno, cuyo castellano le «briza» las entrañas. ¡Le ha dado tantas lecciones! Recuerda el día en que a poco de haber «descubierto» —¡con qué orgullo!— el problema de saber de qué edad creó Dios a Adán, leyó un artículo del vasco en el que se burlaba de los que se preocupan por «tales tonterías». No le humilló, pero le hizo humilde, convenciéndole —para siempre— de lo vulgar de su caletre, ocupado en «ociosas cavilaciones para las que carece de entendimiento de espíritu». Lee a Ortega, no mucho. Lo de la «vida integral» se le quedó clavado: comer, beber, dormir, ayuntarse lo más posible. La cantidad sustituye la calidad. Lo sabe, lo siente, le importa, pero no puede escoger. No da para más.

Más bien bajo —un metro sesenta y cuatro—, cabezota, pelo rizado, gafas, nariz ancha, boca grande, barbilla partida. Linfático, goloso, con cierta preocupación por

parecer elegante a pesar de su tipo, que cambiaría con gusto. Comprende las cosas pero las olvida. Tiene que estudiar en serio para vencer ese mal. Lo hace. Tiene en mucho a sus amigos, les admira, capaz de cualquier cosa por ellos. Tiene pocos, por pereza.

A José Molina lo que más le gusta, si no dormir, es estar tumbado donde sea: en la cama con preferencia.

—¿A tus años? ¿No te da vergüenza?

—Ninguna.

Gran onanista, a la fuerza: que ni su madre ni su tío José, cabeza del negocio familiar desde la muerte del fundador, el año 20, pueden enviarle más dinero que el poco que prefiere gastarse en una pensión decente. Podría ayudarse traduciendo del alemán, que ha aprendido estos últimos tiempos a fuerza de desvelos, pero juzga que no vale la pena perder el tiempo en volver a decir, aunque sea en otro idioma, lo ya dicho. Tampoco le gusta discutir, prefiere dar aparentemente su brazo a torcer.

—Apúntate ocho.

Excepto con Aparicio, quizá por su nerviosidad tan de ver frente a su cachaza. Con él sí razona.

Le encantan los idiotismos, las perogrulladas, las frases hechas: —El que se cansa, no descansa—, con que justifica las horas que pasa en la cama. Se levanta diciendo: «¡Qué cansado estoy!». A veces es verdad, otras no. Molina, haragán, se preocupa, ante todo, de las mujeres.

Luego, hizo algunas cosas que estaban bien. Cuando nadie lo sospechaba resultó autor dramático. Terraza llevó —sin mayor resistencia del autor— una obra en un acto a Cañedo que la leyó y recomendó a Araquistáin que tenía metido el teatro en la sangre, sin tener destacadas condiciones de autor dramático. Dio éste la pieza de Molina a un actor mejicano que andaba por entonces en Madrid haciendo buen teatro con una actriz italiana de fama, Mimí Aguglia. Alfredo Gómez de la Vega era un hombre bajito y algo engolado. José Molina y sus amigos empezaron a frecuentar los teatros. El cómico mejicano habló con Molina de su obra, sin prometerle nada. Al novel autor no le importaba mucho.

—Debieras escribir otras —le decía Aparicio.

—Sí, y morirme de hambre. A menos que quieras que me «corten los víveres», como dice Balzac. No, hijo, no. Escribí este «Nuevo Misántropo» porque se me ocurrió. ¿Molestarme para que lo estrenen? ¡Vamos! Además, no vale un pepino.

—¿Por qué lo escribiste?

—Yate lo dije: porque se me ocurrió.

José Molina no piensa hacer grandes cosas: ganará unas oposiciones: éstas u otras. Y vivir. ¿Para qué más? Son, están, existen los pobres, la sociedad está mal organizada. Por eso pertenece al partido socialista. Cotiza, duerme tranquilo, le basta

para convencerse de que ha hecho lo que debía. Más de lo que hacen sus compañeros. Cuando tenga un destino se casará por comodidad. Un destino. Su madre. Cuando se acuerda de ella se le encoge el estómago, vuelve al Santander de su pubertad, a don Gonzalo de la Reyguera: un hidalgo, un caballero español. Vieja nobleza castellana, con solar, pergaminos, antepasados hasta donde se quiera. Segundón. Elegante, fino de buen y buenos gustos, cuello duro, impecable abogado, porque los segundones deben estudiar una carrera aunque jamás la ejerzan; estaría bueno. Los Reyguera, de memoria de hombre, nunca han trabajado. Morir de hambre, tal vez; pero trabajar nunca.

La casa había sido rica hasta hacía poco. Y aun el mayorazgo tenía para vivir el invierno en Madrid, conde de Luyando entre otras cosas, bien y mal casado, según se viera, con una Miraflores de cuya familia no había que pedir más, como no fuera fortuna. Don Alfonso de Reyguera pasa una estrecha pensión a su hermano Gonzalo (de muy buen ver, altos bigotes retorcidos, botines, bastón, guantes); con ese modesto estipendio familiar lo tuvo casi todo resuelto al dormir en una casa veraniega, de la familia miraflores, en la Magdalena, en tiempos en que no era Santander lo que fue con las Jornadas Reales. Cuando sus Majestades decidieron pasar allí el mes de septiembre, los condes de Luyando obligaron a Gonzalo a alquilar, durante este tiempo, un piso en la calle de Santa Clara, que el «chalet» era pequeño. La casona y las tierras solariegas —sólo buenas para las piedras— estaban mucho más arriba, lindando con las de Burgos.

Don Gonzalo era hombre de agradable conversación, nada quisquilloso a menos que se tratara de la sangre, su clase. Gran señor, orgulloso de ser y parecerlo sin hacer nada por ello. Carlista, hasta cierto punto. Amigo de hacer favores si podía, que no era mucho. Hablaba con todos, sin mezclarse. Quisieron llevarle por los vericuetos de la política, resistió con fortuna, la única que tenía: su alcurnia. Verse en el Ayuntamiento, entre gente de nada, le repugnaba. Ahora bien, tratarlos amablemente, ¡no faltaba más!, todos somos hijos de Dios, los unos de una clase, desde luego; él, pocos más, de otra; pero así lo había establecido la sabiduría divina, perfectamente de acuerdo con su propio parecer.

Don Gonzalo se levantaba tarde, daba un corto paseo, iba al Casino, leía la prensa —*La Época*, no *El Debate*—, comía poco, siempre en el Casino, descabezaba siesta en la biblioteca, daba otro corto paseo que le llevaba a la tertulia de la armería, antes de tomar el tranvía para dirigirse a su casa; leer, dormir, sin cenar, por higiene y economía. Así se mantenía magro, tieso, sin edad, los bigotes siempre enhiestos, del mismo color.

Se entiende superficialmente con todos, le respetan; sólo Pedro Álvarez le trata con confianza. Fueron compañeros de bachillerato. Pedro Álvarez se pasa la vida en el Casino, del que es bibliotecario, con todas las juntas directivas habidas y por haber;

por lo que llegó a ser, también amigo de José Molina, a pesar de la gran diferencia de edad. Pedro Álvarez tuvo influencia en la manera de ser del muchacho.

—A mí las gentes que creen que tienen importancia —le decía—, que sus vidas tienen importancia, me hacen gracia. Les miro gesticular, asegurar una cosa y me divierte. Porque hay que tener una pretensión inaudita, o ser más tonto de lo que generalmente somos, para suponer que lo de uno tenga la menor importancia. Me recuerdan la suegra de mi hermano Ramón que se enfurecía rabiosamente, a cada momento, por si las cosas se hacían o se dejaban de hacer. A mí, en casa, me llamaban Shanti Andía, por el personaje de la novela de Baroja, que es amigo de mi hermano Ignacio. No sé por qué: no he viajado nunca, ni he corrido aventuras. Lo único que he procurado siempre es no hacer nada. Y si hice —¡qué remedio!, ¡hay que vivir!— nunca le he dado la menor importancia. Mi hermano Antonio, que se pasó la vida trabajando para asegurarse una vejez tranquila —eso decía él—, se murió a los cuarenta y dos, en pleno trabajo. Como nuestra basta un botón. Mi familia ya cumplió.

Pedro Álvarez no trabaja y hace mil cosas para poder vivir. Mal. Lo que cuenta es el Casino y la «Peña grande» al fondo, en el rincón de la derecha, donde se habla de asuntos graves:

—Sí, los españoles siempre lo sabemos todo, por carisma, por inspiración divina, por el sólo hecho de ser españoles. Los españoles, señores míos, somos un pueblo escogido. ¿O es que alguno de ustedes lo duda?

Los oyentes (desde el señor de la Reyguera, don Bonifacio Morales, dueño de la ferretería *El Pozal*, pasando por don Luis Salinas, ex-diputado conservador, barba cuadrada, tan parecido a los retratos de su desaparecido jefe, Moret, don Ramón Morales O'Donojú, actual diputado provincial, atildadísimo, a pesar de sus reveses de fortuna; don Liborio Maluenda, banquero que todo lo debe a la Iglesia: esposa, negocio, entendimiento, menos la cuquería que le es propia y la voz atiplada; don Norberto González de la Llerena, notario, de Jerez, abrumado con quince hijos y otro en puerta; hasta Antonio Breceda, poeta, director del periódico conservador, que de su pasado bohemio sólo conserva el gusto por el ajenjo, muy notable a prudente distancia y en la mirada acuosa, circundada por párpados rojizos) no lo dudan. Les parecería vergonzoso.

Gerardo Pérez, profesor de física y química del Instituto, hombre liberal —amigo de Santiago Alba, lo cual no es, por el tiempo, ninguna recomendación—, se alza de hombros.

—Claro, discrepas, crees que no sabemos nada, que estamos a la cola; que éste es el peor de los mundos —comenta el poeta.

—Tampoco, Antonio, tampoco. Pero el hecho de que inmediatamente llevemos las cosas al extremo —como tú, ahora mismo, diciendo que creo que España es lo

peor— fíjate, el peor de los mundos; esta manera, este enfoque es el responsable de nuestra decadencia.

—Tampoco te quedas atrás estremando...

—Según el profesor —dice *Barba cuadrada*, con voz de sochantre, en consonancia con su estilo— debiéramos hacer penitencia por el hecho de que Dios nos ha otorgado la ventura, la divina ventura, de hacemos nacer españoles. Lo que usted quisiera, señor mío, es haber nacido inglés.

—Es decir, hereje y pérfido. ¿No, don Luis? O francés, es decir cornudo; no sólo por lo natural sino por el olor a azufre...

—¿O me va a negar...?

—No le voy a negar nada.

Hablan tres horas, cada día, acerca de temas semejantes. Los Reyes Católicos y Felipe II, Prim y Zumalacárregui, Cajal y Menéndez Pelayo, la gran gloria local — que ha sido amigo de muchos de los presentes o de sus padres—, hacen el gasto de conversación. La conquista y la independencia de América también es buen tema, por los indios, tan a mano.

(A veces, don Gonzalo de la Reyguera traslada los asuntos a la trastienda de la armería).

—Como lo sabemos todo por el hecho de ser españoles, nunca nos aprovechamos de nada. El *aprovechao*, el *aprovechen* siempre tiene sentido peyorativo. Aquí, todo tiene que ser genuino, castizo, de una vez nacido por milagro, armado de pies a cabeza, sin influencias. Asegurar que una cosa se parece a otra es un insulto. Para nosotros el mayor mérito, por no decir el único, es la originalidad. Así no se va a ninguna parte; mejor dicho, sí: a...

Gerardo Pérez hizo un gesto significativo. Hubo un silencio.

—¿Y qué remedio, joven liberal! ¿Un gobierno Alba?

—Lo dice usted con ganas de molestar, don Antonio.

—Dios me libre.

—Alba o cualquier otro. Usted lo ha de ver.

—No se haga ilusiones, joven.

—Eso es precisamente lo que hay que hacerse...

Gerardo Pérez conspira; en logia, pero conspira.

—A nosotros no nos vengán con historias. Basta con la que tuvimos.

A las nueve de la noche acaba la tertulia. Antonio Breceda va al periódico; el señor de la Reyguera a la armería; don Ramón Morales O'Donojú a la cama, sin cenar; don Liborio Maluenda a visitar a la Dionisia, su querida, más vieja que él, pero con lengua viperina; Gerardo Pérez y Bernardo de Cossío —pintor que no forma parte, por su voluntad, de la tertulia— empiezan a pasear hasta la madrugada, con el futuro —y el pasado— español a cuestas; don Norberto González de la Llerena va a

su despacho, a estudiar expedientes hasta las doce, hora en que cena —acostados los niños últimos— en compañía de su mujer. Le cuenta, con todos los detalles, la conversación de la tarde. Doña Ángeles oye con gran interés la relación de su esposo, sin enterarse de nada, pensando en la fiebre de Ángeles, en las deposiciones acuosas de José.

—¡Si hubieras visto, esta tarde, la cara que puso Gonzalo Reyguera cuando Gerardo contó un suceso del viaje de Su Majestad a Las Hurdes! Para no hacerte el cuento largo: el calor era atroz, el Rey se quitó la chaqueta, empapada en su sudor la camisa. Iba a su lado el obispo de Coria, monseñor Segura, a quien, por cierto, acababa de conocer. Detrás —en burro— iba Piniés, el Ministro de Instrucción Pública, ya sabe cómo es de atildado el excelente varón aragonés: cuello muy alto y duro; más bien rubio, pero con negros bigotes retorcidos. Iba enfundado en un traje negro, impecable. «Señor, estamos sudando la gota gorda», dijo el obispo. «No —contestó el Rey— estamos sudando tinta. Y si no, mire al señor Ministro». El aludido llevó instintivamente la mano al bigote y la sacó negra, del tinte, mejor dicho del destinte. Nos reímos todos, menos Gonzalo, que tuvo la presencia de ánimo de no acariciarse las guías.

—Son unos castizos... —comentó el notario refiriéndose al rey y a su contertulio.

La señora de la Llerena se cae de sueño. Don Norberto sigue consignando, impertérrito, la conversación.

—«De tal palo tal astilla», dijo Gonzalo con esa voz despreciativa que saca cuando quiere. Un carlista puede darse el lujo de tener al Rey —que Dios guarde— por un patán. «Claro, usted al arte y a las armas» —le dijo con la peor intención Gerardo. Gonzalo le miró de tal manera, habías de haber visto cómo, el profesorcito calló.

La señora de Llerena ha dejado caer definitivamente la cabeza sobre el buen pecho. Su esposo mira la hora.

—Vamos a dormir. Cada día te interesas menos por lo que pasa en el mundo...

Lo de las armas era por doña Gloria Marchand de Molina. En la trastienda de la armería se ha formado una tertulia de género desacostumbrado en la provincia. Presídela doña Gloria que por su sabiduría idiomática está por encima de sus congéneres; dejando aparte su señorío, acrecentado a los treinta años con una hermosura un tanto tiesa; de nariz «griega», carnes bien repartidas: cierta altivez que cultiva y otorga distancias sólo salvadas en primer lugar que nadie le discute por don Gonzalo; síguenle don Segundo Rodríguez, catedrático de francés y de literatura; don Ramón Mendigoitia, comerciante en colores —como dice a la francesa— que ha visto mundo; don Santiago Recard, cónsul honorario de Francia, y Antonio Ripoll, técnico de una fábrica de conservas. El cónyuge se añade a la reunión cuando está en Santander y no juega al chamelo en *El Ancora*. A veces van todos, en grupo, al cine,

al teatro, a los toros. La gente les mira un poco extrañada, sobre todo a doña Gloria que, para mayor inri, fuma.

Don Gonzalo distingue a José —que va teniendo diez, once, doce años— con su amistad: le lleva a su casa, le enseña grabados y reproducciones de pintores del renacimiento italiano, fotografías de monumentos griegos, un gran libro acerca de Velázquez. Le hace leer a Pereda, a Val era; traducciones de Loti —que aburren al muchacho—, de Dickens, *Dulce y sabrosa*, de Jacinto Octavio Picón.

En el verano los Molina alquilan una casa en la playa. La gente se hace cruces ante el inútil derroche.

En 1917 o 1918 —por mucho que José Molina se empeñe no se le borra la imagen de aquella noche, aunque no puede recordar con precisión el año—, una noche —¿tenía doce, trece años?— en la que su padre estaba de viaje, bajó con cuidado la escalera de caracol que lleva al desván donde dormía, para atisbar, por el ojo de la cerradura, cómo se desnuda su madre. (La pubertad es lenta, su imaginación perezosa. Gusta de arrinconar a su prima Trinidad, tentarla. Ella se deja a medias, según las promesas y los regalos. Quiere meterle mano por entre las faldas. La niña protesta, se lo cuenta a su madre. No le dicen nada, pero ya no los dejan solos. José advierte con asombro el enristre de su méntula).

Se agacha en la oscuridad, mira por el ojo de la cerradura. Ve a don Gonzalo quitándose la chaqueta. Tiene ganas de gritar, de golpear la puerta; no puede, de pronto otro, vuelto del revés; vacío. Eso sí; razona como una persona mayor (se da cuenta). Está solo. Su padre, cualquier cosa. No se atreve a juzgar a su madre. Ya no estrechará la mano de don Gonzalo. ¿Qué más puede hacer? ¿Pegarle a la estantigua bigotuda del aristócrata ese...? ¿Armar un escándalo? Llorar. ¿Qué hacer? No puede hacer nada sino es marcharse. Sale a la playa, procurando que no le oigan. El mar se rompe, también de dolor, en la misma tierra. Las olas babean su espuma, ruidosamente, seguido, impotentes, deshechas por dentro.

Todo siguió igual unos años, los del bachillerato, dándose cuenta de las cosas demasiado pronto.

—A este chico le pasa algo.

VI

Don Santiago Rodríguez, catedrático de Preceptiva Literaria y de Literatura

Española y Universal del Instituto de Santander, es hombre de cincuenta años, barbichuela gris, soltero, correcto, de barriga no muy relevante, establecida por lo sedentario más que por la glotonería. Fue cervantista, admirador de Bonilla San Martín, Cejador y Navarro Ledesma; a pesar de ello, buenísima persona. No se lleva bien con los discípulos de Menéndez Pelayo, lo cual es motivo de cierto escándalo. Siendo de Barbastro el tiempo le ha llevado a interesarse por los Argensola. Prefiere a don Bartolomé Leonardo. Su estudio será un acontecimiento. Hace diez años que está anunciado. No falta, en los Estados Unidos, quien dé por publicado su «gramática y vocabulario» de los famosos poetas. Todavía está en fichas, lejos de su madurez. Se ocupa más de la venta de sus libros de texto. Dos de sus compañeros los han escogido para sus alumnos, en Teruel y en Murcia. Don Santiago ha mejorado así su bienestar. No por ello ha dejado la modesta casa de huéspedes de doña Clara Espinosa. Lo que ha hecho es alquilar allí mismo otro cuarto, que le sirve de despacho. Sólo le importa ya el escalafón. Hace años, no tantos, pensó hacer oposiciones para ganar una cátedra en Madrid, pero el hecho de que presidiera el tribunal un profesor muy de don Marcelino le hizo renunciar al esfuerzo. No había de alcanzar el puesto, había de ser —como fue— «para su compañero de Albacete, montañés y de la *maffia* del Barbotas». Además, también se presentaba el ayudante de Cejador.

—Eso de las oposiciones no se puede tomar en serio. Todo es cuestión de valimientos, de influencias, de camarillas, de servilismo, de suerte...

—Pero, don Santiago, usted, con lo que sabe...

—Además, tendría que refrescar mi latín. No vale la pena; teniendo en cuenta que abandonaría, quién sabe por cuanto tiempo, mi estudio acerca de los Argensola.

Hombre muy cumplido —jamás faltó a clase—, metódico, concienzudo, de gustos muy asentados; para él, por ejemplo, la poesía acaba en Núñez de Arce. Después, nada. El *modernismo*, invención del demonio (y eso del demonio es mucho decir referido a esos seres híbridos).

—Refleja lo podrido de la época.

No transige. La poesía: robusta. Don Gonzalo de la Reyguera gusta de ciertos poemas de Rubén Darío, las discusiones no tienen fin. Aquello no es español, ni nada. Parece mentira que un hombre tan tradicionalista como el segundón se deje inficionar por esa métrica afrancesada, por esos sedicentes versos mechados de citas mitológicas sacadas al azar de diccionarios, de simbolismos que nadie entiende.

—Ni falta que hace. Poesía para damiselas enfermas del «mal del siglo», tan parecido al anterior. Todos son delicuescencias.

El profesor no se hace ilusiones referente a José Molina, que prefiere lo moderno.

—Se habla mucho de las ideas de los muchachos, de sus aficiones, de sus deseos. Pero para saber cómo son por lo menos a los quince años, que es cuando llegan a mis clases, hay un método muy fácil; preguntarles qué libros leen, cuáles prefieren: guía

infalible, tanto si dicen la verdad como si mienten, y eso es fácil de decelar. Sin duda, casa, amistades, ambiente, influyen en ellos; lo doy por sentado, pero no tanto. Los libros, sí. Dime qué lees y te diré qué eres. A esa edad queda uno marcado. Hablo, naturalmente, de los que leen. Los otros no me interesan. No vayan a creer que las recomendaciones tienen mucha importancia.

—No dirá usted lo mismo por las que recibe en vísperas de exámenes.

—No me ande sonsacando, don Gonzalo; sabe que conmigo, y más en este aspecto, pincha en hueso.

—No le haga caso —dice doña Gloria—. Todos sabemos a qué atenemos referente a esto.

Era público que había suspendido al hijo de un diputado a pesar de ciertas cartas; fue escándalo vanaglorioso para el catedrático.

—Usted puede recomendar a Anatole France o a Pereda; si no le interesa al muchacho, tiempo perdido. Cada quien lee según lo que lleva adentro. Y el que no lee, está vacío.

A don Santiago los analfabetos no le parecen personas. José acompaña a veces al profesor, con grave daño para su reputación estudiantil: supónenlo corte. No había tal; la prueba: no pasó de «notable» la mejor nota que obtuvo, en contra de lo esperado y aun, tal vez, de la justicia.

Rondaba por entonces el mozo a la hija de un tendero.

—Rocío Guijarro, a la que sobaban pretendientes. El joven revertía en sí su amor frenético, perfectamente caracterizado por las tetitas de la adolescente. Rocío era coqueta sin más intención inocente que sumar concupiscencias. Un domingo, en el campo, aprovechando una ocasión pintiparada, el mancebo, a su propia sorpresa, le metió mano sin contemplación alguna. La joven dio un respingo, le insultó cuanto pudo, pero no dijo palabra a nadie. Tuvieron ocasión de hablar, días después, paseando por la calle Blanca. José, que nunca andaba por las ramas, le preguntó:

—¿Quieres ser mi novia?

—No.

—¿Por qué?

—Me das miedo.

—Te juro que no te tocaré un pelo de la ropa.

—Mi ropa no tiene pelos.

—Hablo en serio. Soy capaz de hacer cualquier cosa por ti.

—¿Hasta de pegarle a Guillermo? (Guillermo: un cadete).

—Sí. Y de llevarme por delante a quien sea.

—Chico, ¡qué fuerte te ha dado!

—No lo sabes. No hago más que pensar en ti, de día y de noche.

Era cierto; crecía mal, amarillo. La niña por vanidad entretuvo sus entusiasmos.

—¿Eres novio de la joven Rocío? —le preguntó un día don Santiago, saliendo de la tertulia.

—Novio, lo que se dice novio, no. Pero...

Tenía diecisiete años y buen bozo.

—¿Qué piensas hacer?

—Quería estudiar, pero son muchos años. Tal vez sea mejor seguir con el negocio de mi padre. (Un desafío cierto en el tono. Todo los hombres mayores son un poco Reygueras para él. Y el noble se empeña en que estudie carrera).

—¿Para casarte antes?

—Pues, sí señor.

—No lo hagas. Te arrepentirías siempre.

—¿Por qué?

—Eres ya un hombrecito y se te puede hablar.

—¿No se lo habrá pedido mi madre?

—No, hombre no. (Mentía). Lo que a ti te gusta de esa joven yo me lo sé. Es muy mona, no te lo voy a negar.

—Es que la quiero.

—¡Qué sabes!

—Claro que lo sé, don Santiago.

—Lo que quieres es magrearla.

(¡Ese verbo en esa boca! Quedó sin habla, perdido todo respeto).

—¿No has ido nunca a casa de Rosita?

—Claro que sí. (Mentía).

—¿Con tus amigos?

—O solo.

—¿A qué hora?

—... A todas.

—Todavía no te dejan salir solo de noche.

—... No.

—¿Quieres que vayamos un día, mejor dicho, una noche?

—¿Con usted?

La sorpresa al colmo.

Santiago Rodrigáñez está cabalmente enamorado de doña Gloria, le hieren sus adivinadas relaciones con ese fantoche pasado de moda de don Gonzalo. Le queda la lejana posibilidad, la vaga ilusión de que algún día «cayera» con él. (¿Dónde?, ¿cómo?, sobre todo ¿dónde? No tenía lugar...).

La armera le había hablado de su aprehensión de que su hijo se prendara de una muchacha que no fuese de su clase (mal—despidió a dos criadas a las que no dejaba en paz), de que renunciara, por «apetitos desordenados», a estudiar una «carrera». Doña

Gloria se da cuenta de muchas cosas, más de las referentes al sexo, del que se avergüenza atada al gusto que le proporciona. Su marido se negó a abordar el tema con el muchacho.

—Esas son cosas que se resuelven solas. Deja al chico, ya saldrá por donde todos. Y si quiere seguir con el negocio, ¿qué mal hay en ello? A mucha honra.

—¿No preferirías verle notario o ingeniero?

—¡Psche!, allá él. Los notarios no son más felices que los armeros. Bien llevada, la fábrica puede ser un buen negocio. Santiago Rodrigáñez, en andas de su amor sin esperanzas, había decidido salvar a José de la mediocridad, pasando por todo. Sacrificio que ofrecía en holocausto a doña Gloria que comprendía —tenía la seguridad— cualquier cosa al vuelo. Además le pareció justo: hay demasiados comerciantes, España necesita profesores. José, a su ver, era de esa madera.

La vida sexual del catedrático estaba metódicamente organizada desde que, en Palencia, donde estuvo «antes», se enredó con una estanquera que le hizo la vida difícil. Ahora, desde que se extendió al área de ventas de sus textos —hace ocho años —, va los días uno y quince de cada mes, a menos que sea sábado, en cuyo caso adelanta o atrasa la fecha, a casa de Rosita «a desahogarse». La discreción asegurada, en la calle, a las once de la noche, los días laborables; en el interior, bien venido, las cortinas se corren a punto.

Su llegada con José Molina fue un acontecimiento. Llevo a la dueña aparte, dejando solo al catecúmeno. Entró una moza de regular ver. Basta y casta.

—Hola.

—¿Vienes?

Así era de expeditiva la Carmela. José no se podía poner de pie, le fallaban las rodillas.

—No.

—Bueno, chico, ¡qué te aproveche! Con otra te irá peor.

Vino *La Cortada*. Le gustó. Pero no pudo. Lo sabía de antemano, sin poderse quitar de la cabeza que don Santiago le estaba examinando, a través de la pared. Lo cual no era cierto, muy ocupado el catedrático con una cartagenera, recién llegada de la feria de Valencia.

—¿Qué?

—No.

—¿Qué te pasó?

—No lo sé.

—*La Cortada* es una chica muy fina.

¿Eso era el mundo? Volvió al día siguiente, solo. Se aficionó. Doña Gloria le daba el dinero necesario. Le quedó un desprecio feroz por las mujeres. Decidió fastidiar a su madre, no estudiar, casarse con Rocío, como fuese. La que no quiso fue ella, que

se puso en relaciones más o menos formales con el famoso cadete. De entonces data el antimilitarismo de José Molina. Luego fue a Madrid; las peñas, las tertulias, el socialismo de guante si no blanco, cremas.

VII

Aparicio reconoce las luces de José Molina, pero le molestan. Sus discusiones no tienen principio —ni siquiera principios— ni fin. Molina aprendió a leer en los *Episodios Nacionales*, Aparicio no puede oler a Galdós. También la cocina los separa, Manuel sólo gusta de lo francés. Coinciden —eso sí— en las ostras y el vino del Rhin. Si su concepto de la mujer es parecido, no el del amor; para el santanderino, mito revuelto en su desordenado afán de vivir; el cordobés es de otro parecer, atado al erotismo con relente de destrucción. (Lee sin decirlo a Lautréamont, a Sade).

—¿El destino, la muerte? —objeta Molina— ¡qué ridículo! Precisamente lo contrario: el destino es la vida; lo que queda. ¿Qué desecha mucho para hacerse? Más desovamos. La continuidad, ese es el destino; no el asolamiento. La infecundidad, la mariconería están al margen. Tal vez por eso, en esfuerzo desesperado, hay tantos poetas, tantos que no tienen nada que decir, empeñados en ello; mundo al revés.

Aparicio no le contesta. Le desprecia —¿le desprecia?— sin dejar de reconocer que en sus límites tiene razón. Pero él está fuera.

—La vida no es trágica, el destino tampoco. Lo trágico es no cumplir con su destino. Interrumpir. Trágico el desierto, que no es la muerte ni siquiera su representación —eso lo sintieron bien los del 98—, una especie de eternidad que no sirve para nada, un accidente. La eternidad es el colmo de la vida. El hombre, para con el hombre, tropieza siempre —siempre— con sus propios límites: los de los demás, que son los suyos. («Parece que, a veces, este bárbaro adivina»). No con lo incomprensible sino con el fin de los propios medios: donde empiezan los demás. No se puede ir más allá. De ahí la importancia de algunos sentimientos a los que no se les ha dado la categoría que merecen, por ejemplo: el cansancio, la fatiga. Como la vista: se ve hasta un cierto punto impreciso. Como el oído. Estamos encerrados, pero sólo por la ineficacia de nuestros sentidos, por el no poder más de la inteligencia. Todos más o menos miopes, no sólo con los ojos. El destino es una suma de limitaciones. De ahí, si quieres, su acento trágico. Las gafas, los microscopios, los telescopios sirven, pero no mucho; nunca lo suficiente. Los suficientes son los que o quieren o no

pueden darse cuenta de sus limitaciones, de sus límites. (No lo dice por mí —piensa Aparicio—, es incapaz). Por eso la humildad, la auténtica, es la virtud que más aprecio y me fastidian los pedantes: esos que presumen de saber, al infinito. Y también, de ahí, la fuerza de los mitos, de la poesía que, al confundir límites, nos reconforta, haciéndonos olvidar los nuestros. Cadenas, en el buen sentido. Estas limitaciones, esos encadenamientos que forman el hombre, son lo más entrañable que tenemos; lo que nos hace sentir lo demás, a los demás, la raíz de la solidaridad, de la que no tienes ni la menor idea. Quiero a mis amigos, a mi novia —cuando la tengo— por sus límites, por sus extremos.

—Siempre pensando en lo mismo.

—Y tú, y cualquiera. Pero no siempre, de cuando en cuando, cuando tengo ganas, dinero, o tiempo de pensar en ello. Lo que pasa es que para ti todo es literatura.

Es verdad y no: otras cosas le arrastran, no tan distintas de las que empujan al montañés. Mas corren por otro camino, con otro estilo. Sabe que eso cuenta, que la «manera» le arrastra fatalmente a hacer lo que no quisiera. No basta el fondo, perdido el pie, o los pies. No le cabe duda acerca de lo que debiera hacer y lo que no, pero no puede. Le sucede igual que cuando se pone a escribir versos: *sabe* lo que quiere, pero no se ajustan a la medida de su deseo; se deja llevar por lo más fácil.

Quédale el remedio de destruir lo hecho, volver a empezar si se siente con fuerzas; pero con los seres vivos ¿cómo? Aparicio llevó a Molina a la casa de la Plaza del Conde de Barajas, perfección de perfecciones del Madrid más señor. El santanderino asedió a Gabriela. Casada hacía dos años con Juan Ruiz, cancerólogo de treinta, bajo, gordo, inteligente a más no poder, comunista, que dedica a la política el poco tiempo que el hospital, las consultas, el sanatorio le deja libre. Estudia, quiere estar al día. Lo está. Adora a su mujer, le falta tiempo para hacérselo presente. De noche revierte en ella sus considerables ardores, imposible de estarse quieto, siempre en trance.

Alumno brillantísimo, bastábale un indicio para dominar de cabo a rabo el asunto de que se trataba; de vuelta cuando la mayoría empezaba a enterarse. Sus diagnósticos fueron ya famosos al principiar su carrera. Con sus compañeros de partido tiene discusiones interminables. Procura refrenar con ellos su impaciencia que lo tardo de muchas mentes impreparadas enfurece. Le importa curar, como sea, sin perder el tiempo en paliativos, brutal en sus decisiones, sin grandes escrúpulos morales. Lo que hay que hacer que se haga, como sea, lo antes posible. Brusco, mal hablado, jamás se va por las ramas. Hijo de unos campesinos de la provincia de Zamora, conserva de la tierra la franqueza sin disimulos, sin mitigar su violencia. Rápido de comprensión, exige igual virtud en todos, a menos que sean compañeros de partido. Barre con impertinencia, intemperante, sus infinitos admiradores, casi tantos como enemigos.

—Podría ganar el dinero que quisiera.

—Gana bastante.

—Sí, pero no le alcanza.

Manirroto. No le importa deber más de lo que tiene.

—¿Y qué? Con que se ponga a trabajar con método unos cuantos meses...

—No lo hará.

Sus suegros, tan recogidos, le temen; se ven poco.

—No os preocupéis.

Cuanto se relaciona con la vida cotidiana le sale por una friolera, vestido a como cae. Gran comedor, gran bebedor, gran tragador de aspirinas que toma por tubos. Duerme tres o cuatro horas. Siempre de un lado para otro, entregado por entero a lo que hace en el momento.

Gabriela, grande, hermosa, tranquila, sin problemas, casó enamoradísima del torbellino, intentó seguir su ritmo; no pudo, se declaró vencida. Hasta entonces su vida fue facilísima: cuando quiso estudiar estudió; cuando no, lo dejó sin que nadie se opusiera; gustando de la música —sin complicaciones— no faltaba a concierto que le apeteciera. Enemiga de lujos, no los tuvo; adversa al andar, tan pronto como casó tuvo automóvil; amiga de dormir, pudo hacerlo hasta saciarse. Decidida a no tener hijos no los tuvo, a pesar de que a Juan Ruiz le hubieran gustado muchos. Como el médico no era paciente, antes del año, de vez en cuando, irritado por algunas salidas dictadas más por la pereza que la mala voluntad, le tundió el paño. Gabriela, del brazo de su hermana, gran discutidora, empezó a ir a la tertulia del *María Cristina* con cierta regularidad. José Molina no se le despega, oliendo la presa. Como ahora, la noche de San Juan, frente a la Cibeles.

Evidentemente puede cruzar o no cruzar la plaza, puede disparar o no su pistola, contra Gabriela, contra él mismo.

«En todos estos casos, creo, determino, en contra del determinismo. No me manda nadie. Me echaron al mundo, me educaron, pero cuando tuve uso de razón, pude disponer. Estoy en disposición de..., a la disposición de... Puedo asesinar, suicidarme, no hacerlo; decirle o no, otra vez, que la quiero. Haga lo que haga, hago. Voy creando. Todos creamos. El mundo va haciéndose a medida del presente; segundo a segundo queda según lo hacemos, para que escojan los que siguen, yo mismo. El pasado está a la disposición de los que viven en Marte dentro de equis años. ¿De cuántos? Preguntárselo a... La eternidad está detrás, no delante. Frente a nosotros no hay más que el vacío, que llenamos a la medida del tiempo. Responsables del mañana, echamos a volar semillas a todas horas: todas buenas, aun las malas. Hacer, hacer, hacer. ¿Por qué no hacer de España un país decente? ¿Por qué no hacerle un hijo a Gabriela que no los quiere, ni a mí? La cuestión es porfiar. A ver. Lo más que puede pasar: que no pase nada. Estoy, ando metido en ella hasta el

colodrillo. La sueño. Nunca me ha sucedido».

Mentía. Pero cada vez que le sucedía algo, era más que nunca: las ostras, mejores; el dolor, más intenso.

—Gabriela, te quiero.

—Calla, majadero.

Hace una noche espléndida. Más de las doce y día de San Juan. «Ocasión excepcional para acostarme con Gabriela. Ahora tiene tiempo. Exactamente lo contrario: tan pronto como entren tiene que vigilar, pistola en mano. No hay tiempo. Mañana, cuando triunfe el pronunciamiento. (Quiera o no, está metido en un “pronunciamiento”. ¡Qué absurdo!). Luisa sigue hablando de oposiciones como si no se jugara la vida. ¡Qué bárbara! Tiene razón Joaquín Dabella: empleamos el adjetivo sin ton ni son». Por la Castellana avanza un tercio de la Guardia Civil a caballo, con sus capas, fusiles al flanco. Rodean la plaza. Se detienen. Pasa Sbert con el pañuelo al cuello. Hay que huir. Fracaso. Profunda alegría.

—Andando.

Suben hacia el Retiro, como si nada. ¿Los van a detener? No. La gente, indiferente.

—¿Qué habrá pasado?

—Los militares, como siempre; no se puede uno fiar nunca de ellos.

«¿Decirle ahora, otra vez, que la quiero? ¿Qué nos vayamos por ahí?».

Antonio María Sbert reconcomiéndose da otra vuelta a la Cibeles. Todos los suyos han desaparecido. No hay detenidos a la vista. Sube por Alcalá, hacia la Gran Vía. Le han dicho: «Marazal», una casa de huéspedes, con dos entradas; prefiere la de Caballero de Gracia, que supone menos vigilada, si es que lo está. Sube a pie los cuatro pisos, evitando el mozo del ascensor. En la que debía ser oficina de enlace, cuatro personas perplejas, inquietas, a quienes no conoce. Se arriesga, pregunta por Riquelme: se marchó, hace media hora, al no recibir noticias del regimiento del Rey. Sbert les pone al corriente. Todos se apresuran a salir, empujados por la rabia y el miedo.

—Uno a uno.

El mallorquín decide ir a cenar a Fomos: atiborrado. En una mesa, Marta Quiñones y Luisa Morones. Se sienta con ellas. Un fracaso más. Llegan periodistas, hablan de la sublevación, se la cuentan. Llega Cantueso con la nota oficiosa.

El café hierve. No hay lugar, cien de pie rodeando las mesas. Entran más. Los camareros pasan con dificultad, bandeja en lo más alto. Cantueso lee en voz alta:

—«Un corto número de personas, cegadas, sin duda, por pasiones, ambición o despecho, venían intentando desde hace unas semanas la organización de un complot, fundándolo en que va trascurrido mucho tiempo sin gozar de las libertades ni del régimen constitucional puro. Añoran, por lo que se ve, los tiempos anteriores al 13 de

septiembre, en que disfrutaban de eso, y, además, del descrédito monetario, del desdén mundial, del desbarajuste en Marruecos, y de la ruina y abandono de la producción agrícola e industrial. Allá ellos con su parecer. La inmensa mayoría española demuestra a diario querer la perseverancia del régimen y del Gobierno actual. Y quiere más: que se deje de consideraciones y debilidades y sea severo con los inconscientes o desalmados que pretenden perturbar la Patria en la hora augusta en que se reconstituye de tantos males como sufrió resignada.

»Esta vez la cosa, sin la hábil labor de la Jefatura de Seguridad, podría haber costado alguna sangre de incautos, y hubiera trascendido al extranjero, con descrédito y pérdida de la fuerza y autoridad que el gobierno precisa para sacar adelante los problemas que afectan a la honra y prosperidad de la nación.

»El mosaico de los conspiradores no puede ser más abigarrado y grotesco; un grupo de sindicalistas, otro de republicanos y de intelectuales anarquizantes, calificados por su constante acción demoledora; algunas personas que, por su edad, categoría y posición nadie las creería capaces de marchar en tal compañía, y la docena de militares descontentos y de carácter rebelde e indisciplinado, que son excepción en la clase y siempre voluntarios agentes de enlace para esta clase de aventuras».

—Un sainete.

—Ni tan sainete —retruca engolletado Álvaro Rebolledo, tan elegante como siempre, que acaba de entrar.

—Esperad —corta Cantueso—, que ahora viene lo bueno: «Los conspiradores no han encontrado eco en ningún sector social, y a juzgar por el error en que han incurrido, no deben de ser personas bastante inteligentes para apreciar las circunstancias nacionales y las razones poderosísimas por las que un pueblo y un ejército, por excepción, que se puede dar una vez por siglo, dan su calor y apoyo a un cambio de régimen político, cosa muy distinta de un pronunciamiento vulgar a la antigua, movido por el despecho o la ambición unidos a la insensatez». ¿Qué os parece? Lo firma un humorista y tiene un éxito que para qué os cuento.

Sbert no dice palabra. Rebolledo, fanfarrón cuenta:

—Pues estaban metidos desde Weyler y Aguilera hasta dos o tres regimientos de aquí, dos de Valencia, otros de Galicia, de Andalucía, de Cataluña, de Aragón, la base naval de Cartagena.

Todos los de Valladolid. Sin contar a Romanones, a Melquiades Álvarez, a Villanueva, a Lerroux. Y la C.N.T.

—¿Y los socialistas?

—Esos son más listos. Besteiro dijo que no. Que si resultaba siempre habría tiempo de hablar. No que sean enemigos del restablecimiento de la legalidad constitucional...

—Si esperan algo de ellos, sentados, hijos, sentados —comenta Juan Ruiz que acaba de entrar forcejeando— ¿y Gabriela? —pregunta a su cuñada.

—No sé.

—Se quedó con otros —dice Marta Quiñones, al quite.

La verdad: se había adelantado tanto, con Molina, que Luisa le dijo:

—Déjalos. Vámonos a tomar un café.

Molina tiene cogida la mano de Gabriela, no la suelta a pesar de los repetidos esfuerzos de la buena moza. Gabriela es alta y llama la atención. Vistosa, le gusta su papel. Los hombres se le echan encima, a poco que pueden, que no es mucho, por el aire decidido que le da su tamaño. Cegata, incapaz de ponerse gafas, porque los cristales le reducirían no poco los ojos. Adora a sus padres, que la adoran; quiere a su hermana, que la quiere. Además está su marido. Lo demás parece serle indiferente.

Seria, blanca, morena, ancha frente, anchos hombros, anchas caderas; todo perfectamente plantado. Callada. Bicho. A veces parece no enterarse; nadie lo sabe. Desde hace algún tiempo tropieza, de desengaño en desengaño; de ahí cierto dejo amargo, que sorprende.

—No he nacido para ama de casa.

—Nadie te pide que lo seas.

—Para eso están las criadas.

José Molina la cela, la acosa, la tienta. Se revuelve:

—¡Estate quieto!

Le manda a paseo. Vuelve, como si tal cosa. Tampoco ella parece acordarse de lo pasado. Ahora, en la madrugada del día de San Juan, andan, cogidos de la mano.

—¿Adónde vamos?

—A casa. Es tarde.

—¿Tomamos un taxi?

—No. Volvamos andando.

Intenta cogerla del talle.

—Estás loco. ¡Vamos, aparta!

José Molina va poco a casa de los Morones. Prefiere verla en la calle, en los cafés.

En Fomos intentan echar a la gente.

—Mientras no participen los socialistas...

—¿Quién se va a jugar la cara para que vuelva a gobernar García Prieto?

Al salir, dos policías se llevan detenido a Manolo Cantueso, que sólo tiene tiempo de gritarle a Rebolledo:

—Avisa al Director.

(Paquita ya lo sabrá. Lo primero: el periódico).

Santibáñez se enfurece:

—¿Qué se le ha perdido con esos...?

Al meterse en la cama conyugal después de haber enterado a Rodríguez Malo de lo sucedido, a Eladia de sus sentimientos, doña Mabel le pregunta:

—Dicen que ha habido una sublevación.

—¡Bah! Eso hubieran querido en Palacio. Pata volver a lo de antes. No van a poder.

—¿Qué va a pasar?

El gran hombre se quita trabajosamente los zapatos.

—Nada. Aquí no pasa nada. ¿Sabes por qué andaba Weyler metido en el ajo?

—Supongo...

—No supones nada: porque Primo de Rivera le quitó un caballo de los dos que el Estado le otorgaba en prenda...

—No me digas.

—Mujer: sí te digo. Como dos y dos son cuatro.

Era cierto. El anciano general babeaba de rabia.

¡Ah!, antes que se me olvide: invité a comer mañana a un becado francés, simpático, Barillón o Marillón...

En otra alcoba:

—¿Dónde estuviste metida hasta ahora?

Gabriela cuenta a su marido sus vueltas por la Cibeles, la llegada de la Guardia Civil, un paseo con cualquiera.

—Eso acabó a las dos, a mucho tardar.

Son las tres y media. Gabriela se desnuda sin contestar. Tiene poco que quitarse: le molesta la ropa, lleva la menos posible. (Cuando Molina lo recuerda se enciende).

—Cuando te pregunto algo es para que me contestes.

Está desnudo —duerme siempre así—, bajo, corpulento, fuerte: calvo. La coge violentamente del brazo:

—Contesta.

Gabriela por primera vez toma la delantera: le pega un revés, con toda su fuerza, que no es poca. El hombre reacciona feroz: a puñetazos, a patadas. Luego la esparranca, la hoya. Ella permanece aparentemente indiferente, inerte. Después, bajo la ducha fría, Juan Ruiz llora. Gabriela duerme encogida. El sol lo hiere todo por la ventana abierta. Álamos, lomas secas, al fondo, el Guadarrama.

VIII

Primeras cartas de André Barillón a Jean Richard.

Madrid, 13 de julio de 1926.

Dear.

Un poco difícil hablarte de esto. No hay puntos de referencia. No traigo a cuento la casa de Velázquez, ni el trabajo: fácil, un poco de cualquier manera: Agradable de vivir, es decir: sin hacer nada más que eso, dejándose ir. Madrid es una ciudad curiosa; la llaman Corte y hay mucho de eso. Un poco como Viena. Es decir, un palacio y su alrededor. La diferencia es que aquí, a un lado del albergue de la Corte, hay un corte y campo, el campo del Moro, la casa de Campo. En cuanto a la pintura, también se parece a Viena, Velázquez y el Greco en vez de Velázquez y Brueghel. Al fin y al cabo, todos manieristas, es decir clásicos hijos de clásicos. (Los clásicos no son hijos de primitivos, sino de clásicos de otros países). Como toda Corte, bastante provinciana, con muchas gentes enteradas, numerosos historiadores particulares, muy apegados a lo suyo. Y el folklore, que aquí es de oír y de ver. Añade el Escorial y Toledo; pero esa es otra historia, de la de verdad, de la de piedra: descansa, descansa en paz. (Notarás en mi estilo cierta influencia de Unamuno a través de José Bergamín, un joven escritor, agudo por todas partes —sólo tiene perfil— con quien fui el domingo a los toros. Malos).

El dictador es bastante divertido, provinciano también. Como en toda dictadura que se precie de serlo en nuestro tiempo, los obreros parecen satisfechos, lo que llena de indignación a los liberales —todos admiradores de Francia— que, naturalmente, están en contra. «Esto está que hierve» —dicen; si se refieren a los dimes y diretes tienen razón: todos hablan mal del gobierno, pero el gran suceso nacional es la suscripción de homenaje a los aviadores que cruzaron el Atlántico a bordo del *Plus Ultra* y no la fallida intentona revolucionaria del mes pasado.

Con la pérdida de las colonias y su desgraciada guerra con Estados Unidos, España padece un complejo de inferioridad. Según los inteligentes todo es malo, nada sirve para nada; sintiéndose incómodos, se creen muy individualistas: se saludan muy ceremoniosamente, no respetan nada de lo suyo teniéndolo en lo más. ¿Entiendes? Yo regular, nada más. La enfermedad más generalizada: el escepticismo; los monárquicos no creen en la Monarquía, los republicanos no creen en la República, los católicos no creen en la Iglesia, te repito lo que me aseguraba ayer un viejo periodista. Los dirigentes hablan de reformas fundamentales, todos hablan de revolución sin saber a ciencia cierta lo que quieren. Pocos comunistas; al parecer dé lo oído, divididos. Los únicos que se mueven, gritan, agitados, son los estudiantes que tampoco saben lo que quieren como no sea armar barullo y darle qué hacer a la

policía. Dicen —no me consta— que los aristócratas, una parte del ejército está en contra de don Miguel Primo de Rivera. (Los políticos desplazados, desde luego). Es difícil saberlo porque esa gente suele tirar la piedra y esconder la mano. Como verás, mi impresión es confusa, lo cual, para vivir, es bastante agradable. No te quejarás de mis prometidos informes.

En literatura, están al día, al día de París. En filosofía, gracias a Ortega y Gasset, más allá; aquí todo es fenomenología, cosa en la cual todavía estamos *in albis* en la Sorbona. Los poetas han descubierto a Góngora, una especie de Valéry *avant la lettre* (—Valéry, ese Mallarmé de segunda mano— como me decía ayer Manuel Aparicio, un joven ensayista de porvenir). Proust está a la orden del día de la prosa, una docena de jóvenes se empeña en imitarle. Falla, consecuente, ha creado nuevos adoradores del cante jondo. Pierdo muchas noches en Villa Rosa oyendo cantaores, por lo que, regularmente, no asisto a ninguna de las primeras clases. Empiezo a diquelar entre tarantas y malagueñas. Váyase lo uno por lo otro. Pero hay más —dejando que la pedantería no es de este mundo madrileño.

En Villa Rosa conocí a ese periodista de vieja cepa, Santibáñez del Río, que no cree en gran cosa, por haber visto muchas. Me llevó a su casa —doña Mabel, su esposa es una espléndida cocinera— y a casa de Eladia su querida, bailarina flamenca de dieciocho años. No te hagas figuraciones, las cosas no van por ese lado, sino por el primero. Como comprenderás no se trata de la distinguida *cordón bleu*, sino de una sobrina. Virginia existe. Punto y basta. Muérete de envidia. Tibi.

Andrés.

Del mismo al mismo. (Sin fecha).

Gran conversación con los hipopótamos macho y hembra. Él se deja ir por su gusto de la hipérbole y las paradojas, conversación para inteligentes, según él; es decir, para personas que no toman nada en serio, o en serio y en broma a la vez, dulce y amargo revuelto. Para mayor comodidad no da las opiniones como tuyas sino de un compañero borrachín. No lo creo.

La honradez ha echado a perder la política desde la Revolución (francesa). En este sentido, el dicho de Daudet (el malo) se justifica: perfecta estupidez del siglo XIX. La política —dice el hipopótamo— siempre ha sido el arte de embolsarse los bienes ajenos, tanto montan naciones como particulares. Todos los grandes políticos —sigue diciendo— fueron grandes ladrones, igual Julio César que Álvaro de Luna, Tamerlán o Fernando el Católico: claro que siempre hay Catones, que en su apellido llevan el castigo. Napoleón, a caballo, último gran político de la gran escuela. Según él —esta tarde, mañana lo negará— la honrada burguesía es la gran desdicha de nuestro tiempo y más en España donde la honradez de esa clase se coaligó con la

honra caballeresca y ha producido —¡ay!, y producirá— una serie de políticos para quienes el respeto a los bienes ajenos oculta cualquier otro fin. «Si Maura hubiese sido un *caballero de industria*, España... etc». Según él el mundo —el gran mundo— fue de los aventureros —de los aventurados—; en esto el sentir de la plebe no se equivoca: basta que se presente uno —de tamaño suficiente— para que le siga. No se trata de maquiavelismo, aunque no los reprueba, sino de «apandar» con lo ajeno, como sea (te advierto que don Carlos Santibáñez del Río es «integérrimo»). La reina Victoria murió riquísima. Le hice ver que, hoy, los conquistadores no son los políticos visibles, que hay prodigiosos buitres de chaqueta. Asegura que ahí radica el mal: no se sabe con quién se trata. O, como el Rey, son conquistadores «al detall», al por menor. Según él o ese inventado amigo de la uva a quien atribuye el decir, el mal de España estriba en esa excrecencia de honra y honradez, consecuencia de tanto hijodalgo y señorito, razón de una cerrazón de mollera que ha convertido al país en provincia. Doña Mabel le mira arrobada. Debió ser guapísima; aún se ve, en el porte, la frente, la mirada. Por aquí ronda una sobrinita, que dicen los clásicos, nada fea y bastante de mi gusto, poco amigo de las carnes. No nos miramos con malos ojos. Y no digo más.

Lo anterior —me refiero a la política— surgió a propósito de un plebiscito que se le ha ocurrido convocar al bueno del Dictador honra y honradez proclamadas cada día en contra de la honra y honradez de los que le atacan y a una futura concentración de alcaldes que promete ser un espectáculo divertido y fuente de saneados ingresos para los teatros y lupanares de la Corte. Primo de Rivera es fachendoso, engreído y buena persona. Lo malo: que dirige los «destinos» del país. Como invitado debe ser agradable; como anfitrión, algo más pesado. En cuanto a libertad no hay aquí más que la de hablar. Acomodándose los españoles bastante bien con ello porque nunca fueron muy amigos de lo escrito, minorías aparte. Lo malo —contra lo que podría esperarse—, que aquí cuentan. No sucede igual en nuestro país, aunque tengamos fama de lo contrario. En Francia, podemos escribir —y escribimos— pero hablar... ¿quién hace caso? Aquí, no. Por eso los «bulos» son diarios y de todos tamaños y colores. Ayer se había sublevado la guarnición de Barcelona —decían—; hace ocho días, la Marina, en Cartagena; mañana, apuesto a que el ejército en Marruecos; corre uno a las agencias, a los periódicos, y nada. Los corresponsales extranjeros, asediados, gozan de enorme influencia. No pueden entrar en cualquier sitio sin que se les pregunte con ansiedad: ¿Qué hay? No hay nada, como no sean notas oficiosas acerca de los artilleros, los alcaldes o la acertadísima política de la Dictadura que ha puesto el nombre de España a la altura del firmamento mayor.

Aunque te empeñes no te cuento más acerca de Virginia. Bueno, te diré una cosa: con sólo mirarla, con que te mire, se advierte que nació para el amor; con sólo darle la mano. Hay epidermis que se comprenden al primer roce.

Revienta.

A.

Del mismo al mismo. (Sin fecha).

Madrid es una inmensa casa de huéspedes en la que se albergan jóvenes que hacen oposiciones y viejos que las hicieron. Lo demás es teatro.

¿Cuántas casas de huéspedes hay en Madrid? Incontables. Todo el mundo va a Madrid a estudiar, a pretender. Todos los hijos de mediana condición estudian una carrera y hacen oposiciones. El sistema centralista borbónico, que nadie ha sabido remediar en centurias, lleva a este bonito resultado. Lo mismo da que se estudie ciencias, letras, derecho, «para» aduanas, correos, topógrafo, perito agrícola, radiotelegrafista, aparejador, ayudante de obras públicas, ingeniero industrial, de minas, de montes o naval o profesor mercantil: «Para» diplomático, catedrático, «para» el cuerpo técnico administrativo, perito en lo que sea, auxiliar de lo que se quiera, inspector municipal, veterinario o «para el cuerpo facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos». A eso hay que añadir que las carreras de más nombre entrañan unos exámenes de ingreso terribles. Créeme si te lo digo: no hay nada comparable; los estrujan feroces, como ubres, hasta el total agotamiento; les exigen saberse de memoria cantidades inimaginables de leyes, en todos los sentidos, hasta dejarlos sin ello. Preparar una oposición no importa: todos a Madrid, centro, panacea burocrática. Todos los que quieren estudiar una «carrera», todos los que van a escalar «oposiciones» van y vienen a la capital. (Barcelona es aparte, no es España. Las facultades provincianas carecen de prestigio: sólo sirven para aprobar las asignaturas imposibles de franquear en la capital. O para los padres que no quieren separarse de sus hijos, así los maten). Aquí, los jóvenes no empiezan a vivir hasta que han ganado unas oposiciones, con lo que la juventud española dura más, lo cual tendrá importancia cuando se decida a meterse en política, como parece ser el cariz de estos días. Otros se quedan en Madrid enredados en los escasos favores de un triste destino al no doblar el Cabo de Buena Esperanza de las oposiciones. Todos en miles de «pensiones», galicismo que ha reemplazado, en algunos casos que se quieren semilujosos, a la casa de huéspedes. («Aquí no se cobran, sino que se pagan» [las pensiones], como me dijo ayer un funcionario de Hacienda, que se cree gracioso).

¿Cuántas casas de huéspedes hay en Madrid? A mediados del siglo pasado había más de dos mil declaradas. Multiplica lo que fue entonces la capital española por lo que es y te quedarás corto.

¿Cuántos estudiantes, cuántos opositores hay en Madrid? Miles y miles. Todos viven en casas de huéspedes. Las casas de huéspedes, desde Balzac, han sido

preciosos ambientes para novelistas. Esta aglomeración *sui generis*, semifamiliar, permite toda clase de encuentros; junta, sin herir de muerte la verosimilitud, diez, veinte caracteres. Desde *El Padre Goriot* es un paraíso —vulgar—, pero paraíso para los cuentistas. Yo haré la novela de las casas de huéspedes. (Porque voy a escribir una novela. Virginia me ha convencido de que es mi camino, y no la erudición ni el profesorado). No hay nada más madrileño, nada más español. La cuestión será encontrar editor; porque Flammarión, si se la ofrezco, querrá que le escriba una de toros. Mas, a pesar de mi entusiasmo por el flamenco, no me gustan. A Virginia no le gusta el flamenco (ni los toros).

El ambiente desconcertará en París. Es la provincia, nuestra provincia, pero con algo más. El hotel, a la parisina, donde sólo se duerme, no se acomoda a lo español, más casero; el español, con un gran respeto por la familia, no suele comer «de fonda» más que de cuando en cuando a lo sonado. La comida y su economía exigen la casa de huéspedes y su patrona. El estudiante —francés o extranjero— en París, toma su café con leche, come un plato en un *bistró*; si no le alcanza, no cena. El español traga más y se atiene, atado, familiarmente, a la mesa redonda.

La vida española, en 1926, es una vida provinciana, a pesar de los adelantos, de la guerra del 14. Madrid tiene mucho que ver con las otras ciudades españolas, cosa que no sucede con París y nuestras capitales de provincia. La escasa vida industrial española es la semilla de las casas de huéspedes. Las engendra la sencillez del matriarcado reinante en las más de las familias «pudientes». «Aquí estará como en su casa», «esta es su casa», te dicen como máximo elogio. (Las comodidades son otra cosa, deleznable). Así se pasan la vida en el café, reflejo de lo que suelen hacer en sus provincias. Los cafés y los casinos —hay casinos en todas partes, de todas clases— como puedes figurarte nada tienen que ver con los *clubs* ingleses.

El «hotel» es independencia, confort (palabra que no existe en español, sólo un derivado: comfortable), desconocimiento del vecino, virtudes nada ibéricas, si de la vida social se trata. En las casas de huéspedes la familia sigue existiendo, oficiosamente, a través de la patrona. Los hoteles son para extranjeros, bilbaínos, catalanes y viajantes de comercio, que también suelen ser catalanes. Todos los demás vienen a parar a estas benditas casas de huéspedes —hoy «pensiones»— espejo de la Villa y Corte que no te voy a describir porque serán el *background* de mi novela.

Las hay de todas clases, mejor dicho para todas las clases; como en el tren, se reducen a tres; las burguesas, las semiburguesas y las que quieren serlo. Ninguna pasa del «término medio» porque es inimaginable lo «término medio» que es el estudiante o el opositor español; todos de la misma clase media. La única diferencia, nunca mayor, es económica. El aristócrata estudia en su casa o en el extranjero y no hace oposiciones; los obreros, no digamos; ni estudian ni hacen oposiciones; lo demás existe principalmente gracias al Estado, madrileño por definición. Ahí sí las clases:

A) Los estudiantes de derecho, hijos de abogados (del Estado o no), de registradores, de notarios, que hacen respectivamente oposiciones a abogados del Estado, a registros, a notarías, ídem, los ingenieros —de caminos, canales, y puertos, industriales, etc.— ídem los médicos. Juntos forman «la crema».

B) Segunda clase: los estudiantes y opositores a correos, telégrafos, aduanas, aparejadores, mecánicos—dentistas, etc.

C) Tercera: los reprobados, los suspensos, los que repiten años y años, sin que para ellos pasen: los que se quieren quedar en Madrid, como sea; los que se contentan con cualquier empleillo (los que lo consiguen, los que no), los opositores a secretario de ayuntamiento.

También se pueden subdividir las casas de huéspedes en las de mesa redonda y las de mesas separadas. Esto último en el *dernier cri* de la elegancia, a veces con cuarto de baño —como la nuestra—; uno para todos, desde luego. Añade las familias que «admiten huéspedes», «con asistencia o sin ella». Estas cuentan poco. No lo creas (me dejo llevar por el medio de lo que será mi novela), sí cuentan, y mucho.

Como es natural, hay pupilajes para todos los gustos: a veces la comida responde, la limpieza deja que desear; en otros hay horror del polvo, guerra a los insectos caseros, pero el hambre es consuetudinaria. Las hay donde todos los bienes se juntan, otras donde faltan del todo. Todas se llenan en época de merecer; sólo el verano deja lugar, generalmente, para el enjabelgado y reparación de los suelos. A veces ni eso, que los catedráticos provincianos aprovechan las vacaciones —en sus viejas casas de huéspedes— para dilucidar cualidades, recibir recomendaciones, hacerlas valer, fallando —en todos sentidos— quien ha de ver el término de sus ansias de opositor. Si crees que ganan los mejores te equivocas. Aquí puede mucho la amistad, aunque no tanto como la política. Lo cual saca de quicio a esta multitud hambreada de puestos y al Dictador, si se reclama: no resiste crítica alguna a los designios de la Providencia, que está seguro de encamar sin mengua, muy a la española, dejándose llevar de su real gana, semejante a la que, por gracia de Dios, le sentó a la derecha del trono.

(Te he copiado una de las notas tomadas para *L'ombre et le soleil*. ¿Te gusta el título?).

Virginia te saluda. La imito.

A.

P.D. Lo que le falta al español es, como decimos elegantemente, hacer el amor. El español —la española— es casta, por miedo. El problema sexual adquiere aquí una importancia fundamental. Por aquello de que «quien no la corre de joven la corre de viejo» el español se casa tarde, mal o nunca. La aureola viril que gozan en el extranjero es resultado de esta contención nacional. Fuera, sin esa atadura, dan mucho

de sí, por poco gastados. *No cabe duda que el catolicismo ibero juega un papel en ello. De verdad, el español es un pueblo muy moral, en el sentido más estrecho. De ahí, cierta furia ética, el entremetarse por un «quítame allá esas pajas». ¿Ya sabes lo que quiere decir «paja» en castellano? «Hacer el amor» todavía es aquí un rito. La Inmaculada Concepción ha hecho daño en estas tierras de Dios. El sexo es el demonio y se sube a la cabeza. Cuando Virginia se vino conmigo dejó de ser católica, lo más naturalmente del mundo, como decimos. Vale.*

Andrés Barillón, de tamaño normal, enteco, castaño, de poco pelo, bigotillo, gafas con montura dorada, vino a Madrid para escribir cómodamente su tesis acerca de Gracián. Vivió, al llegar, en la Casa de Velázquez. Marsellés, muy inteligente, en quien tenían puestas grandes esperanzas sus eruditos maestros del Instituto Hispánico de París. Congenió con doña Mabel, que se pirraba por hablar francés. Conoció en casa de Santibáñez a Virginia Marfil, hija de una hermana del periodista, muy enferma por entonces (el padre había muerto hacía años), recluida en un sanatorio de Cercedilla. (El pecho... pobre...).

Andrés Barillón, acostumbrado a relaciones libres, conquistó la moza sin el menor remordimiento. Santibáñez y su mujer lo tomaron muy a mal, no quisieron saber más de los tórtolos. Cuando quien no estuviera al tanto se refería a ellos, podía oír mil barrabasadas bien dichas. Doña Mabel —que era belga— echaba pestes del francés, por tal; Santibáñez hacía distingos, pero no perdonaba la viril acción del joven hispanista.

Virginia tenía treinta años y reconcomios —hasta la llegada de Barillón— contra su extrema delgadez poco apreciada de la mayoría de sus conciudadanos. (Dejando aparte su temor de estar, como su progenitor, «mala del pecho»; tabú la palabra «tuberculosis»). Comía mucho, intentando remediar lo escuálido, sin resultado. El francés, con cinco años menos, la convenció de la sin razón de ese sentimiento, dándole a entender inequívocamente su apasionado gusto por su osamenta y las innegables ventajas que el poco peso reporta en el amor. Virginia era mecanógrafa: vivía con su tía Olegaria, reñida con su hermano el periodista. La comodidad para el machiembriamiento llevó a Barillón a la casa de huéspedes donde se alojaba Molina. Se hicieron amigos. Algunas veces la pareja aparecía por la tertulia del *María Cristina*.

QUINTA PARTE

I

No necesitando más que honradez y buenas piernas, siendo lo primero consubstancial con su naturaleza de hijo de Madrid y del señor Teodoro, albañil; conseguido lo demás a fuerza de andar, subir y bajar, Guillermo Soria es cobrador. Calva zapateril, que no aconsonanta con sus treinta años, estatura y caletre medios, gracioso a sus horas, cumplido siempre; soltero y sin compromiso, vive con sus padres: muy aficionado a los toros y al fútbol, lo que le da para discutir a todas horas. Tiene que cobrarle al señor Palomo, que vive en el segundo, el recibo de la Mutualidad. Antes de llegar al portal de Valverde 32 se le adelanta un hombre alto que, a boca de jarro, le mete en el cuerpo las balas de su cargador del nueve largo.

Las siete de la tarde; a esas horas Guillermo Soria solía hacer cobros extra con cuyo producto pagaba su abono de sol y sombra. No dijo nada, se fue sin saber.

Los transeúntes echaron a correr o se resguardaron. Llegó Joaquín Dabella en aquel momento. El hombre tirado en el suelo, se desangraba sin estremecimientos. Joaquín no supo qué hacer. Huir le pareció en contra de todo. ¿Acercarse? ¿Hacer algo? ¿Darse cuenta de si estaba muerto? ¿Un atentado? ¿Una venganza? Hacía algún tiempo que no se mataba así, por la calle. Más decididos se acercaron dos hombres. La Feli gritaba desde el portal. ¿Pasar de largo? ¿Tendría que ver Fidel en aquello? En ese momento salió el tipógrafo. Tampoco hoy le hablaría.

Llegó la policía. Interrogaron a Fidel Muñoz. No conocía a la víctima. Feliciano aseguró que una vez le dio un vaso de agua. Joaquín dijo lo que vio. Se los llevaron a la Comisaría. Mientras esperaban:

—Usted no me conoce.

—Eso cree... Usted es el novio de mi hija.

—Sí, señor.

—Usted es un señorito y mi hija una obrera.

—Sí, señor.

—Creo que con eso está dicho todo.

—No, señor Fidel. Yo quiero a Margarita.

—No me extraña: cualquiera. Es exactamente lo que ella no es. Me alegro de que

podamos hablar. Por lo visto, es cierto de que no hay mal que por bien no venga. Al pobre fiambre...

—He estado intentando hablar con usted.

Le refirió su encuentro en la calle de Carretas, su desaparición en la botica.

—Eso es mejor que se lo calle, joven. Y más aquí.

—Descuide.

—¿Y qué es lo que me quería decir? Si es que se puede saber.

Joaquín Dabella creyó notar cierta mofa en el tono, que revertió a cuenta de su tartamudez, como de costumbre.

—Mire, don Fidel, yo quiero a su hija.

—Lo doy por descontado.

—Y me quiero casar con ella.

—Pare la burra, amigo. Conozco la canción. ¿Con permiso de quién? Por qué usted, y perdone la franqueza, todavía está en edad de merecer. O en estado de merecer. O viceversa, que es lo mismo. —No digo que no.

—¿Lo saben sus padres?

—No tengo madre.

—Lo siento. ¿Y su señor padre?

—No se trata de eso.

—¿Cómo que no?

—No me puedo casar ahora.

—La semana de los cuatro jueves, ¿no? —No. Mire, don Fidel...

—Ojo al arrastre: el don no me pega ni con cola.

—Ahora no podría: tengo que ganar mis oposiciones. Pero, después...

—Si usted no lo sabe, yo sé lo que quiere decir: después.

Conozco la canción. No dudo que sea usted de lo más decente, de que Margarita le guste. Pero no, ¡ea!, que no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque usted es de una clase y mi hija de otra.

—Eso no me importa nada. ¿Me oye usted, señor Muñoz? Nada, absolutamente nada.

—Margarita es muy joven.

—Por eso podemos esperar.

—Entonces ¿qué quiere? ¿Permiso para entrar en casa? ¿Usted ha visto mi casa? ¿O quieren pelar la pava en el portal? ¿Para eso quería hablarme?

—No señor, no. Yo tengo un proyecto. Tal vez le parezca absurdo, pero se me ha metido en la cabeza.

—Y no hay quien se lo saque. Usted dirá, joven.

Joaquín hizo acopio de toda su voluntad para tartamudear lo menos posible, sin

conseguirlo.

—Mire: a mí no me falta nada.

—Ni a mí tampoco.

—Yo quisiera llevar a vivir a Margarita a un piso.

—¿Ponerle casa? ¿Y me lo dice en la cara?

—No es lo que usted piensa.

Se desesperaba.

—Yo no la tocaría. ¡Se lo juro! Podría vivir con su tía.

—¿Y yo?

Se engañó por el tono.

—Y usted, si quiere.

—¿Y qué más?

—Mire, señor Muñoz... Es muy difícil de explicar; más con mi condenado defecto.

—De eso no se preocupe, le da tiempo para pensar lo que dice. Y ahora lo tenemos.

«Me está tomando el pelo».

—Usted no me conoce, ni conoce a nadie que le pueda dar informes.

—Pues no se ha hablado poco de usted en la casa de un servidor, mi hermana...

—Creo que no me ve con buenos ojos.

—Júrelo, joven, y no será en falso.

—Quisiera sacarla de la portería. No por nada.

—Claro que no. Para sus amistades no es un lugar muy reluciente.

—No es eso. Ella se merece mucho más.

—Otro padre: pero, mire, da la casualidad de que es hija mía, y muy mía.

—No me entiende.

—¡Cómo que no! Lo que usted quiere está más claro que el agua.

—Le juro que no.

—No jure tanto, que está mal visto. Además: Margarita, con sus dieciséis años, es tan mayor de edad como la que más, y acabará haciendo lo que le dé la gana. ¿Le ha hablado de esto?

—No, señor.

—Se agradece la confianza, pero lleva errado el camino. Convénzala y entonces hablaremos para el *requiescat in pace*.

—Pero...

—Mire, joven, no es que me sea antipático, lejos de eso, pero cuanto hablemos es perfectamente inútil... Yo no digo que usted no sea una persona decente, hasta lo parece. Pero hay cosas que no se pueden borrar. Las clases son las clases, y de ahí no me sacará.

Los guardias le miraban un tanto asombrados.

—Esos deben creer que estamos conspirando.

—Otra cosa peor podríamos hacer.

Fidel mira a Joaquín con otros ojos.

—¿A poco es usted de esos señoritos que quieren que les saquemos la república del fuego, como si fuese una castaña...? —No le entiendo.

¿Usted será republicano, no?

—Lo único que sé es que lo que estamos aguantando es una vergüenza.

—Contésteme, ¿usted es republicano?

—¿Le sabría mal?

—¡No, a qué santo! ¿Pero, cómo piensa traerla?

—No tengo la menor idea.

—¡Ah! ¡Vaya!

Fidel había dado con su vena: no la desaprovechó.

—Mire, si vosotros, los que os metéis en política y nos queréis meter a nosotros, supierais lo que es trabajar, lo que se llama de veras trabajar: es decir pidiendo perdón, no estarse *sentao* y quemarse, o no quemarse, las cejas para estudiar algo que tiene, o que no tiene, que ver directamente con el trabajo, es decir, con el perdón, con las manos y las herramientas... Es muy difícil eso de hablar de *revendicaciones* y de partido, y de vergüenza y de libertad y de no permitir iniquidades (Fidel se felicita de haber pronunciado irreprochablemente esa palabra), es muy fácil. Lo que no lo es tanto, y perdone la indirecta, es levantarse cada día laborable a las seis —y conste que no hablo por mí, que trabajo de noche—, con frío casi siempre, con un calzoncillo largo, sucio y viejo —o limpio y nuevo, para que vea que no soy sectario—, y la camiseta, y ponerse unos calcetines, más o menos gordos, más o menos cortos, pero siempre remendados, e irse a hacer sus necesidades, adentro, o afuera, en un pozo negro y mal oliente y beberse una taza de agua caliente —vulgo café— si la hay, y marcharse a pie, en el barro, bajo la lluvia, a trabajar. Sí, joven, a trabajar. No sabéis lo que es eso. Ni tenéis idea de para qué pueden servir las manos. Hablar del proletariado, sí habláis; de las clases, teóricamente. Pero créame: el proletariado, así, en general, no trabaja: las clases, en general tampoco; trabaja el obrero, el obrero solo, con sus manos, con su espalda, con sus piernas, con sus pies: truene o haga sol. A vosotros eso os parece fácil y dais lecciones de heroísmo corriendo delante de los guardias jaleando que hay que luchar por las ideas, y recibís sablazos —de pleno— como condecoraciones por los ideales. Para vosotros el jornal es lo de menos. Pues bien, con el perdón: podéis iros al cuerno: he dicho ¡al cuerno! Mucha historia, mucho *Peleponeso*, mucha Roma y Cristo que lo fundó. A nosotros, lo que nos interesa —a ver si os enteráis de una vez— son las condiciones de nuestro trabajo, mejorarlas, ganar más, vivir algo mejor, si se puede. A nosotros, el gobierno, el que

sea, nos la... ¿Qué si es así o asá?: todo son mojigangas o charlotadas. Al fin y al cabo, nos dais a escoger entre *Llapisera* y *el Bombero*. Todo es toreo cómico, joven, para regocijo de criadas y horteras. A nosotros que nos den menos horas de trabajo, y si es posible, participación en los beneficios, y que nos gobiernen como quieran. El trabajo, joven, ese es el meollo. Y si no lo entiende, peor para usted. Eso lo ve don Julián Besteiro muy claro. Él sí se preocupa. A vosotros, os ha parecido mal que Largo Caballero haya aceptado —después de nombrarlo nosotros— un puesto en el Consejo de Estado: ¿Y qué? ¿Es que Lerroux va a socializar las fábricas? No me haga reír, joven. Quiere proclamar la República, ser presidente del Consejo, y de todos los consejos habidos y por haber, para tener automóviles, más queridas, más casas de cinco pisos y que le saluden los guardias. Y ya. Y a nosotros que nos sigan partiendo. ¿Para eso hemos de metemos en política? No joven. Si nos aseguráis que seremos dueños de los talleres, de las industrias, entonces podríamos hablar. Bueno, hombre, no es que veamos con mala cara que echen al Rey y a toda su faramalla. Pero eso no es lo nuestro. Lo nuestro es el trabajo. Ya lo sabe. Para sacaros las castañas del fuego podéis llamar a otra puerta.

Joaquín Dabella no supo qué contestar. Sus creencias, más o menos liberales, se amontonaban sin salida ante las razones del linotipista. Además, quería hablar de otra cosa. Calló, sin norte.

—Ahora, eso sí, eso de ser simpático, usted es simpático. Pero una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa. Yo hablo así porque soy de la opinión de don Julián. Esa sí que es una cabeza. Sabe más que nadie.

Les llamaron a declarar. Joaquín dijo que le sería imposible reconocer al pistolero. Salieron libres, con la advertencia de que quedaban a disposición del juez, por si éste juzgaba necesario que ampliaran sus declaraciones. Yendo hacia la calle, Joaquín intentó reanudar la conversación.

—Márgara...

—Déjela en paz.

—Es que yo...

—Joven: no le veo de yerno.

Tampoco realizaba Joaquín Dabella al señor Muñoz como suegro.

—Pero, usted, en principio...

—Ni en principio, ni en asado, ni como postre. Ahora bien, si Márgara quiere, yo podré renegar lo que sea, que como se le meta en el caletre hacer lo que sea, lo hará.

Se paró, miró sonriendo a Joaquín:

—¿Verdad que no hay otra como ella?

—Y que lo diga, don Fidel, y que lo diga. ¿No acepta una copa?

—Para que vea que no soy sectario: los socialistas somos así.

Márgara supo del atentado, de la «detención» de su padre, de Joaquín, por su tía.

Salió del «Terpis» —como decían las muchachas—, fue volando a la Comisaría; que el señor Cipriano, cuando supo la causa, no puso inconveniente a la salida de su «estrella».

—Las cosas de hombres siempre son respetables —dijo, sentencioso. Las pistolas le imponían.

Tía y sobrina tomaron un taxi, llegaron a la Comisaría cuando salían los interrogados.

—¡Gracias a Dios!

—Menudo sofoco.

—¡Qué horror!

Etcétera.

—Íbamos a tomar una copa. ¿Venís?

—Yo, con las mujeres no bebo —dijo el señor Muñoz—. Además, todavía podré trabajar medio tumo. Con que, jóvenes, abur. Adiós, hija. Que se te pase el susto. La vida es eso, y mucho más. Joven: tanto gusto. Y tú, Feli, ojo. Salud.

El viejo se fue, rejileto. Los demás entraron en el primer café que les salió al paso: viejo, desierto. A cojitranca se les acercó un camarero que hacía juego con los duros divanes de peluche y los espejos mortecinos.

—¿Qué va a ser?

Margarita quería detalles. Los despachó Joaquín en un dos por tres.

—Hablé con tu padre.

—¿De qué?

—De lo nuestro.

—¿Y?

La presencia de Feliciano le molestaba.

—¿No vive por aquí Teresa, la del Chato? —preguntó la muchacha.

—Sí.

—¿Por qué no le haces compañía un rato? Joaquín y yo tenemos que hablar.

—¿Molesto? Pues os aguantáis. Tu padre me dijo «ojo».

—Pero no oído. Con que... Si te quieres sentar en aquella esquina...

—No me creas tan cerrada de mollera. Pero *cuidao*...

—¿De qué?

—Yo me entiendo y bailo sola. Regreso dentro de media hora. Para que no digáis que soy borbónica.

—Muchas gracias, señora.

—Eso de «señora», ¿es chungo?

—Dios me libre.

Se fue, furiosa.

—¡Cómo es tu tía!

—No lo sabes...

Se miraron, como siempre, hasta más no poder. Sumergidos, arrobados. Los grandes ojos de Mara, castaños con destellos verdes; los diminutos grises de Joaquín no lo eran tanto como lo parecían por los cristales de sus gafas. Puerta de su luz se hartaban con la vista apacentando amor, cebando el futuro, sin tener cuenta de cosa del mundo. Veían en sus pupilas las luces y las sombras de su querer, sin pestañear, clavados el uno en el otro. Jamás escudriñaban, dándose por entero. Así se entendían sin palabras, tan dificultosas para él. Fijados el uno en el otro, mano en mano, no se hartaban de verse, traspasados, insaciables, sin quitar un punto; enamorados.

—¿Qué le dijiste a mi padre?

Joaquín cerró los ojos, se mordió el labio inferior. Miró el mármol blanco veteado de gris, de la mesa.

—Lo deja todo en tus manos.

Le cogió la otra, volvió a mirarla.

—No me dejó explicarle lo que quiero. Tampoco te lo he dicho a ti. Le he dado muchas vueltas. No podemos seguir así. Margarita callaba, pendiente.

—No quiero que sigas donde estás, porque no está bien y, además, no estudio. Tú lo sabes. Y es importante para los dos. Tampoco es cosa que vuelvas a lo de antes: no has nacido para modista. Quedarte todo el día en la portería, de eso ni hablar.

La muchacha aprobaba con los ojos. Sabía que si decía algo, Joaquín tendría mayores dificultades para expresarse. Además, el planteamiento era perfecto.

—Todavía no nos podemos casar.

El ¿por qué?, fue involuntario.

—Tengo que ganar las oposiciones. Cuando seas mi mujer no quiero deberle nada a nadie. No vayas a creer lo que no es. Te voy a proponer algo que no es corriente. Tal vez absurdo. Pero me conoces mejor que yo. Sabes que soy incapaz de mentirte. Te quiero para toda la vida.

Me pierdo —piensa Joaquín—, me pierdo, la pierdo. No son las palabras que debiera emplear. Pero ¿cuáles?

—Di, sin miedo.

—Te quiero poner casa, para que puedas vivir tranquila. Tú. No conmigo —añadió, bajando la voz—, sin que haya nada más de lo que hay entre nosotros. Podrías llevar a tu tía.

—¿Por qué? —hizo una corta pausa—. Me parece una solución estupenda.

Todo se rompe, cae, destroza: entra la luz, se establece de golpe, dando vida a cuanto no la tenía. Lo empañado se abriga, lo descolorido vuelve a su pureza, la opresión viene a alegría, la seriedad a sonrisa. Entreaire la boca:

—¿Sí?

—Sí.

II

En una taberna del Pacífico, hablan tranquilamente tres hombres maduros:

—¿Dónde dejaste la prima? .

—En el borde de la ventana del Cascas.

El primero al tercero:

—¿La recogió?

—*Naturlish*.

Entra un joven, se acerca, voz en ristre, baja, frenética.

—Te cargaste a otro.

—No es posible.

—Como dos y dos son cuatro.

—Las señas eran mortales.

—No hagas chistes, *Grauro*.

—Dijiste: más bien bajo, calvo, traje gris, acera derecha de la calle de Valverde, las siete y cuarto. Todo concordaba. No había pierde.

—Será eso, pero lo echaste a perder.

—¿A quién despachó?

—A un cobrador, más o menos nuestro.

—¡Bestia!

—Con cargárselo a la cuenta de la UGT, en paz.

—Podrías haberte fijado mejor.

—¡Ahora va a resultar que yo tengo la culpa de que se parezcan dos semejantes!

—Bueno, a lo hecho pecho. Si no se da por aludido, ese cabrón no escapa de otra.

Ahora, cada mochuelo a su olivo.

—Chao.

Se van.

III

Joaquín habló con su padre al día siguiente. No puso dificultad alguna en aumentarle la mensualidad, con tal de que no se enteraran sus cuñadas. Le pareció recobrar a su hijo. Hizo algunas preguntas indiscretas que Joaquín tomó a mal. Le

palmoteo las espaldas con entusiasmo.

—A ver si me la presentas.

Presumió en la peña.

—Sale a mí. ¡Buena semilla! Y no creáis, que tenía mis dudas.

Fernando Moríñigo, Samuel Romero, Alejandro Pimentel, le dieron la enhorabuena, como si se tratara de un ascenso.

La tragedia fue en la portería.

¿No te das cuenta, verdad?

—Claro que sí.

—Así que el primer señorito que te hace cucamonas...

—Papá: Joaquín no es un señorito.

—¿Entonces qué es?

—Déjame hablar.

—¿Para qué?

—Para que te des cuenta.

—¿Crees que no me la doy? ¿Crees que soy tonto?

—Por eso te hablo, porque no lo eres. Y además porque eres mi padre.

Repitió las razones.

¿Y qué? Lo fetén: te pone piso, te vas a vivir con él, como...

—Dilo.

—No. Y la culpa la tengo yo.

—¿De qué?

—De no haberte *cuidao*. De no haberte dado una carrera. De haber metido en casa a la zorra de mi hermana. ¿O me vas a decir que si no te hubieras *dedicao* a entrenadora, o lo que sea, estaríamos así?

—Es lo más probable. Algún día lo tenía que conocer a la fuerza. Aunque hubiese sido aquí, en el zaguán.

—¿Te das cuenta de lo que va a decir la gente?

—No me importa un comino.

—¿Estás decidida?

—Del todo.

—¿Lo sabe tu tía?

—No.

—¿Te la vas a llevar?

—Tampoco.

—¡Eso más!

—¿Para qué? ¿Para que me cuide? Me basto. ¿Para ayudarme? Voy a vivir sola. ¿Te enteras, papá? De llevarme a alguien, sería a Mercedes.

Al viejo le asomaron unas lágrimas del sentimiento. ¿Qué hacer, Dios, qué hacer?

IV

El 3 de julio, en el cuarto de Molina, el huésped, Dabella y Aparicio oyen detalles de la fallida intentona de la noche de San Juan, que Sbert les da un poco por compromiso.

—Se había pensado iniciar el movimiento en Cádiz. Luego se decidieron por Valencia, dado el ambiente republicano de la ciudad y la proximidad de Barcelona, Zaragoza y Madrid. Aquí, el general Riquelme debía haberse hecho cargo de la Capitanía general. El conde de Romanones y Melquiades Álvarez, en su calidad de Presidente de las Cortes, hubieran exigido al Rey la entrega del poder al general Aguilera. Han detenido a Weyler en Mallorca; el general Aguilera trincado en Tarragona, acaba de llegar, conducido. Había salido de su casa de Argamasilla, hacia Valencia, la noche del 22; se reunió al día siguiente, en Godella, con el coronel Segundo García, que llevó lo más de la conspiración. El chófer que llevó a don Segundo —hijo de su madre que, tal vez, sea muy decente— puso en antecedentes a la policía, a la que no le faltaban, como podéis suponer, todos los soplos que quiso recoger. En Valencia la guarnición se volvió atrás; no así Aguilera, dispuesto a asaltar la Capitanía General con un puñado de hombres. Pero llegaron noticias de que en otras plazas los jefes comprometidos tampoco se echaban a la calle.

—Para no faltar a la costumbre.

—Aguilera fue a Tarragona, donde tenía mando su amigo Batet. En poder de la policía están ya los capitanes Perea y Galán, el teniente Rubio, el doctor Marañón, algunos ex diputados: García Berlanga, Marcelino Domingo, Barriobero; algunos sindicalistas: Quemades, Pestaña; unos periodistas: Lezama, Cantueso, Benlliure Tuero; no todos los comprometidos ni mucho menos: han escogido los que les convenía.

Saca un papel.

—Lo más bonito es esta Real Orden que acaba de salir en el *Diario Oficial*: «S. M. el rey (que Dios guarde) se ha servido imponer las multas que se detallan a las personas que se expresan en la adjunta relación, sin perjuicio de otras responsabilidades en que puedan haber incurrido, por haberse comprobado por contrastados informes de policía su intervención o concomitancia, más o menos acentuada, en la preparación de sucesos que pudieron determinar grave daño a la nación, por promover frecuentemente con sus augurios y palabras inquietudes en el ánimo público y dificultades para el gobierno del país, faltas cuya apreciación y castigo es siempre discrecional en el Poder cuando se ejerce con carácter excepcional, por demandarlo así el bien público».

—¡Qué estilo!

—«Es, asimismo, voluntad de Su Majestad que las expresadas multas sean

exigidas por procedimiento de apremio judicial, y que mientras no estén satisfechas y se haga así público en *La Gaceta* de Madrid, no se autorice a ninguno de los multados a disponer de sus cuentas corrientes, depósitos, bienes muebles e inmuebles, ni ninguna operación que pudiera dificultar la exacción de las referidas multas». Oído al parche: «Los multados son los siguientes: general Weyler, 100 000 pesetas; general Aguilera, 200 000; conde de Romanones, 500 000; don Segundo García y García, 30 000; ex senador liberal Manteca, 100 000; Marcelino Domingo, 5000; Barriobero, 15 000; Benlliure Tuero, 2500; Lezama, 3500; general Batet, 15 000; teniente coronel Bermúdez de Castro, 2000; doctor Marañón, 100 000 y sindicalista Amelio Quílez, 1000». A Segundo García le quitan lo de coronel y le dan el don.

—¡Qué arbitrariedad!

—¿Y qué? ¿Desde cuándo los españoles tenemos sensibilidad jurídica? ¿O desde cuándo hemos dejado de creer que el gobierno puede disponer, como le da la gana, de los bienes ajenos? La Inquisición ha dejado raíces más hondas de lo que suponemos. Sin contar que aquí nunca se ha tenido por sacrílego las lesiones al derecho ajeno, sobre todo cuando no afectan al bolsillo propio. Ya veréis cómo no protesta nadie.

—Tiene razón el jurista. Además como las bolsas apuntadas se suponen repletas y cerradas a canto y lodo, la gente se alegrará.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. El robar a los ricos ha sido siempre un motivo de orgullo «muy español».

—Y catalán —remata Dabella, para molestar, aunque sea poco, a Sbert, mallorquín.

—Esas habas se cuecen en todo el mundo.

—¿Y ahora, qué hacer?

—Esperar la próxima.

Sbert ríe mostrando sus enormes dientes.

—Esto se mueve, no hay quien lo detenga.

V

—Nos hemos embellecido.

—No creo que fuéramos nunca unos Apolos.

Jaime Bordes y Carlos Santibáñez del Río comen en Lhardy, «como si fuese el

santo de alguien». *Foie gras*, con champagne; truchas, con Traminer; esperan el *châteaubriand*, con borgoña. Hace años que no se ven. El valenciano llegó por la mañana para regresar por la noche: un asunto de la Papelera; el director propietario de su periódico sufre un ataque de gota:

—El régimen.

—¿Cuál? Si es el de Unión Patriótica...

—Verduras y pescado hervidos. Estás como un roble. Nos parecemos más a los árboles de lo que cree la gente. Cuando más creces más separas tus retoños del tronco. Más hermoso, mayor sombra, pero sobre tierra extraña. Te dilatas —¿no tienes gases?—, te hinchas, te carcomen. Nos hacemos importantes, escondiéndonos de nosotros mismos. El tiempo nos añade.

—Más bien diría que quita.

—Tú siempre igual.

—Te ha ido mejor que a mí.

—En apariencia. Hemos nacido a destiempo. Debí vivir hace cincuenta años, cuando se creía a ojos cerrados en el progreso (en el que sigo firme, a pesar de tantos que se empeñan en demostrar lo contrario).

—¿Y yo?

—¿Tú? Con Carlos III.

El camarero les presenta la carne.

—Si me viera mi mujer.

—Lo mismo digo.

Recuerdan París, hace treinta años.

—Había otra revolución rusa.

—Ve a saber...

—Tú solo crees en la literatura.

—Y tú.

—No, sino en la historia a pesar de todo.

Bordes mira a su amigo que sostiene su mirada a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Escribes?

—Y lo rompo. No vale la pena.

—No fastidies. Quisiera escribir una novela, una gran novela, la gran novela de nuestro tiempo. Como hizo Galdós la del suyo. Y me sale entre Felipe Trigo y Ricardo León. La voluntad no basta.

—Siempre te gustó demasiado Galdós.

—Tanto como a ti Baroja.

—Sigo en las mismas.

Y yo. Lo de Pío no son novelas, es él, visto y vuelto a ver de un lado y de otro. El

lector acaba sabiendo de memoria, quién, cómo es: sin mayor interés. ¿Le sigues viendo?

—De cuando en cuando.

—Seguirá igual, despreciando cuanto se le enfrente.

—Y adorando los mismos dioses que tú.

—No lo dirás por Galdós. Don Benito era otra cosa. Ahí están sus personajes, vivos y coleando. ¿Quién los olvida?

—Tampoco los de Pío.

—Menuda diferencia. ¿Qué pesará *Paradox* frente a *Miau* o a *Torquemada*?

—Ve a saber. Siempre hubo dos tipos de novela. La autonomía de los personajes es algo secundario. Ahí tienes a *Fantomas*, a *Arsenio Lupín*, a *Sherlock Holmes*; no creo que se parezcan a sus autores, ¿y qué? Lo que importa es la vida: a veces, como en Galdós —que no me gusta, ni mucho menos, lo que a ti—, surge de las historias, de los seres; otras del autor mismo, representado a través de fantoches que hablan igual, con idénticas preocupaciones, como en Baroja. Los pintores, los novelistas no necesitan ser inteligentes.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿O crees que Blasco Ibáñez es lince? Ahí te tienes: ¿o eres más tonto que Pérez de Ayala? —Bordes no contesta—. ¿Crees que esta conversación reproducida en una novela tendría el menor interés? No, hijo, no. Lo que nos gusta, nos hace. Por ejemplo, esta carne, su punto de maravilla. ¿No repites? ¿Este trozo?

—No sabes cómo acabar conmigo.

—Está espléndida. No bebes.

—De verdad, te estás quedando ciego.

Santibáñez resiente la frase.

—Aunque no te lo creas.

Así es. Lo sabe: tiene vista escasa para tres o cuatro años más, y le quieren cuidar la sangre impidiéndole comer lo que le gusta... Bordes siente en el estómago su falta de tacto.

—¿Café?

—La duda ofende.

—¿Coñac?

—Para que no digas. Pero si antes nos hacen unas «crepas Suzette», no te diré que no... Para que veas que no lo he olvidado todo.

Callan. Hacía años que no hablaban.

—¿Cómo te va?

—Mal. ¿Y Mabel?

—Bien.

—No te privas de nada.

—No, si puedo.

—¿Y ella?

—Se conforma. ¿Y Mercedes?

—El hígado no se cura.

—¿Piedras?

—Mal humor.

—¿Y tu hermano?

—Murió hace año y medio, de repente, en la calle.

—No lo supe.

—Han muerto tantos desde que...

—Todo sigue igual.

—No: han cavado nuevas líneas del Metro, para que la gente trabaje más.

—Tenemos más canas.

—Sí, y cualquier día la diñamos.

—¿Te molesta?

—No faltaba más. Se mueren otros más jóvenes.

—¿Te molesta sí o no?

—No, hombre, no.

—A mí sí. No por mí, porque no he escrito —ni escribiré— lo que quería, lo que creí deber.

—Tú tienes la culpa. ¿Quién te mandaba encerrarte en Valencia?

—No es cuestión de lugar.

¿Para qué decir más? Además, lo sabe. Nunca hablaron de ello, pero tiene la seguridad de que lo sabe: Mercedes, sus celos, la vida imposible que le ha dado. Santibáñez está al cabo de la calle, pero cree que Bordes pudo vencer ese obstáculo con voluntad; le faltó.

—Siempre se es responsable de sí mismo.

Jaime Bordes siente el reproche.

—Te faltó valor, valiéndolo tanto.

Hablan empujados por los vinos, por lo abundante y sazonado de la comida. No debieran; se conocen bastante para no decir, sabiendo.

—No te decidiste...

—No valía la pena. No hay genios desconocidos.

—El Nietzsche que te parió...

—Ya somos viejos.

—Lo serás tú. La vejez no es cuestión de años, sino del porvenir. Los schopenhauerianos siempre fueron viejos aun antes de nacer.

—En cambio, los marxistas andan en pañales.

—No te digo que no. Además, ¿qué tenemos? Yo, cincuenta y nueve; tú,

cincuenta y cuatro. ¿Y qué? La edad de la sazón. La vejez: apariencia. Las enfermedades son otra cosa, pero no son privativas de la madurez.

—No te hagas ilusiones.

—Quien vale no envejece. Ahí tienes a Santiago Ramón y Cajal, con todo y estatua. Varían las ilusiones, no su intensidad.

—Claro: crees en el progreso.

—A Dios gracias.

—Aunque sea un provinciano, permítame que te diga que atrasas, joven positivista.

—Ya veremos quién ríe el último.

—Eso es cuestión de cánceres.

Llaman por teléfono a Santibáñez. Regresa en seguida.

—Mabel: que no me olvide de pasar por el fontanero. No lo haré. Luego, en casa, se armará.

—No entiendo.

—¿Quién entiende a quién? Es mi manera de protestar. ¿Por qué no va ella? Además, si arregla la tubería me tendré que bañar. Y me molesta. La mugre, Jaime, la suciedad es lo que nos queda. Una costra, cuanto más espesa, mejor. Y huele. ¿Es que los muertos no hieden?

Miente a medias. La bailarina le exige cierto aseo. Exagera, adrede, por divetir a su amigo. Sucede al revés. Jaime Bordes cambia de tema:

—¿De política, qué?

—Igual que si fuese ayer. Tanto monta Isabel II como Alfonso XIII.

Sonríen, por la intención procaz.

—¿Otra república caída del cielo, como la del 73?

—¿Por qué no? Y otra Restauración. No es que seamos ingobernables —eso son paparruchas—, sucede que lo mismo nos da. ¿Qué esperar de un país donde los jóvenes «ilustrados», que podrían llevarlo por otros caminos, sólo anhelan vivir de un gobierno del que muchos reprueban las raíces? Que se use la palabra «oposiciones» lo mismo para esos concursos de pretendientes que para designar la disconformidad, el colocarse enfrente, te da, de buenas a primeras —y a últimas— el signo de nuestro tiempo: queremos asegurar nuestra pitanza ordeñando un poder al que nos oponemos. Si esto no es repugnante que venga Dios y lo diga. Putrefactos, como dicen ahora los jóvenes. Que, en el fondo y en la forma, son y están tan putrefactos como nosotros.

—¿Ese es tu optimismo?

—Son cosas distintas: mi punto de vista, que se acabará cualquier día de estos, y el de la humanidad, que no tiene fin. Saborea el coñac.

—Aquí, lo único libre es el miedo. O el respeto, si quieres. Nadie se atreve a escribir lo que dice, ni a decir lo que piensa.

—La censura...

—La respetamos con el mayor gusto, llevándola en la sangre, y la historia se escribe según lo publicado...

—¿Ha sido alguna vez de otra manera?

—No. Pero sería bueno que cambiase.

—¿Qué quisieras?

—No lo sé.

—Un día tiene que reventar —dice Jaime Bordes—. Por lo menos esto.

—¿Por qué? No reventó el 9, no reventó el 17. Nos reventaron el 23. ¿Por qué ha de reventar ahora? Vamos tirando.

—¿Y los jóvenes?

—¿Crees que Victoriano Terraza, el que me mandaste, es joven? Él, y todos, quieren ganar oposiciones, haciéndolas o no. Asegurar su posición a lo castrense.

—¿Qué posición?

—La que sea, pero acomodada. Lo único que quieren: acomodarse. De los que me rodean en la redacción, el tino escribe «como Benavente», otro imita a tu Ricardo León. Los pintores jóvenes copian a Sorolla o a Picasso. Nacieron muertos.

—Seguramente hay otros.

—Claro que hay, que debe haber. ¿Y qué? ¿Qué cuentan?

—¿Los obreros?

—Lo sabes tan bien como yo: opositores a un jornal mejor. Y para de contar.

—Lo que me hace gracia —bueno, gracia no— es que me reproches mi pesimismo y que seas tú el que no deje títere con cabeza.

—Una cosa es la teoría y otra la práctica, así tengan relaciones. Lo que sucede es que, por ahora, son bastante malas.

—¿Y Prieto?

—Prieto conspira con algunos republicanos; saben que no les puede pasar gran cosa. ¿Crees que se juegan la vida? También ellos hacen oposiciones. Toma otro coñac. El *Elegante* no puede tardar. Me dijo que vendría a las tres. Como es tan inglés no se retrasará ni un minuto.

—Tengo que hacer.

—Quédate hasta mañana.

—No traje nada.

—¿Elegante tú también a estas alturas? Te vas en el rápido. Cenamos con...

—¿Con quién? ¿Quiénes quedamos de entonces?

—Bastantes, pero llama a Rodrigáñez, a ver si viene.

—No.

—Flores, Beltrán, muertos; Ibáñez, en París; Rigoberto, en la Argentina.

—En Venezuela.

—Lo mismo da. ¿Te tratas con Menéndez Pallás?
—No. Puedo avisar a Guzmán el Bueno, a Jiménez Ríos.
—¿Le ves?
—No. La universidad, la clínica. Ya no es el mismo.
—¿Quién más? Me citarás muchos, pero conocidos de más adelante. De entonces...
—Rodríguez Malo, pero ahora no puede andar por la calle.
—¿Qué tiene?
—Lo de siempre; la policía no cree en la evolución. Ulpiano.
—¡Hombre, es verdad! ¿Qué ha sido de él?
—Por ahí anda, de gran señor.
—Siempre lo fue.
—No se priva de nada. Ahora tiene una tienda de antigüedades.
—¿De antigüedades? Eso es nuevo.
—No tanto. Se ha pasado la vida heredando, a lo que dice.
—¿Dónde tiene la tienda?
—En la calle de Valverde. ¿Por qué no pasas luego por allí? Creo que es el 32 o el 36, ya lo verás. Yo tengo que ir al periódico. Podríamos comer en el Ritz, o en el Nacional, a menos que quieras ir a casa de Eladia. Aunque si viene el ilustre ensayista no creo que le haga demasiada gracia. Pasáis por mí.
A lo mejor luego vamos a Martín o a Romea... Ahí lo tienes. Las tres en punto...
Salvador Pérez del Molino, sonriente, les tiende la mano.

VI

—Dichosos los ojos.
—¿Los ojos? Eso, yo: estás hecho un pollo.
—Es el que mejor se conserva. Viaja mucho y eso, además de vestir, airea las polillas.
—No te quejes, Carlos, ya me han contado que bailas que da gusto.
—Aprovecho lo que puedo aprovechar. Te advierto que mi mayor sorpresa ha sido que a mis años, que son casi los vuestros, sigo funcionando como en mis mejores tiempos.
A Pérez del Molino le molesta el giro de la conversación. Jamás ha contado a

nadie lo relacionado con sus liviandades, que no son pocas. Le repugna que los demás lo hagan.

—Por lo menos, tú —le dice, para variar, a Santibáñez, refiriéndose a Bordes— trabajas en un periódico liberal.

—Sí, cómo no... Don Miguel Moya es un hacha. Al servicio de quien más le conviene. Por lo menos, Bordes sabe a qué atenerse. *Las Provincias* son de lo más carca, puede revolverse a su gusto en el cieno: no engaña a nadie. Por lo menos tú — recalca— eres el único que podría hacer lo que le viniera en gana. Hasta no escribir, que es el ideal de todo escritor que no se atreve a decir lo que debiera.

—Gracias.

—Podrías poner algunos puntos sobre las íes.

—¿Qué puntos? ¿Qué íes? —pregunta molesto Pérez del Molino.

—Claro, estás *au dessus de la mêlée*. Lo peor: creyendo que es tu deber; sin darte cuenta que sólo sirves a tus intereses, es decir, de retruque, a lo que dices despreciar.

—Te advierto —dice el ensayista a Bordes— que así empieza siempre.

—Por eso nos vemos tan poco. Es que me saca de quicio que pudiendo...

—¿Por qué no tú, que sabes lo que quieres y haces exactamente lo contrario?

—Si me pasas una pensión... Pero, no hay cuidado —a Bordes—: Sigue tan avaro como siempre. ¿Sabes por qué no comió con nosotros? Porque era evidente que el pagano había de ser él.

—Tenía que comer...

—¿Con quién? ¿Con el embajador británico? ¿Con la marquesa de Vallehermoso?

—No. Con Hope.

—¿Por qué no le trajiste?

—No me tomo este tipo de libertades.

Bordes rompe por otro lado:

—¿Hace mucho que no veis a Gómez Lascuráin?

—Desde que se hizo maurista, hace veinte años.

—Estuvo en Valencia, hace unos meses. Lo encontré muy cambiado. De lo más constitucionalista.

—Van a echar a perder lo poco que nos queda.

—Les das demasiada importancia.

—Mira: echarán al rey —dice Santibáñez—. No sueñan en otra cosa. Lo mismo Sánchez Guerra que Villanueva que, en el fondo, Romanones. La verdad es que las hizo tragar amargas. No una, cien veces. Y todos son abogados, sectarios de la ley, a la que dieron, e hicieron dar, tantas vueltas. Nunca he visto cavar la propia fosa con más ahínco. Los pondrán delante, caerán segados, cegados a las primeras de cambio: por unos u otros.

—Hay que ver con qué pasión han tomado su nuevo ideal. —Ideal es mucho decir

refiriéndose a esos paradigmas de la juventud.

—Llámalos vejestorios, pero estoy con ellos —afirma Bordes.

—Pero ¿qué quieren estos angelitos? —pregunta Santibáñez—. ¿El restablecimiento de las garantías... que ellos suspendieron tantas veces y que volverán a suspender si obtuviesen el poder? Ahora creen en el sufragio universal, que conculcaron a quien más mejor. Pasaron el tiempo diciendo:

—¿Qué gobiernen los que no dejan gobernar! Y cuando lo hicieron, crecieron en furia. ¿En qué quedamos? Que si no dejaron a Maura, que si asesinaron a Canalejas... Pero dime tú: ¿cuándo no ha mandado aquí el ejército? ¿Qué quieren? ¿Qué esperan? ¿La república? Aseguran que no.

—La verdad es que Lerroux...

—Entonces, ¿esto no tiene remedio?

—Ni por asomo —asegura Pérez del Molino—. Como no sea la anarquía, el desmembramiento, las taifas. España ya no sirve, sobrevive, va tirando, la van tirando, dando bandazos. Lo cual no quiere decir que aquí no se pueda vivir —no habéis comido mal, supongo. Se puede: a condición de no querer nada, de pudrirse a gusto, que es el de muchos. Remedio, sí lo habría.

—¿Cuál?

—Que todos, en masa —pero todos, ¿eh?— emigráramos a América.

—No salgas ahora con chirigotas.

—Sería prodigioso: para España y para América.

—¿Qué se nos ha perdido allí?

—Todo. Tómallo a broma. Pero figúrate: España, desierta, para quien la quisiera, y nosotros, todos, de Alaska a la Patagonia... A Valle Inclán le parece de perlas. Remedio heroico, que diría el bueno de Araquistáin. ¿Ya has visto cómo se mete con Ortega?

—Y eso, a ti, ¿te parece mal?

—Claro.

—¿Y los socialistas?

—Esa es otra: Besteiro les ha vuelto a dar calabazas a tus amigos los conspiradores.

—Y eso ¿te parece bien?

—Ni bien ni mal. Además, para lo que ha de servir...

—¿Qué dice Prieto?

Echa chispas. Ahora bien, si Besteiro hubiese revuelto el ajo, también le parecería mal. Son así: basta que uno haga una cosa para que los demás la declaren pésima. Si cuando Primo de Rivera se alzó con el santo y la limosna declaran la huelga general es muy posible que hubiera sido otro el cantar. Ellos van a lo suyo: hacen sus oposiciones a una vida un poquito mejor; a mangonear, no a mandar —eso les crearía

demasiados problemas—, a seguir en el machito: buenas personas que son.

Santibáñez, por gusto, le lleva la contraria a Pérez del Molino:

—Si hubiese justicia, en la historia, en la vuestra, en la historia de la historia, los españoles debieran levantarle un monumento a Primo de Rivera.

—¿A qué viene esto?

—La pura verdad. Los gobernadores de este tipo son de los que fecundan una nación. Primo cree que hace lo que quiere, sin darse cuenta que obedece a la primera parte de su apellido. Otra maravilla: ha conseguido rejuvenecer y hasta dar una nueva virginidad —¡y vive Dios que no era fácil!— a personas tan manoseadas por todas partes como a Romanones o Sánchez Guerra; con lo que ha reunido en un solo mito dos españolísimos: el de don Juan y el de la Celestina. Le ha dado una finalidad a la juventud: tirarlo.

—Cualquier dictadura...

—No, jóvenes, no. El quid está en la proporción. Fernando VII, Calomarde, caparon. Una reacción implacable, duradera, acaba con todo. La dictadura, como cualquier remedio, depende de su dosificación. Bien administrada fecunda la oposición. Una política tonta, fachendosa, aviva el espíritu.

—Siempre fuiste optimista, es decir, tonto del bote —dice Pérez del Molino.

—Sucede que creo que el mundo puede existir sin Carlos Santibáñez del Río y tú que se hizo para contemplar a Salvador Pérez del Molino.

—Sin eso no tendría gran interés para mí.

—Acéptalo de raíz. Si no existiera Salvador Pérez del Molino, no habría mundo. Para mí el mundo se hace fuera de mí mientras que para ti es tu voluntad y tu representación. Crees en los santos, la aristocracia, en el Rey de Inglaterra; cosas que, a mí, me tienen sin cuidado.

—Estábamos hablando de Primo de Rivera —recuerda Bordes.

—No vives en Madrid, aunque estés —dice Santibáñez a Salvador— y no puedes oler, palpar lo que representa un movimiento como el de los estudiantes, el de la Universidad; no se había conocido nada parecido hace mucho, pero que muchísimo.

—Maura —apunta el ensayista.

—El primer Maura, tal vez. Pero entonces existía Maura, el empuje venía de arriba. Ahora no: lo hacen naturalmente. Y eso es lo importante.

—¿En qué paró lo de Maura? —pregunta insidioso Pérez del Molino—. Fue más gente al entierro de Pablo Iglesias que al suyo.

—Es otra cuestión.

—¿Así que tú crees...?

—No creo nada: veo, tomo nota y digo que Primo de Rivera es un gobernante extraordinario.

—Para ti la perra gorda. Creí que hablabas en serio.

—Eso nunca se sabe. No lo sabe uno mismo, conque ¡figúrate! A veces, dices algo en broma y al momento, te fijas, y es la verdad mayor que has dicho en mucho tiempo.

—Pero no me negarás —dice, picado, Pérez del Molino— que esto no se puede aguantar ya.

—¿Tú también, hijo? ¿Qué es lo que no puedes aguantar? ¿La tontería divinamente cursi del Jefe del Gobierno? ¿Sus familiares salidas de tono? Desde luego es lo que menos se parece a un *tory*. Ni ha matado a nadie; a lo más, menos que Sánchez Guerra...

—La dignidad... —apunta Bordes.

—*Ara sí que m'has fotut*, como decís los levantinos. ¡La dignidad! ¿Cuál? ¿La de los caciques andaluces como Burgos Mazo, Natalio Rivas o Alcalá Zamora que la proclaman tan alto para disfrazar lo corto de su memoria? Hombre ¡no fastidiéis! Lo que pasa es que hay una desproporción enorme entre lo que somos y lo que creemos ser.

—Aquí y en la Cochimbamba.

—No tanto. Para los italianos, aunque no lo creas, Roma está muy lejos y en ruinas a pesar de la mandíbula de Mussolini. En cambio, para nosotros, Ávila, Toledo, no digamos El Escorial, y lo que representan están enteritos y al alcance de la mano.

—Los ingleses (Ya salieron los ingleses, piensan al alimón, Bordes y Santibáñez) siguen donde estaban, sin hablar de sus catedrales.

—¿Por cuánto tiempo?

—No hablo del futuro, sino de hoy. Hoy por hoy.

—Buen título para una revista —comenta jocoso el miope, con una sección de crítica de arte: «Ojo por ojo» y otra literaria que se llamara «Diente por diente». ¿De qué hablábamos?

—No sé. Lo mismo da.

—A los españoles nunca nos han importado los demás pueblos.

—¿A los ingleses, sí?

—Date una vuelta por el Museo Británico —dice Pérez del Molino con ironía.

Santibáñez se reconcilia con él. Bordes, menos fino, protesta:

—También el Prado...

—No: los Rubens, los Ticianos se hicieron para reyes españoles o fueron regalos. En cambio —en Madrid, en Sevilla— si nos importara lo demás, debiera haber, por lo menos, una prodigiosa colección azteca, una maya, otra inca. ¿Las has visto? En cambio en Londres...

—Tampoco el Louvre es mal cordero...

—Otra: en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, hasta en Portugal hay

hispanistas, muchos, ilustres. ¿O no?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver?

—Aquí ¿quién se especializa en literaturas extranjeras? ¿Dónde el Farinelli, el Foulché–Delbosc, el Trend español?

—Para la burra —comenta Santibáñez, feliz de ver a Pérez del Molino olvidarse de la medida—, el ser hispanista nutre a su hombre.

—¿No comería un español especialista en Goethe o en Racine?

—Nos lo comeríamos vivo. ¡Lo que iba a oír! Lo tomarían como un ultraje al honor nacional.

—Para unos el país y sus productos son lo mejor; para otros, lo peor.

—Todo es amor.

—Pero del malo. Pídeme otro coñac, del bueno.

—No me digas que has oído a un francés hablar mal de lo suyo.

—Los gabachos, por inteligentes que sean, creen ser el ombligo del mundo.

—Toma, y los suizos.

—No todos, ni todos los belgas. Añade, eso así, los catalanes y los vascos. Con lo que me llevo la razón de calle: Francia ha desteñido en ellos.

No deja nunca de ser agudo, el cabrón, piensa Santibáñez, mientras se levanta con desgana, yendo hacia el teléfono, que le reclama otra vez.

—No se puede ser importante... —comenta Bordes. Aprovecha la ausencia para preguntar al ensayista—: ¿Qué escribes?

—Nada. Estoy seco.

Vuelve Santibáñez sonriente:

—Agarraos, jóvenes: llevan a la cárcel a toda la directiva del Ateneo, por negarse a dar posesión a la nueva nombrada por Real Orden. Les acompaña una multitud.

—Pero ¿con Marañón y todo?

—Con Marañón y tu querido y admirado Luis de Tapia.

—¿Vamos? —pregunta Pérez del Molino.

—¡Hombre! ¡Y aun dudaréis de que Primo de Rivera es un gobernante genial! Bueno, hijos, tengo que ir al periódico.

¿Qué hacéis?

—Os quería consultar algo —dice Pérez del Molino.

—No lo puedo creer. Lo tendrás ya resuelto y quieres tener la conciencia tranquila —le contesta sin sentarse Santibáñez.

—Es posible.

—Desembucha.

Quieren hacerme de la Academia.

—De la Real Academia Española.

—Hace mucho que debieras de pertenecer... —apunta Bordes.

—¿Lo dices por molestar? —pregunta agrio el ensayista.

—De ninguna manera. ¡A qué santo! Lo creo.

—Y tú, ¿qué dices? —Hombre, es cosa tuya. A ellos les vendrá de perlas. No andan sobrados de escritores. Estoy seguro de que no hiciste nada para que te ofrecieran esta compensación...

—No te permito...

—Me has pedido una opinión, ¿sí o no? Aceptarás porque te conviene. Además, como ya no escribes ¿qué más te da?

¿Qué hablaste pestes de la docta institución en tus años mozos y en otros más recientes? ¡A ver quién te tira la primera piedra! ¿Qué desencantarás a algunos ingenuos que todavía esperan «flores de tu ingenio»? Otras torres más altas cayeron. Personalmente me tiene sin cuidado; recibe, desde ahora, mi enhorabuena. Te habré hablado el conde de la Moriera, o el marqués de lo que sea. Como por otra parte no asistirás a las sesiones del diccionario —estás por encima de esas miserias— ¿qué más da? A cualquier puerco le llega su San Martín. Ya me iba, con que: abur y que te aproveche, Jaime: o vienes al periódico o me hablas por teléfono. No, no te preocupes: la cuenta ya está pagada.

—En el fondo —dice Bordes, viéndole salir cargado de espaldas—, es el único que todavía se hace ilusiones.

Como siempre —piensa Pérez del Molino—, Carlos tiene razón. Acepté desde que me habló, no el conde de la Mortera, sino el marqués de las Navas. ¡Grandes escritores! Pero, Salvador Pérez del Molino, de la Real Academia Española, no está mal. Debiera darme vergüenza, y no: me halaga. Ahí queda lo que hice, no por eso variará. Y el título, o subtítulo, me satisface. ¿Entonces? No seré más que lo que fui. ¿Por qué no aprovecharme y darle al orgullo lo que es del orgullo? Al orgullo, no; a la vanidad. Bien, acepto: a la vanidad. ¿Y qué?

Fue a dar una vuelta por las librerías, reconcomiéndose por el tiempo perdido. Charlas de café... No va a ninguna tertulia. Alguna vez, cuando le habla Ortega, a la *Revista de Occidente*, muy de tarde en tarde, para hacerse notar. Podía haber... ¿haber qué...?

Bordes después de despachar su asunto en el Ministerio de Hacienda fue a la calle de Valverde. Encontró por casualidad a Victoriano Terraza, que iba a casa de los Miralles. Le presentó a Ulpiano Miranda.

De madrugada, al llegar Santibáñez a su casa cogió un libro de Pérez del Molino, se puso a releerlo, embaucado inmediatamente por lo que le iba entrando por los ojos. «¡Qué bien! ¡Qué inteligencia! ¡Cómo escribe —o escribía—! De lo uno a lo otro ¿qué diferencia? A lo sumo para nosotros, sus amigotes. La verdad, no tenemos perdón de Dios. Nos metemos con él sin acordamos de quién es —o fue—. (No se deja de ser). De la Academia ¿y qué? A lo mejor te gustaría también ser de la R.A.E.»

No, no le gustaría. No le gustan las «maneras» —por lo menos, las buenas—, dan trabajo. Ha llegado a una llanura donde lo que le importa es la comodidad. Por eso, a veces, le molestan Pérez de Ayala o Gabriel Miró. Pero este libro de Salvador es bueno, definitivamente, sin vuelta de hoja. Lo publicó hace veinte años y está en pie. ¿Entonces? Claro: él está cargado de puñetas, pero es un gran escritor, sin duda. Le roemos los zancajos —nosotros, sus amigos—. ¿Por qué? ¿Por envidia? Yo, no. Otros, tal vez. Porque sí, por el tiempo pasado, por antipático. Por esa idea absurda de que todo puede, debe, resolverse con el mecenazgo —así explica él las edades de oro. Parece mentira que un hombre de su talento sea tan vanidoso. ¿Y yo? Juzgar con desapasionamiento, solo a solas, en la madrugada, perdido de uno mismo, perdido de sí, perdido de mí. A estas horas, a solas, solo, te saludo, Salvador, con conocimiento de causa.

Carlos Santibáñez se duerme roncando —a veces se despierta a sí mismo— yendo hacia una estación ¿a la de Oviedo?, abrazado a una muchacha joven, desconocida, desnuda bajo un suave abrigo de piel. Le descubre un seno.

VII

—Nos vamos el viernes a Alicante.

—¿Quiénes?

—Gabriela y yo.

Luisa Morones se acostumbró a ir a la tertulia del *María Cristina*.

Manuel Cantueso, recién salido de la cárcel, trae a Paquita —están otra vez juntos. Con Aparicio —tras Marta Quiñones— el grupo cobra prestigio; Luisa arrastra tres o cuatro compañeros de la Facultad, más jóvenes, que la oyen como oráculo.

—¿Cuántos días vais a estar?

—Dos o tres. Luego pienso pasar unos días en Valencia. José Molina no se separa —en lo posible— de Gabriela, que le oye como siempre sin prestar mayor atención. El santanderino redobla el asedio, los manoseos.

—¿Me haces el favor de estarte quieto? Si sigues así no vuelvo a poner los pies en el café.

—Vamos al cine.

—Bueno, vamos. ¿Quién se viene?

Nadie quiere ir.

—No vais a ir solos —dice Luisa para quien cuentan las formas si se trata de otros.

La reflexión de su hermana decide a Gabriela.

—Vamos.

En la oscuridad José le mete mano.

—Estate quieto. O me voy.

—¿Quieres que vaya a Alicante con vosotras?

—Eso es cuenta tuya. Pero que no te vean en la estación.

—Iré el sábado.

—Allá tú.

En su cuarto, José discute el asunto con Joaquín.

—Tengo que ir. Ahora o nunca.

—¿Quién te lo impide?

—No tengo dinero.

—Te presto doscientas pesetas.

—¿Me bastarán?

—Para pasar un día...

—¿Cuándo te las devuelvo?

—Eso, tú verás. Nadie te obliga a ir. Para lo que vas a sacar...

—Eso crees tú.

Fue. Joaquín le acompañó hasta el andén.

—Suerte, matador.

Llegó al hotel echando una vista distraída al Mediterráneo, que conocía de oídas. Lo tenía en menos, como todo buen cántabro.

—Que suba.

La habitación, grande, tenía dos camas enfrentadas por los pies. Las mujeres, acostadas. Luisa pareció encantada de su presencia.

—¿Desayunas con nosotras?

Al camarero que entraba con una bandeja:

Otro café.

Molina se ofreció a servir las, cada una en su lecho. Lo hizo con gusto; se lo agradecieron. Se reprochó no haber traído flores. (Doña Gloria le había enseñado a ser muy cumplido).

—Te quiero.

—No digas majaderías.

Hiciéronle salir para vestirse. Luisa apareció primero:

—Nos veremos a la hora de comer.

—¿Dónde?

—Tú dices.

—Ahí enfrente.

—¿Entro?

—Entra.

Acababa Gabriela de peinarse. Le besó el cogote.

—Estate quieto.

—No quiero.

—Acabaremos mal.

—Será porque quieras.

—Mira Pepe: estoy a gusto contigo, no fastidies, ni me pidas cosas que no pueden ser.

—Te quiero.

—Yo a ti, no.

—¿No ves que no vivo?

—Más bien lo contrario. Vámonos.

—¿No estamos bien aquí?

—¿Hace un día espléndido?

—Lo veo.

—Vamos a dar una vuelta.

—Tenemos tiempo.

La cogió por los brazos, intentando atraerla. Gabriela le rechazó sin dificultad, forzada.

—Así no conseguirás nada.

Molina se satisfizo con la frase. Fueron a paseo. La ciudad brillaba por todas partes al relumbro del mar, roto en mil movientes espejos de sol. El calor apenas se notaba borrado por un airecillo salitroso.

—¿Cuándo estudias?

—No me nombres la bicha.

—¿Cuándo son las oposiciones?

—Dentro de un mes.

—Pues sí que te preparas...

—Échate la culpa. Doy con Alfonso I, y eres tú; con los persas, y eres tú; con la primera edición de *La Dorotea*, y eres tú. ¿Qué quieres que haga? Te quiero.

—No seas majadero.

—De tanto pensar en ti, a eso llego.

—Te van a suspender.

—Con que tú me apruebes. ¿O es que no te das cuenta?

—Ilusiones. No me quieres, Pepe. Se te ha metido entre ceja y ceja acostarte conmigo. Nada más.

—No digo que no.

—¡Qué poca vergüenza tienes!

—No. Tú lo dices todo. Yo te quiero, tú aseguras que no. Vamos a probarlo: te acuestas conmigo. Haces obra de caridad. No te vuelvo a ver —si lo que dices es verdad— y gano las oposiciones. Mi familia te lo agradecerá.

—Soy una mujer decente.

—Adiós.

—¿No lo crees?

—No.

Lo era, pero el hecho de que Molina supusiese lo contrario no dejaba de gustarle. El ser «una cualquiera» tiene ciertos atractivos. José no calculaba, esperando el «momento bueno». Porfiaba hablando del color de sus ojos, de la finura de su cutis, de su inteligencia:

—Eres más de lo que crees.

Llevado en andas de su falo, creía en lo dicho, convincente.

Luisa trajo a comer a la razón del viaje: un perito agrónomo en gira de inspección. Huía de complicaciones con sus compañeros, dándose gusto aparte. Sin que lo supiera más que quien ella quería, obviaba complicaciones familiares. Tenía confianza con Molina; con su hermana era otra cosa: le llevaba ocho años, nunca la había juzgado, admirándose mutuamente por razones distintas. La una por inteligente, la otra por hermosa. El arroz a banda les ofreció cuanto esperaban, el rioja ayudando. Tras el café las parejas se separaron.

—Nos veremos en la noche, en el hotel. ¿Hasta cuándo vas a estar aquí?

—No lo sé. Pregúntaselo a tu hermana.

Gabriela y José se quedaron largo rato oyendo las palmadas del mar en la tierra, bajo sus pies. (El merendero estaba sobre pilotes, adosado al muelle). La reverberación acabó por cegarles.

—¿Vamos?

—Vamos.

No quiso la deseada regresar al hotel. Al azar, subieron a un simón abierto que les llevó carretera adelante, bordeando el mar. Callaban, entre otras cosas por la digestión, enlazadas las manos. Era lo menos que le podía conceder, por el viaje. Intentó pasarle el brazo por el hombro.

—¡Quita! ¡Qué nos ven!

—¿Y qué? ¿Quién nos conoce?

—Te conozco.

—Te quiero.

—Mira, Pepe: aunque no te lo creas, soy católica.

—¿Es lo que te detiene?

—Tal vez.

Ahora sí que la hemos hecho buena, pensó el rijoso.

—Te confiesas, y en paz.

—No me confieso.

—¿Qué clase de católica eres entonces?

—Como muchísimos.

Pararon en un cafetín, a la entrada de un pueblo polvoriento.

—Tomemos una copa.

—Una limonada.

Regresaron. Empezaba a atardecer. Pasearon por el extremo de la explanada, desierta. Molina la aculó contra el tronco de una palmera. Gabriela, ida la cabeza atrás, viendo la luna blanca en el cielo todavía claro parecía no enterarse. José sentía la amplia cintura firme y blanda, encalabrinándose. Tirándola hacia sí consiguió sus labios inertes.

—Soy capaz de matarte.

—Es lo mejor que podrías hacer.

Pensaba en Juan Ruiz. No podía decir que en sus ilusiones deshechas. Nunca se las hizo. Ni acerca de su boda ni de nada. Vivía, sin pedir cuentas.

—Sería capaz de vender mi alma por tenerte.

La ganó con esa frase. No se lo diría nunca. Jamás supo Molina lo que debió al catolicismo. Se le entregó sumisa, en el hotel, sin una palabra.

Por la noche, las mujeres salieron para Valencia, con el perito, José volvió a Madrid, triunfante. Pudo dormir en su vagón de segunda, casi desierto.

En la pensión, se pone a escribir, en el reverso de una hoja de notas acerca de la organización más moderna de los museos: «Soy el mismo que anoche no más te acompañó a la estación, viéndote marchar como quien mira hundirse en el agua un objeto cualquiera. El tren echó a correr sobre la superficie de la tierra, y tú te ibas hacia su centro, su centro de agua, tirada al fondo por tu propio peso, el mío. Te ibas, para siempre. Y yo permanecía, a pie firme, en el andén, siendo el mismo. ¿Quién eres tú? ¿Quién eras? ¿Quién fuiste? Por más que me esfuerzo no puedo recordarte como quisiera. Te borras de mi mala memoria, tan rica —en abstracto— de ti. ¿Cómo eras, con los brazos levantados, cruzados, tras tu cabeza despeinada, tus finos labios despintados? ¿Cómo eras? Te querría fijar, indeleble prenda de mi victoria. Mas huyes, te desdibujas en el olvido de mis ojos, hundida en el agua verde del mar transparente, medusa. Te tengo en mí, pero ¿cómo?

»Te quedaste en la portezuela del vagón todo el tiempo posible. Recuerdo tu abrigo gris, su cuello negro, tu alto cuerpo gallardo. Pero tu cara se borra mientras todo yo te está pidiendo a gritos, de nuevo, para salvarme en la balsa —en el bálsamo de tu cuerpo. Tenerte otra vez, otra vez, Gabriela, otra vez, sólo otra vez, de nuevo,

para salvarme del olvido».

Relee. Está bien. No se puede quejar. ¿Se lo manda? ¿Qué diría? ¿La quiere? Sí: la quiere. Rompe lo escrito, resistiendo el daño. ¡Fuera complicaciones! ¿La quiere? La tuvo. El problema sigue siendo casi el mismo: volverla a tener.

Entra Juanita, la criada nueva de la pensión; se sonrío al ver la cama intacta (son las nueve de la mañana y el sol se luce en la Gran Vía, en los tejados de las casas de Madrid). Juanita no está ni bien ni mal. De Móstoles, entre los veinticinco y los treinta. Delgaducha, ruda, dura, rasposa. Molina le echa mano, sin contemplaciones. La mujer se defiende.

—¡Señorito! ¡Cómo es! ¡Estese quieto!

No se está.

—¡Pueden entrar! ¡No sea así! ¡Ahora, no! Luego vengo. ¡Déjeme! ¡Cómo será! ¡Ay, Dios! ¿Cómo puede gustarle así, de sopetón?

Ya. De cualquier manera. Dabella entra cuando la mujer todavía se recoge el moño. Sale corrida.

—¿Paga tu fracaso alicantino?

—Si te preguntan —que nadie lo hará— contestas que no sabes. Y estarás en lo cierto.

Le brillan los ojos a Molina. Se siente caballero. Joaquín no insiste.

—¡Vete a hacer gárgaras! Ahí debes tener los apuntes de un tema que me toca a mí también.

—Busca.

Se ponen a estudiar; el aragonés, en serio. Molina piensa en las mujeres, así, en general —incluida su madre. El mundo es una enorme vulva que hay que llenar, como sea. Gabriela. ¿Se acordará ahora de él, como se acuerda de ella? ¿Por qué se acostó con él? ¿Por qué se acuestan las demás con él? Con él y con todos. ¿Por el solo placer? Tal vez. Sí, tal vez, quizá... No lo sabrá nunca. Por lo demás está satisfecho, hasta de la temperatura. Debería estudiar. ¿Para qué? Lo único que le importa son las mujeres. Ir a ver a Lola, una puta de la calle de Echegaray con quien hace buenas migas. A la noche, para redondear. Lo único que le falta es dinero —así, en general—; ahora todavía le quedan cincuenta pesetas, de las doscientas que le prestó Joaquín. Sobran. Tener dinero suficiente para no hacer nada sino acostarse con todas las que le salgan al paso y se dejen. Gabriela, Juanita, Lola. Para un día —son dos, pero disimula— no está mal. Se despereza.

—¿Tienes cigarros?

—¿Fumas?

—Si tienes.

—¿No estudias?

—No.

VIII

Joaquín Dabella alquiló un piso en la calle del General Oraa, entre Lagasca y Velázquez. Recibidor, sala, alcoba. Con el consejo prudente de Mara, lo amueblaron con lo indispensable. Único lujo: Benjamín Palencia les prestó un cuadro. Joaquín estudiaba con furia, por la noche y la mañana, en su casa. Comía con Mara; a su lado seguía estudiando, hasta las siete. Iban entonces a la tertulia del *María Cristina* o al cine. Tomaban un café con leche con tostadas —la de abajo ella, la de arriba él—, la acompañaba, se iba a estudiar al amparo de sus tías, frenéticas por su nuevo orden de vida.

Aparicio vivía ahora en la Residencia de Estudiantes, procurando no frecuentar el grupo formado alrededor de Dalí, Buñuel y García Lorca, en pleno fervor surrealista, que no compartía; allí se llevaba bien con Moreno Villa, a quien conoció en Alemania.

Se acostumbró a ir, a media mañana, a casa de Margarita. Charlaba con ella hasta que llegaba Joaquín. Nunca quiso quedarse a comer:

—Os tendría que convidar después. ¿Para qué?

(Manuel Aparicio estudió sus primeras letras en Sevilla, les sacó brillo en Cambridge y en Munich. Huérfano, su tutor, el marqués de Colmenares, muerto en 1922, no se preocupó más que de darle excelente educación. Rico, incapaz de hacer un favor, porque no le salía de adentro, convencido de que prestar no servía de nada, odiaba el agradecimiento).

A veces, se volvían a ver en el café; entonces los acompañaba hasta General Oraa; de allí se iba a pie a la Residencia.

Márgara se adaptó sin dificultad a su nuevo ambiente. Entró a pie lleno, sin callar su sentir. Le pareció bien la música de Debussy, de Stravinsky; la poesía de García Lorca, de Alberti. No participaba de los gustos de Aparicio por la poesía de Rilke, de Valéry, de George.

—A mí me gusta lo que entiendo.

Era la única persona de la que el cordobés aguantaba tarascadas. Había otra razón: Márgara supo, muy pronto, de algunos de sus problemas, también en eso impar. Aparicio estaba convencido que no diría palabra, ni a Joaquín. Así era.

La natural adaptación de Márgara a su nuevo medio no sorprendió a Dabella. Lo sabía de antemano. A más del amor. Vivían bobos.

—Las mujeres —decía Aparicio a Joaquín— son de esa calaña: no hay distancias para ellas, ignoran el respeto. Por definición todas las mujeres son tontas. No digo que alguna fea no sea lista, pero a costa de lo que nos gusta. A veces he pensado que lo que nos atrae, en ellas, es la tontería.

Cuando Joaquín —meses antes— empezó a hablarle de Márgara le endilgó este

discurso:

—Huye. Déjala. ¿Qué quieres? ¿Casarte? Al hombre casado, por fuerza, se le pega algo de la tontería de su mujer. La mujer —te lo dicen en todos los idiomas— es animal terco. No hay peor que el empecinado, y cuando se mete algo en cabeza de mujer, no hay quien lo saque, por mucho que te ingenies. Un hombre olvida; una mujer nunca. Son el signo contrario de la magnanimidad. La tienen por vicio. (Como tú —piensa Joaquín). Para ellas no hay más que la costumbre; todas como su madre. No olvides que casarse es entrar a tener dueño. Quiere decir sujeción, dar la mano.

Vínculo lo llaman también, o yugo, o enlace. ¿No te suena? ¿Qué hacen falta para la generación? ¿Y qué? Ahora sabes lo que eres; casado ¿quién lo adivina? Tanto hablar del pájaro en mano y os perdéis todos, de cabeza.

Dabella le miró, divertido: Sigue.

—A veces salen ambiciosas que es lo peor: empujan al hombre por caminos que odia con tal de llegar a sus fines. Si no lo son, se convierten en peso muerto que te arrastra a la nulidad. O te llevan a una labor uniforme, sin calidad. Te harás responsable de sus salidas de tono, de su falta de gusto, de sus preferencias ordinarias. Un hombre casado es un ser disminuido.

—¿Qué más?

—O resulta «casquivana» —así se dice, bien—. Tal vez sea lo mejor. El peso de los cuernos es más leve que el de los celos. ¿Para qué meterte en ese laberinto sin salida decorosa para el hombre?

No se le ocurrió a Joaquín Dabella preguntarle a su amigo cómo se las arreglaba. Una noche, a cierta sugestión de Cantueso, el cordobés contestó, tajante:

—A lo mío, yo. Siempre se va de putas, sin necesidad de celebrarlo.

Su fama de avaro hizo suponer a alguno de sus amigos que se resistía, por mezquindad, a compartir sus más dispendiosas diversiones. No era esa miseria, sino otra:

Concha López O'Donnell, prima hermana del marqués de Colmenares, cumplía ahora, en 1926, cuarenta años. Hija única de un aristócrata cordobés y suicida y de una noble inglesa huida con un cantante de ópera famoso en Italia a fines del siglo XIX, se había educado en Suiza. Dueña de sus destinos, a su mayoría de edad casó con un vizconde francés, más amigo de su dote que de las plurales de su prometida. Maurice Deschamps le enseñó cuanto ignoraba —que no era mucho— forzándola a aceptar la presencia de sus amantes, procurando que a ella no le faltaran. Amigo de Mauricio Barrés, al que acompañó en uno de sus viajes a España. El vizconde murió en África; así se dijo, vagamente: fue en Túnez y por la posesión de un mozuelo, que para él no hubo barreras. Concha López quedó viuda a los veintiocho años. A consecuencia de un amago de cólico hepático trabó conocimiento con un médico alemán, en Wiesbaden, de renombre súbito. El desgraciado inyectaba morfina a

diestra y siniestra procurándose complicidades agradecidas. No le duró mucho el gusto. Se supo, acabó sus cortos días en un sanatorio. Quedó su paciente inficionada de por vida. En 1923 decidió recluirse en Madrid, en una casona de la familia, en la calle del Cordón. Sin haber sido nunca hermosa, consumida tenía cierto encanto que entretenía vistiéndose a la manera romántica de la condesa de Noailles. La atendían dos criadas y dos mozos, viejos incapaces de figurarse el por qué de las variaciones del humor —tan sin razón para ellos— de su ama. Su administrador —sordo— prefería no darse por enterado. La vizcondesa de Loudon salía rara vez a la calle, tenía pocas amistades, ninguna femenina. Cuando regresó a España, Manuel Aparicio fue a visitar a su tía. Se prendó, fue correspondido. Fueron meses amargos y encantadores. No tardó Manuel en compartir los gustos de su querida. Más: se encargó de procurar el estupefaciente. Con dinero no le fue difícil.

No lo supo Mágina, pero intuyó el peso. Los cambios de manera de ser del joven escritor eran demasiado radicales para obedecer —como aseguraban sus amigos— a su solo genio.

—No, esta noche, no. Tengo que ver a la familia.

—¿Qué familia tiene? —inquirió Mágina de Joaquín.

—Manuel es conde, o marqués, o no sé qué. No quiere hablar de eso. Le molesta. Manuel Aparicio se sentía bien con Mágina.

—El dejarse llevar por cierto demonio interior que te empuja a lo que normalmente eres incapaz de hacer es el estado perfecto del hombre.

—¿Cómo lo consigues?

—Emborrachándome.

—¿No te da vergüenza?

—Ninguna, teniendo en cuenta que no lo confundo con el alcohol, que es barato, soez y, a veces, bastante feo de ver. ¿O crees que lo mejor que se ha escrito en este mundo lo fue en condiciones normales? La media docena de poemas que me han «consagrado» los escribí perfectamente ido.

—¿Así que «vino de consagrar»...?

—Tú lo has dicho.

—Entonces, los locos...

—¿Por qué no? No te preocupes. La enajenación, la insania, la melancolía, el delirio, la chaladura, lo irracional, los caprichos, la extravagancia, el ser lunático, las manías —dejando aparte el frenesí—, el sacar de quicio, el trastornarse, perder el seso, estar fuera de sí son —para mí— inseparables del concepto que tengo de la poesía. Hay otras: no me interesan. El joven que hace poemas como cuentas en el banco —también son renglones cortos, uno bajo otro— se lo dejo a lo que llamáis «personas decentes». Y en cuanto a los que se precian de sueños o escritura automática, así, por las buenas, van dados...

—¿Te crees superior?

—En este aspecto, sí: veo más lejos.

—¿Los desprecias?

—Exactamente. La normalidad es una suma de mediocridades, como la paz.

—Que es lo que casi todos desean.

—No lo dudo.

—Y yo.

—Y tú.

—Entonces ¿por qué eres amigo mío?

—Eso no se sabe nunca. Para serlo, un refugio debe dar ciertas garantías irracionales de seguridad. Además: *Nous sommes tous plus ou moins fous*.

—No seas mal educado, habla en cristiano.

—No vale la pena. Todos estamos más o menos locos, menos tú.

—Después de lo que has dicho, siento no poder darte las gracias.

A Manuel le molestó el tono.

—¿Tú también, remilgos? Estoy a gusto contigo porque no te sorprende nada de lo que digo, y porque sabes que no lo digo para sorprenderte. A la misma altura. Si ahora empiezas a poner pegas, no vuelvo.

Se fue. Lo comentó con Joaquín.

—Déjalo. Volverá si quiere. Si no, es inútil decirle nada.

Manuel Aparicio se había ido por ver a Marta Quiñones.

La conoció en casa de los Morones. Sería inexacto decir que la muchacha era inteligente. Había aprendido a no tomar las cosas en serio, a contestar a todo con gracia intrascendente que cubría —tal vez— cierta mediocridad de juicio. Su conversación agradable se basaba en no darle importancia a nada, como si estuviese de vuelta de lo más sagrado.

—¿Tú crees? —solía decir, sonriendo, descubriendo sus preciosos dientes, dándole a la pregunta un tinte suavemente irónico.

Su otro tranquilo era hijo del de Ortega —a cuyas clases asistía—:

—«¿Desde qué punto de vista?». Con lo que forzaba el interlocutor a contestarse a sí mismo.

Preciosa: ojos verdes, morena de cutis claro, sonriente de por sí, de cara ovalada, barbilla partida, hoyuelos suaves, abierta, siempre presente, añadiendo gracia donde faltaba perspicacia. Se le entró a Manuel Aparicio a raudales. No supo qué hacer, sorprendido.

Fueron novios, a saltos, unos días sí, otros no, según los humores, el tiempo, las temporadas, los cursos, las vacaciones. La muchacha aguantaba a regañadientes ese extraño amor, sin perder la cabeza; hija de unos famosos dulceros de la calle del Barquillo.

Su madre, de tan corta mollera como estatura, teniéndolo todo a mano para ser feliz, se hizo una vida triste y molesta, confundiendo las íntimas contrariedades de su vida conyugal con auténticas desgracias irremediables. Don Luis Quiñones, ya acomodado, llevaba el negocio con el rabo del ojo descansando en un encargado de su misma edad y pueblo, Castilfrío, en la sierra de Soria. Don Luis, bueno y cabal, casó con Casilda, hija de don Bibiano, su principal, que tuvo lo suyo, suave y macizo, mitad de lo que ahora luce, más allá de los ochenta kilos; habladora, haciendo montañas de lo inocuo, desesperándose por la más leve falla en los menesteres de la casa o los olvidos de su oído que, teniendo mala memoria, no se creía en la obligación de remediar. La muchacha —sin hermanos— lo era naturalmente todo para ellos. Quiso estudiar Filosofía y Letras. Estudió Filosofía y Letras. No mucho. Tuvo mil pretendientes, no dio el visto bueno a ninguno, sin contar que Rogelio Muñoz los ahuyentaba.

Sus relaciones con Manuel Aparicio fueron bien vistas por la madre, por aquello del título; mal por el padre, toleradas por Muñoz; ninguno de estos últimos era tonto. La nerviosidad del joven escritor, su aire reconcentrado, su displicencia, su desprecio causaban inquietud al comerciante.

—Es demasiado inteligente.

Marta reía, pero no las tenía todas consigo. Dejando aparte la vehemencia ocasional de su novio, que la asustaba. Con Mágina, Manuel se lamentaba de su amor.

—No sirvo.

—Rompe.

—No puedo. Se me ha metido en los huesos.

—Lo que estás haciendo no es decente.

—¿Qué tiene que ver el amor con la decencia?

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Lo haces para que te diga, o, por lo menos, que piense: ¡qué bárbaro!

—No, Mágina, no. Es así.

—No es verdad, si el amor no es honrado, no es amor.

—Para ti ¿qué es ser honrado?

—No engañar. Mintiendo a sabiendas ¿puedes querer, estar enamorado?

—Llámalo como quieras.

—Bueno ¿y qué quieres de Marta?

—No lo sé.

—Cuéntaselo a tu abuela. ¿Piensas casarte?

—No.

—Entonces déjala en paz.

—No puedo.

De eso sí habló Mara con Joaquín.

—No te metas. Al fin y al cabo acabarán en la sacristía. Manuel seguía con el tema.

—¿Qué tiene que ver el amor con el comportamiento? Si fuese así, preferirían a los imbéciles, o sería verdad eso de «desgraciado en el juego...». El amor no tiene nada que ver con la manera de estar, sino con la manera de ser. Se dan casos en que cuando peor te portas, más te quieren. Un asesino puede ser un gran escritor —o una persona decente.

—Si fuese yo, hace tiempo que te hubiese mandado a paseo.

—El amor es como la fe en la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen —Balzac *dixit*— y está bien que así sea. Aviados íbamos si no.

Otra vez:

—¿Qué tiene que ver el amor con la hermosura? ¿Quieres el perro por la raza o por el espíritu? ¿A los hijos por hermosos?

—La quieres porque te quiere, como todos. Lo que pasa es que te das pote.

—No me quiere. Además, un amor que no se destruye, no es amor.

—No sabes lo que dices.

Días después:

No somos, estamos. Nos pusieron ahí, como esta mesa. El carpintero que la hizo, cobró. Nada es de balde. ¿Cuánto cobró Dios por hacer lo que hizo? ¿Quién se lo encargó? No podemos saberlo porque no somos, sólo estamos. ¿Cómo hablar de lo que somos? Podemos contarnos, pueden contarnos —la ciencia es nuestra— mil millones de miles, uno tras otro, juntos y revueltos. Punto y no basta. ¿Por qué me he de empeñar en saber por qué quiero a Marta? ¿Para qué preocuparse? Lo mejor es la ignorancia, la ignorancia total, el no desear saber nada de nada, con la seguridad de que estás muerto.

—Lo que pasa es que no piensas en los demás.

—¿Qué?

—Eso: que no piensas en los demás, satisfecho de contemplar tu ombligo de la mañana a la noche. ¡Si tuvieras que hacer algo a la fuerza, ¿me entiendes?: a la fuerza, otro gallo te cantara! Todas estas preocupaciones: pura literatura, os vienen de estar parados: porque no eres tú solo. (Acababa de entrar Joaquín). Al fin y al cabo eres un sintrabajo; ahora hay muchos, por gusto y a la fuerza.

Respiraba por su padre y su herida. Manuel Aparicio se alzó de hombros, rectificó su crencha, apartó violentamente la camisa de su cuello. Joaquín, dolido por el plural, intentó mediar.

—Déjalo, no vale la pena.

—¡Claro que no vale la pena! —remató la muchacha—. Si tuviera que limpiarle

el culo a cinco o seis mocosos, o ganarse la vida, veríamos.

Por aquellos días le pidieron de Valladolid a Aparicio una conferencia acerca de la poesía; así, en general.

—No la daré —dijo en el café— porque, como consecuencia lógica, al acabar, debería pegarme un tiro. No como ese fantasmón de Rafael, que el otro día —¿fuisteis?— simuló tirarle a una paloma que le soltó María Teresa. Como si necesitara de esas tonterías.

—¿Sabéis cómo le ha puesto Federico a Gerardo Diego? —preguntó Terraza.

—No.

—El poeta asesinado antes de nacer.

No hicieron caso, Terraza no tenía ninguna gracia para contar lo que fuera.

—¿Cuándo surge la poesía? Porque si nace, tiene su momento, surge en el tiempo, a una hora determinada, en una fecha equis. Y no es cierto. Sólo los que no creen en ella pueden intuir lo que es.

—¿Quién te entiende? —le atajó Molina— deberías dar esa conferencia, aunque sólo fuera para ver más claro en ti. Y no nos vengas ahora con las gilipolleces románticas de la intuición y la razón. La poesía: dos y uno son cuatro.

Aparicio estaba ido. ¿Borracho de qué, se preguntaba Dabella, si no ha tomado una copa?

—Lo único vivo es la muerte. ¿De qué vivimos si no? No hay más que el presente preñado de lo pasado y lo por venir. El pasado, ¿no ha muerto? El futuro, no habiendo nacido, ¿no es muerte? La poesía es la muerte, no hay más poesía que muerta. Somos muertos andando sobre muertos, viviendo muerte. La música, la que me gusta, ¿no es un continuo sonido de la muerte? La voz aflautada de la muerte, no ese lamento hueco de Chopin. Todo es tiniebla. El día y la noche. ¿Qué de particular tiene que no sepamos nada, si todo está muerto? Todo vacío, menos la poesía, que no podemos decir lo que es. ¿O viven los padres de familia —los que se tienen por tal—, los burócratas, los dependientes de comercio? La vida no es sueño, sino muerte. ¿Y quieres que me ocupe, que me importe poner en claro lo de mi alrededor? ¿El Presidente del Consejo, el Rey, el recaudador de contribuciones, el notario? ¿Rey de qué? ¿De España? ¿No oyes los huesos crujir bajo tus pies? La tierra sólo sirve de cementerio, donde los muertos entierran a los muertos, o los destierran para volverlos a enterrar, según vayan atrás o adelante. La luz es tiniebla. Todos los hombres están muertos antes de nacer, para revertir a muertos. La vida ¿no había de ser estrecho de la muerte? Pasamos por el mundo para oler la poesía, como huele la tierra después de la tormenta, a humedad de los huesos. Siempre estamos calados hasta los huesos, calados de muerte, hasta el esqueleto, muerte que sustenta muerte. El único camino es la ignorancia. No saber, no saber nada, nada de nada, cerrarse del todo en todo. Y con estas ideas, ¿queréis que dé una conferencia? ¡Al cuerno, jóvenes al cuerno!

Se devanaba, hablando para sí, frenético, como si se ahogara: la mano en el cuello de la camisa, desbocándola.

José Molina, que sabía lo suyo, adujo:

—Eso lo han dicho muchos, muchísimos antes que tú, y mejor:

C'est la mort qui consolé, hélas! et qui fait vivre...

—¡Todo es hablar por hablar! Hay que ver más allá y esa es la única verdad; cerrada para los idiotas.

—¿Con qué lenguaje? —preguntó Molina, teme, sin ofenderse.

—Ahí está el *quid*. ¿O es que creéis que cuando se dice: *Poetas, torres de Dios*, es poesía? Será definición, pedagogía, enseñanza, pero ¿poesía? Poesía es creación, de adentro. Las definiciones, dejárselas a los profesores. Y yo no soy profesor.

—¿Qué eres?

—Una mierda, hijo de otras. Pero, a Dios gracias, conmigo acaba.

Esa noche, Manuel llamó desesperadamente a la puerta de la casa de Mágina. El sereno se negó a abrirle. Estaba —ahora sí— borracho perdido. Armó un escándalo. Se fue, frenético, maldiciendo, voz en grito. Envió flores, a la mañana siguiente. Sereno, claro.

—Así me gustas.

—Soy un cerdo. Un cerdo. Hiciste bien en no abrirme. Había decidido acostarme contigo. Como fuera.

—¿Por qué me lo dices?

—Voy a trabajar en serio, en el Centro de Estudios Históricos, con Navarro Tomás. ¿No sabías que soy filólogo?

—No.

—Así me dejarán en paz.

—¿Quién?

—Yo y todos.

—¿Y Marta?

—Se acabó.

—¿Por qué?

—No puede ser. No sirvo. Además, ahora anda con Rogelio Muñoz. Que les aproveche. No pienso volver por el café. Ni tengo ganas de romperle la cara. Mejor dicho, sí: se la rompería a gusto.

—Hazlo.

—¿Por quién me has tomado?

Desde ese día Mágina hizo que *La Cerilla* durmiera en la casa todas las noches. La mocosa estaba feliz. Poco después dejó el taller, quedándose de criada de su ídolo.

IX

Al salir del Palacio de la Prensa, donde estaba la pensión de Molina, Joaquín da de cara con Paquita, que pasea orgullosamente su avanzado vientre.

—Ya no se te ve.

—Estudio.

—Ya, ya. Convídame a un refresco y cuéntame.

—No tengo otra cosa que decir.

—¿No has vuelto por casa?

—Ni tú tampoco.

—No por la tarde. Ya sé que te has liado con la porterita.

—Liado...

—Sí, no tienes por qué avergonzarte: es preciosa. Enhorabuena.

Joaquín quiere explicar a Paquita, por la que siente gran simpatía, que sus relaciones con Mara no son, ni mucho menos, «un lío». Mas si habla, se lo hará.

—No es lo que crees.

Paquita ríe.

—Siempre fuiste muy formalito. ¿Te vas a casar con ella? Joaquín Dabella no lo duda, pero le resulta extraño declararlo. Calla.

—Pobre chica.

¿«Pobre chica», Mara? Lo contrario ¿Será esta la reacción de todos?

—Es difícil de explicar.

—No te canses. Estoy al cabo de la calle.

Amargo relente. ¿No irá a salir con «todos los hombres sois iguales»? No. Paquita no es de esa calaña.

—El que se reconcome es el anticuario. Ulpiano Miranda, que ahora se ha hecho muy amigo de mi padre. Se la comía con los ojos. Hacéis buena pareja. (Calla, le mira, dice con pasión:) No la dejes si la quieres. No la dejes si te quiere.

«¿A qué santo?, piensa Joaquín. Ni por asomo...».

Entran en un bar, moderno.

—¿Qué bebes?

—Cualquier cosa.

—¿Cerveza, un aperitivo?

—Vermuth.

—Dos.

—¿Ves a Manolo?

—Poco. ¿Os habéis separado otra vez?

—Definitivamente.

—¿Qué haces?

—Trabajar, esperar.

—¿No vas a volver a tu casa?

—No.

(Don Daniel le da el dinero que le hace falta).

—Con mi madre no se puede, no tengo humor para oír su cacareo triunfador.

—Cambiará con el nieto.

—Ya veremos.

—¿Isabel?

Paquita esperaba la pregunta.

—Se casa pronto. ¿Por qué no te decidiste nunca? Ella no te veía con malos ojos.

—Los confundes con los tuyos.

—Isabel tiene muchas más cosas dentro de lo que suponéis. Joaquín calla.

—Nadie sabe lo que vale mi hermana. ¿Por qué no te declaraste?

—No lo sé.

—Eres más tímido que una tortuga.

—No lo creas.

—No lo creo, lo veo.

Por lo visto no le da importancia a lo de Mara.

—¿Qué vas a hacer?

—Educar a mi hijo.

—¿Segura de que será varón?

—La duda ofende.

Joaquín se acuerda de José, de sus comentarios acerca de esa frase. (Eran de Bernardo de Cossío).

¿Lo dudas?

—No, Paquita. ¿A qué santo?

La conversación decae. No tienen nada que decirse, cada uno en lo suyo; sin nada que echarse en cara. Se ven con simpatía, pero no pasa de ahí.

—¿Cuándo es la boda?

—Pronto.

—Y él, ¿qué?

—Le conoces. A mí me parece idiota. Mi madre revienta de satisfacción. A éste le toreará hasta el cansancio. Será una exhibición por todo lo alto; azahares por todas partes y Mendelssohn a todo pasto. Gran banquete.

Una barranca. Ahora es él quien pregunta, imbécil, por salir del atolladero.

—¿Y Manolo?

—Igual. No me engañó: la que me engañé fui yo. No le guardo rencor. Tal vez lo que yo quería es esto: un hijo.

A Joaquín se le revuelve la sangre; el pudor. Se pone colorado. Paquita no lo nota.

Está dispuesta a seguir su camino sin que le importen los demás, como no sea su padre, que se está portando como lo que es: un hombre. Los demás: que se fastidien.

—Paga, y vámonos.

X

A las seis de la tarde dieron el programa de las oposiciones. José Molina, Joaquín Dabella, Manuel Cantueso y Rafael Mella se abalanzaron para consultarlo.

—Vamos al café.

Fueron a uno de la calle de Preciados. Eran cien lecciones. Molina empezó a señalar las que no ofrecían dificultad. Le quedaban cuarenta y tres y ocho días para estudiarlas. Separó quince, que podía preparar fácilmente. Las demás fueron repartidas entre sus amigos que se comprometieron a hacerle fichas de cada una de ellas para que, por lo menos, tuviera una idea de lo que se trataba.

Joaquín fue al Ateneo. Los libros que deseaba estaban en manos de un muchacho que conocía vagamente, un tal Rigoberto Martínez, de Murcia, tartamudo y tozudo. Se le acercó, explicó la urgencia, el muchacho sonrió:

—Estoy ha... ciendo do... lo mismo pa... pa... ra Je... Jesús Cabedo.

—Luego me los prestas —dijo tartamudeando Joaquín. Chistaron de las otras mesas.

—Tendrá que... que... ser ma... ma... ñana, si... si llegas an... tes que yo.

La bofetada se oyó en la cacharrería. Se armó, los echaron. Joaquín telefoneó a Cantueso para que viniese rápidamente al Ateneo a hacer lo suyo; mientras llenaría la ficha que le había tocado en suerte en la Biblioteca Nacional. No volvía en sí de su asombro: ¿cómo había sido capaz...? Se rio pensando en Mara.

El primer ejercicio fue un acontecimiento. Todos quisieron ir a presenciarlo. Al fin, decidieron que entrara sólo Joaquín. Los demás esperarían en el patio de la Facultad. El tribunal no era ni bueno ni malo. El santanderino sabía que no estaba suficientemente preparado y que si, por casualidad, aprobaba los primeros ejercicios naufragaría en cualquiera de los siguientes. Pero por aquello de la cochina suerte y para que no dijeran...

Al llegar a la Universidad, le entregaron una esquila de la que miró el sobre con curiosidad. Era de la condesa de Luyando, deseándole suerte y advirtiéndole que, por recomendación de su cuñado —y no buscando sino justicia—, había hablado de él en

los términos que se merecía a don Elías Tormo, presidente del tribunal.

El cuñado de la condesa, don Gonzalo de la Reyguera... Sacó Molina sus tres bolas (eran las tres de la tarde), fue a sentarse en la mesa que se enfrentaba a sus examinadores, dejó caer la cabeza entre sus manos, permaneciendo así largo rato. Joaquín estaba sobre ascuas. Pasaron dos, tres minutos. El secretario del tribunal, joven brillantemente peinado, de voz aguda, tras consultar con la mirada con dos de sus compañeros, preguntó:

—¿No se encuentra bien el opositor?

Molina alzó la cabeza.

—De salud, perfectamente, gracias —se levantó—. Señores, con su permiso. Don Elías, lo siento por la condesa. Saludó correctamente inclinándose, salió.

—¿Qué te pasó? ¿Qué te tocó?

—¿No sabías ni pío?

José Molina no abrió la boca. Su exabrupto se comentó durante algún tiempo.

—¿Qué vas a hacer?

—Notarías. Comprendes: ser archivero le hacía poca gracia a mi madre. Notario suena más, apoquinará sin lloros. A Joaquín aquello le pareció mal. Se lo dijo luego:

—¿De quién era la carta aquella?

—De una hija de puta.

Callaron.

—¿Qué dirá tu madre?

Molina se alzó de hombros.

—Vamos a emborracharnos.

—No veo la razón.

—Yo sí, pero no tengo dinero. Vamos.

—Toma.

Le dio cincuenta pesetas y se fue a estudiar al lado de Mágina. No estaba en casa. De algún tiempo a esta parte salía de cuando en cuando a dar una vuelta por los altos del Hipódromo: sacaba su amor a paseo. El aire estaba de acuerdo con ella, andar le sabía a gloria.

Molina lo pensó mejor: llamó por teléfono a Gabriela. La mujer no quería volverle a ver. Pudo más la porfía del galán y el cuento de sus oposiciones. Juanita, la criada de la pensión, le dijo admirada a la mañana siguiente:

—¡Qué guapa la señora que vino a verle ayer!

—¿Te importa?

—¿A mí? ¡Ay, con el señorito! ¡Cómo si uno no supiera...! Y, a lo mejor ni siquiera está casada.

—¿A ti que te importa?

No le importa, pero se lo cuenta a su prima Pepita, en Las Delicias. Las dos,

manchegas; Pepita tiene un crío que acaba de cumplir un años; las tiene locas.
—Y de seguro que a ésa no le falta de nada. Así son.

SEXTA PARTE

I

Rogelio Muñoz es de Salamanca. Sus padres tuvieron allí una botica, en la plaza de la Verdura. A los diecinueve años fue a Madrid, a estudiar medicina. Vivió en la calle de Atocha, en una casa de huéspedes no más que regular, pero cercana a San Carlos. Rogelio no era ni alto ni bajo, ni moreno ni rubio, ni inteligente ni tonto, ni guapo ni feo. Sacaba su personalidad de ser algo bizco e hijo único. Ambas cosas fortalecieron, con la pubertad, cierta timidez habladorcilla. Nunca destacó, ni brillante ni oscuro, un estudiante más. Llegó virgen a la capital, comido de deseos. Los concentró en Pepita, criada, de Villarrobledo, picada de viruelas, escuálida, de nariz respingona, labios entreabiertos, dientecillos agudos, alegre, de buen temple y voz aguda que afilaba en cuplés y canciones de zarzuelas de moda.

La persiguió, ciñó, tentarrujeó, besó. La muchacha estaba acostumbrada a idénticas lides con otros huéspedes. Pero Rogelio la cogió en su hora buena, o mala, llegando a sus fines sin precaución. Quedó embarazada; Rogelio, consciente de su responsabilidad, desesperado. Desechó cualquier reconcomio acerca de la paternidad, prueba de que los tuvo, vencidos en aras de la verdad. Cuando el abultamiento se hizo patente, los dueños echaron a la fámula. El muchacho cargó con el mochuelo, Pepita no tenía pretensiones: halló un cuarto por las Delicias.

Mal aguantando don Rogelio Muñoz y doña Florentina Díaz la separación del hijo, el honrado farmacéutico traspasó su botica. La madre tenía algunas tierras en Extremadura; con sus modestas rentas decidieron vivir en Madrid, para bien del retoño y satisfacción propia. Don Rogelio se despidió de sus grandes amigos don Miguel Unamuno y don José Giral, profesores de aquella Universidad; alquiló un piso en la Plaza del Conde de Barajas, para no cambiar de ambiente.

Rogelio estudiaba el tercer año de la carrera, la niña tenía un año. El joven no dijo palabra a sus progenitores. Su aventura le había vuelto más callado, estudiaba con ahínco y regular provecho.

—A este chico le pasa algo.

—Ves visiones.

Rogelio conoció a Luisa y Gabriela Morones, que vivían en el 3 de la misma

plaza. Vio allí a Marta Quiñones, se enamoró hasta donde más podía. Sin decir palabra se acostumbró a ir casi todos los días a casa de sus vecinas, lo cual le llevó a la tertulia del *María Cristina*. Neutro, hacía su papel, sin decir tonterías ni despuntar de agudo sin molestar a nadie; de buen natural, se interesaba por los problemas de los demás sin plantear nunca los propios.

En San Carlos, quiso Juan Ruiz adscribirlo a sus servicios, pero Muñoz no mostraba predilección alguna por su especialidad. La puericultura era otra cosa. Lo único que consiguió el marido de la menor de las Morones, que simpatizó con el salmantino, fue llevarle a algunas reuniones, sin lograr hacerle ingresar en el partido comunista. Timorato.

Rogelio estaba decidido a callar, a seguir callando sus relaciones con Pepita que, por otra parte, se acomodaba a la situación, sin aspiraciones. A los tres meses de noviazgo con Marta, Rogelio enfermó de bocio. Enemigo de llamar la atención, de cualquier aspaviento, calló con todos, contando con la complicidad de Ruiz y los todavía no muy visibles síntomas de la enfermedad. Decidido a operarse, fingió necesidad de sustituir a un compañero, Julián Templado, interno, en San Carlos. Pensaba permanecer allí —sin dar qué decir o pensar— los días necesarios a la intervención y primera convalecencia obviando preocupaciones a todos.

En esos días su hija enfermó de cuidado. Pepita, desesperada llamó por teléfono a casa de los padres de Rogelio. Así descubrió el ex farmacéutico la existencia de su nieta. Chapado a la liberal antigua, recto, escéptico menos con las responsabilidades decantadas del honor, trajo a la criatura y su madre a su casa. Doña Florentina no contaba para gran cosa, muy metida en sus devociones, a las que su marido no ponía más límite que ciertas bromas de dudoso gusto.

—Aquí tienes los resultados de la buena educación que le diste a tu hijo.

—Tan tuyo como mío.

—No, si fuese hijo mío hubiese tenido lo necesario para hablar claro.

No recogió la buena señora la intemperancia.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Cómo que qué vamos a hacer? ¿Eso te enseñan los curas? ¿Te parece que pueda haber otra solución que la normal? En cuanto a la paternidad, no creo que pueda haber duda: la niña tiene un ojo apuntando contra el gobierno, igual que tu tío Gaspar y nuestro libidinoso retoño.

El convaleciente no pudo sino apechugar con la situación al encontrar a Pepita instalada en su alcoba.

—Te juro que yo no quería. Te juro que yo no hice nada. Te juro que no es mi culpa. Te juro que la niña estaba por morir. Te juro...

—Si no te digo nada.

Sólo él sí, ante el sacerdote que los casó, muy de mañana en San Andrés, tan

pronto como estuvieron los «papeles». No trascendió la boda, encerrado el novio en la casa paterna hasta la total curación de su mal. Ni encargó a nadie correr con la triste noticia, creyéndose en la obligación de dársela de viva voz a Marta. Lo hizo, en su primera salida, paseando por el Retiro. El dolor del joven era tan evidente que atenuó el no tan claro de la hermosa relativamente engañada.

Marta tuvo relaciones con Rogelio porque nunca había visto tanta adoración concentrada en una sola persona. No tenía más que pedir. Le hirió la noticia.

—No se puede fiar de nadie.

—¡Qué descubrimiento! —dijo Gabriela.

—¿De qué te quejas tú?

—De nada —respondió fríamente, desafecta a hablar de lo suyo.

A los ocho días, en la biblioteca de la facultad, Marta tropezó con Manuel Aparicio, que intentaba hacer buenos sus propósitos filológicos. Volvieron a las andadas con los mismos altibajos, rupturas, reconciliaciones, furias, tristezas inexplicables.

—¿Por qué no le mandas a paseo, de una vez?

—Lo he hecho veinte. No sirve.

Lo supo, como es natural, Rogelio Muñoz que seguía perdido por ella. Habló con Luisa Morones, como quien no quiere la cosa:

—Me consta que Aparicio se inyecta morfina. Le supongo adicto a otros estupefacientes, pero no estoy seguro. Pero con lo primero basta ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Los médicos sabemos muchas cosas.

—No presumas. Además, para médico todavía te falta.

—Tienes razón. Pero a alguien se lo tenía que decir para que la avisaran.

—Pues conmigo vas dado.

Sin duda Marta no tenía suerte. Luisa lo pensó, sopesó el pro y el contra. Nunca le fue simpático Muñoz, supuso que podía tratarse de una venganza. Sin embargo, consultó con su cuñado. Ruiz le quitó importancia al asunto; tenía la manga muy ancha, Manuel Aparicio era de su agrado y nunca se puede decir de esta agua no beberé. Sin contar que el haber escogido Muñoz otra especialidad, su negativa a ingresar en el partido comunista, su doblegamiento, sin asomo de rebeldía, a la voluntad paterna, habían enfriado su relación con el salmantino. A pesar de ello, un día en que, por excepción, paso por su mujer en casa de sus suegros, tropezó con Aparicio en el zaguán y le puso a parir. Aparicio negó, sin engañar al médico. Como encontrara a Marta con su mujer y su cuñada, le dijo, con su brutalidad acostumbrada:

—Mira, guapa, no te conviene. Mándalo a paseo.

—Pero ¿por qué?

—No te dará más que disgustos.

Marta quedó indecisa, sin darse cuenta de la gravedad del caso. Se lo dijo a su novio, que no intentó escabullirse:

—Es verdad. Lo mejor es no volver a vemos.

Marta dejó de ir con tanta frecuencia a casa de las Morones, no apareció por el *María Cristina*. Por Paquita Millares se había hecho amiga de Isabel. Congeniaban; empezó a pasar las tardes en casa del pintor. Pronto la amistad de las muchachas se hizo íntima. Hablaban horas, de todo y de nada, encantadas con el chismorreo, sus opiniones acerca de la moda, de las películas, de los amoríos de actores y actrices, de las relaciones «ilícitas» entre gente «bien» que a la una le llegaba por el estudio de su padre, a la otra en las clases de Ortega. Iban a bailar y merendar, aquí y allá, emperifollándose durante horas «para que no se notara». Se enseñaban las cartas de los novios actuales y pasados.

—¿Manuel Aparicio?

—No me hables de él. Me da miedo.

—Pero ¿le quieres? ¿O le quisiste?

—No lo sé. Es una cosa rara. Como él.

—Dicen que está liado.

—Ya lo sé.

—Los hombres...

Los hombres, aparte.

II

—¿No ibas a trabajar? ¿No ibas...?

—Soy un animal racional que no cree en el racionalismo... —contesta Aparicio

—. Iba, iba; pero no voy. Me dejo ir.

—Cada uno es como quiere.

—Quisiera ser jirafa.

Márgara pregunta en voz baja:

—¿Es que no eres hombre? ¿No hay sanatorios? ¿Por qué no te vas algún tiempo por ahí, tú que puedes?

Como otras veces, le hizo caso. Pasó dos meses en Roma. Escogió la Ciudad Eterna «por ser de mucho andar. Londres, París, Berlín, exigen la tracción mecánica;

Viena es un pañuelo; Venecia, una laguna —como es público y notorio—; Florencia cansa, a menos de vivir en los alrededores», le escribió a Dabella. Enemigo del barroco, buscó remedio para el cansancio, que no le rindió. Fue una mala época que la *principessa* Morfi, a pesar de poner todo de su parte, no alegró. María Morfi, amiga de Concha López O'Donnell, no tuvo inconveniente en albergar en su buen seno y casa al joven español. Huía éste de todo, tropezando con el recuerdo de la dulcerilla. ¿Cómo y por qué se le había metido de ese modo en la sangre? «Por la sola hermosura», se repetía con ganas de arrancársela. Este esfuerzo le dio voluntad para apartarse de la droga durante esas semanas sombrías, pero no bastaban los atardeceres, del Pincio al Capitolio, de la Vía Appia a las orillas del Tíber. Escribió entonces sus doce *Elegías Romanas* que son, sin duda, lo mejor que queda de él. Poesía fría, ausente de sí mismo, llena de una desesperada, amarga, inteligencia. Alguna vez se miraba al espejo, con lástima. No tenía qué hacer como no fuese conseguir a Marta, tenerla. No se le ocultaba que, aun pasando por todas las horcas caudinas de los prejuicios y mal gusto de la familia de la calle del Barquillo, sus relaciones, fueran del género que fuesen, tendrían un final desastrado. Sentíase separado de la tierra de todos por una barrera de arrecifes, en la que mugía un mar roto en espumas, impidiéndole el arribo al puerto. Noche tras noche, soñaba nadar hacia una costa acantilada inalcanzable, empujado, sorbido por un mar invencible, hacia afiladas rocas ocultas que le destrizaban. Despertaba dolorido, sin descanso.

Regresó a Madrid sin avisar a nadie. Dióle por seguir a Marta desde lejos, complaciéndose en un espionaje que le consumía. Buscábala sola, sin lograrlo: cuando no sus padres, acompañábanla amigas, amigos, compañeros (¿Ese su novio? ¡Bah!). La sorprendió un domingo por la mañana, a la salida de misa. Marta se asustó al verle tan demacrado.

—Hola.

—Hola.

—Te creía fuera.

—Estoy aquí, hace un mes. ¿Te quieres casar conmigo?

—¿Ahora?

—No hablo en broma: si quieres, hoy mismo hablo con tus padres.

—Te conocen demasiado.

—Marta: vengo humildemente a pedirte que te cases conmigo. Va mi vida.

—Y la mía, supongo.

—Desde luego. Te prometo...

—Te veo igual. Es decir, peor. Tienes mala cara.

—No vivo por ti.

—Conozco tu canción.

(*Sólo la digo a quien conmigo va, piensa el mozo*).

—Tengo novio.

—Me tiene sin cuidado. Contesta, por lo que más quieras, ¿te quieres casar conmigo?

—No.

—Marta: eres lo único...

Se da cuenta de que la imagen de su afán no puede aquilatar, por el solo acento, el dolor que resiente, su necesidad, su desesperación. Lo que le dice se lo ha repetido en otras ocasiones, con las mismas palabras: si el sentimiento más hondo, las frases idénticas. Si no le comprende, si no es capaz de hacérselo entender: la culpa de la pobreza de los vocablos, de la torpeza de su furia.

—¿No quieres?

—No quiero.

—Te voy a matar.

—¿Qué ganarías?

—Sentémonos aquí, un rato.

—No puedo. Me esperan en casa.

—¿Qué tiene que ver?

—¿Te das cuenta de cómo eres? No cambias, Manuel.

—Cambié. Créeme, soy otro.

Asegura, forzándose, ardidado de pudor:

—De aquello, nada. Ya, nada.

—¿Hasta cuándo?

—De ti depende.

¿Cuántas veces me lo has dicho?

Era verdad. ¿Cómo rebatirla? ¿Cómo hacerle comprender ahora...? ¿Es cierto? ¿Quién le asegura que, a la vuelta de la esquina...?

—Déjame en paz —le dice sin acritud.

—No puedo.

—Yo, sí.

—No lo creo.

—¿Qué te has figurado?

—¡Tantas cosas!

—Pues despierta. Desde que te fuiste soy otra. Mucho más tranquila, y feliz. Y así pienso seguir. —No te he de dejar.

—¿Quieres que llame a un guardia? —lo dice sonriendo, robándole el alma—. A ti lo que te conviene ya lo tienes.

Ignora la suerte triste de Concha O'Donnell, en un sanatorio, sin remedio, desde hace un par de meses. Llegan al portal.

—¿Qué decides?

- ¿Lo quieres más claro?
—Marta, por lo que más quieras...
—Se te ha rayado el disco. Chao.
Desaparece en un revuelo.

III

Por casualidad, *Víctor Terrazas* ha descubierto otra treta que le da excelentes resultados. Cuando habla defendiendo su parecer y está a punto de rematar su peroración, concluye diciendo exactamente lo contrario de lo que pensaba —auténticamente— demostrar. Se asombra de las reacciones: o a sus interlocutores lo mismo les da lo uno que lo otro, o se sorprenden. En este caso su salida llama la atención sin que a nadie nunca se le haya ocurrido echarle en cara lo dispar de la argumentación y su remate. Al contrario, en poco tiempo, tuvo reputación de hombre original, «fino», como está de moda calificar.

No lo pensó la primera vez, hablando de una comedia nueva de Agustín Morales, que encontró a su gusto; puesto a defenderla, en la tertulia nocturna de Valle Inclán, al darse cuenta de la desaprobación que suscitaban sus argumentos dio marcha atrás a última hora. Quedó satisfecho del resultado, adoptó este sistema. Este método le distanció de Cantueso y Santibáñez, mas le ganó la estimación de intelectuales de mayor cota en el cotarro de la *Revista de Occidente*, su meta. Reconocen que Aparicio, como siempre, tiene olfato.

—No está mal, ese joven.

El demostrar que una cosa está bien y acabar diciendo que hay que echarla a una pocilga, parece original y elegante. El hablar en contra de los otros y rematar afirmando que le gustan; defender un cuadro, describir sus perfecciones, para deducir que es horrible; hablar de un libro señalando sus imperfecciones y dictaminar: está muy bien; amontonar razones manidas para asegurar la inexistencia de Dios (—entendámonos, lo que por tal se tiene), para concluir definiéndose deísta o todo al revés —que le duelen prendas según quién las exige— hizo más por su buen nombre que la puntualidad en la entrega de los trabajos que le encargaban.

A pesar de ello, a los seis meses de estar en Madrid, se dio cuenta de que no adelantaba en ningún terreno. Lo conseguido, sin mayores esfuerzos, las primeras semanas, le daba para vivir mediocrementemente. No había razón para que todo no siguiera

igual si se conformaba. Su propósito no cuadraba con esos medios. Como siempre se planteó el problema sin ambages ni reparos. El periodismo daba para poco; aun suponiendo que llegara a lo más, tardaría años. En la editorial había venido a parar, a pesar de sus esfuerzos, en la corrección de estilo: sus compañeros de jaula, machuchos, le ofrecían cumplida muestra de su futuro, cargados de sabiduría gramatical y sintáctica. Vivir en Madrid, con lo que se conformaban, no le parecía premio suficiente. ¿Casarse con rica? No le faltaban ejemplos, pero si su aspecto le proporcionaba medios, no su gusto indiferente. La literatura podía servirle para abrir otras puertas que, ahora, se le resistían. Se sentía capaz de remedos, acomodándose al estilo de las narraciones que publicaban Espina, Salinas, Valentín Andrés Álvarez o Max Aub en la *Revista de Occidente*. La imitación, pensaba, es agradecida.

Fabricó un relato según las leyes otorgadas en la *Deshumanización del arte* por don José Ortega. Se picó, haciéndolo con cuidado, con amor; quedó satisfecho. No leyó el engendro a sus amigos ni habló del esfuerzo. Tampoco recurrió, tras pensarlo mucho, a ningún introductor. Subió, una tarde, a la redacción de la revista, horas antes de la tertulia del oráculo; entregó su original a Fernando Vela, con dignidad fingida, seguro de que su nombre era ya conocido del secretario de la publicación. Quedó en volver a los quince días. Pese a sus esfuerzos para sobreponerse anduvo intranquilo ese tiempo, procurando llegar a la conclusión de que el rechazo del cuento —si sucedía— no tendría mayor importancia. De nada le sirvió la propuesta calma cuando Benjamín Jamés, *factórum* de la nueva generación, le dijo con aire protector:

—Está bien, pero podría estar mejor. ¿No tiene otra cosa?

Fernando Vela, sentado en una mesa fronterá, hacía como que no oía. Bofetada. Se le revolvieron los humores como jamás creyó posible que le sucediera; seguro de que el cuento estaba bien, de que, de una vez por todas, iba a ingresar en la capilla, en la cúspide de las letras españolas de sus días. Se había convencido, al correr de esos pocos días, que podía tanto como el primero. Se sintió revolcado, sucio, vapuleado, rotos todos los miembros.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo era posible que le pasara esto? Porque si ahora no entraba no entraría nunca, incapaz de más. Se le cerraba la puerta del paraíso. Le echaban a puntapiés. Ese Benjamín Jamés, casi de su talla pero fofo, viejo, a pesar de ser joven...

Al salir, en la antesala, se cruzó con Ortega. Este le miró con sus ojillos penetrantes. Pasó sin saludar con su ancha frente lustrosa. Todos hijos de... ¿qué se habían creído? Se habían figurado lo que eran: los mejores, los más inteligentes, los más finos.

En la calle, un sol esplendoroso doraba las piedras de la Gran Vía. Victoriano hizo trizas su original; lo fue desparramando, bajando hacia Alcalá. ¿Qué hacer? ¿Olvidarse? ¿Cómo lo iba a olvidar? Nunca. Jamás. Se la pagarían. ¿Cómo? No lo

sabía. Pero se la pagarían. Hasta la sangre.

Entró en *Pidoux*, bebió dos whiskeys «derechos», sentado en el mostrador del bar, sacó una libreta, se puso a escribir a Fernando Vela: «Dígale a don José que se vaya a la mierda y que algún día...». Algún día ¿qué? Hablar con Ortega, entregarle la narración, pasearla —aceptada— por las narices de Jamés. ¿Cómo lograrlo? De la manera más natural: le hablo por teléfono, me da una cita en su casa.

No duda, lo hace. El alcohol da fuerzas. «Don José Ortega no puede recibirle». Es decir, «no quiere». Hijo de puta. ¿Qué sabe él quién soy? Es muy fácil decir, desde su altura: «No puedo recibirle». Ya veremos quién es quién. Otra copa: «Lo mismo». Se las promete felices. ¿Para cuándo? Va a escribir un artículo en contra, sea de lo que sea, en contra, en contra de los que no hacen caso a la verdadera juventud española. Porque él, *Víctor Terrazas*, es la juventud española. Si alguien lo duda, que se vaya a la mierda. A la mierda con don José Ortega y Gasset. ¿Qué se ha creído? Lo que pasa es que no se entera. Él es más. Mentira. No lo quiere creer. ¿Se está mintiendo? Sí, ¿y qué? Él, ¿qué es? Me he rebajado, he lamido sus pies. «Por favor, cuándo puede hacerme el favor de recibirme». El favor, el favor. ¿Por qué diría el favor? Lamer los zancajos, reverente, para que me diera mejor su hermosa patada en el culo. ¡A la mierda, a la mierda don José Ortega! ¡A la mierda Victoriano Terraza! Todavía no me he rebajado bastante para llegar. ¿Para llegar a dónde? No es cierto. Me rebajo por rebajarme, porque me gusta, porque lo llevo en la sangre. ¿Para eso nos creó Dios? ¿Para divertirse? Sería para matarlo. ¿Lo hizo en serio? Para matarlo también.

Fuera de sí. ¿Qué hacer? Se le pasará con la borrachera. Se conoce bastante para saberlo. ¿Quién no? Eres uno más, uno más, vulgar, mediocre. Pero, no. ¿Qué hago? Ir a ver a Joaquín Dabella, pedirle una recomendación de su padre para aquel muchacho de Chiva que quería no sé qué. Estará en el *María Cristina*. Tomaré otra copa. A ver qué pasa.

En el café, sólo Rafael Mella, feliz: había encontrado un rastro de la leyenda de los Siete Infantes de Lara, en un cantar de gesta francés, que se le escapó a don Ramón Menéndez Pidal. Da pelos y señales.

—Un erudito —le corta Terraza en brazos de su ira—, es un ser que busca una ficha para restregársela en las narices a un compañero. Bueno, lo de compañero es un decir. Lo mismo da que el dato sea importante o no. Lo que cuenta es el hallazgo y que rectifique una aseveración cualquiera de otro. Entonces, ¡oh gloria!, miel sobre hojuelas. No os importa saber sino rectificar, acumular cagaditas de mosca, puntos suspensivos: donde dijiste K, es KK. Falseados por la base, encerrados, encajonados, encarcelados, miopes de nacimiento. Y oléis mal porque no tenéis tiempo ni para lavaros, no sea que llegue otro antes y cace el gazapo...

El aragonés, tardo de palabra, no sabe qué contestar.

—¿No va a venir Dabella?

—Creo que no.

—Pues ahí te quedas con tu Menéndez Pidal del alma. Podéis iros todos al infierno.

Se reprocha en seguida su actitud. No conviene decir lo que se piensa. Se disculpa: está salido. ¿Qué me pasa? Por un momento olvidó lo pasado. Ahora le regurgita de nuevo, aceda, la *Revista de Occidente*.

IV

Mara besa a Joaquín; apretujada contra él:

—¿Por qué no?

—Porque no debe ser, todavía.

—¿Y si yo te lo pido?

—Me pondrás en el más espantoso de los ridículos porque te contestaré lo mismo.

Tal la cerrazón que se refleja en la cara del muchacho, que calla, avergonzado. Y, sin embargo...

La Cerilla la trae sobre ascuas.

—¿Qué, vosotros no? ¿Nada?

—A ti ¿qué te importa?

—¿Cómo que no me importa?

—¿No estás contenta? ¿No estás bien?

—De eso ni hablar. Pero... A mí me gusta que todos estén contentos.

—Estoy como los propios ángeles.

—De eso no me cabe duda. Pero los ángeles, a lo que cuentan, no tienen con qué; alitas y gracias. ¡Ea, que no me lo explico! ¿O es que el señorito...? ¿Nada?

—Si dices una palabra más, te vas de patitas a la calle.

A Mercedes con sus quince años, lo único que le importa es el amor. El chico de la portera la lude por los rincones, le presta revistas pornográficas, entreteniéndole el alma; no piensa en otra cosa. Cuando llegó Victoriano en taxi —dispuesto a todos los gastos, por el alcohol embaulado a cuenta de su fracaso—, Joaquín y Mágina se habían ido al cine. El valenciano decidió esperarlos al amparo de una botella de coñac que la jovencueta le descubrió.

—¿Y tú eres virgen, no?

—¡Ay, cómo será el señorito, qué cosas pregunta! —la voz agudísima volvía al

tono familiar, acostumbrada desde hace algún tiempo a hablar con desparpajo a los amigos de su dueña, sin distancias.

—¿Y no tienes ganas de dejar de serlo?

—Cuando me case.

—Para eso falta mucho. Ven acá.

—Estese quieto o grito.

—Grita lo que quieras.

Con el brazo izquierdo la atenazó el hombro, le sobajeó las tetas. La muchacha se defendió con rabia. Hizo cuanto debía. Victoriano la doblaba en todo. *La Cerilla*, menuda; él, enorme, sin adarme de grasa. En vilo la llevó a la cama de Mágina. Sin contemplaciones, después de haberle pegado dos bofetadas que la dejaron lela, le entreabrió las escuálidas piernas morenas y la forzó. Era su primera experiencia después de aquella criada, cuando todavía dependía de don Juan Manuel, en su ultramarinos, en Valencia. Sin hacer caso de los hipos posteriores de la criatura, se tumbó a su lado.

«¿Qué hago aquí? . ¿Qué ha sido para mí? ¿Gusto? No. ¿Placer? Menos. Aquí estoy, acostado a su lado. Supongo que todos los hombres piensan alguna vez lo mismo. Los maricones. Y los incestuosos. Llega un momento en que uno vuelve a encerrarse en sí mismo, sin remedio. ¡Quién permaneciera siempre fuera de sí, entrecruzado entre los demás, metido en el tiempo de los demás, interesado en ellos, en ella! Benjamín Jamés, Femando Vela, la portada de la *Revista de Occidente*, su nombre entre los de Guillén, Salinas, García Lorca. ¡A la mierda! ¿Y ésta? Bah. ¿Quién es? ¿Qué pensará? Le es imposible decírmelo. ¿Cómo empezó? ¿Cómo continuará? A lo mejor le ha gustado. Debiera volverme hacia ella. Besarla. La buena educación. Voy a irme en seguida. Se me pasó la borrachera. A todos nos han enseñado que está mal marcharse inmediatamente después de comer. La sobremesa. La sobrecama. Tengo que ver a Cantueso. La hermosa conspiración. Como siempre no saldrá nada. Pero las cosas salen de pronto. ¿Quién me hubiera dicho que iba a desvirgar a esta infeliz? Bueno, lo de desvirgar ¿quién sabe?, porque dificultad no hubo ninguna. ¿Qué nos empuja? La ambición de mando. No juzgo por mí. Sí: juzgo por mí. Posiblemente hay muchos que desean un mundo mejor. Sobre ellos me tengo que apoyar, como ahora sobre la cadera de esta joven llorona. Tendría que hablarle, decirle que la quiero o que me gusta, que sienta mi agradecimiento. ¡A la mierda! Y la *Revista de Occidente*, ¡a la mierda!

»Dormir, fingir que estoy durmiendo. ¿Qué debo hacer para seguir adelante más de prisa? No dejar el periódico: me da fuerza ante muchos. Creen en lo impreso (como yo creía en lo impreso en la *Revista de Occidente*). Lo que se lee parece más importante que lo dicho. Cuando un enamorado lee una carta, cree; porque, sin duda, puede volver a leerla; lo escrito no dice, demuestra. La *Revista de Occidente* cuenta;

me tendré que imponer sin la *Revista de Occidente*.

»Lo que escribo no sirve. Está fuera de cacho. Viejo. Ingresar en el partido socialista: me conviene. Si ganan los republicanos, o los constitucionalistas, estarán en el candelero; si no, viste y no está mal visto por la Dictadura. Ganar a los dos paños. Mi origen, por una vez, que me sirva de algo. Lástima no haber sido albañil, como mi padre. ¿Qué habrá sido de él?».

Acaricia el muslo de la muchacha.

—Te habías dormido —dice, arrobada.

—No.

—Sí.

Se esfuerza en incorporarse, la besa, la mete la lengua. No le gusta.

—¿Te gusto? —pregunta la flaca.

—Más que nada.

«¿Por qué miento? No, no me gusta. ¿Le repugna? Tampoco. ¿Entonces? No sabe. Le desazona la inseguridad. Emprendería a bofetadas con el aire, con el tiempo. Le pegué dos bien dadas, con ganas. No me creía capaz. Ni de lo otro tampoco. ¿Acoplarla de nuevo? ¿Para qué? Sería *superfino*. Cierto. Curioso cómo las primeras ideas permanecen. Uno es como ha sido siempre. ¿Para qué molestarse por los demás? Esta criatura... ¿Cómo la he conquistado? Porque ha sido una conquista, premeditada o no, pero una conquista por las buenas, a la fuerza: acosándola, rodeándola, derribándola, ocupándola, destruyendo. Pobre. ¿Qué creará? ¿Qué pensará? Un señorito. No ha tenido suerte. ¿Qué no ha tenido suerte? ¿Con quién mejor? Conviene que tenga buen recuerdo de mí, que no hable. No me iba a dar ningún lustre. ¿Por qué lo hice? Por fastidiar. ¿A quién? ¿A Mágina? ¿A Joaquín? No: a Benjamín James, a Fernando Vela, a don José Ortega y Gasset. Se la metí a la *Revista de Occidente*».

Toca las tetas blandas, en fáfara, de la adolescente. Busca su trasero; cada nalga le cabe en la palma de la mano, y sobra.

—¿No te hice daño?

Mercedes niega, dolorida. ¿Es eso el amor? Le punzó pero quisiera probar de nuevo.

Victoriano se levanta.

—No digas una palabra a nadie.

—¡A qué santo! ¿Cuándo vuelves?

¿Volver? ¡Nunca! Morir.

V

Llegó la suerte por donde menos podía haberlo pensado; Jaime Bordes, otra vez, a la base de su aventura. «Es curioso, pensó, como hay personas que influyen y vuelven a influir en la vida de uno». Nació su fortuna de la casual presentación a Ulpiano Miranda. Aquel día el anticuario necesitaba quien le escribiera, sin mayores pretensiones, la introducción del catálogo de la colección de armas antiguas que el conde de las Mazas había decidido editar «a todo lujo». Las frases laudatorias de las que nunca era parco Bordes cuando se trataba de jóvenes escritores le decidieron a ofrecérsela a aquel valenciano de buena estatura y cara difícil. Terraza fue repetidas veces aquellos días al bazar del anticuario, que le proporcionaba detalles y fotografías para su trabajo. En la tienda conoció a un pintor famoso, de color oliváceo, alto, grueso, granadino de habla cerrada y farfullosa, espurreador de voz grave y potente, con grandes extremidades, de obra refinada, del gusto de los parisienses. Feo con ganas: anchas nariz y boca, labios carnosísimos, pelambarrera enmarañada, cuello corto, redoblado, muy a la vista por camisas entreabiertas que gastan él y su amigo Vicente Blasco Ibáñez. Cincuenta años tal vez, de los que se quita cuantos puede. Ahora en Madrid, pavoneando éxitos, entretenido en ilustrar una edición de lujo de *Las figuras de la pasión* de Gabriel Miró.

Se prendó de Victoriano Terraza cuando le vio. El valenciano hizo sus cuentas descaradamente, según su costumbre. Era una posibilidad insospechada, completamente imprevista. No vio el cielo abierto, sí el mundo. Rafael Bobadilla tenía las mejores relaciones en Madrid, en París, donde fuera.

Tras pensarlo mucho en su mala cama de la casa de huéspedes, a los ocho días fue a vivir al piso lujosísimo del pintor, en la calle de Velázquez. Al principio, su amo, celosísimo, le impuso su presencia constante. Cuando Terraza, seguro del capricho, le obligó a mayor libertad, no valieron escenas.

En el periódico, donde fue a despedirse, siempre atento al mañana, dio con Cantueso. La compartida costumbre de disfrazar sus opiniones les quitó, aquel mediodía, pelos de la lengua.

—Te has soltado el pelo.

—¿Te parece mal?

—No entro ni salgo. Al principio me resistí a creerlo.

—Pues no te resistas.

A lo que el sevillano no se resistió fue a hacer un chiste procaz.

—Ríete. Veremos quien lo hace dentro de algún tiempo.

—Pero ¿te gusta?

—Ni me gusta ni me deja de gustar. Pero le duele a más de un hijo de vecino.

—¿A ti no?

—No seas cerdo.

—¡Ay, tú!

—Como si no convivieras con cien. ¿O faltan?

—Tú sabrás. ¿Pero cómo es posible? Así, de pronto... Manolo Cantueso se hacía cruces.

—... ¿Cómo es posible?

—A mí, ¿qué más me da? Y si a él le da gusto...

—¡Qué bárbaro!

—Hijo, tanto monta poeta y aldeano, cabrón y colorado, músico y marica...

—¿Y qué vas a hacer?

—Cáete de culo: música.

—No fastidies.

—Como lo oyes: soy un compositor genial.

Se miraron un rato antes de echarse a reír. Victoriano había aprendido a teclear, en Valencia, en casa del doctor García Monte 11, gran pianista a sus horas, que no eran las de los demás: solían maldecirle, en la madrugada, a pesar de su virtuosismo chopiniano. Ahora, en el estudio del pintor, se había enfrentado con un colín —Erard, para mayores señas— y perdía el tiempo, que le sobraba, dándole al teclado, al desgaire. Bastaron unos cuantos compases para que Rafael Bobadilla adivinara el genio. Un crítico muy nombrado, de su bando y maneras, escribía, en aquel preciso momento, un artículo entusiástico, rodeado de fotografías, para el número de *La Esfera* de la semana siguiente.

—Al fin y al cabo lo único que hacen los hombres de la misma manera es parir — comenta Cantueso, filósofo.

—Será las mujeres.

—Que son lo mejor —dice el sevillano, con ganas de molestar.

—No sabes de la misa la mitad —contesta agudo el valenciano, elegante, trajeado y guarnecido de nuevo de los pies a la cabeza—. Sin contar las cesáreas —añade.

—Eso no es parir.

Paquita no ha de tardar en dar a luz, y, aunque sólo la ve de lejos, Cantueso está preocupado.

—¿Dónde vas?

—Al bazar —Victoriano da a la palabra una entonación cínica.

—Eres más grande que la Giralda —admite el sevillano.

VI

Bajando la calle de Valverde el nuevo rico encuentra a Manuel Aparicio.

¡Años sin verte!

—No tanto.

—¿Dónde estuviste?

—Por ahí.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Qué piensas hacer?

—Llevarme a Marta, ahora mismo.

—¿Sigues en las mismas?

—Ahora es distinto.

Distinto él, piensa Victoriano, quizá no tan nervioso, pero más oscuro. ¿Qué busca? Dice la verdad:

—Hace tiempo que no la veo.

—¿No ibas hacia allá?

—¿A dónde?

—A casa de las Miralles.

—No.

Aparicio se fija en *Terrazas*.

—Te veo cambiado.

—Me cansé del bien.

—¿Qué haces?

—Lo que tú: nada.

—¿Ya no trabajas en el periódico?

—No.

Andan sin palabras.

¿Hace mucho que has vuelto?

—No.

—¿Y piensas llevártela así, por las buenas?

—O las malas.

—¿Qué más monta esa que otra? Es imbécil y tiene novio. Creo.

Aparicio le mira, baja la comisura derecha de su boca, espeta, amargo:

—Claro, a ti te gustan las mujeres por inteligentes.

Terrazas le mira con extrañeza. «¿Qué confianza le inspiro? ¿Qué ha visto en mí desde el primer momento? ¿Qué espera? Este encuentro ¿es casual?».

—¿Qué más da Marta u otra? Te sobra talento, puedes escribir lo que te dé la gana, publicarlo donde te peta. (Lo dice agrio, dándole entonación peyorativa al

verbo).

—¿Y Rogelio Muñoz?

—Después de la bonita faena de su boda no se le ve el pelo. Parece que trabaja mucho. ¿Por qué no la dejas en paz?

—No puedo. Vuelve.

—¿De noche?

—A todas horas.

—¿Y si se niega?

—Hoy, no lo hará.

—A lo mejor te equivocas. Con las mujeres, nunca se atina.

—Tú ¡qué sabes!

—¿Y si se niega?

—La mato.

Lo dice con absoluta naturalidad, llegando frente a la tienda de Ulpiano Miranda.

—¿Subes?

—No. Me quedo aquí.

—¿Te dedicas ahora a las antigüedades?

—Tú lo has dicho.

Victoriano entra en la tienda. Aparicio, en el portal, da de narices con Mágina, que ha venido a ver a su padre. La joven se sorprende y alegra:

—Tú ¿en Madrid?

Miente:

—Llegué hoy.

—¿Te dijo Mercedes que estaba aquí?

—No.

—¿No venías a buscarme?

—No.

—¿Cómo te fue?

—No tengo tiempo, ni ganas de hablar.

—¿Vendrás luego a casa? ¿Sabe Joaquín...?

—No, nadie sabe nada. Hasta luego.

—¿A quién vienes a ver?

—No puedes negar tu sangre de portera.

La salida de tono hiere profundamente a Mágina.

—¿Qué te has creído...?

Deteniéndose entre una mesa taraceada y un arcón mozárabe, Victoriano piensa que Aparicio le ha dicho la verdad. «Es capaz de matarla». Sigue adelante, tropieza con un sillón Luis XV. «Bueno, allá él». Abre, sin llamar, la puerta del despacho de «don» Ulpiano.

Márgara hirviendo de furia, llega a la Gran Vía (debió bajar por San Marcos). Decide tomar un café en el hotel fronterero, a ver si se le pasa el sofoco. De pronto la gente empieza a correr.

VII

Aparicio se equivoca de puerta. Llama en vano. Pertenece el piso de la izquierda a Ulpiano Miranda, a más de la planta baja. En la semioscuridad del rellano Manuel se reconcome. Ábrese la puerta contraria, hay luz y Clementina que sale de compras, los minutos contados. Conoce poco al cordobés, que nunca fue asiduo a las tertulias caseras: sin embargo, le recuerda.

—¿Buscaba usted a las chicas?

—Sí, señora. ¿Está Marta?

—Con Isabel. Pase y perdone que no le acompañe. Tengo prisa.

—No se preocupe.

—Ya sabe...

—Sí.

—A la izquierda, al fondo. Y perdone.

Baja la escalera. Luego, todo fueron lamentaciones:

—Si no se puede, si así no se puede. Las cosas no se pueden hacer con tantas prisas. La culpa la tiene la cochina prisa. Si yo no hubiera tenido prisa nada hubiera sucedido. Con prisas no se puede vivir. Si me fijo y lo pienso, no le dejo entrar. Pero, con las prisas, ni me fijé. Tenía que estar en casa de Lucía a las cinco, y ya pasaba del cuarto. Así no se puede vivir. Y yo tengo la culpa.

—¿Qué culpa vas a tener?

—Claro que la tengo: si no le abro la puerta, si no le dejo entrar...

—No te preocupes.

—Claro, tú siempre lo mismo, a ti tanto se te da, tanto monta...

Don Daniel da media vuelta y se tapa la cabeza con el embozo).

Manuel llegó a la salita, entreabrió la puerta con precaución. Isabel y Marta sentadas en el sofá examinaban unas medias, al trasluz.

—Soy auténticamente de origen modesto.

La hermosa lo decía con gracia, que correspondía a la verdad. Le costó trabajo darse cuenta, aceptar que era guapa; que, por eso, gustaba a los hombres. Una vez

establecida en este sentimiento se halló a gusto con él.

—Para el precio, no están mal —comentaba Isabel, refiriéndose al punto de la seda.

Volvió la cabeza, se quedó estupefacta al ver a Aparicio. Nada le había dicho Marta del encuentro del día anterior.

—Hola Manuel. ¡Tanto tiempo sin verte! (Iba a decir: ¿Qué te trae por aquí? Calló, por obvio. La frase sin pronunciar dejó un hueco).

Marta no abrió la boca, volvió la mirada a las medias. Manuel dio dos pasos, sin cerrar la puerta. Con voz aguda —la tenía grave— entrecerrando los ojos musitó, duró como tralla:

—Vas a venir conmigo.

—No lo sueñes.

Todavía se dejó vencer por la inteligencia.

—Es exactamente lo que hago.

—Ni por pienso.

Isabel asombrada.

—Si no quieres a las buenas, a las malas.

Sacó una pistola, pequeña. Las muchachas se apretujaron, una contra otra.

—Vámonos.

—No.

—He dicho vámonos. Y es vámonos.

Dio otros dos pasos hacia ella; plantándosele delante la cogió del sobaco con la mano libre, obligándola, desfallecida de miedo.

—Vámonos.

Se la llevó. Tardó Isabel unos segundos en reaccionar. Corrió. Ya cerraban la puerta del piso. Cuando se asomó a la barandilla del rellano, desaparecían por el zaguán. Gritó:

—¡Marta! ¡Marta!

Bajó a trompicones. Se asomó Feliciano.

—¿Qué pasa?

—¡Corra! ¡Se la lleva!

—¿Quién?

Al llegar a la calle los vio a diez o quince pasos. Isabel gritó, otra vez:

—¡Marta! ¡Marta!

Volvió ésta el rostro, viendo a su amiga en la puerta se desprendió con un movimiento violento de la zarpa del hombre, fue corriendo hacia ella. Aparicio, sin apuntar, disparó. Cayó la muchacha hacia delante. El asesino, sin prisa, el cañón del arma en la boca, se hizo saltar la tapa de los sesos.

Marta falleció a los tres minutos, en un sillón Luis Felipe, de la tienda de Ulpiano

Miranda, entre una consola imperio y una enorme mesa de mármol blanco vetado de verde y rosa.

No cabía la gente, por la aglomeración de los muebles.

Fue Márgara, que llegó corriendo, la que tomó iniciativas. Ulpiano Miranda la ayudó, en su despacho.

—Nunca quiere nada conmigo.

Márgara, fuera de sí, no le hizo caso. Avisó por teléfono a Joaquín, a Molina. Manuel Aparicio estaba en la calle, atravesado en la acera. Le cubrieron con un pañolón de Hellín que Márgara cogió al azar, en el despacho del anticuario.

(—¡Si no hubiese salido! ¡Si no hubiese gritado! Si les hubiese dejado irse... —se lamenta Isabel, en la cama, llorando).

(—Debí avisar —piensa *Terrazas*—. Si aviso, no la mata. ¡Bah! Mejor así, de una vez. Yo no podría, no hubiese podido. No podría nada de lo que pudo Manuel Aparicio).

(—Ya me lo avisó mi niño, ya me lo dijo —dice la Feli, fuera de sí.

—¿Qué niño?

—Usted no sabe *ná de ná*. Pero me callaba porque no veía la cara de la difunta, y a lo peor... era otra. Ahora ya estoy más tranquila).

El juez ordenó la autopsia de Marta. Rogelio Muñoz, de guardia, por casualidad, al ver que algunos estudiantes pugnaban por entrar en el anfiteatro, se plantó ante la puerta y con una decisión insospechada para quienes le conocían, gritó con una voz que tampoco nadie supo de dónde le salía:

—Al que entre, lo mato.

Tal el aire que le hicieron caso.

VIII

En el entierro de Aparicio, sin buscarse, se encontraron Molina y Ruiz.

—Los médicos no solemos ir a los entierros, por principio.

—Preparando el siguiente.

Ninguno de ellos, inteligentes, gusta de refinamientos. Complácese Juan Ruiz en su brutalidad, Molina en lo elemental.

—Era muy inteligente.

—¿Para qué le ha servido? No digamos a los demás.

—A los demás... —repitió con cierta ironía el montañés.

—¿No crees en ellos? —Juan Ruiz tuteaba a todo el mundo—. Pues no hay otra cosa.

Ahora estudia ruso, piensa ir a Moscú, al XV Congreso de la Internacional Comunista. A Molina le molesta pensar que se acuesta con la mujer de este hombre de una vez, tan seguro de sí. Intenta figurarse la escena humorísticamente. No puede.

—No hay otra cosa. O se es comunista o no se es nada. ¿O quieres que el mundo siga produciendo Manueles Aparicios?

—No quiero ni dejo de querer.

—¿Entonces?

—No creo que exista una fuerza suficiente para hacer variar ni un tanto así a los españoles.

—Pareces viejo: a los españoles y al mundo entero.

Molina le mira con cierta ironía: le pongo los cuernos y me quiere dar lecciones.

—¿Y tú crees que en Rusia no hay Manueles Aparicios?

—Tal vez. Pero mañana, no.

—Muy largo me lo fías.

Nadie esperaba discursos. A la sorpresa de todos se adelanta Antonio Maroto, joven historiador, bienquisto en el Centro de Estudios Históricos, hombre parco en todo, de figura y de palabra, frío amigo de cualquiera, como lo fue de Aparicio.

—Cumpló con el deseo del desaparecido —dijo con voz de tenorino—, el cual, hace tres días, al azar de un encuentro, me pidió que si asistía a su sepelio leyera lo que Ambrosio dijo frente al cuerpo de su amigo Crisóstomo. Vino eso a cuento de otro entierro, del que yo regresaba, donde tuve que oír tres horrendas oraciones fúnebres. No lo tomé en serio.

Hizo una pausa, desdobló un papel, leyó:

—Este cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Crisóstomo, que fue el único ingenio solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido; adoró, fue desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en mitad de la carrera de su vida, a la cual dio fin una pastora a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien estos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo a la tierra.

Añadió, con un mal gusto que hizo crispársele el corazón a Dabella:

—Quijote, primera parte, capítulo trece.

—Así se escribe la historia —dijo Ruiz—. ¡A qué santo iba a querer Aparicio que ese mequetrefe, leyera eso frente a su cuerpo! De lo que fue reacción momentánea, comentario sin importancia, ha sacado este imbécil la ocasión de lucirse.

«¿A qué papeles se refería? —pensaron Molina y Dabella. Habrá que buscarlos».

No dieron con ellos. En general la gente dijo:

—Tenía que acabar así.

Nos sabían exactamente por qué. Algunos escritores jóvenes, sin reconocerlo, se alegraron suponiendo que les despejaba el camino de la fama. Molina, Dabella, Cantueso le lloraron sinceramente. *Terrazas* no fue al entierro. Sintieron amargamente su desaparición Mágina y Concha López O'Donnell en su intercurrente locura. En la *Revista de Occidente* aceptaron el acontecimiento como hijo natural de las circunstancias. Ignorantes, achacaron el gesto a ciertos postulados surrealistas; así quedó para las historias de la literatura. Con cierto orgullo de poder citar un ejemplo vernáculo. Los padres no dejaron de sacar consecuencias desagradables para sus hijos. Éstos no tuvieron en menos el acto del suicida. Luisa y Gabriela Morones cubrieron la memoria del joven con los más duros improperios. Cantueso sintió la muerte del poeta porque «reforzaba moralmente la posición de la Dictadura».

—No sabes lo que dices.

—Eso crees tú; es otro motivo de nota oficiosa: «La desmoralización de estos seres ambiguos y degenerados que no quieren reconocer el alto valor moral del actual gobierno...».

Rogelio Muñoz cambió de vida y de ideas. Pegado a su madre, volvió a sus creencias infantiles; ingresó en congregaciones de nombre y buen ver donde le faltó tiempo para destacarse por sus fervores, que revirtieron en favor. Hizo responsable a su pasado ateísmo de la tragedia a que se vio encadenado. Sus relaciones con su mujer —felicísima— siguieron siendo cada vez más frías. De este cambio radical halló, al terminar la carrera, grandes beneficios. Tomolo como ayudante un ginecólogo de gran predicamento en lo más nombrado de la aristocracia madrileña. Su personalidad sin relieve le hizo acreedor de confianzas que no desmintió su habilidad profesional que, en lo suyo, no necesitaba grandes medios. El padre Cobo le llevaba en andas. Su progenitor —sin protestas verbales directas hablaba con su nieta prometiéndole futuros liberales— murió triste, carcomido, al poco tiempo.

IX

La tertulia se deshizo. Por aquellos días Cantueso fue a dar, otra vez, por dos semanas, a la cárcel: Terraza hizo un corto viaje a París, celosamente custodiado. Algún tiempo después volvieron a reunirse en el *Lion d'Or*. No encontrándose a gusto, volvieron al *María Cristina*. Se les unió puntualmente Álvaro Rebolledo, el joven, elegante, humorista madrileño; Rafael Mella, que antes sólo acudía de uvas a peras, dio en no faltar entre otras por la calidad del café, que le permitía no dormir y empollar los temas de sus próximas oposiciones a archivos. Algunas veces, aparecía Juan Ruiz:

—Todos tus amigos —le decía a Joaquín— son como el café con leche o el vino aguado.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo sabes.

Lo sabe Joaquín: les gustaría ser puros; mueren, muerden, envidiosos, de no serlo.

Rara vez aparecía *Víctor Terrazas*, peripuestísimo. (Ya no se dice «cherchez la femme» sino «buscad al maricón»). Dándose cuenta del partido que podía sacar de su excepcional situación; su sentido de lo conveniente para él le permitió maniobrar entre chismes, dimes y diretes, envidias femeniles, como Pedro por su casa. Aprovechando su estancia en París vio publicada, traducida por una hispanista de partícula —de partícuo, decía— la narración famosa en una cerrada revista de renombre muy internacional. Meses después, don José Ortega y Gasset, al azar de un salón, cuando le fue presentado por un erudito, muy amigo de Rafael Bobadilla, le dijo:

—Muy bien ese cuento... A ver si manda algo para la *Revista*.

—Cualquier día...

Por el tono no pudo suponer el ilustre filósofo la intención del novel y ya renombrado músico, que se daba el lujo de criticarle siguiendo los dictámenes de su mentor, nada lerdo:

—Ortega se equivoca de medio a medio; la masa *no* se siente humillada por cuestiones de ese tipo. La masa *no* tiene complejos de inferioridad más que históricos: si se ve *despreciado* por razones éticas, las estéticas... ¿Es que la masa «comprende» a Velázquez, al Greco, a Garcilaso, a Lope, a Calderón, a Shakespeare, a Goethe? ¿Qué no fastidie! Los han comprendido *siempre*, me oís: siempre los in-te-li-gen-tes. Y conste que no me refiero a ricos o pobres, poderosos o débiles. No. Los in-te-li-gen-tes (que no es una superioridad sino una clase). Todas esas ideas de Ortega, si no burdas, son absurdas. Al pueblo le gusta el arte si ve en él otra cosa. Lo mismo le da una Inmaculada pintada por H o por B. El arte gusta por sobrenatural. No hay tal arte impopular de hoy. Al contrario, sucede que hoy las minorías gustan

como no han gustado nunca del arte popular, del folklore. Es decir que, si hay un movimiento, es de acercamiento de los más inteligentes hacia los menos. ¿O creéis que hubo épocas en que les gustaban las mismas cosas a los tontos y a los listos? En la corte de Austria no gustaron los retratos de Velázquez. Los imbéciles, por mucho que se haga, siempre lo serán.

—¡Cómo se ha afinado este hombre! —comentaba Luisa Morones, herida en su máxima admiración.

Gabriela iba a la habitación de José Molina dos veces por semana, un poco a la fuerza, un poco por costumbre, un poco porque él insistía, un poco porque le gustaba, un poco por darle en la cabeza a su marido. A veces, una vez allí, aprovechaba cualquier coyuntura y huía porque, de momento, no tenía ganas o gustaba de encelar. El fracaso oposicional permitió a Molina, escudándose en el estudio, hacer vida más recogida. Se fue aficionando al cuerpo de su amante. Se le metió adentro, poco a poco. Nunca cruzaron palabras de amor, callados en todo momento. Tumbaba a Juanita de vez en cuando, para tranquilidad de su conciencia, y pasaba horas esperando a su amante, que no era dechado de puntualidad. Perdía el tiempo, sin poder fijar la atención, a pesar de los libros abiertos. Gabriela se había establecido con naturalidad en el adulterio.

A los tres meses del viaje a Alicante; la buena moza le dijo, sin ambages:

—Estoy embarazada. A ver cómo te las arreglas.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Por qué yo?

—Por qué no quiero darle este gusto a mi marido.

—Me falta experiencia.

—No dejarás de tener algún otro amigo médico.

Dice «otro», sin inmutarse. Molina resiente la punzada.

—Templado se fue anteayer a Alemania.

—Pues tú verás. Desde luego no voy a cargar con el mochuelo.

El montañés tiende a preguntarle de quién se supone el tal. Se abstiene previendo la contestación. Además, tanto monta.

—¿Rogelio Muñoz?

—Con tal de que no le digas de quién se trata.

—¿Y si hay que intervenir?

—Ya veremos. Háblale.

Dio con el triste en San Carlos; fueron a un bar de la calle de Atocha.

—Mira: una amiga mía...

—Viniendo de ti y para mí, no digas más: quiere abortar.

El dolor purga, pensó José. El médico había cambiado mucho, hasta físicamente:

con bigotillo, disimulaba su bizquería con unas gafas de pesada montura de carey. Más delgado, más cetrino. Menos tonto, volvió a pensar Molina. Mejor vestido, tal vez.

—Pues no, conmigo no cuentas.

—Pero, hombre...

—No, Molina. Y no insistas, es inútil.

—La chica no está en condiciones...

—Para lo otro si lo estuvo. Que se aguante.

—No esperaba eso de ti.

—Además, lo prohíbe la Iglesia.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ni por asomo. ¿Tú también eres católico, no?

Molina esperaba cualquier salida menos esa. Por aquel entonces ninguno de sus amigos sabía de la conversión del salmantino, de sus pláticas diarias con el padre Cobo.

—Debieras ir por lo menos los jueves por la tarde a los Luises. Es muy fácil dejarse embaucar por el materialismo. Ya ves a dónde lleva. No me mires así.

—¡Pero cómo te voy a mirar, hijo del demonio! Que te hayas vuelto católico y militante, allá tú: eres muy dueño. Aunque me dé risa. ¿Y has hecho voto de castidad?

—No te permito bromas acerca de esto.

—Si hablas en serio: vete a hacer puñetas.

Se lo contó a Gabriela. Algo había oído.

—Podías habérmelo dicho.

—¿Para qué?

Dándole vueltas, al filo de la madrugada, pensó que tal vez Cantueso le indicara un camino. Le encontró en el periódico. Hacía algún tiempo que vivía de nuevo con Maña Luisa.

—Chico, no sé. Una vez me lo arregló uno de Gelves, por aquello de la patria chica. Pero está de médico en un pueblo de León... Echando pestes, pero ahí está. No te preocupes (con Cantueso nunca había que preocuparse), yo te lo arreglo.

—¿Cómo?

—Tú déjame a mí. Ven mañana al *Henar*.

Soltando prenda, María Luisa le dijo que fuese a hablar con Leandra Ceballos, en la Cava de San Miguel.

—Lo primero que le tiene que decir a esa mosquita muerta de mi paisana —suelta la mole— es que lo menos que se puede ser es agradecida. Después de lo que hice por ella lo menos que podía era venir de cuando en cuando a charlar un rato. Pero, si te he visto, no me acuerdo. ¿Cómo está?

—Bien, supongo.

—¡Y mire que hice por ella lo que ni una madre hubiera hecho! Bueno, hijo, ¿qué hueso se le ha roto?

—A ella, no. ¿Supongo que se le puede hablar sin pelos en la lengua?

—Ay *fillo* y aun con ellos. Ande, desembuche. Viniendo de quien viene, ya supongo... ¿Qué quiere?, ¿mandar afuera un rapaz sin que se entere la familia?

—Sí.

—¿De cuántos meses?

—Dos o tres creo. No sé exactamente.

—Tengo una joven en Carabanchel; una vaca diría.

—¿Una vaca?

Hablaban de cosas distintas. Molina se da cuenta, aclara.

—¿Y la María Luisa le mandó conmigo? Yo creí que era cosa de ella. Ya me extrañaba que llevara la desvergüenza... bueno, la vergüenza, hasta el punto de recurrir a un tercero. Mejorando lo presente. ¡Qué más quisiera ella y el Manolo de su alma! Porque yo, *fillo*, sirvo exactamente para lo contrario. Mi especialidad es criarlos. La verdad, no sé para qué: sólo dan disgustos.

—¿Usted no sabe a quién podría recurrir?

—Yo no sé nada de eso. Ya le dije: una comadrona discreta, una ama de leche de primera, eso sí. Pero lo otro...

—Son cosas que se hacen todos los días.

—Sí, hijo, y todas las noches.

—¿No tiene ninguna amiga...?

Entra Nemesio, desgachado, grandullón, con barba de una semana.

—Salud, la compañía.

—Oye, Nemesio —es mi hijo—, aquí el señor —que es amigo mío— trae un asunto que tal vez le podría resolver algún compinche de los tuyos.

—Aquí estoy para servir a quien sea, mientras no perjudique mis intereses.

—¡Qué intereses ni qué...! Aquí donde lo ve, señor, tan crecido, no sirve ni para...

—Para usted la burra, señora madre. Que el señorito ni le va ni le viene. Aquí estoy a sus órdenes para lo que guste mandar.

Molina se reprocha sus andanzas; pensándolo mejor, decide que le divierte.

—¿Sigues en buenas relaciones con don Práxedes? —pregunta la gallega.

—A partir un piñón. Pero si se trata de «eso», ni hablar. —No se trata de «eso».

—La moralidad ante todo. Con la muerte de aquel joven y el *trucidio* de la hija de los dulceros hubo sus más y sus menos y la marearon de lo lindo. Que si vendía o dejaba de vender. Como si a la gente le importara lo que hacen los demás. Todo lo que pasa en este mundo y en el otro es por la cochina curiosidad. Si cada uno fuera a

lo suyo: todos contentos. ¿Estoy en lo cierto o no? Cuando hay algo que arreglar entre dos personas pues al canto las *parolas*, pero eso que un árbitro tenga que arreglar las cosas de uno y de otro...

Nemesio es del *Racing*. El domingo pasado casi acaban con «el del pito» por morde un *off side*. Nemesio —además— es de la Confederación Nacional del Trabajo y enemigo de los comités paritarios; prefiere la vagancia, el tinto, el mus y el sol. A sus horas —que son muy escogidas— fabrica regaderas que se venden bien en unos puestos de la misma calle, ¿para qué molestarse en ir más lejos? Le piden más, él recomienda calma. Entre su madre y la Lola le mantienen en los noventa kilos: su peso. Su madre, con las amas de cría; su barragana, según el deseo de los transeúntes. Nemesio es partidario del amor libre, libre de celos, sentimiento burgués que ha sobrepasado desde los quince años cuando vio casarse —perdido por ella— la hija de la verdulera del 17 con el ropavejero del 22 —que daba a su apariencia el aire de su profesión.

—No desbarres —dice la autora de sus días— y llévalo. Me lo recomienda una amiga del alma.

—Soy hijo obediente. Joven, usted dispone de mí.

—¿Cuándo?

—Para luego es tarde.

Don Práxedes Moreno, boticario y amigo de la libertad sin límites, no vende productos prohibidos por lucro si no por convicción. Niega sus servicios a quienes no participan de sus ideas. Tiene una casa en Colmenar Viejo que a veces sirve de albergue a compañeros a mal con el orden imperante.

Cuando Nemesio introduce a Molina en la rebotica, don Práxedes habla con el *Grauro*, hombrón de cuarenta y pico de años. Callan.

—Abur —dice el pistolero, saliendo.

José Molina le encuentra un vago parecido a alguien. De buenas a primeras no da con quién, no tiene tiempo de fijarse. Sin preámbulo le explica al farmacéutico de lo que se trata.

—Tú, ¿qué eres?

—No entiendo.

—¿Pertenece a alguna agrupación?

Molina, que no piensa las cosas, suelta, sin darle importancia:

—A la UGT.

—¿Y tienes la poca lacha de recurrir a mis servicios?

—¿Qué relación...?

—¿Por qué no vas a ver a Femando de los Ríos y que te lo arregle? Y si no, que Largo Caballero te lo resuelva en el Consejo de Estado. Aquí, joven, no queremos nada con traidores. Además ¿quién le ha dicho a usted (recalca el pronombre) que

yo...?

No fastidies, boticario —interviene Nemesio—. Aquí, el presente, es amigo de mi madre, persona segura, y se trata de un servicio. No vamos a ser como ellos, que no hacen más que barrer para dentro con tal de salirse con la suya, que no es la de todos. Dales una lección, para que aprendan. Con ese «desprendimiento» tal vez ganemos una voluntad.

En el camino, Nemesio había cobrado cincuenta pesetas por «el servicio».

—El bien se hace sin mirar a quién.

Molina calla. No se le ocurre apoyar a su valedor. (El haber aceptado doscientas pesetas de Gabriela «para los gastos» fue lo más duro del asunto. Pero si no ¿cómo? Todavía le debe igual cantidad a Joaquín, por el viaje a Alicante).

Don Práxedes está de acuerdo; soltó el exabrupto porque le gusta regañar y decir las verdades. Bajo, bien peinado, raya engomada, bigote retorcido, barba no muy nutrida pero de dos puntas.

Flammarión es un gran hombre.

—Que tome estos sellos, dos en cada comida: seis en total: luego que se dé esta inyección y tome otra purga fuerte. Digo otra porque suponga que ya trasegó más de una. Agua de Dantzig, por ejemplo, y listo.

—¿No es peligroso?

—¡Peligroso! Claro que lo es. Pero el que quiere la rosa a veces se pincha. Socialista tenías que ser...

José no se siente herido por la alusión.

—¿Cuánto le debo?

No puede tutear a un hombre con barba aunque se lo proponga.

—A mí, nada. Lo hago por convicción. Ahora bien; los ingredientes cuestan siete ochenta y cinco. Para que veas la diferencia que va de los tuyos a los míos.

Molina se pregunta quiénes son los del boticario.

—Y si alguien quiere meter la nariz, a achantar la moina. El que me la hace una vez, no la hace dos. ¿Entendido, joven? Y conste que lo hago por Nemesio, que es de los buenos.

El *Graüero* asoma la jeta, adelantando la mano izquierda, los dedos extendidos: alza la cabeza y las cejas en señal de impaciencia e indecisión. Don Práxedes se le acerca:

—¿Qué?

—Ya es hora.

—Ya lo sé. Toma.

Le da algo, el hombre desaparece (¿A quién se parece? Se vuelve a preguntar Molina). Nemesio indaga:

—¿Qué le pasa?

—Se las pira.
—A hablar francés.
—¿Sabe?
—No. Pero ese nunca se morirá de hambre.
—Ahí tienes —le dice José a Gabriela—. ¿Quién te va a pinchar?
—Tú.
—¿Yo? No sé. Conoces mil enfermeras.
—Que trabajan con mi marido.
—Que te inyecte él.
—Eso quisieras tú.
—No sé.
—Pues aprende.
—Te haré daño.
—¿Te importa?
No le importaba.
—¿Sabes de qué son? —por los sellos. Podías haber preguntado.
—¿Qué importa?
Dieron resultado.

X

—«Aunque no tengo para dirigirme a usted más motivo que el de vivir en la misma ciudad» —dijo Álvaro Rebolledo a Márgara la primera vez que le echó el ojo, en el *María Cristina*, remedando a un capitán general del Zar— permítame que decline mi nombre:

—Álvar, Álvaro, Alvarillo, según el gusto y el lugar.

La familia rica —no mucho pero bastante—; sus numerosas colaboraciones, no mal pagadas, cubren sus gastos. Sabiéndolos administrar, a mano su automóvil descapotable, el mundo es suyo. Hasta cierto punto es verdad; nada se le resiste, entre otras cosas porque no pide peras al olmo. Sabe lo que puede hacer; no desea más, como no sea la República, por antojo y llevarle la contraria a su abuelo el general. Le gusta Márgara; hace un mes rompió con la Jerezana, bailarina de pro. En la variedad está el gusto, particularmente en las variedades; entendido en el género. Está escribiendo una novela humorística acerca de lo «jondo»; seguro del éxito. El tema se

presta y pisa terreno conocido. Dejando aparte que no es desprecio: calibra.

A su ver, Joaquín Dabella es poca cosa. Hace seis meses que le puso piso a Mágina; ya está bien. Tiene derecho a probar.

Van juntos un sábado, en su coche claro está, a la sierra. Se les añade Molina — que no molesta— un domingo, para ir a los toros, en Vista Alegre. Como preparación basta. Se presenta, un mediodía, en General Oraa.

—¿Por qué no vienes a comer conmigo, a Alcalá? Hace un día espléndido.

Es verdad, Mágina no lo piensa dos veces:

—Vamos.

«Todos los hombres son iguales» —como dice su tía—. No lo cree, pero está dispuesta a admitirlo. Quiere a Joaquín: capaz de hacer cualquier cosa por él. Vayamos por partes. ¿Qué le pasa a Joaquín? Algo le sucede; Mercedes deja entrever sus dudas acerca de su hombría. No es posible. Eso se huele. ¿Entonces? Lo fetén: llegando a cierto límite, huye. Lude sus tetitas, la besa, poco; la apretuja a más no poder entre sus brazos, y basta. Margarita —sin dar entrada a su opinión, rechazando las de *La Cerilla*— lo resiente. Era lo convenido, pero no la convencía. Quería más aunque quedara embarazada. Le sube la sangre a la cabeza. Al oído:

—¿No quieres?

—Es lo que más quiero.

—¿Entonces?

—Con todas las de la ley.

—¿Qué esperas?

—Ganar las oposiciones.

—¿Y si las pierdes?

—No lo digas.

—¿Vamos a estar así toda la vida?

—No.

—¿Hasta cuándo?

—Cuando gane las oposiciones.

—¿Qué tiene que ver, mi vida?

—Mucho, nos casaremos.

—A lo mejor, llegas un día y no me encuentras.

—No lo creo.

No lo creía, fiado en su amor, compartido sin duda.

—¿Y te vas a ir con ése? —pregunta *La Cerilla*.

—A comer a Alcalá.

—Ten cuidado.

—¿De qué?

—¡Amos, anda!

Álvaro Rebolledo es simpático, pero le gusta más el coche. Margarita no ha salido nunca de Madrid, ni a Toledo siquiera. El echar carretera adelante, llevada en andas, la saca de sí; volando.

Las corcovas de la tierra, la sierra al fondo: tan distinto de las calles. El campo. Los árboles donde les viene en gana, torcidos si quieren. Las piedras, al buen tuntún. Sólo la carretera obligada. No advierte las cercas. Le encantan los animales, sueltos, quietos o huyendo. Todo sin más límites que el natural. Al salir de Madrid, todo es campo. El río dando vueltas, tropezando por todas partes, más ancho, más estrecho, según las márgenes. Huertos, arbustos, árboles, arboledas. Colinas, flores. Puede detener el coche y echar a campo traviesa. El cielo es mayor, sin obstáculos: nunca ha visto tantas nubes juntas. No lo dice, ni siquiera lo piensa: lo siente, lo nota llena de júbilo. Corre la carretera, quieta ella, sentada. Álvaro al volante, sonriente, simpático, dicharachero, sin preocupaciones: abierto, como el campo. ¡Un conejo! Huye: la cola, el salto, la madriguera.

Rebolledo es buen cazador; habla, sin darse tono, de sus podencos. El campo andaluz es otra cosa. A ver si van un día a Córdoba. El Guadalquivir: ése sí río.

En la suave margen opuesta —grava y cantos— un toro. El ribazo se cubre de zarzamoras —supone que son zarzamoras. El agua, más allá, descubre el enjambre de raíces de un gran árbol. A poco, un cañaveral, enjuto, alto, nunca visto. Un puente deshecho, piedras en el cauce, espuma. Una rambla arenosa, huyen patos. Pasan tres camiones contrarios; el aire, más fuerte; tal vez, miedo. Miedo ¿de qué? Álvaro conduce a maravilla. Es un chófer magnífico, nada le cuesta. Lo hace todo como si tal cosa. El llano corre, puesto a su servicio. Todo está dispuesto para atenderla. ¿Qué dirá Joaquín? Unos campesinos los miran pasar antes de doblarse, otra vez, hacia la tierra. ¿Qué dirá Joaquín? Que diga algo. A ver por dónde sale. Estará llegando ahora a casa. Mercedes le dará la noticia:

—«Se fue con un amigo suyo, con ese Álvaro no se qué, a comer al campo». Otro cañaveral, el vientecillo mueve suave las puntas de sus lanzas. ¡Qué bonito verde claro! Un mazo de chopos. ¡Qué bien se ven así, en el cielo, no como en Madrid sobre fondo de piedra tallada! El campo es el cielo. Álvaro tiene buen callar. Sabe que es la primera vez que sale al campo, en auto. La mira sonriendo. Le enseña sus dientes blanquísimos; no fuma. Debe ser un tanto presumido. Puede. (En ambos sentidos: es posible y, si lo es, tiene de qué).

—Alcalá.

Allí, en el llano.

Un poco demasiado molletudo. Pero, por lo demás... La comida, en el hotel, abundante, agradable, bien servida. Sentada a gusto come con placer, bebe satisfecha. Dan una: vuelta por el pueblo ancho, limpio, viejo. Hermoso color de la piedra. Álvaro no es pedante, tiene tan buena opinión de sí mismo que no se adorna con

colgajos ajenos. Supone, bien, que la historia le tiene sin cuidado a Márgara. Toman otro café antes de emprender el regreso. Ni siquiera le pregunta si le gusta o le ha gustado el paseo. Con él todo es natural, las cosas a su tiempo. Habla, con cierto retintın de los conocidos, mal de los últimos estrenos, bien del fútbol, que le apasiona.

Atardece con la vuelta. Márgara, semiechada, recuesta la cabeza en el asiento, ve correr las nubes rosadas, malvas, grises, las copas de los árboles. Más la trastornan que el poco vino bebido. Se siente llena. De qué? De vida. Seguir así. Pero ya están en la ciudad.

—Subes?

—Bueno.

Y no hubo más, mejor dicho sí: todo, como si tal cosa. lvaro no se dio cuenta de la virginidad. Ni ella hizo la menor alusión al caso. Sólo dijo, después del gozo: «Es casi la muerte». Rebolledo se sobresaltó pensando que, tal vez empezara a hacer literatura. No había tal. Ahora no piensa más que en Joaquín. Que hacer? Que, como decirle? No puede.

—Que tal lo pasaste?

—Bien.

—Que te pasa?

—Nada.

—Te duele la cabeza?

—Sí.

Al día siguiente, mientras estudia y ella se retoca las uñas —sol violento, amortiguada la luz por las persianas, no el calor— dice, sin voz:

—Me acoste ayer con lvaro.

Joaquín está a punto de decir: «Que?». No puede. Le parte un cuchillo, de arriba a abajo. Queda sin sangre. Quiere levantarse, irse. No puede. Un dolor atroz. Como si la nuez de su garganta, vuelta para dentro, le ahogara: los brazos desmadejados.

Márgara, la noche anterior, todo lo que ve del día inacabable: «se lo tengo que decir, se lo tengo que decir». Como? Como? Cómo se lo ha dicho. Y ahora que? No quisiera estar ahí. La mira, perdido el color. Ella le ve sin mirarle. Habla lo aprendido, con la voz rota, sorda:

—Porque sí. De la manera más idiota del mundo. No sé qué hacer. Tú dirás.

La mira. No se mueven; sin querer, sin verla, pregunta Joaquín:

—Vas a irte a vivir con él?

—No. No sé qué hacer.

Hundido, sí. Es lo que está: hundido. Muerto.

—Por qué me hiciste eso?

(No: por qué lo hiciste?).

—No lo sé.

Quiere decirle que le quiere. No puede. Además, seguramente, no es cierto. Si le hubiese querido no se habría dejado, no se hubiera ofrecido. Porque, al fin y al cabo, eso sucedió. Joaquín llora sin darse cuenta. Dos lagrimones por las trabajadas mejillas. Ella se abalanza.

—¡No llores! ¡Por lo que más quieras!

Él quiere rechazarla, no puede. Le bebe las lágrimas.

—¡No llores! ¡No llores!

Joaquín llorando siente consuelo.

—La culpa es mía.

Está tentado de decir la verdad, pero no se atreve.

—¿Te vas a vivir con él?

—No.

—¿Entonces?

Están desesperados.

—No lo sé. Volveré con mi padre.

—Puedes quedarte aquí.

Con gran esfuerzo, Joaquín se levanta, sale. Roto. Debiera hablar, decir, gritar, insultarla, pegar. Se ha ido, como un imbécil, como un idiota, como un cobarde. Llora. «No eres hombre». No lo es. Cree que no lo es: medio hombre. La quiere, la quiere, la quiere.

«¿Para qué vivir? No vale la pena. No vale. Nada vale nada. No valgo para nada. Para maldita la cosa. ¿Para qué me echaron al mundo? Me echaron, de cualquier manera: peor a medias. Para eso, no vale la pena. Morirse. Sí: lo mejor, morirme. Antes o después ¿qué más da? ¿A quién le hago falta? A mi padre, no será. A Mágina, no digamos. Las tías... La quiero, la quiero, la quiero».

Una puñalada, otra, otra. Le duele terriblemente el estómago.

«No sirvo para nada. ¿Quién lo sentirá? Mis tías, sí».

Le entra una gran lástima por sus tías. «¡Cómo llorarán —todo lo que les queda de vida— cuando se enteren de su muerte! Su padre se sorprenderá. Los amigos. Molina se afectará más que los otros. Seguro. Le recordará de cuando en cuando».

«Mágina, Paquita, Isabel, ¡Mágina! ¿Quién lo iba a suponer? Tal vez cualquiera; no él. Le ha engañado, sí: le ha engañado. Se ha a-cos-ta-do con Álvaro. Con ese sinvergüenza, con ese señorito sinvergüenza. Rico. Guapo. Que las tiene a montones. ¿Era mía? Sí, lo era. No. Morir. Acabar. ¿Qué pierdo? ¿Qué se pierde? Nada. No se muere más que una vez. Zás, y ya está. ¿Cómo?».

Joaquín se detiene en medio de la acera, en la calle de Sagasta. Va a morir, va a suicidarse. Remedio definitivo. Es un hecho. ¿Cómo? ¿Tirarse bajo un automóvil? Inseguro. ¿Un tiro? No tiene pistola. ¿El Puente de Segovia? Ridículo; además, está

lejos. ¿Envenenarme?, ¿con qué? ¿Subir a un edificio cualquiera y tirarse de cabeza? Tal vez. Lo mejor sería pegarse un tiro. ¿Quién tiene un revólver? Nadie. Tal vez Álvaro Rebolledo...

Otra vez la puñalada. Matarse es más difícil de lo que parece. ¿Cómo?

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Un conocido. ¿Quién? Rodrigo Alcalá Moreno, poeta manchego. Conocido del Ateneo, del Henar. Hinchado, Rodrigo Alcalá saca su importancia de muchas fuentes: de su facilidad, que equipara a la sabiduría; de su destino social —es comunista—, seguro que sus versos llegan «al pueblo»; de su talla, que es más que suficiente; por si fuera poco, saca pecho; añádase la juventud, que no duda de nada. Hombre feliz, laureado en muchos Juegos Florales, que cuando se trata de competir acerca de la primavera, el verano, el otoño, Monserrat, el vino de Jerez, las romerías gallegas, sabe esconder el puño, dando sin fallar en el corazón organillero de los jurados provincianos.

—Hace mucho que no nos vemos. ¿Qué es de ti? (¿Qué es de mí? —se pregunta el desgraciado). En el Ateneo te he dejado mi nuevo libro, dedicado. A ver cuando pasas por él. Ya verás, es el mejor. ¿No eres amigo de Cantueso? Me convendría una nota, si no puede ser artículo. Le puedo dar una fotografía. Cañedo me ha prometido ocuparse de él en «El Sol». Con Domenchina no me atrevo. Es muy atrabiliario. Además, reaccionario, no comprenderá el mensaje. ¿Dónde vas? Acompáñame hasta Calpe. Voy a ver si Domingo me compra unos cuantos ejemplares. Te advierto que ya llevo vendida media edición. Benjamín Rivera me ha escrito un ensayo, para «El entendimiento» de Buenos Aires, un ensayo estupendo ...

Rodrigo Alcalá se bandea solo: el papel se lo regala su tío, el partido le paga la imprenta, el encuadernador no le cobra teniéndole por genio. El joven, satisfecho de sí, está convencido de que se puede vivir de la poesía. Si no fuese por el coqueteo de los surrealistas con el comunismo que le trae a mal traer...

—Las cosas hay que decirlas por derecho. Toda esa poesía que no se entiende es una ofensa para el pueblo. Lo que le falta a *Marinero en tierra* es contenido social. Hoy no basta la gracia. Bueno, no hoy ni mañana ni nunca. ¿Has leído mis versos en *Octubre*? A ver qué dicen ahora esos señoritos de la poesía... ¿Hace mucho que no ves a Marichalar? Podría influir... que Vela pidiera a cualquiera de los suyos una nota para la Revista. No se atreverán, ya lo verás...

Joaquín no escucha, no piensa en nada, está en el vacío, no se da cuenta.

—Parece que se te ha ido el santo al cielo. ¿O no estás de acuerdo?

Alcalá trabaja en Correos. Se toma muchas libertades que sus jefes le perdonan por las Flores Naturales. Su padre —bobo de haber concebido tal maravilla— se pasa el tiempo —que le sobra— hablando del genio de su retoño. Don Rodrigo Alcalá Meneses es ferretero y se ha hecho republicano —nunca fue nada— por seguir en

algo la corriente política de su hijo.

Joaquín queda libre frente a la librería.

—No dejes de pasar hoy mismo por el Ateneo, allí tienes tu ejemplar. De los de lujo. Sólo son cinco pesetas. No son para mí; como comprenderás, todo lo que produzca la edición es para los presos. Y no te olvides de hablarle a Cantueso. Y a Marichalar. Ah, bueno, y si ves a Cañedo, dile que a ver cuando sale la nota; yo creo que del domingo no puede pasar. Salud.

Joaquín se ve al trasluz del escaparate. Otro. Es otro. Sin darse cuenta entra en su casa, huye de sus tías, reunidas en el comedor.

—¿Eres tú, Joaquín? ¿Quieres algo?

—Nada, me duele la cabeza.

—¿Quieres una aspirina?

—No. Dejadme en paz.

Le regurgita, de pronto, su pecado original, olvidado desde que se entregó a Margarita: su madre, la muerte de su madre debida a su alumbramiento. El pago. Se revuelve contra la sucia idea. Coito por coito. Borrar esa monstruosidad de la imaginación. ¿Cómo? ¿Cómo lograrlo? La muerte. Sólo la muerte. La muerte como castigo. Como liberación, no como castigo. (No recuerda a Dostoyevski; sin embargo, la idea es de un personaje secundario de *Los endemoniados*). Olvidar, de una vez por todas. Márgara en brazos de otro, las piernas abiertas, penetrada. Se revuelca en la cama. No puede pensar; ver tan sólo, ver, incapaz de borrar lo que ve, a ojos cerrados, abiertos. En la penumbra, lo real se sobreimpone un momento. No puede con su alma. Acoceado. Hecho polvo.

Cierra los postigos de la ventana. Inmediata oscuridad casi completa. Se tumba en la cama. Amor, amor, sí; pero —más fuerte— el amor propio. Cierra los ojos. Se duerme en seguida. Le despierta el ruido de la puerta al cerrarse. ¿Quién se asomó? ¿Águeda? ¿Teresa? ¿Pilar? Tal vez las tres. Se levanta, cierra con llave. Ahorcarse. Sí, tal vez. No duele, dicen. ¿Dónde? ¿Del tubo del desagüe del depósito de agua del retrete? ¿Con qué? El cinturón. Resistirá. Se lo quita. Prueba su fuerza. Sí. Abre la puerta con cuidado, cruza el pasillo, entra en el retrete, al fondo. Cierra el pestillo. Se quita la chaqueta. ¿No deja ningún recado? No. ¿Para qué? «No se culpe a nadie de mi muerte...». ¡Al contrario! ¡Cúlpele a todos! ¿Por qué? ¿Qué culpa tienen? Y, sin embargo... Sobre sobre la taza, pasa la tira de cuero por la hebilla. Estira. Se suspende con las manos del extremo del cuero. ¿Cómo hacer el nudo corredizo? Tiene que ser al revés. La hebilla abajo: hacer un nudo con el extremo del cinturón, atarlo al tubo, pasar el cuello entre hebilla y cuero. Prueba. Sí. Vamos allá. ¿En quién pensará a última hora? ¿En Márgara? Sí, ¡qué remedio! Pero ve a Álvaro Rebolledo.

Otra vez, la puñalada en el estómago: Márgara en los brazos de Álvaro; ese hijo de puta, bien oliente, bien peinado, bien vestido, con automóvil... Mas lo que

recuerda, de pronto, es el mar, La Coruña, el jardín de San Carlos, la tumba de Moore, el grito agudísimo de las gaviotas.

XI

—Eres un insensato.

Le grita Molina desde la puerta. Joaquín, blanco, lo ve acercarse como en el cine, dicen que pronto las imágenes van a romper a hablar. Sonríe.

—Si lo fuera, no haría más que confirmar viejas teorías.

—¿Cuáles?

—La que afirma que todo nace de la insensatez. Acuérdate. ¿Qué griego fue?

—Tema 83. ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé.

—¿Con eso ya está contestada mi pregunta?

Joaquín asiente con la cabeza.

—¿Qué pasó?

—No te lo diré.

—Vino Mágina a verme.

—¿Y?

—Me dijo.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—¿Sólo por eso?

—¿Te parece poco?

—Sí.

Mágina se había enterado por Molina, que le telefoneó a la portería de la casa de General Oraa. Enloquecida, no quiso esperar su llegada, corrió a verle.

—¿Qué pasó? ¿Cómo fue?

—Sabes tanto como yo. Seguramente más.

—Pero ¿qué pasó, como fue?

Molina dijo lo poco que sabía:

—No dejan verle. Sus tías son unos cancerberos intratables. Nunca me he echado a la cara bichos semejantes. Dicen que mañana. Parece que está mejor. Ahora, cuéntame tú. Y no llores. ¿Quieres una copa de algo?

—Sólo quiero morirme.

—¿Tú también? ¡Vaya por Dios! A ver, desembucha. Por un quítame allá esas pajas no habrá sido —Molina estaba terriblemente impresionado—. Porque Joaquín es muy hombrecito. ¿Qué marranada le hiciste?

Márgara llora.

—¿Pero se salvará? ¿Está fuera de peligro, me lo juras?

—Sí, mujer.

—Quiero verle.

—Me parece difícil.

—Díselo.

—Cuando pueda. Pero, habla.

«¿Qué decirle? No tenía remedio. (¡La virginidad pesa tanto!, todas las vírgenes juntas, de palo, de hueso, de carne. Y sabe Dios si hay...).»

—Soy una tirada.

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

—Sí, y no lo creo.

—Pues créelo.

Molina la mira por encima de las gafas, se rasca la nariz.

—Vamos, ¡anda! ¿Y por eso quieres verle?

«Tiene razón, ¿para qué?».

—¿Qué más le digo?

—Nada. No le digas nada. Ni que me has visto. Ni te preguntará por mí. Si te pregunta, dile...

—¡Qué te has de ir así! El Puente de Segovia está lejos y no es hora. A ver, habla. ¿Qué pasó?

—Que soy cualquier cosa.

Molina tiene a Márgara por lo que es: inteligente. Le duele verla «hecha pedazos». Porque esto es exactamente lo que le pasa, deshecha.

—¿Te vio con alguien?

Márgara niega, sin palabras. Se suena.

—Se lo dije yo.

—A ti sólo se te ocurre. ¿Puede saberse lo que le dijiste? La chica vuelve a negar con la cabeza.

—Sois un par de chorlitos.

No lo cree, azuza.

—No. Tiene toda la razón.

—¿Para suicidarse?

Margarita mide lo absurdo de su aseveración.

—No sé lo que me digo.

—Ni lo que hiciste.

Eso es exactamente: no sabe lo que hizo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿No se puede componer?

Márgara le mira fijo, sonrío, se echa a reír estrepitosamente. Sigue. No acaba.

—¿Quién fue?

Márgara no puede zafarse de su risa, le hace un daño horrible, rechina los dientes. Molina se asusta, llama a la patrona.

—Tila, coñac. A ver, no se esté ahí como un poste. Ayúdeme a acostarla y salga.

Sí, piensa Molina, y todo resuelto. Creía que los ataques de nervios era cosa del siglo XIX. Zorras.

Ahora intenta darle ánimos a su amigo:

—Mira, hijo, la vida hay que vivirla si no ¿para qué nacimos?

—Es lo que se pregunta cualquiera.

—Muriendo naturalmente la contestan todos. El segarla es absurdo, ni los álamos ni los perros de agua se suicidan.

—A eso contestaron muchos hombres.

—¿Y qué? ¿Resolvieron algo?

—Quién sabe.

—Eres muy dueño de ser idiota.

Molina se fue. (Le dijeron: Dos minutos. El médico...). Águeda entra en la habitación. Joaquín cierra los ojos.

—No duermes. No me engañas. Ya no me engañas, ni a mí ni a tus tías. (¿Tú, quién, qué eres? —piensa el acostado). Ellas no se atreven a hablarte; yo sí. ¿Así nos pagas? ¿Ese es el premio que nos das?

Águeda siempre fue la más decidida. La única, mejor dicho. Teresa y Pilar nunca se han atrevido a nada. Águeda es la mayor, se le nota.

—De desagradecidos está lleno el mundo.

Joaquín sabe por donde va a correr el sermón, quisiera impedirlo, pero si habla, si protesta, no hará sino alargar el curso de la filípica. Calla. Además, su tía tiene razón.

¿Con qué cara podremos ir ahora por el mundo? Un muerto, cualquiera lo tiene en casa, y los lutos cubren muchas cosas. Pero un suicida... Porque, no nos salgas ahora con cuentos: quisiste matarte.

Espera. Joaquín sigue sin abrir boca ni ojos.

—Por una pelandusca, por una cualquiera...

Su tía se derrumba en un sillón, llora. Joaquín está tentado de hablar, de consolarla; puede más su debilidad, lo caliente de las sábanas, su dejadez. «Pelandusca», ¡qué palabra en boca de tía Águeda! Pero tiene razón: Marga es una

pelandusca. Pero la quiere. No, ya no la quiere. Así, sencillamente. No tan sencillamente. La quiere. Le duele horriblemente el alma, ahí: alrededor del estómago.

—¿Para eso te educamos? ¿Así te educamos? ¿Cómo es posible que un hombre como tú, educado, educado...?

Se le va la voz. Lloro, se suena. Sin verla, la ve: apergaminada, amarilla, seca, lisa, de negro, negra. Se pone en su sitio: tiene razón. No le tienen más que a él. A él, antes que a ellas mismas.

Y ha querido «borrarse del mapa». ¿Cómo explicarles? O, tal vez sí, quizá el querer morir por amor les llegue al corazón. ¿Por amor? Nunca se atrevería. ¿Escribírselo? ¡Qué absurdo! Todo es absurdo.

—¿No sabes que matarse, que quererse matar es el pecado horrendo? ¿No has pensado un sólo momento que te condenabas eternamente?

No lo había pensado. Dostoyevski se le planta delante. Al infierno, no lo había pensado. Lo piensa. Le tiene sin cuidado. No cree. No lo siente.

—Aunque no fuese por nosotras: por tu padre, por ti, por la salvación de tu alma.

Joaquín piensa en otra cosa. Ha querido matarse, luego es un hombre. Ha dado pruebas de que lo es. Cuando Marga lo supo ¿qué dijo?, ¿qué sintió? Remordimientos, terribles remordimientos. Si se presentara ahora, arrastrándose a los pies de la cama, ¿qué haría? ¿Qué diría la tía Águeda? No la dejaría entrar, la echaría. ¿Habrá venido? ¿Se lo habrán ocultado?

—El padre Ruiz quiere hablar contigo.

—No.

—¿No puede entrar?

—No. Sería inútil. Y desagradable para todos.

XII

El intento de suicidio de Joaquín Dabella aunque procuró callarse, hizo ruido. (Se descosió la hebilla del cinturón en el momento bueno, cayó al suelo abriéndose la frente en el borde de la porcelana de la taza, lo que dio pábulo a toda clase de figuraciones acerca de los medios empleados). Los enterados no abrieron la boca. (Rebolledo se quedó atónito, sin vanagloria; tenía buenas maneras). Márgara no sale de la casa. (*La Cerilla* va y viene). Joaquín no quiere ver a nadie, respaldado por

Carlos Riquelme. El médico intentó saber el por qué de la fallida determinación. El doliente cortó:

—No se lo diré ni a usted ni a nadie. Es inútil que insista.

Carlos Riquelme, que conocía a la gente, no insistió.

Victoriano no se creyó en la obligación de acudir a casa de Dabella. ¿De qué serviría? ¿No decían que no recibía a nadie? Tiempo perdido. Cuando tropezara con él con decirle que todos y cada uno le tuvieron al corriente, en paz. Clementina triunfaba, una vez más:

—A ver si os vais dando cuenta.

Las Morones enviaron a Juan Ruiz, que las tranquilizó, tras hablar con Riquelme.

—Tuvo lo suyo. No reincidirá.

Paquita consiguió verle.

—¿Te has vuelto loco?

—No creo.

—Mira, pedazo de alcorocho, nada vale la pena de perder la vida.

Orgullosísima de su vientre a punto de dar su flor.

—¿Qué te pasó?

—Nada.

—Si hablaras, te haría bien.

—No.

—Isabel está muy preocupada.

—¿Por qué? ¿No se figurará tener vela en este fallido entierro?

—¿Sabes que tartamudeas menos?

—Será del golpe.

—¿Qué piensas hacer?

—No tengo la menor idea.

El que dio en el clavo fue don Joaquín, el padre. La verdad: tenía antecedentes de los que carecían los demás, y experiencia.

—¿Qué te llevó a eso?

—Nada.

—Estás hablando con tu padre.

El joven, ya repuesto, pero en cama, no hace comentario alguno.

—No sé por qué me figuro...

El magistrado se levanta de la orilla de la cama, se planta de espaldas a la luz de la calle.

—A lo mejor te sucede lo mismo que a mí. (La voz más profunda que de ordinario). No tiene nada de particular. Ni importa nada. ¿Me oyes? Nada. Muchas gentes viven muchísimos años con un solo riñón —hizo una pausa—, un solo pulmón... Son cosas que se heredan. Tu abuelo, mi padre..., lo mismo. No por eso se

deja de ser hombre. Al contrario. Te lo aseguro. Criptorquidia, se llama esa condición.

Joaquín bebía sus palabras.

—¿Tú, también?

—Yo también, hijo. Y te aseguro que no tengo por qué quejarme. Y ellas, menos. Con uno puedo más que muchos con dos, y ya no soy un niño.

Todo se derrumbaba. Todo se revolvía. Quería gritar, pegarse con alguien. Pero, al mismo tiempo, le penetraba una alegría feroz. ¡Mentía! ¡Mentía! El jamás sería un ser normal, completo. Mas el que hablaba era su padre...

El magistrado habló con Riquelme.

—¡Vaya por Dios! Hace años que debió haber hablado con él. Ha crecido bajo una costra que le será difícil desechar.

—Mi padre no tuvo necesidad de decirme nada. Yo en seguida me di cuenta de que no importaba.

—No todos somos iguales.

—Ahora, todo se arreglará.

Riquelme miró al narigudo.

—Sí —dijo con mala intención— y lo pasado, pasado. Don Joaquín no quiso darse por enterado: repitió, en otro tono:

—Lo pasado, pasado. Hable con él.

—Como es natural. Y ahora mismo.

Joaquín se pasaba las horas sentado frente a la ventana, vacío. La boca puro rejalgar.

—¿Por qué no me lo dijo?

—¿A qué santo?

—Supongo que no ha habido día, desde Dios sabe cuando, que no lo ha tenido usted presente. ¿O no?

—Sí.

Carlos Riquelme —bajo, gordo, ya calvo, empeñoso enamorado de su medicina— al acabar la carrera era ya una celebridad.

Riquelme tiene sus amigos: Paulino Cuartero, Juan Fajardo, Julián Templado, todos ellos algo mayores que Joaquín y los suyos. Los pocos años que les separan, pesan. Se conocen, nada más, y se hablan de usted. Cuartero va a veces por el Regina, Fajardo —por ahora— no sale del Ateneo, embutido en oposiciones a cátedras de literatura de Institutos; Julián Templado acaba de regresar de Alemania. Va a ir a establecerse a Barcelona. Riquelme es cirujano, socialista y amigo de hacer favores. Le está agradecido a don Joaquín, el padre, porque sacó de la cárcel al amante de una enfermera con la que tiene algo que ver. No tiene más tiempo que el de su profesión. Si quieren verle hay que ir a San Carlos.

—No influye para nada, en su condición..., digamos, viril. Es tan apto como otro cualquiera. Además, si lo que le preocupa es que se note, que se vea, ha de saber que sólo al tacto; si eso sucede: ya está del otro lado. Un tuerto ve mejor que muchos miopes o présbitas.

—Pero es tuerto.

—Claro, y Cervantes y don Ramón, mancos.

—No de nacimiento.

Riquelme se explica ahora la timidez de Joaquín, sus arrebatos repentinos. Hablan.

—Le voy a romper la cara a Álvaro.

—¿Por qué?

—Me ha hundido.

—No haga frases. ¿Qué quiere? ¿Matarlo? ¿Porque se ha aprovechado de las circunstancias? Es su oficio.

Riquelme no puede ver al joven humorista.

—Si lo matara, me sentiría mejor.

—No lo dudo.

El médico sabe que Joaquín es incapaz de hacerlo.

—¿Qué voy a hacer?

—Nada. Esperar. Ya sé: ¿Quién repondrá la virginidad de su adorada?

—¿Quién tiene la culpa? Esa sí échese la encima. Era suya. No se la tiró por miedo. Por no hablar. Por no venir a verme. A mí o al que fuera.

—No es cierto. Yo quería...

—¿Qué? ¿Casarse con ella? Miente. Bueno, miente a medias: lo detenía la idea de que era un semi-impotente. El miedo a hacer el ridículo, nada más.

—No es verdad.

Lo era; Riquelme insistía, como remedio.

—Las equivocaciones se pagan, Joaquín. Duramente. Si equivoco un tratamiento o lesiono un órgano en una operación, el paciente se me muere. Ni usted ni su novia eran cadáveres. Y no me conteste: ¡ojalá! No le voy a dejar. Es un hombre perfectamente normal, ¿me oye? Su caso es frecuente. No obsta para nada. En ningún sentido.

Joaquín tenía ganas de darse cabezazos contra la pared. Sentíase hervir contra sí.

—Póngase unos zapatos, una chaqueta y vamos a tomar un whiskey. O los que sean.

Fueron a *Pidoux*. Al paciente se le subió a los sesos la primera gota. Riquelme llamó por teléfono a don Joaquín.

—Lléveselo una temporada fuera. Cuanto más lejos mejor.

—No puedo salir ahora de Madrid.

—Mándelo.

—¿Dónde?

—A París, por ejemplo. Dicen que bien vale una misa.

La referencia histórica venía a cuento por la que le habían mandado decir las tías por el restablecimiento del sobrino.

—¿Y sus oposiciones?

—Ya habrá otras.

—Mañana hablaré con él.

Joaquín Dabella —a la sorpresa de su padre— prefirió quedarse en Madrid y estudiar. Lo único que pidió fue irse a vivir con José Molina, con la excusa que así le sería más fácil machacar los temas. El montañés no puso reparos abiertos; la que se molestó fue Gabriela, que se negó a reunirse con él en otro lugar. El enfado duró, se fue agriando, hasta que un día Molina metió a su querida en un taxi y se la llevó a un reservado de la Bombilla. Fue la última vez. Gabriela eludió nuevas entrevistas. Ganó Juanita que tuvo el honor de recibir a José en su cuarto de criada.

SÉPTIMA PARTE

I

Otras cartas de Andrés Barillón a Jean Richard

14 de marzo de 1927

Aunque no lo creas —lo veo por tu última— Virginia se dejó convencer, te lo aseguro, sin dificultad ninguna (como soy petulante te diré que no fue sorpresa). Añadiré: hasta con gusto (puedes comerte el «hasta»). Más: tal como lo adiviné es aficionadísima al amor, no sólo como si quisiera resarcirse del retraso; lo cual me place sobremanera. Pero el matrimonio más liberal, más «avanzado», se me ha puesto como no quieras saber. No hay Dios que entienda a estos españoles; el Hipopótamo macho, cansado de anatemizar los conflictos actuales españoles («A folgar, esposa, a folgar —como le dice al Hipopótamo hembra para mandarlo a paseo—, a folgar que es lo que hace falta al país»), se ha revuelto como una fiera, acompañando sus rayos con los truenos de su cónyuge. No quieras saber: nos han cerrado la puerta de su honrado piso, lo cual siento porque allí se come como Dios (los españoles lo relacionan todo con la divinidad). Me he establecido en una pensión de la Plaza del Callao, porque no iba a llevar a Virginia a la Casa de Velázquez y era absurdo desaprovechar tan buenas noches. Gracián te saluda; se lleva regular, nada más, con el alba de mis sueños. Ni siquiera me despido.

Del mismo al mismo.

2 de junio de 1927.

Los españoles, no sólo los madrileños, tienen como lugar común decir: «de Madrid al cielo». Aciertan. He buscado por qué: se debe al tiempo; no a la temperatura, que no es mala, pero no mejor que la de otras ciudades, incomparables a la de las veras del Mediterráneo (todavía no se ha inventado otra parecida). En ninguna ciudad por mí conocida (no son muchas, como sabes, pero sí bastantes) se

tiene tanto tiempo como en Madrid. El día es más largo, entre otras cosas porque invade más horas de la noche que en otra parte; pero no es esto sólo: duran más. El español es enemigo personal del quehacer, no sólo lo lleva en la sangre sino en el alma. *Aquí el trabajo sigue siendo pecado para la Sociedad y la Iglesia, que traga mayor número de horas a quien le es aficionado que en Roma mismo.* El español — tal vez no tanto el catalán, tal vez no tanto el vasco, aunque más de lo que aparentan — nunca pierde el tiempo: lo aprovecha saboreándolo, viéndolo pasar, viendo pasar a los demás. A veces, en Andalucía principalmente, exagera; surge entonces la *juerga* que si no es tiempo perdido tiene en sí algo de desesperación para no acordarse de él. Todos son hipidos, lamentaciones, vino, buscando el olvido del problema.

Hablo de Madrid, de su equilibrio. Hay *juerga* si se juzga necesaria, pero como remate, no como finalidad. El madrileño ha encontrado su punto en la tertulia, en el café, no en el casino, que suele ser aburrido, encubriendo el juego. No los ha inventado (¿quién inventa?), los ha aprovechado, igual que aprovechó la ópera cómica, las comedias musicales de Offenbach —música de corte y bulevar— para crear (¿quién crea?) «la zarzuela», único teatro español universal después del de Calderón. La tertulia, el café —o la tasca—, en Madrid, son universales, es decir, populares. No sólo hay tertulias en los cafés sino en las reboticas, aceras, salones, casa de prostitución y de vecindad, tiendas, zaguanes, patios de las facultades, despachos ministeriales. Nada más lejos de la visita y las visitas, donde hay huésped y huéspedes, sino todos con idénticos derechos, a pie llano, con tal de sentarse. A la tertulia nada se les resiste: iguales todos del todo en todo, democracia perfecta; si eligen rey, porque se lo merece —Valle Inclán, Ortega, no me dejan mentir. No hay ahora aquí elecciones ni nada que se le parezca, pero sí parlamento abierto a todas horas. La importancia del Ateneo decanta de este hecho madrileño: tertulia por excelencia.

Las tertulias regulan el tiempo, duran hasta las dos o tres de la mañana, más las deambulantes de última hora: Te acompaño. Acompáñame. Te acompañamos. Fíjate en la raíz, idéntica a la de nuestro viejo *compagnons*. Las tertulias tienen todavía mucho de gremio, regusto medieval. De las raíces económicas y sociales de estas reuniones no te voy a hablar, aunque he echado por ese camino a un «compañero» de pensión y tertulia, José Molina, que ya se iba por el de las notarías. Eso de las oposiciones también tiene lo suyo y decanta, en parte, también de las tertulias. Entretiene las futuras peñas en los pueblos, de los que han de surgir las camarillas de mañana. Molina que, si claras, no tiene ideas fijas, ha tomado en cuenta mi aseveración de que el porvenir pertenece a la sociología. Dejará las oposiciones a notarías —que no se compran, como en Francia— y se meterá con Durkheim. Esto me deberá el mundo. Vive con un amigo triste, Joaquín Dabella, que no hará carrera.

Vuelvo a Madrid y su tiempo. Levantándose tarde, hay tiempo para todo. La

mañana sirve para tomar el sol, ir a alguna clase. No da para más (sin lástima, por favor). Tertulia antes de comer, sin abusar. Comida, animada por charlas de mesa a mesa —cuando no es redonda—, tertulia de café, hasta las cuatro, pongo por término medio. Estudio, clases. A las siete, tertulia; a las nueve, nueve y media o diez, cena hablada; a las diez y media o a las once, cine, teatro o tertulia; a las doce o la una, tertulia general. Se queda al tanto de todo, sin dolor. Muchos se ponen a leer o estudiar hasta el alba, hecha aquí para conciliar el sueño. Con buen sol se duerme poco; en provincias, la siesta complementa.

Compara esta manera de enfrentarse con el mundo con lo que sucede a nuestros «compañeros» de París o de Marburgo (hablo siempre por experiencia). No se trata de los echados a perder, en la bohemia o en la empollonería, sino de la gran multitud vulgar de la que formamos parte. Dormimos más, por el clima; bebemos más, por costumbre. He caído en la cuenta de que los españoles han ganado fama de buenos amadores —don Juan, en la cumbre— por sobrios. No hay nada que perjudique tanto al buen ejercicio de una posible reproducción como ingerir vino o cerveza; lo bueno es el café, dígalos si no mi sin par Virginia, cada día más agradecida a mi convencido y convincente hispanismo. Añade que, en general, al español no le sobran ocasiones vernáculas prolongadas (no hablo de los casados, por falta de conocimiento de causa), por eso se mantiene largo tiempo en buen uso.

No te escribo más. Ya sabes tanto de España como yo. Lo demás es de ver. Vente. Tuyo.

A.

Del mismo al mismo.

12 de julio de 1927.

Me preguntas por Virginia para corresponder a mi entusiasmo. La verdad, sólo sabes que es flaca. No, no es pequeña: a lo sumo dos dedos menos que yo. Además, preciosa. Quítate las telarañas gautierescas: nada tiene de gitana ni, si me apuras, de española, tal como se entiende de estas fronteras para afuera. Hay gran cantidad de iberas rubias; no en balde se llenó esto de sajones, godos, vándalos, normandos —sobre todo por las costas de Levante—, Virginia es de Elche y parece italiana. Te voy a dar una pista fácil de seguir: el retrato de Bartolomé Veneziano (del Kaiser-Friederich Museum, de Berlín), más el de la joven de Pollaiolo (del Poldi-Pezzoli, de Milán) y la más famosa cabeza de Venus, la de Botichelli, de los Uffizi, y podrás darte una ligera idea. Dirás que exagero; es verdad, porque Virginia ofrece una clara

simetría ausente —*et pour cause*— en el florentino, ya que en los demás... Por ahí va. Rubia, ya te lo dije, de ojos claros (como es natural después de lo que te acabo de pintar) entre grises, azules, verdes, con algún fino radio del más cálido ámbar... Le gusta que la acaricien (nada me gusta tanto como acariciarla). Nos pasamos las horas vivas tumbados uno al lado del otro, sin acabar de creer en nuestra felicidad. Me mira, me dice:

—¡Qué sinvergüenza eres!

(Las palabras vergüenza y sinvergüenza, y sus derivados, son las más empleadas por los españoles. Ahondar el por qué sería un buen tema de investigación. El pundonor, la honra, la estima de sí, la dignidad o sus faltas, la timidez —mezclada con lo que aquí llaman, con un precioso eufemismo las «partes pudendas»— darían doscientas cuartillas al menos pintado).

Mi tesis, esquelética; mi novela, en paños menores. No preguntes más, por favor: soy feliz. Ella también.

A.

Del mismo al mismo.

6 de agosto de 1927.

Hermano: me he casado por la Iglesia, porque aquí no hay otra manera. Lo hice porque si no lo hubiese hecho, jamás me lo perdonaría. No se lo hemos dicho a nadie (¿quién se fija en las amonestaciones en una iglesia de los barrios bajos?). Fueron mis testigos Hebrard y José Molina, mi vecino de pensión; los de mi mujer un compañero suyo de oficina y Manuel Cantueso, sevillano conspirador, amigo de Molina.

Cuando se enteren los Hipopótamos se entrematarán por su falta de perspicacia. No creo que haya país donde «legalizar» una situación sea más importante que aquí para los enemigos de las leyes.

A fin de año conocerás a Virginia. Espero que para entonces habrás olvidado mis cartas. Sí, habla francés (por la tía). Al principio, y aun ahora, cambiamos pocas frases acerca de nuestros sentimientos. Hace algunos meses, pocos, le pregunté:

—*Nous nous aimons?*

—*Il y a longtemps que c'est fait* —me contestó.

Se nos ha quedado como un tranquilo, mano en mano, de cuando en cuando.

Nos miramos. Tiene ojos de mar, infinitos.

—*Nous nous aimons?*, etc.

A.

Del mismo al mismo.

14 de septiembre de 1927.

Gracias por la felicitación. Cállate la boca hasta nuestro encuentro. Quiero que la familia juzgue de *visu*. Así que: *mutis*.

Y ya que quieres más crónicas —para las tuyas—, toma en cuenta que estar en España es vivir en otro mundo. Aquí no se entera uno de gran cosa como no sea de los toros, del fútbol, cosas que me tienen sin cuidado. Cuida de ello un general, bien nombrado Director de Seguridad, de nombre Bazán. Gracias a él, aquí casi no existe el bolchevismo, ni el separatismo catalán —como no sea en algunas notas oficinasas—, ni nadie publica artículos contra el gobierno, ni se sabe nada como no sea de los artilleros que, con su terrible proclividad revolucionaria por el escalafón cerrado, son consuetudinarios agitadores. Aquí no hay huelgas, ni propaganda soviética, ni oposición organizada, esto es una balsa de aceite gubernamental. No te escribo en chungu. Y, aunque hubiera algo de eso (porque, naturalmente, me muevo entre gentes que ven y oyen algo más de lo que se le sirve cada mañana), el país ignora en qué tiempo vive. Aquí reina la ignorancia, gran cosa si lo único que quieres es comer, dormir, amar lo más posible. Runrunean los catalanes, que hablan catalán; los estudiantes, que son jóvenes; cosas difíciles de combatir.

Aquí, como me decía anoche un ex político (es decir, de los que están al acecho), el gobierno no hace caso más que de la superficie; se contenta con lo visible e ignora, por convencimiento, lo que va por dentro. El conde es pesimista para el día de mañana. El marqués, al contrario, rebosa optimismo. Te habrás enterado que el Dictador se ha visto favorecido con 6 697 164 votos en el plebiscito que acaba de celebrarse «con grandioso éxito». Éste se redondeará con la creación de una espléndida Suprema Asamblea Nacional que colmará de felicidad de los españoles, ya apartados definitivamente del gusano roedor de la política. Por aquí circula un documentillo que ha llenado de alegría al General, ya que le permitió reafirmar su seguridad de salvar el país limpiándolo de políticos profesionales.

Joaquín Dabella se va a París. Le he dado tu dirección. Como es un ser un tanto extraño, tal vez no te avise. Avísame tú.

A.

Al mes de vivir con Molina, Joaquín no podía con su alma. Carlos Riquelme volvió a hablar con el magistrado:

—Lléveselo fuera, aunque no quiera. No me gusta como está.

Don Joaquín no había salido de veraneo. Fue a ver a su hijo.

¡Qué cara tienes! ¿No quieres ir al monte? ¿A San Sebastián? ¿A Santander?

—Tengo que estudiar.

—No me parece que estés para eso. Y lo primero es la salud. Yo...

Joaquín no quería nada. Aprendía los temas con facilidad, luego se le olvidaban. Tenía que volver a empezar.

—¿Quieres ir a París?

—¿Solo?

—Sí. Yo no puedo acompañarte, ahora.

Podía, pero tenía olfato.

—Bueno.

—Allí también puedes estudiar.

Joaquín había pensado volver a La Coruña, recordar a Mara, sentado cerca del monumento de Moore... Mas ¿cómo comparar La Coruña con París?

Sacó su pasaporte. Molina le acompañó —con las tías y don Joaquín— a la estación.

—Hoy por ti mañana... —le dijo sonriendo, en recuerdo de Alicante y de las doscientas pesetas que nunca le había devuelto.

Joaquín, como siempre, pensaba en Mara.

Don José Sánchez Guerra tomó el tren en San Sebastián, sin aparato de ninguna especie. Sentado al lado de Joaquín Dabella, que no tenía por qué reconocerle, tomaba notas para el manifiesto que había de firmar al llegar a su destino. Tras textos de Cánovas y de Ríos Rosas, escribe «los hombres conservadores fueron siempre en España los defensores más convencidos y más exaltados del régimen constitucional, del Parlamento y de las libertades públicas». No hacía sino reproducir lo que había dicho al Rey en casa de los Alcalá Galiano hacía pocos días, referente a esa futura Asamblea Nacional que por Real Decreto publicado en *La Gaceta* del 12 de septiembre acababa de convocarse. Levantaba «de un modo enérgico y resuelto bandera de protesta y de rebeldía», decidido a ir a buscar los principios constitucionales y parlamentarios «donde ellos pueden estar y yo tengo la seguridad de encontrarlos».

II

En esos meses la vida de don Daniel Miralles cambió no poco. Las apariencias

seguían siendo las mismas; pintaba, daba clases por la mañana en el estudio, acudía a la Academia por la tarde. El trastrueque se debió a Ulpiano Miranda, de quien era conocido sin más, a pesar de la amistad del anticuario con Santibáñez, Bordes, Pérez del Molino, compañeros suyos de años muy pasados. Explicó a Clementina que su reciente intimidad con el vecino se debía a su conocimiento y buen juicio para estimar numerosos cuadros que pasaban ahora por manos de Miranda. No faltaba a la verdad, pero había más.

Para explicar su fortuna Ulpiano Miranda hizo correr cuentos de herencias. Era novela: al lado del cadáver de una muchacha que adoró adolescente, muerta tuberculosa, decidió que el mundo no tenía pies ni cabeza, que lo único que cabía era sacarle el mayor jugo posible, como fuera. Tenía aptitudes comerciales (Tú eres judío, le decía, sin afán de molestar, Pérez del Molino), las aprovechó, sin dejar de reunirse con sus compañeros de los últimos años de bachillerato. No ingresó en la Universidad. Compró, vendió, prestó, más o menos honradamente. Traficó con hipotecas, sin dejar de leer, de hacer viajes, por negocio y gusto de estar al tanto.

Se inició por casualidad en el tejemaneje de las antigüedades en contra de su gusto, que en el mobiliario al igual que en lo demás correspondía a lo más moderno: gustábanle mocillas. El tiempo no contó para él: seguía en sus trece.

La tienda comunicaba con el principal izquierda. Este con otro, con entrada por la calle Fuencarral. Lo más saneado del negocio de don Ulpiano correspondía al alquiler de cuatro alcobas, bien atendidas por una hermana suya. Jamás se sospechó esta comunicación en la casa de la calle de Valverde. Feliciano que para estas cosas era un podenco, no lo olió.

Los hombres entraban y salían por la calle de Valverde; las mujeres, por Fuencarral. Algunos maridos, remordidos, remataban comprando miniaturas, viejos broches, collares o consolas para sus legítimas. Daniel Miralles tardó años en darse cuenta de lo que sucedía pared por medio de su casa. Cuando descubrió las facilidades que le podía proporcionar su amigo que, efectivamente, le llamó para fijar la fecha de un cuadro de Ignacio Pinazo, se estableció, feliz en la mala costumbre de restarle a Clementina parte de su legítimo bien.

La vida conyugal del ilustre pintor, perfectamente ordenada hasta entonces, le ocultaba posibilidades. Descubiertas, quedó encantado. No desaprovechó ocasión, con buen cuidado de no relacionarse con personas que ni de cerca ni de lejos tuvieran que ver con su cónyuge. Sin embargo, por haber hecho «tilín», fino eufemismo de la dama, una vez más de lo presupuestado en la semana, casi se le viene el mundo encima. Clementina lo tenía todo reglamentado y, para que no se le olvidara, religiosamente apuntado. Lo de religiosamente no era a «humo de pájaros», como hubiera dicho la Feli, sino porque la señora de Miralles marcaba con una cruz —o dos— el ritmo de sus «tilines» bajo las santas advocaciones del día y la noche en un

almanaque guardado en un cajón de la cómoda de la alcoba matrimonial entre la ropa blanca. Preocupábase si su marido se retrasaba:

—¿Qué, hoy no?

Si se adelantaba:

—¿Hoy también?

Con los años se hizo más meticulosa. Cuando don Daniel, llevado por sus renovados entusiasmos, adelantó, dos semanas casi seguidas, la fecha de sus retozos, le entraron sospechas a la honrada esposa. Costole Dios y ayuda al pintor echarle la culpa a la primavera.

Diose el retratista a lo planturoso que era su gusto de siempre, morigerado por su mujer a lo largo de treinta años. Como consecuencia, cuando menos se pensaba, renovó paleta y pincelada, menos atado al academismo impresionista, su inalterable carril. Hiciéronse cruces sus compañeros del caserón de la calle de Alcalá; los jóvenes le alabaron. Corrió la voz, aumentó el número de alumnos, el renombre.

De la mano de Pérez del Molino llegó al estudio de la calle de San Marcos la condesa de Morones, opulenta en su joven madurez, ojos azules muy saltones, cara redonda, labios carnosos bien casados con un blanquísimo escote naturalmente muy resaltado. Las cosas fueron de prisa, la tercera sesión fue ya prolongadísima. La aristócrata era amiga de presumir, más teniendo en cuenta que sus anteriores deslices, si no pocos, no tuvieron el nombrado tinte artístico del actual. Se supo sin que nadie se hiciera cruces. No pasó un mes sin que llegara a oídos de Clementina.

Se le vino abajo el mundo. Todo, polvo. La boca primero. Quiso revolverse, destrozar cuanto tenía a mano. «¿Cómo es posible?, ¿cómo es posible? Me la pagará, me la pagará, me la pagará». De la pregunta a la afirmación se le devanaban los sesos. Diente por diente, ojo por ojo, fue lo primero que se le ocurrió. Algo se le levantó, de abajo a arriba, en las entrañas, que le impidió seguir adelante. (No sólo ¿con quién?, ¿cómo?, ¿a mis años? Otra cosa: la honradez hecha carne). Matarle: pegarle un tiro (no se merecía otra cosa, la aplaudirían todos). No tenía revólver, y, aun así... Pero sí, matarle por traidor, por tramposo, por desleal, por infiel —claro—, por perjurio, por mentiroso, por falso. Por puerco, por vil, por Judas, por desertor. ¿Qué más? Sí, por Judas, esos besos de Judas que le quemaban la carne, reconcomiéndola, como una llaga, como un cáncer. Leproso. Era un leproso. ¡Y Dios sabe qué enfermedades traería a casa! Porque todas esas tías están podridas. Reprodrida, ella. Ella misma viéndose en el espejo del tocador antes de echarse a llorar, desesperada; herida de muerte, a traición.

De cuando lo supo a la hora de cenar, hundida a los pies de la cama, en la semioscuridad del crepúsculo, tuvo tiempo de recapacitar: ¿matarlo? ¡Tonterías! Todo era deforme, grosero, inferior a ella, sin atractivo. Todo: ella, él, Paquita —perdida—, Isabel, distante. ¿Quién más? Nada. Su vida, vacía, inútil. No servía para nada, no

había servido para nada. Ni padres tuvo. ¡Ay, si tuviera madre! ¿Rezar? ¿Cómo creer ahora en imágenes? Pero ¡le iba a oír! ¡A oír! Trompeta vengadora, anunciación del juicio final.

No oyó nada. Clementina se calló la boca. ¿Por qué? No se lo pudo explicar nunca. Eso sí: los demás aguantaron las más, terribles imprecaciones por cualquier motivo. Resultado: quedó sin criadas. Lo que empeoró todo: comida, sueño, carácter. Con Paquita, ni hablar: era el desquite. Isabel, con su calma, intentó apaciguarla, sin resultado. También ella decidió callar, casarse lo antes posible, con tal de dejar la casa.

Sólo una vez:

—¿Es que esa tía no te va a pagar el retrato?

—¡Qué te crees tú eso!

Mintió, no lo pagó. El cuadro era magnífico. Don Daniel se atrevía a más, con sus discípulos y las escuelas de última hora:

—Seguid por ahí, jovencitos, ya veréis dónde os lleva.

—¿Adónde, don Daniel?

—Lo ignoro pero, por lo menos, al cuerno. Contra modas, modistillas. ¿Creéis que todos estos pintorcillos franceses de hoy, que conozco tan bien como vosotros, pueden compararse con Regoyos, con Solana o con Zuloaga? No se pinta por intuición, sino por sabiduría. Los últimos cuadros, la última manera de un pintor es siempre la mejor. La pintura es experiencia. En pintura no hay niños prodigios. Esto no es música.

Se enfurecía al ver tanto libro, tanto estudio, tanta crítica acerca de pintores secundarios, con tal de que fuesen franceses, alemanes o italianos.

—¿Es que Nonell, Casas o Rusiñol no son nadie? ¿Es que Domingo o Pinazo son grano de anís? ¿O Sala? Claro, vosotros, ni los conocéis. ¿Sabéis quién fue el maestro de «vuestro» Picasso? ¡Muñoz Degrain! Id aprendiendo. Expuse el 97 y, a mi lado, al lado de mi cuadro, había otro grande, algo así como de dos por tres, titulado, todavía me acuerdo y hace de eso treinta años, «Amor y caridad» o «Ciencia y caridad», con un médico, una monja y un niño. De vuestro Picasso del demonio.

Otras veces hablaba de sus preferencias rubicundas; Rubens, Hals, Jordaens:

Por el camino de Velázquez no se va más que hasta Velázquez. Hay que ir por otro lado, afuera, en la luz, como el bárbaro de quien no quiero hablar. ¿Sabéis con que pintaba? ¿No? Pues no os lo digo porque todos sois señoritos. (A pesar del éxito, la sombra, siempre, de Joaquín Sorolla). Trabajó el hierro antes que nada y esa fuerza está en toda su obra; yunque la tela, martillo su pincel. Lo tenía todo a mano y dio veinte mil vueltas hasta dar con lo suyo a través de lo frío, lo manido, lo reconstruido, lo cien veces pintado. Nada se consigue en un día. ¿Cómo había de pintar con pinceladitas? No ¡a todo trapo!, ¡a todo lo ancho! Es lo que no sabéis: no era un

pintor grande sino un pintor ancho. Tan ancho que no cabría por esta puerta. Por eso fue pintor del campo y del mar. No cabía en la ciudad. Y con una salud a prueba de bomba. Y sin remilgos de señorito. Era un pintor griego, o como debían haber sido los pintores griegos.

A veces daba lecciones de otro tipo:

—El interés de la vida depende de que nunca se repite nada. El arte es lo contrario: fijar, dejar, repetir. Dios no sabe nada de esto: crea y se olvida. No puede volver sobre lo hecho: Por eso, no creáis nunca que pintáis como Dios. Hay que retocar, afinar, volver sobre lo hecho. Por eso el arte es del hombre.

Don Daniel no dejaba de tener ideas:

—Todas dependen del estómago. No digo que salgan o que se originen allí, pero el estómago las selecciona, las pone en movimiento, las dirige, las digiere. Se piensa de una manera o de otra según se tenga más o menos ácido de un tipo u otro. El estómago regula la manera de pensar. Se es según las dispepsias. Lo que más ha influido en las artes y en la literatura, desde que se inventó, es el bicarbonato. Por lo menos en España. Aquí se toma mucho bicarbonato. La aspirina es para el dolor de cabeza. Seguramente a los sajones les duele más la cabeza. Nosotros pensamos con el estómago. En Europa hay la gran zona del bicarbonato y la gran zona de la aspirina. Esa es la diferencia fundamental entre el clasicismo y el romanticismo, entre el Mediterráneo y el Mar del Norte. Ellos son más limpios, más finos. El bicarbonato hace eructar, lo cual está mal visto por la gente que toma aspirina. En cuanto a lo demás no creo que haya gran diferencia. Ahora bien, ésta es de órdago.

La vulgaridad le otorga no pocos éxitos. Porque de todo tiene opinión, ordinaria, pero suya. Antes callaba, ahora, con el respeto que le da su nueva manera —de vivir, de pintar— todo le viene chico. Salido, feliz.

—Pero ¿es que acordándose de lo que queríamos hace veinte o treinta años se puede vivir tranquilo? Y no os quepa duda que aquellos deseos siguen vivos, si no en nosotros, en jóvenes de nuestra edad, la que teníamos. Esos que decís no entender son mucho más nosotros que nosotros mismos. En otro mundo.

—¿Ya crees en él? Te recordaba ateo, o, como se dice tan horriblemente, librepensador.

—No. Hace tiempo.

—¿Crees en Dios?

—Según.

—Me dejas de piedra.

—Eso quisieras; una estatua. No. Pienso, no creo —¿cómo creer?— en otro mundo en el que nos veamos como debíamos ser. Los viejos somos traidores, por definición.

—El infierno.

—Si quieres.

Santibáñez y Bordes callan un momento, llenan sus copas. Coincidiendo, por casualidad, con los sesenta años del primero, el valenciano vino otra vez a Madrid. Para celebrarlo, se reunieron en Villa Rosa, con Daniel Miralles, que ahora sale de noche. Cantueso acompañó a su director. No le molesta encontrarse con su suegro. El pintor siente el distanciamiento de la pareja; no le echa toda la culpa al sevillano, que le es simpático. Cuando se encuentran nunca hablan del asunto.

Si puede, vendrá Luis Rodríguez Malo. Ulpiano Miranda se excusó: tiene un compromiso. «Si le hubiesen avisado antes... A lo mejor, a última hora...» Pérez del Molino está en Londres. Eladia se les reúne, en el reservado, precediendo a don Antonio Chacón, requerido por las circunstancias.

—Voy a llevar a Chacón.

—¿Al escritor cubano?

—No, hombre, a don Antonio.

—¿Todavía vive?

—No tendrá más de sesenta años. Pasa como en todos los artistas: la gente los envejece para sentirse más joven.

Tipo de juez o de dueño de ultramarinos, gordo, calvo, con su buena papanduja, don Antonio, ante todo es un hombre serio.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Nací en Jerez hace cincuenta y ocho. La época de Silverio, del *Loco Mateo*, de *Curro Dulce*. Aquéllos no cobraban.

—¿Y Juan Breva?

—Ése no sabía cantar, pero inventó las malagueñas. Santibáñez recuerda haberle oído en Cádiz: —Hace una pila de años.

—Yo cantaba entonces con el *Mellizo*, Enrique.

La conversación se enreda en el canto mayor; la soleá, el martinete, la caña, el polo, la debía.

—Sí, ese es el cante flamenco de verdad. Luego vienen la malagueña, la taranta, las murcianas, las cartageneras, las peteneras y tantos más.

Echan pestes de los fandanguillos, se pierden en los recuerdos de la *Cerueta*, de la *Trini* y de la *Pitraca*, de la *Mejorana* —madre de Pastora Imperio—, de la *Macarrona*.

—Ahora las quiere echar a bailar de nuevo Sánchez Mejía, con la *Argentinita*. Todavía quitarán muchos moños. Ya nadie sabe levantar los brazos como ellas.

Bebe un chato de manzanilla:

—Se agradece. El cante ya no les gusta más que a los aristócratas, son los únicos que *chamuyan*. Los toreros ya sólo quieren juergas. Sánchez Mejía es el único. Y don Manuel, claro.

—¿Falla?

—Claro.

En el salón grande saludaron a Araquistáin, a Álvarez del Vayo, a Negrín, sentado con Willy Hope, el periodista norteamericano.

—¿Por qué no les decimos que vengan con nosotros? —pregunta Bordes, hambriento de gente, cuando viene a Madrid.

—Déjalos, la gozan arreglando al mundo, como si los necesitaran.

Hope, subido el color, medio ido como siempre —¿quién le ha visto de otra manera?—, habla repantigado, la cabeza contra la pared de azulejos:

—Ni siquiera os dais cuenta de lo que pasa. ¿Quién se ocupa aquí de lo que está sucediendo en China?

Álvarez del Vayo protesta, él sabe. Y otros. Araquistáin:

—Exagera.

—¿Quién hace las revoluciones? ¿Los muertos de hambre? Entonces en los desiertos reinaría la justicia. Las revoluciones las hacen los revolucionarios. Donde hay revolucionarios puede haber revoluciones. Donde no: no. Y aquí en Madrid, ahora, ¿los conocéis? No me vayas a decir que vosotros...

Los aludidos no lo toman en serio; beben cerveza, aunque estén en Villa Rosa. A Hope le chifla el flamenco. Los españoles, por dar gusto al visitante, han desertado de la cervecería de la plaza de Santa Ana.

Si lo que queréis es la República, con mayúscula... La República, aquí sólo la puede traer el Rey. A lo mejor es bastante castizo para hacerlo.

Hope mira pasar a Eladia, la saluda, de lejos.

Gorjeos e inflexiones, postizas y taconeos, humo, serrín por el suelo. El rasgueo de las guitarras.

—Para hacer la revolución, hay que querer hacerla, para eso hace falta algo más que la «masculinidad bien personificada» como define «lo que hay que tener» don Miguel Primo de Rivera.

Hope ha estado en Rusia en 1917, en México; ahora regresa de China. Pasa una moza alta y desgarbada, seguida por un escuerzo que la suplica. Hope se acuerda de la blanca Cata, dolorida, suplicándole, abrazada a sus rodillas, en Hong-Kong. De él, vencido, tirando el contenido de su vaso de alcohol a la cara de aquella triste japonesa que le despreció, fría, soberbia. Cata. Lo mejor: beber, que da sensación de mando, de que todo obstáculo desaparece, de que todo está pronto a inclinarse al paso del hombre.

—No tenemos nada que ver con el mundo. ¿O crees que si fuera así hubiésemos inventado la injusticia? La injusticia es una cosa seria. Tal vez lo único serio. Un sentimiento que vale la pena. Se ama siempre por injusticia. Siempre se es injusto, a Dios gracias.

Calla, por un jipío desgarrador.

Cata. No había derecho. Se daba demasiada importancia. ¿Quién no? Estuvo bien hecho. ¿Qué estuvo bien hecho? Nadie hace nada.

—¿Por qué quiere mandar el hombre? Y es lo único que quiere de verdad, en todos los sentidos, con todos sus sentidos. La voluntad de poder es amalgama de todo. La electricidad positiva que une a todos los átomos. Mandar.

Acostarse con la Eladia no basta. Baila bien, pero es vergonzosa: esconde los senos, y lo demás.

No sirve. La juventud no basta. Nada basta.

—Sucede que nos servimos de algo que no sirve: la sociedad. Ha crecido desesperadamente, sola, aparte. Tenemos las mismas raíces, pero nada más; crecemos dispares. Ni tenemos nada que ver con la familia que nos sale, de pronto, con ocasión de una escala o de un entierro. ¿Comprendéis mis jóvenes amigos? La revolución: hija de la injusticia. Total, por lo que va de la una a la otra... De lo hermoso a lo feo ¿quién discierne? ¿Quién juzga? ¿Quién determina?

Parece que no oye el jolgorio. No oye otra cosa. Calibra, duda ¿quién canta? Dos hombres duermen, espatarrados, enfrente. Otros van y vienen a sus necesidades. Un correveidile. Otra vieja.

—¿El pueblo? Es fácil decir: el pueblo o la burguesía; lo mismo da. La historia la fabrican los que empujan el mundo. Y esos, lo mismo pertenecen a una clase que a otra. Los fieles, los ortodoxos, los supeditados nunca han servido para nada. Lo mismo me refiero a la Iglesia que al amor.

Ellen, allí, esperando. Que espere, con John entre las piernas si le da gusto. El bebe.

—¿Qué espacio le dedica la prensa a lo que se está discutiendo ahora en Moscú? Trotsky se saldrá con la suya.

—Lo dudo —dice Santibáñez—. Siempre se tiene razón a la fuerza. Y es demasiado inteligente para que no le falte una de las dos cosas. Además ya lleva mucho tiempo en el poder.

Araquistáin sonrío preguntando al norteamericano:

—¿Supone que Trotsky tiene algo de mártir?

—¿Quién no? —contesta Hope.

Negrín piensa en la Ciudad Universitaria; Álvarez del Vayo en los artilleros que se van a sublevar —lo sabe de buena tinta—; en la guarnición de Zaragoza que va a cortar las comunicaciones entre Madrid y Barcelona; el general...

Cantueso que sale del reservado, a orinar, les saluda.

—¿Qué hay?

—Ya lo ve.

—Canta Chacón.

Corre la voz. La gente se aglomera en el pasillo, se asoma al reservado: poco a poco, a empujones, lo abarrotan. Los bebedores de cerveza no se mueven. Las demás voces se han callado. Ahora se oyen las de los camareros, en el mostrador.

—Tres chatos. Una botella de la *Guita*. Dos soleras. Una de Montilla. Dos *Fundadores* y un *González Byass*.

Despiertan a uno de los dormidos: Canta Chacón.

—Vete a hacer puñetas.

—*Vamó* a ver, don Antonio.

Se unen y reúnen los hipidos, los gorjeos; las inflexiones arrastradas suben, bajan, se amontonan, se alargan. Alguna palabra se interpone para dar un nuevo paso a las florituras guturales *de* la pena, de la angustia, del castigo, de la aflicción, de la congoja, del ahogo.

—¡Olé!

—Venga de ahí, don Antonio.

Chacón sigue cantando.

—¡Ese es el canto grande!

—El cante —dice Negrín— es el a, e, i, o, sin la u... Con cuatro letras les basta para todo.

—¡Cómo va a *cantá* si *e* una caña! —se indigna Cantueso, más andaluz que nunca.

Jipían por otro lado:

*Le piden a Dios la salud y la libertad
yo le pido la muerte.*

—¿Para qué escribir como se habla? —dice Bordes a Santibáñez mientras Chacón toma un chato y descansa (y la gente se retira).

—A la paz de Dios, don Antonio.

—Si pudiéramos hablando —sigue Bordes— estaría bien; pero aprendemos; entonces ¿qué diferencia hay entre lo natural y lo artificial? Ninguna, todo es literatura. Lo que sucede es que unos escriben mejor que otros.

—A mí me gusta leer novelas escritas de cualquier manera; bien, pero de cualquier manera —apunta Daniel Miralles. Si están bien escritas no lo están de cualquier manera. Pues sí... Ahí está el intrínquilis —interviene Santibáñez—. Aunque protestéis, Baroja escribe bien y de cualquier manera. La prueba es que si cogéis una novela de Baroja —yo la cojo y no la puedo soltar— sabéis que es de Baroja y no de otro.

—Eso se llama estilo.

—En cambio para acabar una novela de Ayala, de las de ahora, o una de Miró, tengo que forzarme.

—Galdós.

—Es un *pesao* —dice Cantueso, que vuelve.

—¿Qué has leído de él? —le pregunta su suegro.

—Nada. Casi nada. Demasiada descripción. ¿Qué me importa cómo era la pantalla de aquella sala?

—¿Qué sala? —pregunta Daniel Miralles, al que le falta imaginación.

—La que sea.

Bordes, con manzanilla, no parece él. Le brillan los ojos, rojos. Se deja ir, feliz de desembaular reconcomios:

—No tengo más que un pequeño problema. Creo que el hombre queda por lo que hace, por su obra.

—Ya lo dijo Horacio —farfulla Santibáñez.

—¿Y qué? Esta seguridad ultraterrena me falta, me hiera. Y lo mismo da Tennyson que Campoamor (me gusta Campoamor), que Núñez de Arce (no me gusta Núñez de Arce), que Unamuno o Juan Ramón Jiménez. No tengo más que este pequeño problema: Unanimo, Jiménez se pueden morir tranquilos con lo hecho a cuestras. Aquí quedan, más o menos; yo creo que más. ¿Pero yo? Todo lo que escribo es mierda... No me sale, hijos, no me sale.

—¿Y te importa quedar en este cochino mundo?

—Sí. Es el único que me importa. Lo demás...

—Tus hijos.

—¡Bah! Cada uno por su lado.

—Los nietos.

—Eso de la descendencia es para las mujeres. La abonan con sangre. Otro tipo de menstruación. El mundo es de las mujeres. Lo saben y nos hunden.

Santibáñez no sabe qué decir. Ahora le sucede algunas veces. Además son demasiados años entre su amistad juvenil con el periodista valenciano y el presente. Jaime Bordes mira su copa de manzanilla, la levanta; el ámbar le recuerda como perdió la fe, en la iglesia de Villena, al levantar la vista y ver al cura alzar el copón. ¿Por qué le pareció todo, de pronto, una horrible farsa? Desde entonces la Iglesia —todas— le hieden a teatro. Sólo el dolor —padece de cólicos nefríticos— le ofrece una razón de ser. «Si me duele tanto, por algo será». No sabe por qué. Cuanto escribe le suena a ya dicho, y mejor. Es cierto. El dolor Dostoiewski. Ha sido un lector tardío del ruso, pero le sorbió el seso. El dolor... Apura su copa. Le sabe mal. No le gusta. Se sirve otra. Bebe.

En una esquina, apoyado de brazos en una mesa, Chacón da lecciones a la Eladia:

—Hay bailes de zapato y bailes de alpargata. Y para de contar. Aquí, los del norte —tanto montan los catalanes como los vascos— bailan con alpargatas; los del sur, con zapatos. Saca las consecuencias que quieras: la aristocracia de los andaluces, etc.

Lo cierto es que hay bailes que piden zapato y tacón, y otros que, por trenzados, necesitan cintas y suela de cáñamo. ¿Supones a un zapateado bailado con alpargatas o una jota con tacones? Las cosas hija, como son. Tú tienes facultades, pero para una cosa. Aprovéchala, no quieras irte por los cerros de Úbeda. Tú a lo tuyo.

Eladia asiente. Le habían dicho que...

—Las faldas, anchas, hija. Ceñidas, ya no es baile sino pornografía. Lo demás es cosa de jóvenes «de dos en uno». Y si el baile andaluz tiene algo es que es bien *diferenciao*.

Manolo Cantueso —que se ha parado a su lado— jalea la frase. En tomo a la mesa grande, Bordes y Santibáñez no acaban de discutir. Miralles tiene sueño, mañana le «toca» condesa, se regodea solo.

Santibáñez se levanta, pesado, testudíneo. En el salón, los socialistas y el norteamericano siguen bebiendo cerveza. Al regreso del retrete, se les acerca.

—¿Qué queréis que haga la juventud? —comenta—. De un lado oye las predicaciones de Ortega, de otro las de Unamuno; no tan lejanas las unas de las otras como parecen a primera vista. ¿Quién de nosotros, la lleva por otro camino digamos menos idealista?

—¿Por qué no lo haces tú?

—¿Yo? ¡Vamos! ¿Con qué derecho? ¿Por qué habían de hacerme caso? Un día he dicho una cosa y otro día otra, un poco según me pagaban.

Negrín protesta: Usted sabe que...

—Claro que sé. Para apoyarse en la realidad se necesitaría una dignidad que me falta.

—Habría que hacer una revista —dice Araquistáin, sonriendo. Ha dirigido *España* hasta fines de 1923, hasta que se pudo. Con la dictadura no se puede. Dice siempre: «Hay que hacer una revista». Quiere hacerla, no quiere otra cosa. No se puede.

Santibáñez regresa con sus amigos.

—Hombre acabado —dice Álvarez del Vayo viéndole irse. Hope sonrío. Eladia no le calla nada, comenta:

—No tanto.

—Novelas... El éxito de las novelas depende de muchas cosas. Por ejemplo, de que se crea que hay gato encerrado, que es la historia de fulano o de fulana. La gente se pirra por la maledicencia —está diciendo Miralles cuando Santibáñez vuelve al reservado.

—Y por la repetición, lo extraño, las aventuras —añade Bordes.

—Siempre has de salir con peteneras.

—Hombre, aquí: ahora o nunca. No. Me acordaba de Max Aub, un escritor joven, de Valencia, aunque no lo creáis.

—¿Y?

—Piensa escribir, o está escribiendo, una novela en la que, al final, cada uno de los personajes, cada uno por su lado, en su jaula, se vuelve loco. O hablan para sí, que viene a ser lo mismo.

—¿Todos?

—Todos.

—Una auténtica novela realista... —comenta Santibáñez con cierto tono irónico, sentándose con dificultad.

—Según tú, la razón, el entendimiento gobierna al mundo... No, no me contestes más que a esto: si es así, ¿cómo la gente dice tantas tonterías?

Santibáñez, agudo de suyo, cansado, contesta vagamente:

—No todo ha de ser... El hecho mismo de que se te haya ocurrido —¿a ti?— esta hermosa pregunta prueba que...

—Esperar y conformarse —dice Bordes.

—¿Estamos en un velorio? —pregunta Eladia— ¡venga de ahí!

Llama a un guitarrista. Baila. Santibáñez la mira, luego le pregunta a Cantueso, en voz baja:

—¿Sabías que el Barillón ese se ha casado con mi sobrina?

—Fui testigo.

—No me extraña de ti. Y que no me hayas dicho nada. No sé qué me indigna más: que me la sonsacara de debajo de las narices sin que me diera cuenta; o que hayan legitimado su concubinato sin decir ni pío. Mabel está que se la llevan los demonios.

Cantueso defiende el amor, con tal de que sea del bueno. Le apoya Daniel Miralles.

—Tú y tus amigos cubistas... —le larga Santibáñez, de mal humor, sin saber por qué, refiriéndose al cambio de factura del pintor.

—No tengo ni un amigo cubista.

—Pues debieras tenerlos («¿Qué me pasa?» —se pregunta). No tomas nada en serio.

—¡Ojalá! Aquí carecemos de humor. A veces me pregunto cómo Cervantes pudo ser español. Tenemos la sangre demasiado gorda. Como el Arcipreste. Las bromas pesadas o no darlas... Aquí lo tomamos todo en serio... Valle, sí, pero no es humorismo, sino farsa. Nos falta la finura. Aquí, el ser bruto es una gran cosa; aquí, tenemos sangre fría; aquí, en seguida nos echamos *pa'lante*. Por eso carecemos de filósofos y nos sobran pequeños hombres de acción. Alguien que tuviera humor sería feliz con Primo de Rivera; y nos sentimos heridos «en lo más vivo». Aquí nos reímos «a mandíbula batiente»; razón del éxito del teatro de Muñoz Seca, que es el que merecemos. Lo mismo nos sucede con la cocina. Aquí, todo es gordo, empezando por las mujeres; y gustan.

Miralles se siente aludido: No sabes lo que es bueno.

Santibáñez, vencido no sabe por qué, asiente: Tal vez tengas razón.

Se asoma un camarero:

—¿El señor Cantueso?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Le llaman por teléfono.

—Será del periódico. A ver que hueso se les ha roto; no pueden cerrar solos.

Desde hacía ocho días es jefe de redacción. Era Isabel. Paquita daba a luz.

Al llegar Santibáñez a su casa, a las cuatro y media de la mañana, encontró a la Serafina, la criadota, en la puerta, fuera de sí:

—¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba?

—¿A ti qué te importa? ¿Qué pasa? ¿Llamaron del periódico?

—La señora...

A doña Mabel le había dado un ataque; allí estaba, espantada, con un ojo abierto, muerto; movía imperceptiblemente la comisura de sus labios, por la que se escurría un poco de baba. Sonidos roncós, terribles por su imposibilidad de organizarse en palabras.

A Santibáñez le da un vuelco el corazón, derramánsele largas lágrimas. De rodillas al lado de su mujer, balbucea:

—¡Chata! ¡Chata! Ma... ma...

A la tarde siguiente —tarde larga, dorada, de agosto— al salir Cantueso de la clínica donde Paquita acababa de parir difícil y normalmente un niño, encontró, de bracero, a José María de Cossío y a José Bergamín (los dos gallistas, los dos gongoristas, los dos católicos). Le felicitaron.

—Digáis lo que digáis —les contestó—, esto es otra cosa que la multiplicación de los panes y los peces...

La presencia en el mundo de este nuevo varón influyó en la vida de sus padres: volvieron a reconciliarse. Por fin María Luisa logró ingresar en las hermanas de San Vicente de Paúl —que no era la orden que hubiese deseado— gracias a la influencia conjunta de don Joaquín Dabella y de Manuel Cantueso.

Agustín Morales Amau acababa de escribir una comedia histórica, romántica y versallesca —*en verso*, naturalmente— para el teatro Fontalba, inaugurado hacía poco. Necesitaba una damita joven: el empresario prefería lanzar una actriz nueva (—Comprende —le decía a Álvaro Rebolledo, que tenía sus más con una de ellas—, de cuando en cuando es necesario. Las que corren por ahí ya están muy vistas, y pasaditas). Álvaro, agradecido, sin otra intención, pensó en Mágina y sus antepasados. Le mandó un recado, que recibió la Feli.

Después del intento de suicidio de Joaquín, Margarita vivió dos meses en la casa del General Oraa, sin hacer más que llorar. Pidió, consiguió, que no fuese nadie a

verla. *La Cerilla* la atendía, refunfuñando. Un día en que quiso presumir de advertida (Ya te lo dije...) casi salió por el balcón empujada por la ira de su ama. Mágina perdió color, peso, ganas de hablar. Molina no consiguió forzar la consigna. Rebolledo ni siquiera lo intentó. La penuria llevó de vuelta a la joven a la portería de la calle de Val verde.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su tía—. ¿Te has mirado al espejo?

La moza sabía que tenía que seguir adelante. Si su ánimo había cambiado, no su perspicacia. Le salió un trabajo en consonancia: Ricardo Alcocer y Rigoberto Cuenca, los afinadores y presuntos vendedores de instrumentos musicales del bajo derecha cada día más vencidos de la edad necesitaban que alguien atendiera la tienda y, por lo menos, se enterara del deseo de los clientes. La «chica del portero» les pareció pintiparada. No sólo halló así Marga trabajo sino habitación independiente en la trastienda. Sin salir a la calle ni para comer —tomaba cualquier cosa en la portería procurando no coincidir con su padre— atendía cuidadosamente su escaso quehacer.

La escuela de Rebolledo removi6 las aguas. Fidel no dijo esta boca es mía; no fue el caso de Feliciano, más ante la negativa de su sobrina:

—¿Cómo vas a dejar perder «eso»? ¡Si es la gloria, pan comido!

—No sirvo.

—¡Anda y que no sirves! —protestó la culona—. ¡Y con el teatro a la vuelta de la esquina, puesto ahí que ni de encargo!

Mercedes atizaba. Tal vez la guapa se hubiese dejado tentar si el ofrecimiento hubiera sido de otro. No le guardaba rencor a Álvaro, pero era el responsable de su «desgracia».

—Por lo menos, contesta.

Al cabo de los días, fue Mercedes. Estaban ensayando, dado ya el papel a una rubia descolorida y clorótica. *La Cerilla* se quedó, atraída por el enorme vacío de la sala oscura, en un rincón del escenario, embebida en la lectura de la obra que hacían los actores con pocas intervenciones del director. Acabándose el ensayo, cuando ya iban y venían tramoyistas armando el decorado para la función de la tarde, entró Rebolledo. La vio.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pues vine a decir que la señorita no acepta...

Mercedes había crecido un centímetro, ensanchado otro tanto. Tras esperar en vano el regreso de Victoriano no había dudado en otorgar favores al chico de la portera, que la asediaba. Se le notaba el gusto. No le correspondía ya el primer apodo.

Se acercó el autor fijándose en el palmito de la adolescente.

—¿Quién es esa jovencita?

Agustín Morales, siempre amable, deseando hacer favores. La miró detenidamente.

—No estaría mal para el paje.

Así entró Mercedes Ordieres en el teatro. Después, bajo el nombre de Eugenia Montalbán —que debió a Álvaro Rebolledo— hizo hablar mucho de ella; más por el cine que por el teatro, más por su desparpajo que por su talento, más por Hollywood que por Madrid, cuando se filmaron en California películas habladas en español. Antes había ido a Joinville, a lo mismo, con Carmen Moragas que trabajaba en el teatro Fontalba cuando pisó por primera vez un escenario.

El ingreso de *La Cerilla* en la farándula fue motivo de repetidas, largas habladurías en cocinas, salas, comedores y alcobas de la casa de Valverde 32. Su padre, don Benito Ordieres, no tardó en dejar su honroso puesto de bombero y convertirse en el apoderado de su maravilla a pesar de las advertencias agoreras de doña Virtudes, su prolífera consorte:

—Ya verás, ya verás: no gustará.

—Esta obra la patean, pero bien pateada.

—Le darán el papel a la Carbonell, como si lo estuviera viendo.

Ulpiano Miranda no perdió la ocasión, que esperaba hacía tiempo. Habló con Mágina.

—Ya ve, su amiga... ¿Y usted? No tengo nada que decirle: no tiene más que pedir.

Marga lo pensó. Tres días después dictaminó:

—Quiero ir a París, a Roma, a Londres, a Viena.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Dentro de un mes.

—De aquí a allá no tenemos por qué hablar.

—De acuerdo.

Mientras Fidel Muñoz estaba en un terrible predicamento: en quince días adelgazó a ojos vista: la culpa de Primo de Rivera, de la convocatoria de la Asamblea Nacional para sustituir al Congreso, de la disposición de no pocos socialistas de pro para figurar en ella. Don Julián Besteiro había declarado, mucho antes y nada menos que en *ABC* que: «si nosotros (los socialistas) no tuvimos inconveniente en ir al Congreso de los Diputados, donde tantas representaciones ilegítimas había, ¿por qué vamos a variar de conducta en estos momentos?... La palabra *abstención* no existe en nuestro programa».

Por si, además, no basta lo de la chica, añadíase la Clara, soliviantada con la «barrabasada»:

—Si yo hubiera estado allí no hubiera *pasao ná*, etc.

(Para acabar de fastidiarla, don Julián reincidía, por los cerros de Úbeda. Porque bien está lo que está bien, pero hasta cierto límite).

—La culpa de *tó* la tiene la moda. ¿Cuándo han *enseñado* tanto las mujeres? Los descotes, bueno; eso se ha visto y se verá, pero por ahí no se llega tan pronto al intríngulis. Pero con esas faldas, más arriba de la rodilla... Es una vergüenza, Fidel, una vergüenza. No sé cómo lo consiente el gobierno.

—Bueno está el gobierno. Viejos verdes, encantados con lo que se lleva; bueno, con lo que no se lleva.

—Las que tenemos vergüenza...

—Y las piernas feas.

—¿Tienes algo qué decir de las mías?

—Yo, nada.

—¿Entonces? ¿O quieres que los demás tuvieran qué decir o qué ver? ¿Te me figuras con una faldita de ésas?

No se la figura. ¡Qué mundo! ¡Cuándo se ha visto! Y don Julián... Porque la dichosa Asamblea, para mayor inri, es un *apuntalamiento* del régimen, como dice Silvio.

Silvio Úbeda, Leoncio Moreno, Bibiano Posadas y Fidel Muñoz se reúnen «en secreto» a discutir la situación, en la portería, que es buen lugar. Los cuatro son «de Besteiro», a los cuatro les parece mal su decisión. Las diferencias surgen cuando se trata de lo que hay que hacer. Silvio y Bibiano son partidarios de aguantarse. Leoncio se inclina por Largo Caballero. Fidel —a su pesar— está de acuerdo con Indalecio Prieto, que acababa de hacer pública su opinión contraria a la participación de los socialistas en el nuevo organismo. Las discusiones no conducen a nada: cada quien encastillado en lo suyo. Que si la Unión General de Trabajadores —ya son más de doscientos mil— no tiene por qué seguir las directivas del Partido Socialista; que si sí, que si no.

—Con lo que sabe don Julián...

—¿Qué me decís del olfato de Prieto?

—La disciplina.

—No seas grullo.

—Sin insultar. Don Julián es don Julián y si dice lo que dice, por algo será.

Cambiar de ídolo, a sus años. ¿Cuándo se ha visto? Uno nace belmonista o partidario de Vicente Pastor. Y no se cambia. Se es o no se es. Lo castizo: no variar. Teme.

—*Naturaca* —corroboraba Bibiano.

—¿Te crees que sigues siendo el mismo que anduvo pegando tiros en el Rif? Ya hace veinte años. ¡Nos ha fastidiado!

¡Vete a hacer gárgaras!: yo no hablo de lo de afuera. «Que nos transformemos por acción demoledora del tiempo destructor», como dice Valeriano León, en el teatro del Centro —donde estuve anoche con la familia—, sino de lo de adentro. Y ahí ya puede

machacar; yo, de don Julián, pase lo que pase.

Fidel quisiera ser así, pero no puede. Le molesta la Dictadura, no porque le afecte directamente, que sí le afecta, porque eso de que se forme una página del periódico y luego tache la censura media columna y tenga que salir un blanco —que la hace polvo— o tener que volver a componer o meter un anuncio en la primera, le pone fuera de sí. No es eso todo: añádase la dignidad, y los estudiantes, y el Ateneo, y la masonería. Que Fidel es masón. También Bibiano, pero parece que le falta sangre de algún tiempo a esta parte: no está bien del estómago. Tampoco él. A lo mejor tienen razón los republicanos que conspiran, aunque sea en la rebotica del Giral, allí en la calle de Atocha, en el 35, donde fue una vez, con un encargo de Saborit. Le hicieron salir por el primer piso, para que no le vieran... Que es cuando aquel señorito imbécil...

Ahora viene el Congreso extraordinario, y hay que definirse. Fidel vota en favor de Prieto, que gana: los socialistas no aceptarán puestos en la Asamblea Nacional. En la imprenta, el señor Muñoz es feliz; allí la mayoría es de su parecer. Pero cuando sale a la calle se entristece pensando en don Julián Besteiro, derrotado. Y la chica... Si hubiera empezado a capones... ¡Quiá! No es capaz. Pegarle a una mujer, bueno (no lo hizo nunca); pero ¡a su hija! Y, sin embargo... Todo se le agria. Ahora lleva, siempre, una cajita de hoja de lata, con bicarbonato. Los años, ¡qué años!, la mala sangre. Más testaruda que... ¿qué qué? Que nada. Más testaruda que Sánchez Guerra. Ese asesino del 17, que nos ha salido ahora con *dignidaz* y se ha ido a París por eso de la Asamblea. ¡El colmo! En el fondo la política es... ¿Qué es la política? ¿Por qué se preocupa? No debiera. En casa, y gracias. Pero la dignidad, la honradez y lo demás «que hay que tener», le tira a enterarse y discutir. Se es o no se es. Y él es: el señor Fidel Muñoz, de la UGT y del Partido Socialista, para lo que gusten mandar. Y si don Julián Besteiro opina de una manera y él de otra, por mucho respeto que le tenga al profesor, él mantiene su opinión: contraria, sí, señor. Por eso anda ahora metido en lo que anda. Pero de eso, ni palabra: lo sagrado. El día que estalle... Y que no puede tardar.

Fidel Muñoz, en su raído gabán, muy metida la gorra, las manos en los bolsillos baja la calle de Valverde.

Este frío que corta... ¿Dónde habrá metido le Feli la bufanda? La bufanda que le regaló Mágina... Siente punzadas, frío en los lacrimales. Sí, señor ¿y qué?

III

Márgara, días antes de su salida para París, esperó que su padre acabara de cenar para darle la noticia. Lo hizo sencillamente.

—¿Con quién te vas? —preguntó con el estómago de pronto vuelto rejalgar.

—No se lo voy a decir, padre. Pero no se preocupe: no me irá mal. Quería que se enterara por mí, que no se lo contaran.

—¿Y quieres que te lo agradezca?

—No.

—¿Lo sabe tu tía?

—No.

—¿Piensas decírselo?

—Si puedo, no.

—¿No te llevas tus cosas?

—No.

Le era difícil pronunciar más que monosílabos. Tenía ganas de abrazarse a su padre, llorando. Resistió unos minutos. Luego lo hizo. Lloraron los dos.

—Si te hubiese dado una carrera...

—No se preocupe, padre... No se preocupe.

—¿Cómo quieres...?

—Le escribiré a menudo.

No lo creía. Entró la Feli; no la esperaban tan pronto.

—¿Qué pasa?

Que la chica se va.

—¿Qué te vas? ¿Adónde?

—Ya se lo diré.

—Pero ¿por mucho tiempo?

—No lo sé.

—¿Con quién?

—Ya se enterará.

—Pero ¿te vas a ir así?, ¿sin más?

—Sin más. Y, por lo que más quiera, tía: no se alborote. No serviría de nada.

—Pero...

Vino la retahíla.

—Tía, cálmese. No quiero que se entere nadie.

Lo supo Molina, por Paquita, que se había convertido en gran cocinera, por lo menos de callos. Le invitaban de cuando en cuando. Cantueso, por su parte, estuvo al tanto de la marcha de Ulpiano Miranda por *Víctor Terrazas*, al que encontró en el Círculo de Bellas Artes.

José Molina ató cabos; bajó a la estación del Norte. Se hizo el encontradizo con Márgara, a la que le costó trabajo reconocer con un sencillo traje sastre gris, zapatos de cocodrilo según los cánones del día, guantes, bolso. Vio, de lejos, a Miranda, que se hizo el distraído.

—Aquí tienes la dirección de Joaquín.

El anticuario había reservado dos habitaciones en un moderno hotel del bulevar Haussmann.

—Mire, Ulpiano: le voy a ser franca, como siempre. Voy a ver si encuentro a Joaquín. (El anticuario está al cabo de la calle). Voy a hablar con él. Si vuelvo, estamos en lo dicho. Si no...

Miranda no lo tiene a mal: conoce a la gente.

—Si no regreso le devolveré las dos mil pesetas tan pronto como pueda.

—No te preocupes.

Joaquín vivía en un hotel de la rué Monsieur le Prince. No estaba. La encargada hablaba español:

—Le encontrará en el café de *La Rotonde*, en Montpamasse. A ver si se acuerda de que vive aquí.

—¿Dónde está ese café?

—Tome el metro. El *Nord-Sud*. Ahí, en *Odeón* y baja en *Vavin*; no tiene pierde. Sale y verá *La Rotonde*. Van muchos españoles.

Alrededor de Blasco Ibáñez, con cara de muerto, una docena de republicanos expatriados hablan de Víctor Hugo. En un extremo, Joaquín.

—¿Cómo estás?

Todos se vuelven a verla. Dabella intenta ponerse de pie, blanco.

—Buenos días —saluda Márgara a todos.

—Buenos días, siéntese.

Le hacen sitio.

—No gracias. Vamos a dar una vuelta.

Se sientan en el primer banco del bulevar Raspail, frente a la rué Vavin.

—Pepe me contó todo lo tuyo. No tienes perdón de Dios. Yo tampoco.

Joaquín, rojo. Molina, ¿por qué no se callaría la boca? Pero no, hizo bien.

—Aquí estoy, para lo que quieras. Si no quieres, me voy. La besa. La besa, sin darse cuenta; ahora sí: otro.

—¡Qué nos ven!

Nadie les hace caso. La besa, la besa. Loco.

En *La Rotonde*, llega Beatriz Martín, periodista cubana, de buenas carnes, en consonancia con su estatura y edad mediana.

—¿No ha venido Joaquín?

—Sí, pero te lo raptaron —contesta un compañero.

—¡Bah!

No lo cree. Lo alberga, satisfechísima en todos sentidos hace un mes.

No volvió a la gran alegría del general Queipo de Llano que la acechaba.



MAX AUB MOHRENWITZ. (París, 2 de junio de 1903-México D.F., 22 de julio de 1972). Escritor español de origen francés. Toda su obra la escribe en español, cultivando diferentes géneros: narrativa, teatro y poesía. Siendo un niño, su familia —padre alemán y madre francesa— se traslada a España por motivos de trabajo y en medio de la I Primera Guerra Mundial se establece en Valencia, donde Max cursa el bachillerato. Recibe una educación muy rica y cosmopolita y desde niño destaca por su facilidad para aprender idiomas. Al terminar sus estudios recorre el país como viajante de comercio y al cumplir los veinte años decide adoptar la nacionalidad española. Es famosa la frase de Max Aub: «se es de donde se hace el bachillerato». En los años 20 es afín a la estética vanguardista y gracias a su trabajo como viajante asiste a tertulias de Barcelona de los vanguardistas de la época. Durante esta época empieza a escribir teatro experimental: «El desconfiado prodigioso», «Una botella», «El celoso y su enamorada», «Espejo de avaricia» y «Narciso».

De ideas socialistas, durante la guerra civil se compromete con la República y colabora con André Malraux en la película «Sierra de Teruel». Al terminar la contienda se exilia a París, pero preparando su marcha a México le detienen y es recluido en diferentes campos de concentración de Francia y del norte de África. Gracias a la ayuda del escritor John Dos Passos, tras tres años de encarcelamiento consigue embarcar para México.

Se gana la vida gracias al periodismo, escribiendo en los diarios «Nacional» y «Excelsior», y también en el cine ejerciendo de autor, coautor, director, traductor de

guiones cinematográficos y profesor de la Academia de Cinematografía. En 1944 es nombrado secretario de la Comisión Nacional de Cinematografía. Durante estos años escribe «San Juan» y «Morir por cerrar los ojos» y estrena su obra de teatro «La vida conyugal» con gran éxito. Desde mediados de los 50 viaja por Estados Unidos y Europa pero sin poder entrar en España, desarrollando activamente en estos años su actividad literaria, periodística y cineasta. En 1969 por fin se le permite entrar en España y recupera parte de su biblioteca personal, que estaba en la Universidad de Valencia.

A su vuelta a México sigue con sus estudios de la figura de Luis Buñuel; posteriormente participa como jurado en el festival de Cannes, da conferencias por todo el mundo y, tras otro viaje a España, muere en 1972 en México.

Desde 1987 se entregan los Premios Internacionales de Cuento Max Aub, otorgados por la Fundación que lleva su nombre.